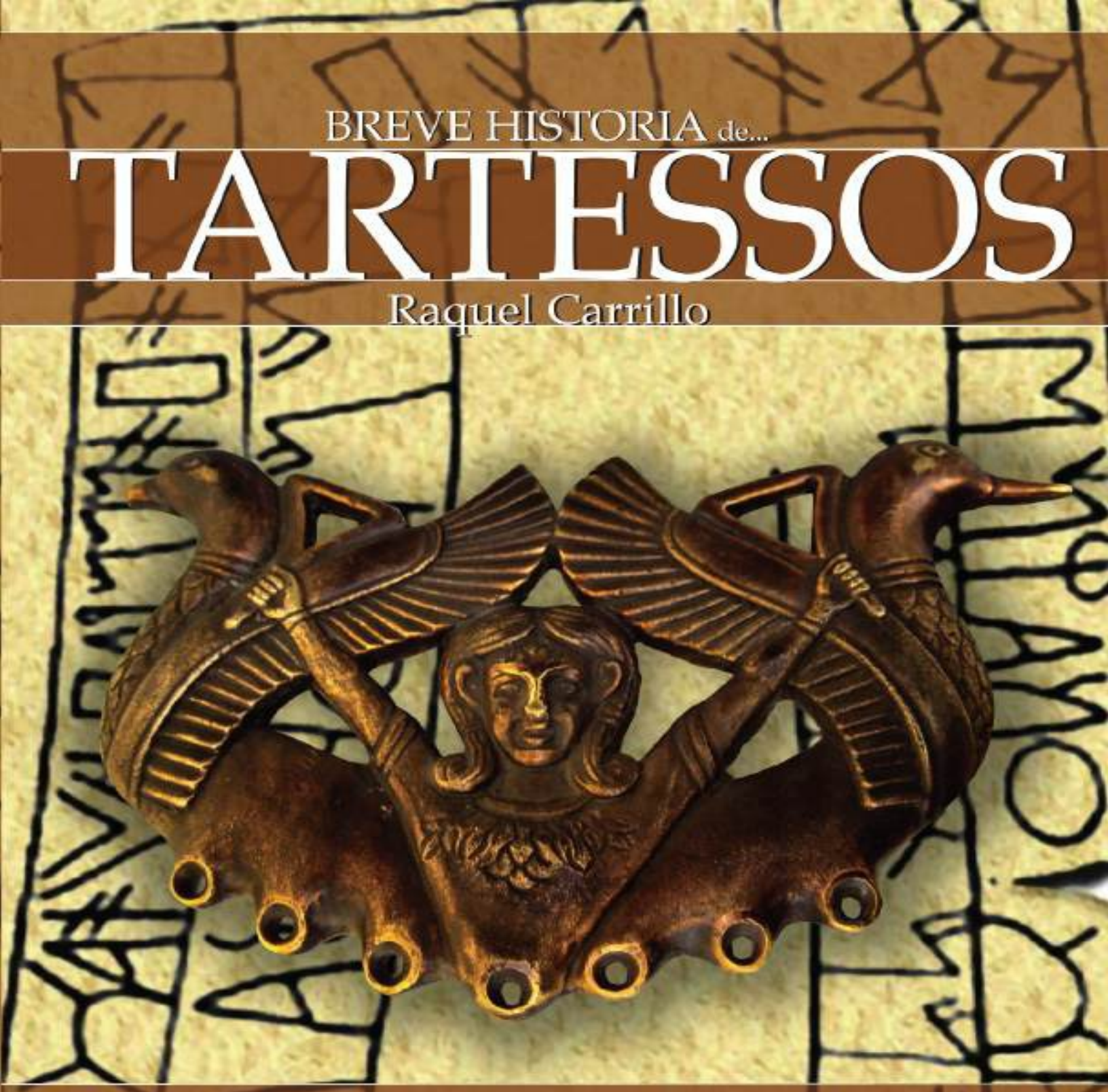
BREVE HISTORIA de...

TARTESSOS

Raquel Carrillo



Descubra esta mítica y legendaria civilización, un pueblo de jefes guerreros con una élite aristocrática próspera y rica que comerciaba con griegos y fenicios. La historia real del pueblo más avanzado de la península ibérica en su época

nowtilus
saber

Breve historia de Tartessos

Raquel Carrillo

Colección: Breve Historia

www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de Tartessos

Autor: © Raquel Carrillo

Director de la colección: José Luis Ibañez Salas

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Diseño y realización de cubiertas: Nic And Will

ISBN: 978-84-9967-167-3

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente,en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

Portadilla
Créditos

Introducción
Capítulo 1. Tartessos y la Atlántida: las fuentes escritas
- Los límites espacio-temporales de Tartessos
- Tartessos en las fuentes escritas: mitología e historia

Capítulo 2. La Edad del Bronce: los antepasados de los tartesios
- De la Edad del Bronce a la Edad del Hierro
- Las dificultades que encuentra la investigación
- Los poblados y las necrópolis
- Descubrimientos arqueológicos más destacados y conclusiones sobre ellos
- La estructura social y económica

Capítulo 3. Fenicios y tartesios
- Los fenicios
- La colonización fenicia
- Gadir: principal colonia fenicia en contacto con Tartessos
- Influencia fenicia en Tartessos
- El período Orientalizante: el Mediterráneo con un mismo destino

Capítulo 4. Las relaciones con los griegos
- Las relaciones con los griegos según las fuentes literarias
- Contactos en el Bronce Final
- La colonización griega
- Griegos en Tartessos
- Consecuencias de las colonizaciones

Capítulo 5. Arqueología: descubriendo la identidad de Tartessos
- El comienzo de las investigaciones arqueológicas: el siglo XIX
- Arqueología del siglo xx, la búsqueda de la ciudad de Tartessos
- La organización del territorio
- Innovaciones tecnológicas y progreso: vestigios materiales de una cultura

Capítulo 6. Economía y sociedad
- Economía
- Aprovechamiento económico del territorio
- Artesanado
- Comercio
- Sociedad

Capítulo 7. Religión y mundo funerario
- Religión tartésica
- Mundo funerario

Capítulo 8. El final de Tartessos
- La ¿destrucción? de una civilización

Los acontecimientos del Mediterráneo a partir del siglo VI a. C
La crisis del siglo vi a. C.: hipótesis sobre el final de Tartessos
Los turdetanos: descendientes de los tartesios
Conclusiones
Bibliografía
Contracubierta

Introducción

Tartessos es una de las civilizaciones ya desaparecidas que más interés ha suscitado entre todo tipo de personas durante los últimos siglos. La falta de datos y las noticias de las fuentes clásicas griegas y latinas donde se describe la felicidad de sus habitantes y la longevidad de sus gobernantes, así como su riqueza, han provocado que se vea al pueblo tartesio como mítico y enigmático. El haber sido relacionado además con la Atlántida de Platón, cuando científicamente no hay prueba alguna de que este fuera un lugar real, ha aumentado el misterio. Su ciudad, la capital del imperio, se buscó desde principios del siglo XX y el fracaso en los intentos de hallarla no hizo sino alimentar su mito. No obstante, como descubriremos, los tartesios eran personas como nosotros, que contribuyeron con su pequeña aportación a que el mundo fuera tal como es ahora, pero que vivieron en un pasado lo suficientemente remoto como para que pueda parecer lleno de incógnitas y fascinación. A lo largo de las siguientes páginas se convertirán en nuestros conocidos y el manto de oscuridad y secreto que les cubre se irá disipando.

Muchos de los interrogantes que envolvían este período histórico sin embargo siguen existiendo y es muy probable que haya aspectos que jamás podrán ser desvelados. Pero lejos de caer en la desolación, debemos tomar conciencia de los datos que ya tenemos y con ellos trabajar para reconstruir su historia, que también es la nuestra. Algunas de las dudas que aún hoy perviven tal vez puedan irse resolviendo en el futuro a medida que se vaya llevando a cabo un mayor número de excavaciones e investigaciones. Cuando sepamos más, varias de las cuestiones que se ocultan entre las sombras del desconocimiento saldrán a la luz y nuestra familiaridad con esta cultura será mayor. La ciencia siempre avanza y se realizarán con seguridad nuevos hallazgos. Que queden tantas cosas por descubrir es además un aliciente para los arqueólogos e historiadores.

Estos profesionales son los encargados de realizar la reconstrucción histórica de Tartessos con los resultados de sus estudios. Podemos encontrarnos con diferentes planteamientos de los acontecimientos, pues las interpretaciones de los sucesos históricos no son siempre las mismas; varían según las personas que las hagan y las escuelas a las que pertenezcan. El hecho de que existan diferentes versiones de un mismo acontecimiento no es algo que deba abrumar y asustar al historiador *amateur,* sino más bien algo con lo que se debe contar y que en el fondo nos enriquece alejándonos del punto de vista único. Mientras esté bien fundamentada y contrastada, cualquier explicación puede ser válida. En esta obra pretendemos exponer, de una forma clara y lo más sencilla posible, los distintos razonamientos que sobre los tartesios se han planteado, con la intención de que sea el lector quien analice cada tesis y utilice su criterio para decidir cuál de todas las hipótesis es la más probable. Desarrollar nuestra capacidad crítica y de opinión es uno de los placeres de leer historia. El lector es también una figura activa y forma parte del libro.

Los primeros estudiosos que escribieron sobre Tartessos lo hicieron hace miles de años. El griego Heródoto, al que podemos considerar el primer historiador, lo menciona en su obra. A él y a otros autores clásicos griegos y romanos haremos referencia pronto, pues las fuentes escritas son reveladoras a pesar de no ser muy abundantes y de que ninguna haya sido realizada por tartesios (con lo que nos falta su perspectiva). Incluso aquellos relatos de escritores grecolatinos en los que se cuentan leyendas y se describen situaciones mitológicas pueden resultar de gran utilidad para

conocer y comprender a este pueblo asentado en el Bajo Guadalquivir. Expondremos por ello algunos de los fragmentos más importantes que tienen relación con la historia tartésica, para acercarnos a los clásicos sin miedo, haciéndolos accesibles. Asimismo, se señala en cada caso la referencia concreta del texto citado para dar al lector la oportunidad de encontrarlo dentro de la obra a la que pertenece. De esta forma, se puede recurrir a la fuente original y ampliar el pasaje si así se cree necesario, ya que lo último que se pretende es ofrecer una visión demasiado sesgada de la literatura de estos autores.

Durante las siguientes páginas también podremos observar los esfuerzos de los primeros investigadores y arqueólogos que utilizaron un método científico en sus estudios. El siglo XIX supuso una revolución para el avance de la historia y otras disciplinas y esa ansia de conocimiento y de estudio basándose en nuevos planteamientos llegó también al mundo tartésico. Hasta aquel entonces, lo que se decía en la Biblia no se cuestionaba en modo alguno y se tomaba lo que en ella aparecía de modo literal, sin ningún tipo de interpretación o reflexión. De esta forma, no sólo se aceptaba sin discusión que la Tierra tenía una antigüedad de unos seis mil años (se calculó la edad del mundo a partir de los años que según la Biblia vivieron todas las generaciones de hombres desde Adán), sino que se admitía que fueron los hijos de Noé y sus descendientes quienes repoblaron todo el planeta. Algunos eruditos creían por ello que la península ibérica habría sido repoblada por Tarsis y Túbal, por lo que pudiera ser que del nombre del primero proviniese la denominación de Tartessos.

También en arqueología se llevaron a cabo en este siglo grandes descubrimientos. En 1870 se encuentran las ruinas de la ciudad de Troya, considerada hasta ese momento mítica y un invento de la literatura de Homero. Este y otros hallazgos contagiarán a diversos investigadores. Aquellos eruditos del siglo XIX y principios del XX con ideas románticas luchaban por rastrear los orígenes de la humanidad, desgranar lo que había ocurrido a lo largo de las centurias, todo lo cual les acabó llevando a estudiar Tartessos, considerada por ellos la más antigua civilización de Europa Occidental. Ahora la historia y la arqueología se han tecnificado, pero esas mismas ideas permanecen en aquellos a los que les apasiona la historia.

Este libro quiere ser una historia completa, aunque sucinta, de Tartessos, por lo que no trata únicamente de los tartesios. Ellos no estaban solos y aislados. Otros pueblos interactuaron y se relacionaron con ellos y en consecuencia se enriquecieron mutuamente. A los fenicios se les dedica una especial atención, pues son los que más directamente trataron con ellos, como consecuencia de la colonización que emprendieron en el sur de la península ibérica, siendo Gadir (actual Cádiz), como tendremos oportunidad de ver, el emplazamiento de mayor importancia. El inicio de las colonizaciones, tanto de fenicios como de griegos, hizo que el Mediterráneo entero viviera una misma dinámica y las influencias orientales llegaran a todos los rincones de Occidente, por ello se denomina a esta etapa período Orientalizante. Las comunicaciones se hicieron más fluidas y las distancias más cortas. Las guerras y los tratados se sucedieron y todos los pueblos asomados a las orillas de este mar entraron en contacto a través del comercio, por lo que la política internacional se hizo más activa.

Con Tartessos, el suroeste peninsular entró a principios del primer milenio antes de Cristo en el período cronológico de la Edad del Hierro, etapa que se extiende hasta la conquista romana en el siglo III a. C. Las colonizaciones trajeron innovaciones tecnológicas y culturales, como el torno, nuevos alimentos y formas de religión y enterramiento de los difuntos que propiciarían el desarrollo y florecimiento de este pueblo.

La obra que tiene entre manos pretende acercarle al pasado, a su propio pasado, y a los protagonistas del mismo, hombres y mujeres que nacieron, vivieron y murieron a principios del

primer milenio antes de Cristo, entre los siglos IX y VI, aproximadamente, en el suroeste de la península ibérica, en la zona que más o menos forman en la actualidad las provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz. Esta es la región que consideramos el núcleo de Tartessos y por ello es la que estudiaremos en profundidad en las siguientes páginas. No obstante, hay historiadores que toman otras zonas de Andalucía, de Córdoba o Málaga concretamente, como pertenecientes al entorno tartésico. Dejaremos de lado también el área periférica, principalmente Extremadura, aunque la mencionaremos en alguna ocasión, puesto que recibía influencias de la civilización tartésica y se puede observar la llegada a esos parajes de productos orientalizantes, es decir, de inspiración oriental. Tampoco trataremos aquí el territorio portugués, que se utiliza en ocasiones para explicar la situación tartésica por comparación, puesto que recibe también una influencia fenicia muy importante y los descubrimientos realizados en esta área en los últimos años nos aportan numerosos datos. Sin embargo, no se daban exactamente las mismas condiciones en ambos lugares.

Aunque aquí utilizamos el nombre de Tartessos para referirnos a esta civilización, esta palabra puede aparecer escrita de muy diferentes modos, sin que por ello se refiera a realidades distintas. «Tartesos» o «Tarteso», usadas por otros investigadores, son denominaciones igualmente admisibles, y la diferencia de uso de una palabra o de otra está motivada sólo por transcribir de manera diversa el original del griego. «Tartessos» es un nombre de origen heleno, y desgraciadamente desconocemos cómo se denominaban los tartesios a sí mismos o cómo llamaban a sus ciudades. Los nombres de los yacimientos que se irán mencionando son por tanto actuales. Los tartesios no nos dejaron sus relatos ni sus pensamientos. La visión que a través de los escritos ha sobrevivido hasta nuestros días es la que sobre ellos tenían otras sociedades.

Por otra parte, es necesario advertir que si bien nos referimos a Tartessos como civilización, el lector no debe imaginarse un pueblo similar a los egipcios, mesopotámicos, incas, mayas u otros constructores de grandes maravillas que tenían una organización sociopolítica y económica muy fuerte y estructurada. Durante años se buscó la ciudad de Tartessos de la que hablaban los escritores grecolatinos, la que sería la capital del imperio, sin éxito. Se llegó a la conclusión de que era un esfuerzo inútil mientras otros temas de la investigación sobre esta civilización tuvieran más urgencia, puesto que era mucho lo que se desconocía. Todo ello no significa que Tartessos sea menos interesante o espectacular, tal y como tendremos oportunidad de comprobar. Quizás no ofrezca la misma magnificencia que los pueblos que acabamos de mencionar, aunque llegó a ser muy próspero y a poseer una personalidad propia e inconfundible. Su característica más destacable era ser como un crisol, una sociedad donde se mezclaban de forma única elementos culturales de muy distinta procedencia: indígenas, fenicios e incluso griegos colaboraron en la conformación de este pueblo. La época que les tocó vivir a los tartesios fue además un tiempo increíble, donde los contactos entre pueblos comenzaron a ser más estrechos, fluidos y constantes. Se trata de la época que asentó los antecedentes del imperialismo cartaginés y romano. Desde comienzos del primer milenio antes de Cristo todo el Mediterráneo compartió un mismo destino. La orientalización, como decíamos antes, se extendió por todo este mar y supuso una de las primeras y más primitivas formas de «globalización».

Recurriremos a todos los datos disponibles para reconstruir la vida de los tartesios. No sólo nos referiremos a los grandes acontecimientos que hicieron cambiar la historia de este pueblo y de aquellos con los que tenía algún tipo de contacto, sino también a su existencia cotidiana, las costumbres o creencias que compartían todos los habitantes del Bajo Guadalquivir en este período, fuera cual fuese su posición dentro de la escala social. Para ello nuestras fuentes serán tanto las escritas como las arqueológicas (los únicos restos que nos dejaron directamente, ya que no nos

legaron relatos impresos), e incluso las comparaciones etnográficas entre tartesios y otras sociedades actuales que comparten ciertas características con ellos.

Comenzaremos la historia de este fascinante pueblo hablando de su propio pasado. Pensar sobre el tiempo es algo universal en el ser humano. Cada sociedad tiene unos ancestros y unas costumbres antiguas que determinan en parte su forma de ser como colectivo y la de sus miembros como individuos. Si sabemos cuáles son las raíces de una civilización, nos resultará más fácil llegar a comprenderla. Continuaremos analizando a fenicios y griegos, que eran quienes mantuvieron un contacto más directo con Tartessos e intervinieron en su cultura de una u otra forma. Una vez que conozcamos la manera en la que se configuró esta civilización, tanto por sus raíces como por los elementos exógenos con los que se mezcló, estaremos en disposición de describir sus características. Para ello dedicaremos primero un capítulo entero a ver sus vestigios materiales, aquellos restos que los arqueólogos han ido encontrando en sus incesantes investigaciones desde que se iniciaran a finales del siglo XIX y que son las fuentes en que nos basamos principalmente para desentrañar la realidad tartésica. Detallaremos su economía, su política y su sociedad, y nos acercaremos a su ideología intentando comprender su mundo religioso y funerario. Entender el mundo de las creencias, sin embargo, es el reto más difícil, puesto que al no existir referencias escritas, nos vemos obligados a aproximarnos al pensamiento de los tartesios a través de los objetos materiales que utilizaron y que han sobrevivido al paso del tiempo. Llegar a la mente, algo inmaterial, a través del objeto es muy complicado. Tras asistir al nacimiento y desarrollo de este pueblo, hablaremos sobre su ocaso. Todas las grandes civilizaciones de la historia han acabado pereciendo y Tartessos no fue una excepción. Su caída, no obstante, no fue tan catastrófica como en ocasiones se ha supuesto. El contexto internacional varió y los moradores del Bajo Guadalquivir debieron adaptarse a las nuevas circunstancias para sobrevivir.

Deseamos que este libro despierte en el lector un deseo de conocimiento sobre esta apasionante civilización y sobre los otros pueblos del Mediterráneo que coexistieron con ella y que en la presente obra solamente pueden ser mencionados de pasada y superficialmente. Para este período, tanto las fuentes escritas como las epigráficas o arqueológicas son suficientemente profusas como para descubrirnos complicadas tramas internacionales y relatos legendarios de los héroes y de los más aclamados gobernantes tanto de Oriente como de Occidente. Esperamos que tras la lectura de las siguientes páginas nazca la curiosidad por saber lo que sucedió en el mundo en este momento, hace miles de años, pues atrevernos a leer sobre el pasado y seguir excavando en la historia de la humanidad nos ayuda a comprender cómo hemos llegado hasta aquí. Conocer la historia es conocernos a nosotros mismos.

1

Tartessos y la Atlántida: las fuentes escritas

La labor de los historiadores para reconstruir la historia de Tartessos ha sido bastante complicada, puesto que en esta civilización se han mezclado con el paso de los siglos historia y enigma, realidad y mitología.

El nombre de «Tartessos» nos ha llegado a través de las obras escritas por los autores clásicos, tanto griegos como romanos. Las fuentes antiguas nos han transmitido, aunque no de un modo muy preciso y extenso, ciertos aspectos de esta civilización. Algunas de las noticias son de tipo histórico. Otras de estas narraciones, sin embargo, son de carácter mitológico y han ayudado a aumentar durante mucho tiempo el halo de misterio y las incógnitas que rodean a esta sociedad, lo que la ha hecho muy atractiva, pero también confusa. No obstante, detrás de esos mitos existe la historia de un pueblo y de las personas que lo formaban, personas que nacían, comían, trabajaban y morían, y que nos han dejado vestigios de sus acciones. Son más de dos mil quinientos los años que nos alejan de ellas y, sin embargo, a través de la historia y la arqueología podemos acercarnos a su mundo y a su vida como si miráramos desde una ventana.

El espacio y el tiempo son los que nos definen la historia de una civilización. Un acontecimiento siempre ocurre en un lugar concreto y en un momento determinado. Para conocer qué es Tartessos, cuál fue su historia y qué características tenía esa sociedad tan alejada cronológicamente de nosotros, debemos marcar sus límites espacio-temporales, los límites que la ubiquen en un entorno específico, el espacio geográfico donde esas personas desarrollaron sus actividades diarias y cotidianas, y también los límites que la sitúen en una cronología concreta, que nos digan cuáles fueron sus orígenes y cuál su final, y qué otras sociedades con las que pudieron relacionarse fueron contemporáneas a ella.

Los límites espacio-temporales de Tartessos

Geografía tartesia

Tartessos tiene en las fuentes escritas muchos significados. Los autores clásicos se refieren a ella en ocasiones como una ciudad, en otras como un río y en otras ocasiones es una región. A lo largo de la historia de la investigación sobre Tartessos, muchos de los estudiosos han buscado la ciudad en ubicaciones distintas. Sin embargo, no se han encontrado por el momento unos restos arqueológicos que se puedan vincular fehacientemente con Tartessos como ciudad.

No existe tampoco una frontera definida que nos diga cuáles son las demarcaciones exactas del territorio de Tartessos. Los límites son bastante difusos. No obstante, podemos afirmar que ocupaba el Bajo Guadalquivir y su área circundante, donde desarrollaría su influencia. Es decir, se ubicaba en la zona suroccidental de la península ibérica, extendiéndose aproximadamente por las actuales provincias andaluzas de Huelva, Sevilla y Cádiz.

Tartessos se localizaba al oeste del estrecho de Gibraltar, conocido antiguamente como las Columnas de Hércules. Esa zona se convirtió en el nexo de unión entre el mundo mediterráneo y el mundo atlántico, y entre el litoral costero, lugar principal de la implantación colonial fenicia, y el interior de la península ibérica. (Mapa de la autora).

Asimismo podemos encontrar relaciones muy estrechas de este ámbito tartésico con otras zonas cercanas como Portugal, Extremadura y, remontando el valle del Guadalquivir, Córdoba y otras

regiones del oriente de Andalucía. Los contactos con todas estas regiones son constatados por la arqueología. De hecho, en la zona portuguesa, las investigaciones y excavaciones arqueológicas que se han venido realizando en los últimos años muestran que esas relaciones con el mundo fenicio-tartésico son incluso más intensas de lo que se presuponía.

El territorio de lo que llamamos núcleo tartésico se encuentra por tanto articulado por el río Guadalquivir, llamado Betis por los romanos cuando conquistaron Hispania. Es este el río que las fuentes escritas llaman también Tartessos. Su valle es sumamente apto para la agricultura, pues se trata de una tierra rica y fértil para el cultivo. El mismo río Guadalquivir y sus afluentes son además vías de comunicación fluviales que sin duda tuvieron gran importancia ya en aquella época.

Dentro de los márgenes del territorio tartésico, en su zona norte, se sitúa Sierra Morena. Su valor viene determinado por el hecho de que era allí donde podían encontrarse la plata y el cobre que explotó Tartessos, cuya riqueza mineral se nombra con frecuencia en las fuentes escritas. En esta zona montañosa, la práctica agrícola no estaba tan favorecida como en el valle del Guadalquivir, puesto que los suelos son más pobres. Su importancia económica se deriva sin duda de los metales que pueden sustraerse y, probablemente, del aprovechamiento ganadero, sin olvidar su importancia geoestratégica como zona de paso. Los ríos que nacen en esas montañas y desembocan en el Guadalquivir forman valles que se han convertido en rutas de comunicación. De esta forma se conecta Tartessos con lo que hoy es Extremadura, donde se han encontrado vestigios arqueológicos de las relaciones entre ambas zonas. De estas rutas de paso quizá la más conocida sea la Vía de la Plata, que en época romana conectaba Sevilla con Astorga, en la provincia de León, como una prueba más de que los romanos aprovechaban normalmente las rutas y caminos que ya eran usados desde tiempos prehistóricos por las gentes a las que conquistaban.

La variedad de los ambientes geográficos permitía a los tartesios obtener recursos muy diferentes. Eran particularmente importantes el valle del Guadalquivir, muy fértil para la agricultura, y Sierra Morena, de donde extraían metales. Además, su litoral les ofrecía la posibilidad de comunicarse con otros pueblos como los fenicios por vía marítima (la más rápida de la Antigüedad). (Mapa de la autora).

Además del territorio interior debemos hablar del área que mira al mar. Tartessos contaba con una línea costera importante. Su litoral colocaba a esta civilización en contacto con los grandes estados del Mediterráneo de ese momento, haciéndola accesible a las rutas de comercio e intercambio, que en gran medida se realizaban por vía marítima. Las costas son también lo primero que veían los colonizadores al llegar a un nuevo lugar. La morfología geográfica del litoral marítimo determinaba dónde fundaban estos una nueva ciudad, es decir, una colonia, pues buscaban un sitio en el que existiera un buen puerto natural que facilitara el establecimiento permanente. En el caso del sur de la península ibérica, la costa mediterránea es bastante accidentada, lo que hace que sean pocos los lugares en los que se pueda atracar un barco, a diferencia de las costas atlánticas andaluzas. Fue en estas costas atlánticas más accesibles donde se fundó Gadir, que es en la actualidad la ciudad de Cádiz, y que fue una de las colonias fenicias más importantes de la península ibérica y la que mayores relaciones mantuvo con Tartessos.

Tartessos tiene por tanto una posición estratégica extraordinaria. Es capaz de conectar, gracias a las vías de comunicación, tanto terrestres como marítimas, ámbitos diferentes. Une el mundo colonizador fenicio con el interior de la península ibérica. A través del valle del Guadalquivir se comunicaba el suroeste peninsular con la zona de la Alta Andalucía, y existían también vías de comunicación que conectaban Tartessos con la costa mediterránea andaluza, por ejemplo con lo que hoy es el litoral malagueño. Asimismo, sirve de nexo entre el mundo mediterráneo y el mundo atlántico, pues está situado cerca del estrecho de Gibraltar junto al paso entre dos continentes, Europa y África, que ha sido un punto geoestratégico de sumo interés a lo largo de toda la historia. En la Antigüedad, esa importancia se observa en el nombre por el que fue conocido por los griegos, y más tarde por los romanos: las Columnas de Hércules, nombre que confería al lugar una sombra de mitología y sacralidad.

A la izquierda podemos ver la costa sevillano-gaditana actual. La imagen de la derecha es una reconstrucción aproximada de la misma costa hace unos tres mil años. Caura (la actual Coria del Río) era, como otros asentamientos en aquella época, un lugar costero, por lo que al poder tener navegación marítima estaba mucho mejor conectada con cualquier otro punto del litoral.
(Mapa de la autora).

No obstante, el territorio ha cambiado mucho a lo largo de estos tres últimos milenios. Lo que nosotros vemos es diferente de lo que un tartesio o un fenicio podían observar. La geografía de Tartessos no es la misma en la actualidad y las líneas de costa son las zonas que más se han modificado. Estas pueden variar por diversos motivos, ya sea por la erosión o sedimentación, los movimientos tectónicos de la tierra, o las variaciones del propio nivel del mar, al igual que pasa con el hielo o el deshielo de los casquetes polares.

De esta forma, diversas investigaciones, en las que han trabajado codo con codo geólogos, arqueólogos y especialistas procedentes de otras disciplinas, han podido determinar que Gadir, unida hoy en día a tierra firme para constituir una pequeña península, fue hace aproximadamente tres mil

años una isla; y el mar llegaba casi hasta la actual ciudad de Sevilla, conformando lo que las fuentes escritas grecolatinas llaman el lago Ligustino. Desde entonces, la tierra ha ganado al mar en esta zona unos sesenta kilómetros.

La geografía puede influir mucho en el desarrollo histórico de una sociedad. En el caso de Gadir, los medios de transporte marítimos eran de suma importancia, puesto que eran los únicos posibles para comunicarse con otras ciudades. Asimismo, diversos asentamientos situados hoy en día en suelo sevillano tendrían un contacto más directo con los colonizadores de lo que aceptaríamos observando la geografía actual, puesto que en aquel momento estarían situados a orillas del mar y servirían de enlace con las poblaciones del interior.

Origen y final de una civilización

Tartessos, como la sociedad rica y próspera que nos describen los autores clásicos, no se formó probablemente hasta el siglo VIII a. C., aunque quizás pueda retrotraerse hasta el siglo IX a. C., según las últimas investigaciones arqueológicas. Este es el momento en que los contactos coloniales con los fenicios se hacen más fuertes y permanentes. Sin embargo, hay una continuidad con la sociedad anterior situada en el suroeste peninsular, por lo que muchos investigadores denominan Tartessos también a la sociedad precolonial existente. Sería esta sociedad la que, con los contactos coloniales, cambió en parte su estructura social y política, haciéndose más compleja. Es decir, se dividió en grupos de menor a mayor poder y preeminencia social, y también hubo una división entre las personas según el trabajo que realizaban.

Así, el esplendor y la riqueza que obtuvieron los tartesios fue en gran medida consecuencia del comercio y las relaciones mantenidas con los colonizadores fenicios procedentes de Tiro que se asentaron en Gadir. La sociedad, que siglos antes había estado organizada en tribus y gobernada por jefes guerreros, se haría más compleja al contacto con los tirios hasta configurar un estado monárquico, aunque sus características son muy diferentes de lo que entendemos por monarquía en el presente. En los siglos VII y VI a. C., Tartessos era una civilización con una estructura social jerarquizada, a cuya cabeza se situaba un rey –Argantonio es el único nombre que nos ha llegado a través de las fuentes escritas– y una élite aristocrática. Poco después, los acontecimientos ocurridos en el Mediterráneo provocarán un cambio en el equilibrio de poderes; los cartagineses tendrán a partir de entonces mayor presencia en detrimento de los fenicios. Esta nueva situación obligó a Tartessos a adaptarse a ese escenario y a dedicarse a otras actividades económicas. Es en ese momento cuando disminuyó la explotación minera en favor de la agrícola y, a partir de entonces, la península ibérica será más conocida por los productos agrícolas y, como los romanos destacaron posteriormente, será tierra de exportación de salazones, vino, aceite, etcétera.

El final de Tartessos se produjo en la segunda mitad del siglo VI a. C., momento en el que tuvieron lugar una serie de acontecimientos que afectaron a todo el Mediterráneo. En primer lugar, Tiro se rinde en el año 573 ante los babilonios. Tiro era la metrópoli de muchas de las colonias fenicias, entre ellas Gadir, ciudad que como hemos apuntado ya mantiene una relación muy estrecha con Tartessos. En el año 546 Focea, ciudad griega de Jonia situada en la costa occidental de la actual Turquía, es conquistada por los persas. Asimismo, en el año 535 la flota focense se enfrenta en

Córcega, en la batalla de Alalia, a una coalición de etruscos y cartagineses. En este choque, Focea sale victoriosa, pero a un alto precio, pues su propia flota resulta muy dañada, lo que provoca la disminución de la participación griega en los intercambios comerciales. Comienza entonces la época de supremacía de Cartago en el Mediterráneo occidental.

A lo largo de los siguientes siglos el equilibrio de poderes volverá a cambiar, y los romanos, que en época tartesia acababan de fundar la ciudad de Roma, derrotarán a los cartagineses. De esta manera, obtuvieron el dominio de todo el Mediterráneo al que llamarán por ello *mare nostrum,* 'nuestro mar'. Tartessos evolucionará y, bajo dominio cartaginés primero y romano después, los tartesios se convertirán en otro pueblo diferente: los turdetanos. Los escritores de la época romana nos han transmitido diversas noticias sobre estos descendientes de los tartesios.

TARTESSOS EN LAS FUENTES ESCRITAS: MITOLOGÍA E HISTORIA

Las fuentes escritas que de uno u otro modo mencionan a Tartessos son numerosas; sin embargo, la extensión de dichas referencias no es tan abundante y su validez es reducida. En algunas ocasiones tan sólo se nombra Tartessos, aportando escasa información sobre el tema y haciendo bastante difícil la tarea de los historiadores. Otras referencias son simplemente míticas, y aunque a través del mito podamos desentrañar parte de la realidad, esto habitualmente ha traído más confusión que claridad a los problemas historiográficos abiertos.

Tartessos y la Biblia

Una de las cuestiones más tratadas y debatidas por los investigadores es si el nombre de Tarsis, que aparece en la Biblia con cierta frecuencia, se refiere a Tartessos o no.

En el Antiguo Testamento la palabra «Tarsis» se cita varias veces, aunque sus significados son diferentes. En unas ocasiones se refiere a un lugar, en otras es un tipo de embarcación; otras veces, sin embargo, es un nombre propio de persona, por ejemplo el biznieto de Noé. En los siglos XVIII y XIX, muchos estudiosos explicaban el origen del poblamiento en España tras el diluvio universal basándose en este personaje. A la península ibérica habría llegado Tarsis, descendiente de Noé, y habría dado nombre al pueblo tartesio.

En los inicios de la investigación histórica nadie se planteaba poner en duda nada de lo que aparecía en la Biblia, pues era palabra de Dios. La ciencia estaba influida por la religión de un modo determinante. Todos los estudios se hacían basándose en lo que este libro sagrado exponía. De esta forma, como señalábamos en la Introducción, se pensaba que la Tierra tenía una edad de seis mil años de antigüedad, y no fue hasta que los estudios geológicos se desarrollaron en el siglo XIX cuando se vio que la edad de la Tierra era de millones de años. En las últimas décadas los textos bíblicos han sido sometidos a diversos análisis de tipo histórico, y se han utilizado como fuente válida tan sólo una vez que se han apartado los aspectos que pertenecen a la tradición de un pueblo concreto, el judío, desde cuya óptica se escribió.

En el sentido geográfico del término, cuando el nombre de Tarsis aparece en la Biblia parece referirse en algunas ocasiones a una ciudad situada en Oriente y otras veces a una ciudad situada en Occidente, aunque, por supuesto, no todos los investigadores están de acuerdo con ello. En cualquier caso, no sería la primera vez que diferentes ciudades coinciden en su topónimo.

Se argumenta que las referencias pueden corresponder a dos ciudades distintas por la diferencia de los productos objeto de comercio que se nombran en las citas bíblicas. En algunas de ellas, estos productos son de carácter más exótico como los mencionados en el primer libro de los Reyes: «Pues

la flota del rey se hacía a la vela, e iba la flota de Hiram una vez cada tres años a Tarsis a traer de allí oro y plata, y colmillos de elefante, y monas, y pavos reales» (I Reyes 10, 22). Sin embargo, otras de las citas nombran productos que se corresponden mejor con el Tartessos de la península ibérica, como la del libro de Ezequiel, cuando en su segunda profecía contra Tiro afirma: «Los de Tarsis comerciaban contigo, henchían tus mercados con gran copia de toda suerte de riquezas: de plata, de hierro, de estaño y de plomo. Grecia, Túbal y Mosoc también negociaban contigo, trayendo a tu pueblo esclavos y artefactos de cobre» (Ezequiel 27, 12-13).

No todas las referencias a Tarsis en la Biblia tienen la misma validez para la reconstrucción histórica, pues algunas de ellas apenas lo mencionan sin aportar casi ninguna información. Un ejemplo de esto sería la cita que aparece en el libro de Jonás cuando habla de su huida: «Jonás, empero, tomó el camino de Tarsis, huyendo del Señor; y así que llegó a Jope, halló una nave que se hacía a la vela para Tarsis; pagó su pasaje, y entró en ella con los demás para llegar a Tarsis, huyendo del Señor». (Jonás 1, 3)

La polémica sobre la identificación entre Tarsis y Tartessos está lejos de ser superada. Aun existiendo investigadores que no creen que sean la misma ciudad, en los últimos años más especialistas han visto una correlación entre ambas, al menos para algunas de las citas. Filológica y etimológicamente es difícil probar esa relación, pero existen ciertos apuntes, como la referencia a los metales, la estrecha relación con los tirios, la mención a otros lugares del Mediterráneo como Grecia en el mismo contexto que al hablar de Tarsis, lo que hace por ejemplo Ezequiel, o la correlación cronológica (Jonás vivió en la primera mitad del siglo VIII a. C.), que nos llevan a pensar que en algunos momentos estas alusiones sí se refieren a Tartessos y nos muestran que existiría un comercio activo entre Tiro y esta zona del suroeste peninsular.

Tartessos mitológico

Son sin duda los relatos de tipo mitológico sobre Tartessos los que más han favorecido que creciera su interpretación enigmática. Sin embargo, siempre tras un examen detallado y riguroso, el mito puede ser utilizado por los historiadores para la reconstrucción histórica de un pueblo. Los relatos mitológicos siempre encierran una parte de realidad. Son la tradición oral de una sociedad, y su creación y transmisión en el tiempo tienen diversas funciones. Este tipo de narraciones legendarias justifican el orden sociopolítico establecido de una civilización, al que se habría llegado a través de los actos heroicos de sus ancestros, y sirven también como elemento de cohesión de la comunidad, que tiene un pasado común. Tartessos cuenta con diversos relatos míticos, algunos de los cuales están influidos por otras tradiciones del Mediterráneo, como las del mundo griego. Los principales son los que presentamos a continuación.

Gerión

Nos han llegado referencias de este mito a través de muchos autores, por lo que podemos encontrarnos con versiones un poco diferentes, incluyendo el lugar geográfico donde se ubica la acción. Los griegos colocaban sus mitos en las zonas que les eran más extrañas. En cuanto se produjo su expansión geográfica a través de la creación de colonias por todo el Mediterráneo, sus mitos buscaron localizaciones más alejadas, más allá de sus fronteras conocidas.

El primero que habló de Gerión fue el escritor griego del siglo VIII a. C. Hesíodo, en su obra *Teogonía,* donde relata en verso el origen del universo y la genealogía de los dioses, según el punto de vista de los antiguos griegos. Pero el primer poeta que lo sitúa en Tartessos es Estesícoro de Himera a finales del siglo VII a. C., cuyo relato llegará hasta nosotros a través de autores como el geógrafo griego de época romana Estrabón (s. I a. C. - s. I d. C.), quien lo usó como fuente para escribir su libro *Geografía,* obra que es considerada una de las mejores de su género y en la cual describe el mundo que se conocía en su época. Otros autores que nos cuentan su historia o nos lo mencionan son Avieno o Heródoto, de los que hablaremos más adelante.

El tema mitológico de Gerión fue relatado por diferentes autores y nos han llegado varias representaciones del mismo: sobre

cerámicas, en mosaicos o esculturas. En esta ánfora griega de figuras negras, datada hacia el 550-540 a. C. y cuyo original se conserva en el parisino Museo del Louvre, aparecen luchando Hércules a la izquierda, y a la derecha, con tres cuerpos y tres escudos para proteger cada uno de ellos, Gerión. (Foto de la autora).

Teniendo en cuenta todas las fuentes, la reconstrucción de la historia mítica sería la que sigue. El rey Gerión era un gigante de tres cabezas, o tres cuerpos unidos por el vientre, según las versiones. Habría nacido junto a las fuentes inagotables del río Tartessos, de raíces de plata, en la cavidad de una roca. Tenía un rebaño de bueyes del que Euritión era su pastor y Orto, que tenía dos cabezas, su perro guardián. Como puede verse, los relatos nos presentan a Gerión como un personaje poseedor de una gran riqueza, dueño de rebaños de bueyes y con metales preciosos a su alcance. Uno de los doce trabajos de Hércules, el décimo concretamente, era robar ese ganado. Este héroe, Heracles para los griegos y Hércules para los romanos, al pasar por el que en la actualidad llamamos estrecho de Gibraltar, levantó dos pilares, uno en Europa y otro en África, formando el estrecho, que por eso en la Antigüedad se conocía como las Columnas de Hércules, algo que ya hemos comentado. Hércules mató al pastor y al perro. Gerión, al enterarse de lo sucedido, y a pesar de que su madre le pidió que no luchara con Hércules, fue al encuentro del héroe griego y este acabó también con su vida.

Existe otro mito que está relacionado con este y que nos ha sido transmitido por el historiador griego del siglo I a. C. Diodoro Sículo, según el cual Hércules habría dejado parte de los bueyes robados a un reyezuelo de algún pueblo de la península ibérica (Diodoro Sículo no especifica cuál). Este los aceptó y los sacrificó en honor al héroe, y cada año sacrificaba un toro, el más hermoso, a modo de agradecimiento, de modo que en Iberia (nombre con el que los griegos conocían a la península ibérica) los toros eran animales sagrados. Este autor escribe en época muy posterior a Hesíodo, lo cual nos indica que el mito de Gerión, como otros relatos de carácter mitológico, se mantuvo largamente en el tiempo.

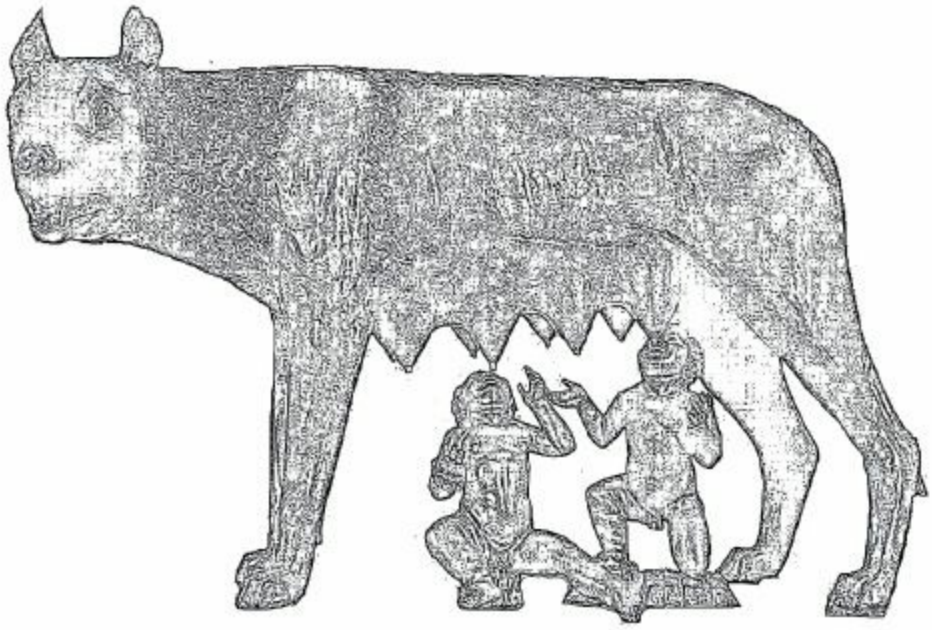
Gárgoris y Habis

Gerión es uno de los reyes míticos de Tartessos. Los otros reyes míticos que nos transmiten las fuentes escritas son Gárgoris y Habis, que a diferencia de Gerión son reyes civilizadores y legisladores que ayudan a que su pueblo prospere. Este tipo de mitos en los que aparece un héroe civilizador es frecuente en la tradición grecolatina. Un ejemplo es el mito del dios Prometeo, que dio a los hombres el fuego, o el de Triptólemo, un semidiós, hijo de la diosa Deméter, que según las narraciones épicas enseñó la agricultura a los griegos.

El mito de Gárgoris nos ha sido transmitido por el historiador latino del siglo II d. C. Justino. Gárgoris, según su relato, fue el primer rey y como rey civilizador descubrió el aprovechamiento de la miel. Tuvo un niño con su hija. Temiendo el castigo por el incesto, quiso matar a su propio hijo exponiéndolo a diversos peligros. En un primer momento le abandonó en el bosque, pero las bestias le amamantaron y el bebé sobrevivió. Después lo arrojó a un sendero por donde pasaban los rebaños para que fuera pisoteado. Al ver que así tampoco había muerto, lo echó a los perros y a los cerdos, a los que había dejado varios días sin comer. Finalmente, el vástago fue arrojado al mar, tras lo cual le dieron por muerto. Sin embargo, fue devuelto a la orilla y una cierva lo cuidó y amamantó (como a los famosos Rómulo y Remo, fundadores míticos de Roma, a quienes crió una loba), de manera que

se convirtió en un muchacho veloz y fuerte. Pasados algunos años fue capturado y entregado como presente al rey. Este le reconoció, y al ver que se había salvado de tantos peligros y desventuras le nombró su sucesor, llamándole Habis. Habis fue un rey sabio que dio leyes a su pueblo. En dichas leyes, según cuenta Justino, prohibía los trabajos serviles al pueblo, aunque los investigadores han convenido en que se refiere en realidad a las élites y no a todo el pueblo, lo que indica además una diferenciación social. Habis enseñó también a sus súbditos a usar el arado unciéndolo a los bueyes y a cultivar los alimentos. Asimismo, dividió a la plebe en siete ciudades. Cuando Habis murió, sus sucesores conservaron el reino durante muchos años.

Los reyes tartesios, y después los turdetanos, utilizarían este relato para legitimar su poder. Ellos serían los descendientes de Habis y tendrían por tanto un antepasado héroe con el que compartirían su sangre. ¿Quién mejor para gobernar y guiar al pueblo? La narración sancionaría de este modo la sucesión en el trono de la familia real.



Ser amamantado por un animal es una característica compartida por héroes de diferentes civilizaciones. Habis fue amamantado por una cierva, los fundadores de Roma, Rómulo y Remo, a quienes vemos representados en la imagen, por una loba, la heroína griega Atalanta por una osa y el rey persa Ciro II por una perra.

No es descabellado pensar que el origen inicial del mito de Gerión fuera griego, pues en su historia aparece desde el principio parte de la genealogía de los dioses griegos, ya que según Hesíodo, Gerión era hijo de Crisaor y, por tanto, nieto de Poseidón y Medusa. Sin embargo, Gárgoris y Habis tendrían casi con total seguridad un origen tartesio. No obstante, los elementos del relato comunes a otras mitologías (como las características casi sobrehumanas de los héroes) aparecen en civilizaciones diferentes, por lo que es difícil pensar que tengan un solo origen, aunque la acción se desarrolla en un escenario propio y local.

Nórax

La historia de Nórax es otro de los relatos míticos que tienen alguna relación con Tartessos. Dos son los autores clásicos que en sus obras mencionan a Nórax. Uno de ellos es el geógrafo griego del siglo II d. C. Pausanias, quien en el libro décimo de su obra *Descripción de Grecia* nos habla de él diciéndonos que «cruzaron los íberos a Cerdeña con Nórax como jefe de la expedición y fundaron la ciudad de Nora. Recuerdan que esta fue la primera ciudad en la isla. Dicen que Nórax era hijo de Eritea, hija de Gerión, y de Hermes» (Libro X, 17, 5). El otro autor que le menciona es el gramático romano Solino, que escribe hacia el siglo III o IV d. C., y nos narra lo que sigue:

> También está bastante divulgado en qué mar se halla situada Cerdeña, que en Timeo encontramos con el nombre de Sandaliótide y en Crispo con el de Icnusa. No hay, pues, por qué decir que Sardo fue engendrado por Hércules y Nórax por Mercurio, cuando llegaron hasta estos confines, el uno procedente de Libia, el otro viniendo desde Tartessos, en Hispania, y que de Sardo recibió la isla su nombre, de Nórax la ciudad de Nora.
>
> *Colección de hechos memorables (4, 1)*

Nórax tiene, como podemos observar, ascendencia divina. Es común en la mitología que los dioses se mezclen con los mortales, lo que además legitima una posición preeminente en la sociedad a aquel que se declara descendiente de una divinidad. El faraón de Egipto era también dios y muchos emperadores romanos se convertían en dioses a su muerte, por lo que eran venerados posteriormente. La intención era la misma: marcar su lugar en la cúspide de la sociedad, a la que difícilmente podría llegar el resto del pueblo.

Por otra parte, el relato atribuye a Nórax la fundación de Nora, ciudad situada en la isla de Cerdeña. Es imposible comprobar que esto sucediera realmente, pero sí es cierto que la arqueología ha mostrado que existen relaciones entre Tartessos y Cerdeña desde el segundo milenio antes de Cristo.

Terón

El mito de Terón lo recoge el escritor y gramático latino Macrobio en sus *Saturnalia,* donde nos cuenta que:

> A partir de una acción realizada en otro territorio se recoge un testimonio no poco valioso. Pues, al disponerse Terón, rey de la Hispania Citerior, fuera de sí, a conquistar un templo de Hércules, tras armar una flota, los gaditanos acudieron en su contra embarcándose en naves de guerra e iniciado el combate; mientras la lucha se mantenía en equilibrio, repentinamente las naves reales viraron para huir y a la vez, acometidas por un fuego súbito, se incendiaron. Poquísimos de los que sobrevivieron, capturados por el enemigo, indicaron que aparecieron unos leones sobre las proas de la escuadra gaditana y que de improviso sus naves ardieron al recibir el impacto de unos rayos semejantes a los que se pintan en la cabeza del sol.
>
> *Saturnalia* I, 20, 12

El texto no está exento de problemas, como casi todas las fuentes antiguas. Macrobio escribe hacia el 400 d. C., por lo que habría pasado casi un milenio desde el final de Tartessos, aunque es habitual que los autores clásicos se basaran en obras anteriores. En este relato concreto el problema es la alusión a la Hispania Citerior, puesto que en época romana el entorno geográfico de lo que fue Tartessos se incluía en la Hispania Ulterior, por lo que la relación entre Terón y Tartessos no está clara. Hay estudiosos que creen que es una confusión y otros que Terón sería un rey del sureste peninsular que tal vez intentara reunificar el reino de Tartessos. También debemos tener en cuenta que Macrobio nos habla de Terón de modo tangencial, puesto que su verdadera intención era presentar a Hércules y su relación con el sol, no escribir sobre Tartessos ni sobre Gadir. En cualquier caso sí nos es útil conocer que Gadir hubo de enfrentarse con otros pueblos, sea cual sea el origen de Terón.

Platón y la Atlántida

En numerosas ocasiones se ha relacionado la Atlántida de Platón con Tartessos. Algunos autores, muy minoritarios, opinan todavía que esa relación existe. Sin embargo, aunque puedan encontrarse ciertas semejanzas, nada indica que la Atlántida de Platón sea Tartessos.

Platón es filósofo, no historiador o etnógrafo. De su teoría filosófica destaca el idealismo. Así como Aristóteles, el otro gran filósofo griego, y discípulo de Platón, explica en su *Política* los diferentes sistemas de gobierno que existen en las diferentes polis en el momento en que escribe, Platón expone un sistema de gobierno ideal como modelo que debiera instaurarse, pero no recurre a ejemplos concretos y reales. Para ilustrar y explicar mejor sus teorías, utiliza relatos mitológicos y fábulas.

Dos son las obras de Platón en las que nos habla de la Atlántida: *Timeo* y *Critias,* ambas escritas en el siglo IV a. C. En la primera, *Timeo,* la mención es corta, pero puede considerarse un buen resumen. El relato, en boca de un sacerdote egipcio, es como reproducimos a continuación:

> En efecto, nuestros escritos refieren cómo vuestra ciudad [se refiere a Atenas] detuvo en una ocasión la marcha insolente de un gran imperio, que avanzaba del exterior, desde el océano Atlántico, sobre toda Europa y Asia. En aquella época, se podía atravesar aquel océano dado que había una isla delante de la desembocadura que vosotros, así decís, llamáis Columnas de Heracles. Esta isla era mayor que Libia y Asia juntas y de ella los de entonces podían pasar a las otras islas y de las islas a toda la tierra firme que se encontraba frente a ellas y rodeaba el océano auténtico, puesto que lo que quedaba dentro de la desembocadura que mencionamos parecía una bahía con un ingreso estrecho. En realidad, era mar y la región que lo rodeaba totalmente podría ser llamada con absoluta corrección tierra firme. En dicha isla, Atlántida, había surgido una confederación de reyes grande y maravillosa que gobernaba sobre ella y muchas otras islas, así como partes de la tierra firme. En este continente, dominaban también los pueblos de Libia, hasta Egipto, y Europa hasta Tirrenia. Toda esta potencia unida intentó esclavizar en un ataque a toda vuestra región, la nuestra y el interior de la desembocadura. Entonces, Solón, el poderío de vuestra ciudad se hizo famoso entre todos los hombres por su

> excelencia y fuerza, pues superó a todos en valentía y en artes guerreras, condujo en un momento de la lucha a los griegos, luego se vio obligada a combatir sola cuando los otros se separaron, corrió los peligros más extremos y dominó a los que nos atacaban. Alcanzó así una gran victoria e impidió que los que todavía no habían sido esclavizados lo fueran y al resto, cuantos habitábamos más acá de los confines heraclidas, nos liberó generosamente. Posteriormente, tras un violento terremoto y un diluvio extraordinario, en un día y una noche terribles, la clase guerrera vuestra se hundió toda a la vez bajo la tierra y la isla de Atlántida desapareció de la misma manera, hundiéndose en el mar. Por ello, aún ahora el océano es allí intransitable e inescrutable, porque lo impide la arcilla que produjo la asentada en ese lugar y que se encuentra a muy poca profundidad.
>
> *Timeo,* 24e-25d

La única relación que podemos encontrar en este fragmento entre Tartessos y la Atlántida es la situación de esta última más allá de las Columnas de Hércules, aunque la Atlántida, a diferencia de Tartessos, es una isla, que además acaba hundiéndose en el mar. Más allá de las Columnas de Hércules se localiza también el fin del mundo para los griegos, es el límite de la tierra conocida, donde se sitúan los mitos. Para Platón, el valor de la historia se encontraba en su carácter ilustrativo. En su relato incluye a Atenas, puesto que su filosofía estaba destinada a la educación de los atenienses. Intentaba conseguir que Atenas, su ciudad, tuviera el mejor régimen sociopolítico, en tanto que, por el contrario, la situación geográfica de la Atlántida no tendría para el filósofo griego importancia alguna.

Critias o La Atlántida es el libro donde Platón desarrolla con mayor profundidad su relato sobre dicho territorio mítico, aunque el texto es muy corto y está inconcluso. Se trata en gran medida de una narración mitológica, puesto que varios dioses del panteón griego son protagonistas activos de la historia. En esta obra la única relación que podríamos encontrar entre la Atlántida y Tartessos es la mención de Gadiro como hijo de Poseidón, a quien le tocaría la parte extrema de la isla, desde las Columnas de Hércules hasta la zona denominada Gadírica. Pero, aun asumiendo la identificación entre Gadírica y la colonia fenicia de Gadir por sus similitudes etimológicas, Gadir no es Tartessos, aunque en algunas fuentes clásicas se confundan. A partir de aquí, cualquier relación con el Tartessos que estudiamos es una coincidencia. La descripción geográfica que realiza Platón de la Atlántida no concuerda con la de Tartessos y tampoco se han encontrado vestigios arqueológicos en el suroeste peninsular de la magnitud que aparecen en *Critias*. La alusión a los metales o al régimen monárquico no es exclusiva de una zona determinada, por lo que concluir que hablar de los atlantes es lo mismo que hablar de los tartesios a partir de estos elementos es una afirmación vaga e inadecuada. Insistimos en que la intención de Platón es ilustrar y hacer más entendible su teoría filosófica, para lo que ubica su relato en un lugar que además coincide con el fin del mundo.

Todo lo que acabamos de ver es lo que explica de forma palmaria que casi ninguno de los investigadores que se dedican a Tartessos nombre siquiera a Platón a la hora de hacer una mención de las fuentes que hablan de esta civilización.

Tras haber analizado los principales mitos que se suelen relacionar con Tartessos, podemos entender la fama de riqueza, prosperidad y felicidad que en la Antigüedad tenía esta civilización. Así, encontramos referencias como la del poeta griego del siglo VI y V a. C. Anacreonte, transmitida por Estrabón: «No desearía ni el cuerno de Amaltea ni reinar ciento cincuenta años en Tartessos» (*Geografía,* III, 2, 14), refiriéndose a la longevidad de sus gobernantes por la prosperidad de su tierra.

Tartessos como referencia histórica

Las referencias históricas más conocidas sobre Tartessos son sin duda las que nos ha proporcionado Heródoto de Halicarnaso, el historiador y etnógrafo griego que escribe en el siglo v a. C. y es considerado el padre de la historia. Las primeras palabras de su obra, conocida precisa y simplemente como *Historia,* son las siguientes:

> La publicación que Heródoto de Halicarnaso va a presentar de su historia se dirige principalmente a que no llegue a desvanecerse con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres, ni menos a oscurecer las grandes y maravillosas hazañas, así de los griegos como de los bárbaros. Con este objeto refiere una infinidad de sucesos varios e interesantes, y expone con esmero las causas y motivos de las guerras que se hicieron mutuamente los unos a los otros.

En contraposición con el tipo de historia que venía escribiéndose con anterioridad a este autor, donde primaban las listas que enumeraban hechos y gobernantes, Heródoto busca también las causas de los acontecimientos. Se desplazó él mismo a los lugares sobre los que escribe para tener información de primera mano. En su narración incluye además las leyendas, costumbres y tradiciones de los pueblos que estudia. Por todos estos motivos, su *Historia,* además de tener un gran valor para la reconstrucción histórica, es muy amena y fácil de leer, pues tiene un buen hilo conductor y no es una mera acumulación de datos.

El único rey tartesio histórico que conocemos, dejando al margen los relatos mitológicos, es Argantonio y su nombre nos ha sido transmitido por Heródoto. Las noticias relativas a este monarca no son muy extensas, puesto que el mencionado autor griego escribía fundamentalmente sobre Grecia y las zonas más orientales. Sólo cuando existía alguna relación entre la historia narrada y Tartessos, nos hablaba de este último pueblo.

En una de las ocasiones en que menciona a Tartessos, Heródoto cuenta la travesía del comerciante samio Colaios. Sale Colaios con su barco de Samos, polis griega situada en una isla frente a las costas de Asia Menor, hacia Egipto, pero el viento:

> […] como no quisiese amainar, les obligó a pasar más allá de las Columnas de Hércules, y aportar por su buena suerte a Tartessos. Era entonces Tartessos para los griegos un imperio virgen y reciente que acababan de descubrir. Allí negociaron también con sus géneros, que ninguno les igualó jamás en la ganancia del viaje, al menos de aquellos de quienes puedo hablar con fundamento […]. Los samios, poniendo aparte la décima de su ganancia, que subió a seis talentos, hicieron con ella un caldero de bronce a manera de pila Argólica; alrededor de él había unos Grifos mirándose unos a otros, y era sostenido por tres colosos puestos de rodillas, cada uno de siete codos de alto: fue dedicado en el Hereo.
>
> *Historia,* 4, 152

Según este relato, la décima parte de las ganancias, que correspondía a más de ciento cincuenta kilogramos de plata, se consagró a Hera en su santuario. Una vez más, las riquezas que podrían obtenerse de Tartessos quedan reflejadas en las fuentes. En otro momento Heródoto habla de otra polis griega, Focea:

> Para decir algo de Focea, conviene saber que los primeros griegos que hicieron largos viajes por mar fueron estos focenses, los cuales descubrieron el mar Adriático, la Tirrenia, la Iberia y Tartessos, no valiéndose de naves redondas, sino sólo de sus «penteconteros» o naves de cincuenta remos. Habiendo llegado a Tartessos, supieron ganarse toda la confianza y amistad del rey de los tartesios, Argantonio, el cual ochenta años había que era señor de Tartessos, y vivió hasta la edad de ciento veinte; y era tanto lo que este príncipe los amaba, que cuando la primera vez desampararon la Jonia, les convidó con sus dominios, instándoles para que escogiesen en ellos la morada que más les acomodase. Pero viendo que no les podía persuadir, y sabiendo de su boca el aumento que cada día tomaba el poder de los medos, tuvo la generosidad de darles dinero para la fortificación de su ciudad, y lo hizo con tal abundancia, que siendo el circuito de las murallas de no pocos estadios, bastó para fabricarlas todas de grandes y labradas piedras
>
> *Historia,* 1, 163

En un momento en que pueden encontrarse colonias griegas y fenicias por todo el Mediterráneo, las relaciones entre las distintas potencias cobraban suma importancia. En este contexto de largos viajes buscando intercambios comerciales, Heródoto nos cuenta cómo los focenses alcanzan Tartessos y hacen amistad con Argantonio, del que nos destaca su longevidad. Este aspecto de la historia de Tartessos ha sido ampliamente debatido y algunos historiadores se han inclinado por la idea de que ese largo período de tiempo indique más una dinastía que el reinado de un solo monarca.

Las otras fuentes que mencionan a Tartesssos son más bien de tipo geográfico. De todos los autores de estas características, los más reconocidos son Estrabón y Avieno, que escriben en época romana pero cuyas fuentes son mucho más antiguas. Estrabón se basa en las obras de autores como Polibio, del siglo II a. C., o Posidonio, del siglo II-I a. C. Avieno, poeta latino del siglo IV d. C., toma como referencia un periplo massaliota (por la actual Marsella) del siglo VI antes de Cristo.

Estrabón dedica el tomo tercero de su *Geografía* a la península ibérica. Es en ese volumen en el que aparecen citas y referencias a Tartessos. La intención de esta obra es la presentación y enumeración de las diferentes ciudades y puntos geográficos de interés de Iberia, por lo que las citas referidas a Tartessos son breves, y algunas de ellas de carácter mitológico.

En el capítulo segundo de este volumen es donde Estrabón más nos habla sobre Tartessos y cuenta, por ejemplo, que el río Betis, el actual Guadalquivir, era llamado anteriormente Tartessos. Expone también parte del mito de Gerión, que ya hemos comentado, y utiliza la referencia de Heródoto para mencionar al rey Argantonio. Sin embargo, sus explicaciones están referidas más a los turdetanos que al mismo Tartessos. Al fin y al cabo eran los turdetanos y no los tartesios los coetáneos de Estrabón. En este sentido, este autor griego dice que a «los turdetanos se les considera los más sabios de los íberos: pues no sólo utilizan la escritura sino que poseen crónicas y poemas de antigua tradición, y leyes versificadas de seis mil años» (*Geografía,* III, 1, 6). La noticia de estas leyes en verso tan antiguas puede situar su creación en época tartesia, puesto que al fin y al cabo consideramos a los turdetanos como sus descendientes.

Avieno, por otra parte, en su obra *Ora maritima* describe las costas de la península ibérica. En ocasiones, sin embargo, sus datos son confusos y contradictorios, por lo que se cree que no visitó todos los lugares que detalla y utilizó otras fuentes para redactar su poema.

La mayoría de las informaciones de la *Ora maritima* son exclusivamente geográficas. Parte de la descripción que hace de la costa de Tartessos es la que a continuación recogemos: «Aquí se extienden las costas del golfo tartesio. Y del referido Anas a estos lugares tienen las embarcaciones

un día de camino. Aquí está la ciudad de Gadir, pues en lengua fenicia se llama Gadir a todo lugar cerrado. Ella fue llamada antes Tartessos, grande y opulenta ciudad en épocas antiguas, ahora pobre, ahora pequeña, ahora abandonada, ahora un campo de ruinas» (*Ora maritima,* versos 265-272).

Es representativo ver que Avieno cree que Gadir y Tartessos son la misma ciudad. Esta identificación ya aparecía también en otras fuentes, como en el naturalista, filósofo y escritor latino Plinio el Viejo, quien en su obra fundamental explica que «nosotros la llamamos Tartessos y los púnicos Gadir, lo que en lengua púnica significa reducto» (*Historia Natural,* 4, 120). Mientras, otros autores como Estrabón diferencian claramente las dos. No se sabe con precisión en qué momento se produjo esa confusión.

Por último, otras de las noticias que nos llegan a través de Avieno son que los tartesios tenían una isla consagrada a Noctiluca en Malaka, la actual Málaga (*Ora maritima,* versos 428-430), o que, por mar, desde Tartessos hasta la desembocadura del actual río Duero existían cinco días de viaje (*Ora maritima,* versos 162-164).

Además de los escritores de los que hemos hablado, existen otros autores que mencionan a Tartessos. Un ejemplo sería la cita del historiador y geógrafo griego del siglo VI a. C. Hecateo de Mileto que nos ha llegado a través del gramático griego del siglo VI d. C. Esteban de Bizancio, en la que dice: «Tartessos, ciudad de Iberia nombrada por el río que fluye de la montaña de la plata, río que arrastra también estaño» (Felix Jacoby, *Fragmente der griechischen Historiker [FGrH]* I, 38). Para no abrumar más al lector, y dado que las alusiones a Tartessos de los demás autores son referencias puntuales, escasas y no aportan mucha más información que las que nos transmiten los principales historiadores y geógrafos, no las incluiremos aquí.

Las fuentes escritas son sumamente importantes para los historiadores y a lo largo del tiempo se han sometido a diversos análisis y estudios. Además, nos permiten disfrutar de la visión que tenían los antiguos sobre su pueblo y los otros pueblos con los que se relacionaban. Leyendo las obras clásicas grecolatinas podemos acercarnos a su cultura, de la que somos herederos, y comprenderla.

En este capítulo hemos presentado las fuentes escritas que más información nos aportan para el estudio de Tartessos. En el futuro, a medida que profundicemos en su historia, volveremos a ellas, utilizándolas como referencia para ilustrar y comprender mejor los diferentes aspectos que conformaban su sociedad.

2

La Edad del Bronce: los antepasados de los tartesios

Esa imagen de una civilización próspera situada más allá de las Columnas de Hércules que nos llega a través de los escritos grecolatinos es, en realidad, el resultado de un largo camino recorrido por los tartesios. Los habitantes del Bajo Guadalquivir y zonas próximas interaccionaron con el mundo fenicio, al que conocieron a través de la colonización que emprendió este último. Para comprender la historia de Tartessos necesitamos acercarnos a cada elemento que conformaba su sociedad: sus rasgos propios y la presencia e influencia de gentes del Mediterráneo oriental. Iniciaremos esta tarea aproximándonos al sustrato indígena, es decir, a sus raíces, sus antepasados.

La época anterior a Tartessos es la Edad del Bronce. Para el suroeste peninsular, esta etapa abarcaría casi todo el segundo milenio antes de Cristo y los primeros siglos del primer milenio. En este capítulo nos centraremos principalmente en la última fase, la del Bronce Final, desde aproximadamente el cambio de milenio hasta la llegada de los fenicios.

De la Edad del Bronce a la Edad del Hierro

Una civilización no aparece de modo espontáneo en un lugar determinado, su historia es un proceso, una cadena de transformaciones. Por esta razón, el conocimiento histórico siempre profundiza en las causas y en las consecuencias de los acontecimientos. Si queremos entender lo que era Tartessos, debemos aproximarnos a sus antecedentes y orígenes, y a su final, al modo en que esa sociedad se diluyó en la historia hasta desaparecer.

Las raíces de Tartessos han de buscarse en la Edad del Bronce. Posteriormente esa sociedad vivió un choque cultural al encontrarse con poblaciones del Mediterráneo oriental más avanzadas tecnológicamente y que ya conocían la escritura. Así es como se inicia el período que los prehistoriadores llaman Primera Edad del Hierro. Con el asentamiento de los fenicios en la periferia de su territorio, Tartessos encontró la prosperidad que lo convirtió en el pueblo de referencia de Occidente. Incorporó las innovaciones tecnológicas, sociales y económicas que llegaron desde el este a su propia cultura y mantuvo con los colonizadores relaciones estables y continuadas, con lo que ambas sociedades acabaron por influirse mutuamente. Finalmente, Tartessos parece desvanecerse antes del florecimiento de la cultura ibérica, de la que los turdetanos, a los que ya hemos dicho que podemos considerar herederos de los tartesios, formaban parte, y que acabó romanizándose en los últimos siglos del primer milenio antes de Cristo.

Tartessos fue por tanto una civilización resultado de la interacción entre poblaciones e influencias diferentes. Los influjos fenicios se entremezclaron con un sustrato indígena dando lugar a una sociedad original y con características propias. En este capítulo analizaremos sus raíces autóctonas, que provienen de la Edad del Bronce. En el próximo, examinaremos de qué modo la presencia fenicia en la península ibérica contribuyó al desarrollo de Tartessos.

Algunos de los historiadores y arqueólogos creen que debe llamarse y considerarse Tartessos también a esas raíces precoloniales de la Edad del Bronce Final, mientras que otra sección de la investigación no considera que los tartesios como pueblo se formaran hasta que los fenicios aparecieron en las costas occidentales de Andalucía y los contactos y relaciones entre ambas civilizaciones se hicieron constantes. Es un debate abierto en el que difícilmente se llegará a un acuerdo, pero al fin y al cabo es irrelevante para el conocimiento de la historia de Tartessos. No deja de ser en el fondo una mera cuestión de concepto y denominación.

Independientemente de que queramos o no llamar Tartessos a la realidad preexistente al siglo VIII a. C., momento en que se produce un cambio observable en la sociedad del suroeste peninsular, podemos apreciar una continuidad entre la sociedad cuya estructura socioeconómica se hace más compleja con las colonizaciones y la sociedad previa que habitaba en la zona occidental de la actual Andalucía durante el Bronce Final.

El Bronce Final es, como ya hemos adelantado, la etapa inmediatamente anterior a la llegada de los colonizadores fenicios, cuya cronología abarca desde los últimos momentos del segundo milenio antes de Cristo hasta los primeros siglos del primer milenio, es decir, en torno al cambio de milenio. Los límites no son rígidos, y es difícil establecer una fecha absolutamente precisa de inicio. En

cuanto al final, este período llegaría al siglo VIII a. C., de forma que sería realmente importante estudiar los siglos X y IX, puesto que son los que mejor determinan lo que los fenicios se encontraron al llegar a las costas del suroeste peninsular. Como veremos, faltan dataciones absolutas y más excavaciones que precisen un poco mejor todo este panorama.

A partir del siglo VIII a. C. el establecimiento de colonias, verdaderas ciudades llenas de actividad, hace que las relaciones con otras sociedades mediterráneas sean permanentes y constantes. Sin embargo, los contactos con otros pueblos no son nuevos; ya se producían frecuentemente con anterioridad, aunque de un modo más esporádico. Con una cronología perteneciente a la Edad del Bronce se han encontrado en el suroeste de la península ibérica algunos fragmentos de cerámica micénica, cultura griega que llegó a ser muy importante y construyó grandes palacios antes de ser destruida sin que se hayan podido establecer con exactitud las causas de su desaparición. Es posible, sin embargo, que dicha cerámica no llegara directamente de Grecia sino a través del Mediterráneo central, que tendría una relación más estrecha con los griegos. Por otra parte, a la zona del núcleo tartésico también llegarán los influjos del Bronce atlántico, provenientes de Francia, Países Bajos y las islas británicas.

LAS DIFICULTADES QUE ENCUENTRA LA INVESTIGACIÓN

El período en el que en el suroeste de la península ibérica se produce el paso de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro es una de las etapas sobre las que menos conocimientos tenemos, aunque se están abriendo importantes expectativas de resolver los interrogantes existentes a medida que la investigación profundiza en la cuestión.

Se han realizado prospecciones en Andalucía occidental que nos señalan la existencia de bastantes yacimientos con material del Bronce Final. Sin embargo, una prospección no deja de ser una inspección superficial, con el objetivo exclusivo de la localización de yacimientos según los materiales dispersos por la superficie del terreno. Para ahondar en el conocimiento del espacio arqueológico es necesario excavarlo con una metodología rigurosa y sistemática para que nos proporcione la mayor cantidad de información posible. Debe evitarse además la descontextualización de los objetos, pues al no conocer la relación de un objeto concreto con el yacimiento perdemos una gran cantidad de datos.

A esta situación de falta de documentación arqueológica hay que añadir que no contamos con ninguna fuente escrita para este período. Recordemos que, según lo que vimos en el capítulo anterior, las fuentes sobre Tartessos nos han llegado a través de los autores grecolatinos. Dichas noticias se refieren principalmente a un momento posterior al que aquí tratamos, cuando el conocimiento de la península ibérica es mayor en otros lugares del Mediterráneo gracias a las colonizaciones y a las relaciones comerciales que estas implicaban.

Todos estos problemas de desconocimiento hacen que las hipótesis que se han planteado por parte de los diferentes investigadores sean bastante diversas e incluso opuestas. Hasta que se vayan comprobando, quedan sólo como hipótesis de trabajo a partir de las cuales investigar y plantear nuevos interrogantes.

Los poblados y las necrópolis

Ya que, como acabamos de comentar, existe poca información arqueológica, aún tenemos bastantes preguntas sobre los lugares donde vivían los habitantes de Tartessos, así como sobre los sitios en los que enterraban a sus muertos. Sin embargo, la documentación con la que contamos en la actualidad es suficiente para hacer una presentación de este período, clave en la historia peninsular.

Con la falta de vestigios, ciertos investigadores hablaron de un *hiatus* poblacional, es decir, que durante un momento de la Edad del Bronce, a finales del segundo milenio, se produce un vacío de población en el Bajo Guadalquivir. Según esta teoría, esta zona se repoblaría posteriormente con gentes procedentes del interior de la península ibérica. Hay investigadores que siguen defendiendo esta tesis. Sin embargo, cada vez existen más casos de yacimientos con una cronología de ocupación continuada. A la vez, aparecen algunas reinterpretaciones de excavaciones antiguas que modificarían las cronologías establecidas en un primer momento y que podrían apoyar ese *hiatus*.

Además, el vacío de restos arqueológicos en determinados yacimientos y en ciertos momentos puede explicarse por diferentes causas que no suponen necesariamente un vacío de población. No puede descartarse una regresión demográfica, que provocara el abandono de algunos lugares habitados. Sin embargo, también puede existir una reestructuración del poblamiento que lleve a la concentración o dispersión de asentamientos según las épocas. Incluso dentro de un mismo yacimiento pueden existir zonas que se ocupan y desocupan dependiendo de las circunstancias. Los poblados, como nuestros pueblos y ciudades actuales, son dinámicos, cambian, aumentan o disminuyen de población, se construyen edificios según las necesidades, se hacen más prósperos o se abandonan, los habitantes emigran hacia centros más importantes o retornan a lugares rurales pequeños. La historia de cada pueblo se refleja en los lugares donde vive. De ahí la importancia de emprender excavaciones en extensión, de todo el yacimiento, puesto que el estudio de una parte muy pequeña, mediante sondeos (excavaciones en vertical de una porción muy reducida del lugar arqueológico), no puede explicar la evolución del asentamiento completo.

Partiendo de los datos que poseemos, comentaremos las características de los poblados y necrópolis tartesios, para saber cómo vivían sus habitantes y cuáles eran sus creencias frente a la muerte. No obstante, no debemos pensar que existe una uniformidad, puesto que dentro del núcleo tartésico hay algunas diferencias regionales que se observan en cada yacimiento.

Los poblados

Diversos investigadores han realizado un trabajo de revisión y recopilación de los yacimientos conocidos, y han llegado a la conclusión, como ya hemos adelantado, de que existe una continuidad

en el poblamiento durante la Edad del Bronce del suroeste de la península ibérica.

Hay, como hemos visto, numerosos yacimientos sin excavar. Aun así podemos adelantar, gracias a las prospecciones realizadas y a algunas excavaciones, que en el Bronce Final precolonial, anterior a la llegada de los colonos fenicios, los habitantes del núcleo tartésico vivían en poblados de un tamaño no muy grande.

Las viviendas que se han identificado de esta época suelen ser cabañas de forma circular u ovalada. Para construirlas, los habitantes del suroeste peninsular en el Bronce Final excavaban en el suelo, a no demasiada profundidad. Luego clavaban postes en la tierra, que servirían después para sujetar el techado y las paredes, las cuales se realizaban con elementos vegetales, compactados utilizando barro. Por último, se colocaba una cubierta vegetal que servía como techo. A veces las cabañas están construidas sobre un zócalo de piedra que sin duda les daría mayor resistencia.

Estas cabañas podían estar agrupadas o dispersas en el terreno por el que se extendía el poblado. Los núcleos de poblamiento en esta época no estaban formados por una serie de construcciones que crearan un todo compacto en el espacio, sino que existen bastantes huecos libres entre las estructuras. En los asentamientos no había una organización clara del espacio. Lo que conocemos como urbanismo, con una planificación interna de los asentamientos, se desarrollará en las etapas posteriores. No hay tampoco una diferenciación notoria por áreas según las actividades realizadas. Por otra parte, en los poblados no sólo existen viviendas. Algunos de los vestigios arqueológicos nos indican lugares donde se realizaban diversas tareas, como las de carácter metalúrgico o de almacenamiento, o la presencia de silos, en los que se guardaba el alimento.

Determinados autores ven en la diferencia de tamaño de los distintos yacimientos una jerarquización de los hábitats. Entre los asentamientos habría que diferenciar entonces ciertos centros de mayor entidad en torno a los cuales pudieran articularse los demás poblados más pequeños. Varios de esos centros más importantes pudieron haber sido Huelva, Carmona o el poblado de Setefilla (Lora del Río), estos dos últimos en la actual provincia de Sevilla.

Varios de los poblados están localizados en pequeñas elevaciones. Otros sin embargo, fueron emplazados en lugares altos, con posibilidad de una buena defensa natural y en sitios estratégicos para controlar los recursos agropecuarios y las vías de paso. En cualquier caso, todos los poblados están cerca de los recursos hídricos, pues el acceso al agua es condición sine qua non para el desarrollo de la vida humana. Las actividades económicas pueden determinar también la elección de la ubicación de un asentamiento, por ejemplo, cercano a las zonas mineras de la actual Huelva, o cerca de las tierras más fértiles, como el valle del Guadalquivir, para desarrollar la agricultura.

Uno de los poblados que más información nos aporta es el de San Bartolomé, situado en el término municipal de Almonte, en la actual provincia de Huelva. Es uno de los pocos yacimientos que han sido excavados en extensión. Sus excavadores sitúan los inicios de su ocupación desde finales del siglo IX a. C. Otro de los yacimientos que tienen ocupación durante el Bronce Final es el de Montemolín, situado en el término municipal de Marchena, en la actual provincia de Sevilla. Este yacimiento se encuentra ocupado, según el equipo que lo excavó, desde finales del siglo IX, lo que coincide con las fechas que se barajan para San Bartolomé. Huelva capital, Cerro Salomón, en la zona minera de Riotinto en Huelva, Monte Berrueco, en el término municipal de Medina Sidonia, y Mesas de Asta, los dos en Cádiz, o Lebrija y Coria del Río, ambos en Sevilla, son otros de los yacimientos que han proporcionado restos del Bronce Final.

Existe también una gran cantidad de yacimientos que se encuentran bordeando las actuales marismas de Sevilla, y que faltan por excavar. Estos yacimientos, que en el presente se ubican en el interior, estarían localizados en la Edad del Bronce, como vimos en el capítulo anterior, en la línea

de costa, a orillas de lo que los autores clásicos llamaban lago Ligustino. Tenían entonces una posición privilegiada en el litoral para obtener un gran número de recursos marinos.

El mundo funerario

La otra cara de la vida es la muerte. En arqueología, el mundo de los vivos no tiene por qué coincidir exactamente con el mundo de los muertos. Cada uno de ellos tiene sus propios rituales y sus propias normas. Pero la visión que del mundo funerario tiene una sociedad es parte de su cultura; por eso, los ritos y la concepción del mundo de ultratumba son tan diferentes de uno a otro pueblo.

A lo largo del segundo milenio, durante la Edad del Bronce, los enterramientos en estructuras megalíticas, como los dólmenes, dan paso a unos enterramientos individualizados en cistas, tumbas consistentes en varias losas laterales y una más que sirve de cubierta. Ese cambio, de un enterramiento colectivo, en dólmenes, a uno individual, en cistas, se ha explicado como un inicio de la diferenciación y estratificación social, que indicaría una tendencia hacia la desigualdad dentro del grupo.

Sin embargo, en la última etapa, en el Bronce Final, la situación es diferente. No hay constancia de necrópolis en el área que denominamos núcleo tartésico en este período (aunque existe alguna excepción, como la necrópolis de Los Praditos, en Aroche, provincia de Huelva). La documentación arqueológica, como nos ocurría con las zonas de hábitat, es parca en datos. Para explicar esta inexistencia, ciertos autores recurren a alargar la cronología de la utilización de las cistas. Según ellos, este ritual funerario individualizado habría sido practicado también en el Bronce Final. No obstante, existen otras hipótesis.

Una explicación diferente para esa ausencia de vestigios funerarios es que, tal y como sucedía en la fachada atlántica europea en aquellos tiempos, se realizaran ritos que no dejaban restos. Podrían exponerse los cadáveres para su que se descompusieran y fueran comidos por las aves. O tal vez, como plantea Marisa Ruiz-Gálvez, investigadora que ha trabajado, y sigue trabajando, sobre la Edad del Bronce en la península ibérica, arrojaran los cuerpos de los difuntos a las aguas. El depósito de la ría de Huelva, del que trataremos más adelante, se ha interpretado bajo esta perspectiva como ofrenda y ajuar funerario que acompañaría al fallecido. Estos depósitos podrían corresponderse con personas de mayor estatus dentro del grupo. La idea de un ritual funerario vinculado con el agua se ve reforzada por el descubrimiento de restos humanos junto a las armas depositadas en el río Támesis (Gran Bretaña), lugar enmarcado dentro del Bronce atlántico y en el que tampoco aparecen enterramientos.

En este sentido, las estelas decoradas del suroeste, de las que hablaremos a continuación, eran consideradas, según determinadas hipótesis no del todo probadas, como señalización de tumbas. Marcarían los enterramientos de las personas con mayor prestigio dentro de la comunidad. No habría cuerpo, pero sí un indicador que daba carácter heroico al individuo representado; es decir, se le confería el estatus de héroe, reconociéndole características y habilidades que no todos podían alcanzar. En algunos casos puede incluso que fuera revestido de un aura divina, lo que le confería poder basado en lo sobrenatural, bien siendo considerado él mismo un dios o bien, más factiblemente, representando el papel de intermediario del dios o las fuerzas divinas.

DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS MÁS DESTACADOS Y CONCLUSIONES SOBRE ELLOS

Las estelas decoradas del suroeste

Las estelas del suroeste son vestigios arqueológicos realizados en piedra. Sobre una de sus superficies se labraron una serie de dibujos hechos de forma esquemática. En estos dibujos suelen representarse guerreros, que a veces llevan casco, con una panoplia de armas. Esto sin embargo no es la tónica general, puesto que en algunas de las estelas, sobre todo las halladas en el norte del principal núcleo de concentración, sólo se dibujaron el escudo, la lanza y la espada, sin que aparezca la figura humana. Las armas representadas en estas estelas son espadas, lanzas, escudos (algunos redondos y otros con una escotadura o corte en V), machetes cortos, arcos y flechas. A veces aparecen otros objetos como peines, espejos o carros. Otros dibujos son de más difícil interpretación. Hay también varios ejemplares que incluyen una representación humana con una diadema y que se han interpretado como retratos femeninos.

Las estelas del suroeste son en su mayoría representaciones en piedra de forma esquemática de un guerrero y su panoplia militar datadas entre los siglos XI y VIII a. C., aproximadamente. En esta imagen, perteneciente a una estela encontrada en Carmona (Sevilla), los círculos concéntricos corresponderían a un escudo, arriba a la izquierda habría un arco con una flecha

y abajo una espada. En la parte derecha aparece un carro y otra persona de un tamaño menor. A veces se interpreta como acompañante, o como la misma persona realizando diversas actividades.

El primero que sistematizó las estelas del suroeste fue el arqueólogo y prehistoriador español Martín Almagro Basch, en 1966. A su repertorio se han ido añadiendo con el tiempo nuevos descubrimientos.

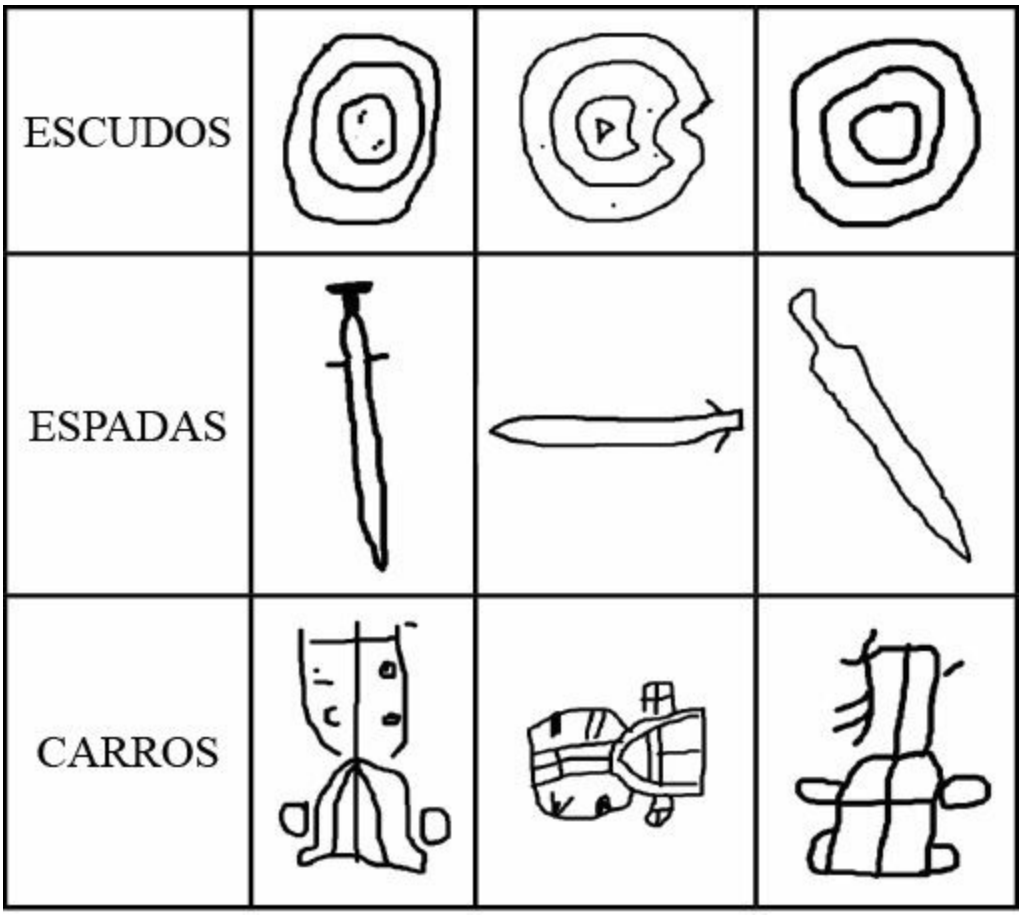
La zona geográfica en la que aparecen las estelas es bastante extensa. El área de mayor concentración es la actual Extremadura, pero se han descubierto ejemplares también en el curso bajo y medio del Guadalquivir (dentro ya de lo que consideramos el núcleo tartésico) y en el sur de Portugal. También se han hallado algunas estelas al norte, más alejadas y desconectadas de esta zona que hemos retratado, como la aparecida en Valpalmas (Zaragoza), o la encontrada en el sur de Francia, en Montpellier. Dentro de la homogeneidad que presentan estas estelas pueden establecerse diferentes grupos según la proximidad geográfica de los distintos ejemplares entre sí y las representaciones que aparecen en ellas.

La datación de las mismas se ha realizado a través de los objetos que aparecen dibujados en ellas. Las estelas halladas en el Alentejo portugués son las más antiguas. Algunos investigadores colocaron el inicio cronológico de las estelas en torno al siglo XI a. C., y su final en el momento anterior a la llegada de los fenicios, en el siglo VIII a. C., y vieron además en ellas ciertas relaciones atlánticas. Sin embargo, otros autores plantearon posibles vinculaciones de las estelas con el Mediterráneo oriental y una cronología un poco más tardía.

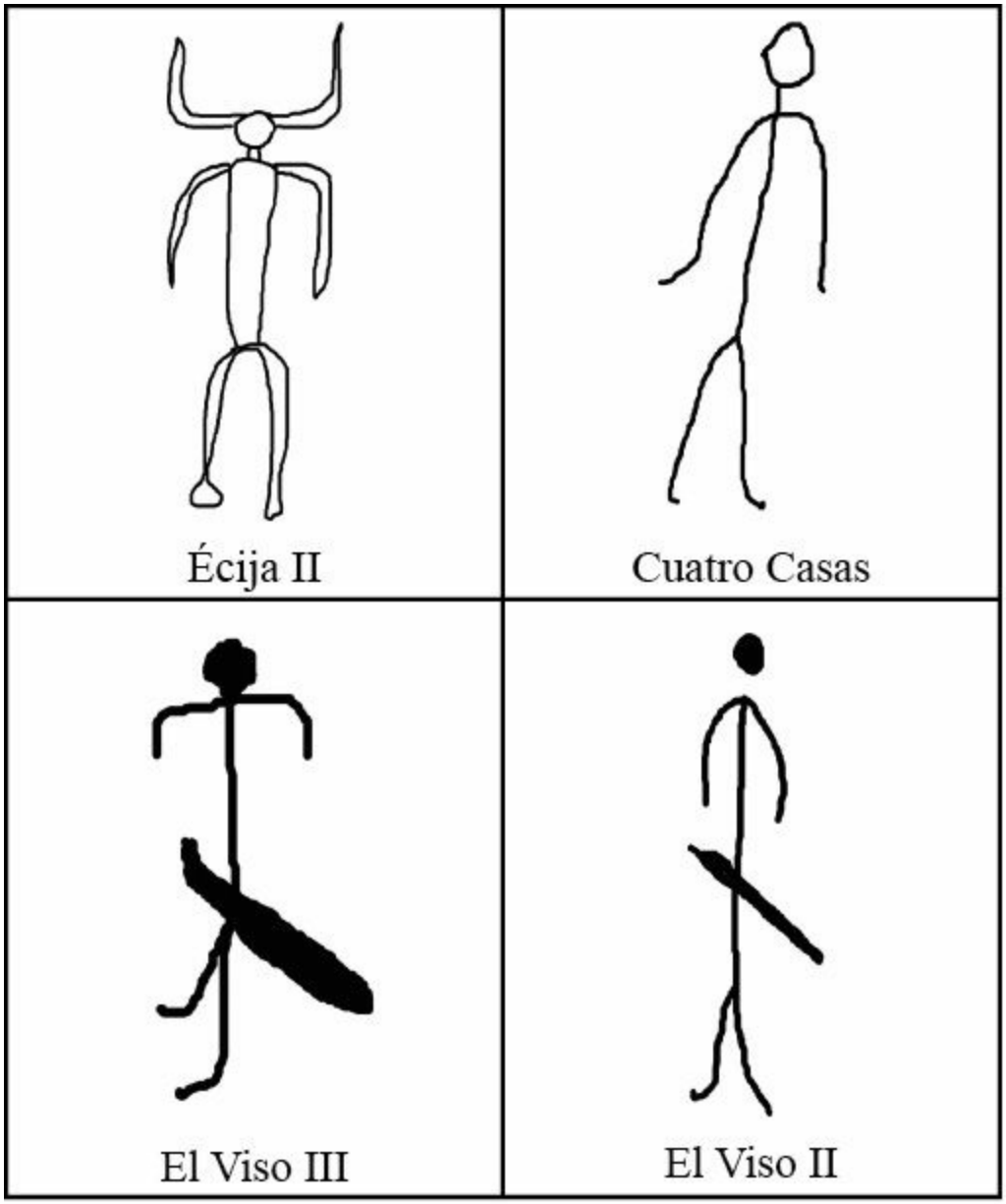
La zona de dispersión de las estelas decoradas del suroeste no coincide exactamente con el área tartésica propiamente dicha. Sin embargo, en el núcleo tartésico se han encontrado varios ejemplares. La amplia zona geográfica en la que aparecen, unido a los hallazgos aislados del norte de la península ibérica y Francia, puede indicar un tránsito de influencias entre las regiones.

Las estelas decoradas del suroeste son uno de los restos arqueológicos de los que más información podemos obtener, ya que se ha descubierto un número lo bastante elevado como para realizar generalizaciones. Sin embargo, en su mayoría aparecen descontextualizadas, lo que hace que

sea imposible datarlas con precisión y siembra verdaderas dudas respecto a cuestiones como su funcionalidad y uso, debido a lo cual se han presentado diferentes hipótesis.



En esta imagen hemos aislado algunos elementos que aparecen en diferentes estelas del suroeste de diversas procedencias, agrupándolos por clases. El tipo de objetos que aparece en las estelas suele repetirse, aunque la forma de los mismos varía, como puede verse en estos dibujos. Arriba, entre los escudos, el del centro presenta una típica escotadura en V, mientras que los otros dos son más sencillos. Las espadas, aunque es difícil establecer conexiones tipológicas con estos trazos tan esquemáticos, se han relacionado con algunas del depósito de la ría de Huelva. En cuanto a los carros, son sin duda un elemento de prestigio y unas veces están dibujados con mayor detalle que otras.



Estas son las representaciones de guerreros que aparecen en cuatro estelas decoradas del suroeste, halladas las dos primeras en Écija y Carmona respectivamente, en la provincia de Sevilla, y las dos últimas en El Viso (Córdoba). Como ocurre también con el resto de objetos dibujados, podemos ver cierta variedad en las figuras. La primera de las imágenes corresponde a un guerrero que llevaría en la cabeza un casco de cuernos. En la tercera y la cuarta, las figuras llevan una espada en la cintura, representada en el último caso de un modo más esquemático. El segundo de los dibujos es el más sencillo.

La primera de estas hipótesis, tal como avanzamos en el apartado anterior, plantea que su uso era de carácter funerario, bien como cubiertas de tumbas, bien como marcadores de las mismas. Sin embargo, no existe una relación indiscutible entre tumba y estela, pues como acabamos de mencionar, aparecen desligadas de su contexto arqueológico original.

La segunda de las hipótesis, presentada más recientemente, es la que aboga por que su funcionalidad fuera la de hitos y marcadores de caminos y rutas de paso importantes. Es decir, las estelas se utilizaban como demarcación territorial. Según esta segunda teoría, las estelas estarían estrechamente relacionadas con el territorio que explotaban y en el que se movían las sociedades que las fabricaron.

Algunos autores han presentado también una tercera teoría según la cual los individuos representados podrían ser no simples guerreros sino una divinidad.

El depósito de la ría de Huelva

Hallado en 1923 tras llevarse a cabo una serie de trabajos de dragado en el río Odiel, el depósito de la ría de Huelva, sobre el que ya hemos avanzado algo, es el nombre con el que se conoce uno de los descubrimientos arqueológicos más importantes de la Edad del Bronce en el suroeste de la península ibérica.

Aunque sea el más espectacular por la cantidad y calidad de las piezas encontradas, el hallazgo de la ría de Huelva no es el único de este tipo. Se han descubierto otros depósitos, siempre vinculados al agua, en el Coto de Doñana, en el río Genil, en el río Guadalete, etc. El de la ría de Huelva es un conjunto de objetos de metal que supera las cuatrocientas piezas, fechado en el siglo X a. C. Entre estos objetos podemos encontrar espadas, puntas, regatones de lanza (la parte final de la lanza de metal que se incrusta en la madera para dar más firmeza al arma) o fíbulas (especie de hebilla o broche, que servía para sujetar las prendas de vestir, muy parecido al sistema de los imperdibles actuales).

En el conjunto se pueden observar influjos tanto mediterráneos como atlánticos, pero sin poder vincular ningún objeto de los que forman el depósito a uno de ellos en concreto. Esto, unido a la homogeneidad que presentan todas las piezas recuperadas en relación por ejemplo al material en el que fueron realizadas, hace pensar que no se trataba de importaciones, sino que fueron piezas fabricadas en un taller autóctono.

En cuanto al significado de haber encontrado estos restos en un lugar como la ría de Huelva, existen, como ya apuntamos, diferentes teorías. La hipótesis que ya comentamos plantea que estos objetos formarían parte de ajuares funerarios que acompañaban al cadáver del difunto, posiblemente una persona de rango elevado.

La otra explicación que se ha dado es que este depósito sería el cargamento de un barco hundido que llevaría un número bastante considerable de chatarra para refundir y reutilizar.

Podemos observar ciertas relaciones entre el depósito de la ría de Huelva y las estelas decoradas del suroeste, pues en estas últimas aparecen dibujos de objetos que forman parte del depósito. Esta coincidencia ha sido utilizada para datar las estelas, pues se consideran coetáneos ambos vestigios arqueológicos.

Tres de los objetos encontrados en el depósito de la ría de Huelva. A la izquierda, una fíbula a una escala mayor de la que tendría en realidad. En el centro, una de las lanzas a la que se le ha reconstruido la parte de madera (que por ser de un material perecedero se ha perdido con el paso de los siglos). Por último, a la derecha, una de las espadas, a la que le faltaría la empuñadura. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

La estructura social y económica

Con el panorama que hemos presentado, en el que la escasez de documentación e información es la nota predominante, es difícil hablar de la estructura social de esta sociedad del Bronce Final en el suroeste peninsular. Pero lo vamos a intentar, ayudándonos de otras disciplinas. La historia, especialmente cuando no existen fuentes escritas, además de en la arqueología se apoya en la etnografía para esclarecer la organización sociopolítica de los pueblos pretéritos. Se estudian poblaciones actuales que conserven características prehistóricas, comparando ambos grupos, el del pasado y el del presente.

La idea más extendida entre los investigadores es la de que la sociedad tartesia prefenicia sería de carácter tribal. Es decir, que ya había una cierta diferenciación social en torno a ciertos personajes de mayor estatus, sin que la complejidad social fuera no obstante muy acusada. Según los conceptos usados en la antropología política (ciencia que más ha estudiado la taxonomía de los sistemas sociopolíticos), en una tribu existiría un cabecilla que lideraría al grupo. Este cabecilla no tendría un poder importante ni absoluto, pero sí cierta autoridad en la toma de decisiones del grupo, y la sociedad sería bastante igualitaria. Por ello, la sucesión de los líderes no sería hereditaria, sino que estaría basada en las capacidades y aptitudes personales. Por supuesto, en este tipo de sociedades los lazos de parentesco se considerarían muy importantes.

Otros investigadores se decantan más por una organización social de jefatura incipiente. El término jefatura, sin embargo, ha tenido siempre bastantes problemas, puesto que en esta categoría suelen situarse todos los sistemas sociales que están a caballo entre una organización tribal y una organización estatal, formando una especie de tótum revolútum en el que casi todo tiene cabida. En esta organización sociopolítica de jefatura el jefe tendría un poder limitado y podría utilizar su influencia para favorecer a sus partidarios. A su vez, el parentesco cobraría fuerza también como signo diferenciador, pues las personas de mayor rango serían las que pertenecerían a linajes de mayor estatus.

Las estelas decoradas del suroeste nos llevan a pensar que efectivamente existía una serie de personas que pertenecían a una élite social, diferenciada del resto de la sociedad. Como en la mayoría de las estelas aparece una panoplia militar, podemos pensar que las aptitudes para el combate fueron un requisito importante en los personajes de mayor rango de esa sociedad.

También los depósitos de armas y otros objetos de metal, si aceptamos la tesis de ofrendas funerarias de personajes de mayor estatus, pueden ser indicadores de una diferenciación social cada vez mayor que iba cuajando entre las poblaciones del suroeste peninsular y que sería impulsada con las relaciones con una sociedad más compleja como era la fenicia, de la que trataremos en el próximo capítulo.

La jerarquización de los asentamientos defendida por diversos autores podría ser asimismo un indicador de diferenciación social. Por desgracia, para llegar a más profundas conclusiones en este sentido debe ahondarse en el conocimiento de los yacimientos arqueológicos.

Por otra parte, tal y como nos demuestra la etnografía, también existiría una diferenciación según

el género, teniendo en este caso el hombre y la mujer funciones diferentes dentro del grupo.

En último lugar, debemos considerar diferencias dentro de un mismo grupo en relación al trabajo. A medida que las poblaciones se especializaban y se hacían más complejas sus técnicas metalúrgicas de obtención y trabajo de los metales, los artesanos se dedicaron en exclusiva a esta labor, dejando las actividades productivas a otro sector de la población. Varios asentamientos se localizan en zonas mineras con el objetivo de explotar los recursos metalúrgicos de su entorno.

La indudable importancia de las actividades relacionadas con el metal no debe sin embargo llevarnos al error de sobrevalorarlas. No debemos olvidar que la base económica de todas las sociedades de esta época es la agricultura y la ganadería. Durante la Edad del Bronce se asiste en toda Europa a lo que se conoce como la «revolución de los productos secundarios». Las sociedades de este período ya no utilizaban las especies animales domesticadas para aprovisionarse únicamente de carne como en los primeros momentos de la economía productiva que se inicia con el Neolítico, sino que obtenían otros muchos recursos como leche y derivados lácteos o lana. Por otra parte, la explotación agrícola se hace un poco más intensiva y se van perfeccionando las técnicas de labranza, habiéndose documentado la utilización del arado a pesar de hallarse pocos restos debido a que se fabricaban en materiales perecederos.

En conclusión, encontramos en el Bronce Final prefenicio del suroeste peninsular sociedades cada vez más complejas con vestigios de contactos con otros grupos coetáneos europeos. Según los restos arqueológicos podemos establecer que mantenían relaciones con la meseta en el interior de la península ibérica, con el sureste de la actual Andalucía, con el Mediterráneo y con el mundo atlántico.

Tras la Edad del Bronce, Tartessos entra en la etapa que llamamos Edad del Hierro, antesala del período propiamente histórico si seguimos la concepción tradicional de la escritura como marcador de inicio de la historia. No obstante, aunque no hayamos podido descifrar las primeras escrituras peninsulares aparecidas en diversos restos arqueológicos como cerámica o monedas, sí conocemos, como vimos en el capítulo anterior, las alusiones al suroeste peninsular que con cierta frecuencia aparecen en las fuentes escritas clásicas grecolatinas. A pesar de que se trata de noticias indirectas, no escritas por sus protagonistas, arrojan cierta luz a nuestro conocimiento de las sociedades pasadas.

Tartessos entrará, gracias a las colonizaciones fenicias y griegas, en la órbita de las grandes civilizaciones del Mediterráneo, que aumentaban su saber geográfico haciendo las distancias más «pequeñas», es decir, más accesibles y conocidas.

Fenicios y griegos se lanzaron a la empresa de la fundación de colonias por diversos motivos. De esta forma Tartessos contactará y se relacionará con otra sociedad más jerarquizada, lo que le servirá como revulsivo para jerarquizarse y hacerse más compleja ella misma también.

3

Fenicios y tartesios

Diversas fuentes escritas y arqueológicas aportan el conocimiento que tenemos de los fenicios. No obstante, al igual que con los tartesios, no nos ha llegado obra alguna escrita por un fenicio. Por este motivo, la posible buena imagen de este pueblo ha sido puesta en entredicho, ya que las principales noticias históricas sobre ellos han sido aportadas por los griegos, sus rivales por el control del Mediterráneo, y los hebreos, cuyos profetas los desdeñaban. Guiados por estas referencias, los historiadores no han otorgado a los fenicios buena fama, y esa visión ha trascendido y ha sido compartida en España y otros lugares. Como muestra de ello, estas son las palabras con las que se les conocía en un libro de texto español, *Enciclopedia Álvarez. Tercer grado,* de mediados del siglo XX:

> Los fenicios procedían de Fenicia (Asia) y se establecieron en el sur de España. Eran comerciantes y avaros, pero más civilizados que los españoles primitivos. Los fenicios fundaron las ciudades de Cádiz y Málaga y nos enseñaron el alfabeto, a trabajar las minas, a construir barcos, a conservar el pescado y a teñir los tejidos. Los fenicios se llevaron tantas riquezas de España que su insaciable avaricia determinó la sublevación de los naturales contra ellos.

Ha sido en los últimos años cuando al profundizar en las investigaciones sobre la colonización fenicia se ha intentado revalorizar su posición, y al tiempo se ha descubierto su papel importante y activo en el desarrollo de Tartessos, mayor del que hace décadas se les presuponía.

Puesto que no puede entenderse Tartessos sin Fenicia, ningún libro que trate la historia del primero debe dejar de lado la historia del segundo. Esta es la labor que en este capítulo estamos prestos a realizar.

Los fenicios

«Fenicios» era la denominación con la que este pueblo era conocido entre los griegos, sin embargo, ellos se llamaban a sí mismos cananeos, 'habitantes del país de Canaán', que es el nombre que aparece en la Biblia, como vemos en la siguiente cita: «El Señor ha extendido su mano contra el mar, conmovido ha los reinos: él ha dado sus órdenes contra Canaán, para exterminar a sus campeones» (Isaías 23, 11). Sin embargo, por cuestiones metodológicas, la historia ha utilizado la última denominación para referirse a ellos durante la etapa de la Edad del Bronce, anterior al 1200 a. C., mientras que utiliza el nombre de «fenicios» para el período posterior, la Edad del Hierro, que es la que aquí nos interesa. Se ha dicho que el significado del nombre «Fenicia» en griego sería 'rojo' y, por tanto, haría referencia al púrpura, puesto que este pueblo era muy conocido por las industrias de tinte de este color que extraían de un molusco llamado múrex. Otro posible origen para el nombre «fenicio» puede ser el nombre del héroe Phoenix, a quien se le atribuye el invento del púrpura como tinte al saber que un perro se tiñó su morro tras morder un molusco. Como vemos, no hay una única hipótesis, y establecer de dónde procede la palabra «fenicio» no deja de tener ciertos problemas.

Este problema referente a la denominación de esta civilización se agrava al no haber llegado hasta nosotros, como ya hemos dicho, fuentes directas (escritas por ellos mismos), aunque sabemos que existieron. El historiador judío del siglo I d. C. Flavio Josefo, por ejemplo, nos menciona la existencia de unos anales fenicios. Y es que la escritura era realmente imprescindible para sacar adelante una administración bien organizada. De hecho, en ocasiones se ha observado una relación muy estrecha entre el origen de la escritura y la organización gubernamental de las más importantes civilizaciones. Era un medio eficaz para que la élite mantuviera su preeminencia y poder sobre el resto de la población. Perdiendo las fuentes escritas hemos perdido también una gran cantidad de información.

Las principales fuentes con las que contamos para el estudio de la historia de Fenicia son las bíblicas, las clásicas grecolatinas y los anales asirios. La función de estos últimos era la propaganda política, por lo que la visión que ofrecen de la relación entre fenicios y el Imperio asirio está imbuida de esta característica. Las fuentes escritas griegas y latinas también nos aportan datos sobre los fenicios; sin embargo, en la mayoría de los casos se trata de referencias escasas y tardías. El naturalista romano del siglo I a. C. Plinio el Viejo o el ya mencionado Flavio Josefo serían algunos de los autores que los citan en sus obras. En cuanto a la Biblia, la animadversión contra las ciudades fenicias es clara, sobre todo en los libros de los profetas Isaías y Ezequiel, como podemos ver en el siguiente fragmento que se corresponde con una parte del Oráculo sobre Tiro (ciudad fenicia) de Isaías, el profeta hebreo del siglo VIII a. C.:

> Cuando el Egipto sepa la noticia, temblarán al conocer la caída de Tiro. Idos a Tarshish, lamentaos, moradores de la costa. ¿Es esta vuestra ciudad alegre, la del antiguo origen, que iba por sus pies a lejanas regiones para morar en ellas? ¿Quién decretó tal cosa contra Tiro, la

coronada, cuyos mercaderes eran príncipes, cuyos traficantes eran los más grandes de la tierra? Yavé Sebaot lo decretó para abolir la soberbia orgullosa, para humillar del todo a los grandes de la tierra. Vete a tu tierra, hija de Tarshish, que tu puerto no existe ya.

Isaías 23, 5-10

Así era como algunas de las potencias más importantes de la Antigüedad veían a los fenicios, cuyos asentamientos se encontraban en la costa sirio-palestina. Es esta una zona de civilización precoz en el entorno europeo y próximo-oriental, pues es el lugar donde se considera que se inventaron, hace unos diez mil años, la agricultura y la ganadería, que luego se extenderán hacia Europa, lo que supuso un paso de gigante para la humanidad. Se trata además de una zona perteneciente a una región más amplia, el Próximo Oriente, donde se forjaron algunas de las grandes civilizaciones. En el sur se sitúa Egipto y al este, Mesopotamia, con importantes centros como Assur (capital del Imperio asirio) o Babilonia.

Los límites territoriales de Fenicia coinciden aproximadamente con el Líbano actual. Las principales ciudades fenicias se hallaban siempre a orillas del mar Mediterráneo. Su situación geográfica, rodeada de grandes civilizaciones siempre en expansión, como la asiria o la babilónica, reducía considerablemente su territorio y el número de sus recursos, lo que les obligaba necesariamente a dirigirse hacia Occidente, siendo la marítima su principal vía de escape y la colonización el único modo de sobrevivir y florecer. Era un pueblo que miraba al mar.

Les favorecía sin duda que su territorio fuera cruzado por diferentes ríos que iban a desembocar al Mediterráneo. Como ya comentamos anteriormente, los recursos hídricos son indispensables para la supervivencia de una población. Además, los fenicios contaban también con bosques de cedros cuya madera utilizaban en abundancia para la construcción de su flota a la vez que les servía como objeto de exportación. La tierra era fértil para la explotación agrícola, aunque ello no implicaba la existencia de un equilibrio entre número de habitantes y alimentos, pues el terreno de cultivo no era abundante, lo que provocaba no pocos conflictos. Como complemento a su dieta recurrían a la caza, aunque esta no dejaba de ser insuficiente para solventar los problemas existentes de aprovisionamiento de víveres. Poseían asimismo minas de hierro y lignito, y por supuesto recursos marinos, entre los que destaca el molusco llamado múrex, al que ya nos hemos referido por su relación con las industrias de púrpura y tinte gracias a las que alcanzaron gran fama en la Antigüedad, así como la salazón de pescado.

La geografía y orografía propias del lugar favorecían el aislamiento entre las ciudades fenicias. Cada una tenía su propio gobierno e incluso sus propios dioses. Nunca existió una unificación política y de hecho la competencia y las enemistades entre las ciudades eran frecuentes (a menudo espoleadas desde los otros pueblos e imperios que los circundaban), casi siempre por razones comerciales. A veces, una ciudad fenicia conseguía tener influencia sobre las demás, pero todas seguían funcionando como ciudades-estado independientes. A diferencia de los griegos, cuyas ciudades independientes solían unirse frente a una amenaza común (como la guerra de Troya o la guerra contra los persas), los fenicios nunca hicieron algo parecido.

De todas las ciudades fenicias, Tiro fue la más importante en la historia de Tartessos, pues era la metrópoli desde donde partieron aquellos que fundaron Gadir y los que fundaron Cartago.

Tiro

Tiro, cuyo nombre actual es Sur, se encuentra hoy dentro de las fronteras de Líbano. En la actualidad es una pequeña península unida a tierra firme, pero en el momento de su fundación era una isla. La península se ha ido formando a lo largo de los siglos al acumularse sedimentos en torno al terraplén que construyó Alejandro Magno para conquistar la ciudad en el año 332 a. C. Tiro fue uno de los grandes desafíos a los que se tuvo que enfrentar este genio militar. Sus hombres consiguieron, pese a estar expuestos a las flechas que desde la ciudad les lanzaban, construir un terraplén que les daba acceso a Tiro y, tras un largo asedio, acabaron por tomarla. Se trataba pues de un lugar estratégico perfecto para los tirios siempre que su flota fuera importante, puesto que el medio de transporte marítimo era la única manera de mantener relaciones con otros pueblos y con las demás ciudades fenicias. Aun siendo una isla, dominaba también una cantidad de territorio continental sin el que no habría podido subsistir y que le proveía de agua y de productos de cultivo.

La ciudad de Tiro fue fundada, si nos dejamos guiar por lo que algunos autores clásicos escribieron, a finales del segundo milenio (1191 a. C.). Sin embargo, su aparición en las fuentes escritas no llega hasta el reinado de Hiram I (969-936 a. C.), aunque sí existe documentación arqueológica anterior. A partir del siglo X a. C., Tiro creció rápidamente y su puerto llegó a ser el más poderoso del Mediterráneo. Sus edificios más importantes fueron el palacio real, cerca del cual se encontraban los tesoros y archivos reales, y los templos; y estaba dotada además de una potente muralla que la convertía en una ciudad casi inexpugnable.

El rey Hiram I es considerado por la investigadora española M.ª Eugenia Aubet el fundador del imperio comercial de Tiro y debía su prestigio sobre todo a sus relaciones político-comerciales con Salomón, rey de Israel, cuyo reinado tuvo lugar entre los años 960 y 930 a. C. Ambos monarcas suscribieron un tratado, del que tenemos noticias a través de la Biblia, concretamente por medio del libro primero de los Reyes, mediante el cual el rey tirio aseguraba material de construcción, artesanos y bienes de lujo a Salomón a cambio de plata y productos agrícolas entre los que se hallaba el trigo. Con Hiram I, cuya política comercial era controlar las rutas del continente asiático, comenzó la etapa dorada para Tiro. Los sucesores en el trono de este monarca fortalecieron su estrategia expansionista y fundaron en Chipre la primera colonia fenicia (Kition) a mediados del siglo IX a. C. El rey Ithobaal I (887-856) desarrolló también esta política que buscaba el engrandecimiento de Tiro y de esta forma creó un solo estado, que englobaba a Tiro y a Sidón. Hasta el siglo VIII, momento en que desaparece, esta confederación estuvo dirigida desde la casa real de Tiro.

Durante la segunda mitad del siglo IX, el control militar de los asirios sobre los territorios del norte de Siria obligó a Tiro a reorganizar su comercio. Esta pudo ser la causa de la fundación de Kition, a la que acabamos de hacer alusión. Existen también signos que nos indican la presencia de fenicios en el Egeo, mar que baña las costas de Grecia, desde el siglo IX. La mirada de Fenicia se posó en Occidente buscando una salida a la amenaza proveniente de las grandes potencias del este.

La presión asiria fue cada vez mayor desde el siglo IX. Y, aunque Tiro había logrado mantenerse al margen de los conflictos con esta gran potencia pagando tributos, los cuales se recogían en los anales asirios, el interés de Asiria por controlar tanto los puertos de las ciudades fenicias, con una privilegiada ubicación estratégica, como las rutas comerciales que dominaban fue en aumento. El primer rey asirio que atacó Tiro fue Tiglatpilaser III (859-824), y de hecho convirtió parte de Fenicia en provincia asiria. Tiro, sin embargo, es tratada de un modo más benévolo, puesto que Asiria necesitaba mantener el comercio marítimo y la flota de esta ciudad fenicia, pues su experiencia

comercial era mayor que la de los asirios. De esta forma los tirios consiguieron que su comercio con el Mediterráneo occidental siguiera desarrollándose y floreciendo, pese al fuerte control asirio.

A partir de ese momento la relación entre Tiro y Asiria fue desigual, alternándose etapas de mayor libertad y otras de mayor control, como el asedio al que el rey asirio Salmanasar sometió a la ciudad tiria durante cinco años (724-720), bloqueando el puerto, encareciendo los precios y cortando el suministro de agua. En cualquier caso, los asirios no llegaron nunca a destruir Tiro, pues les resultaba muy útil como intermediaria en los intercambios comerciales con Occidente; sólo querían obtener tributos y un comercio mucho más favorable y beneficioso. Tiro fue utilizada por Asiria para asegurarse un fuerte dominio sobre el Próximo Oriente y llevar a cabo su política expansionista. Muestra de ello es el tratado que entre los años 675 y 671 firmaron el rey tirio Baal I y Asarhadón de Asiria, mediante el que se concedía a Tiro libertad de comercio con el norte y con Occidente. Sin embargo, aunque el trato asirio fuera más propicio hacia Tiro que hacia otras ciudades fenicias, el control al que era sometida esta podía observarse en las cláusulas de dicho tratado, pues la autoridad del rey se limitó sobremanera y el incumplimiento del acuerdo tenía como consecuencia la confiscación de las mercancías.

Es posible que esta situación que venimos relatando en Oriente reforzara el poder de las colonias occidentales fenicias, que iban distanciándose de su metrópoli y obteniendo una posición más independiente, y sin duda determinó en cierta forma los acontecimientos de los siglos VII y VI antes de Cristo.

Mientras los tirios se enfrentaban a su destino de sumisión bajo la autoridad de los asirios, en el este resurgía un nuevo poder. Nos referimos al Imperio neobabilónico. Si bien los asirios, pese a mantener un control fuerte, no se atrevieron a realizar un gran ataque contra Tiro, a la que favorecían si comparamos su situación con el resto de ciudades fenicias, Babilonia sí llevó a cabo una política verdaderamente agresiva. Su rey Nabucodonosor II sitió Tiro durante trece años (585-572). Los babilonios llevaron al rey de Tiro, Ithobaal II, a Babilonia, y su sucesor, Baal II, quien murió en el año 564 a. C., fue el último rey de Tiro. A partir de ese momento la ciudad fue gobernada por «jueces» (que recibían el nombre de sufetes), bajo el poder de potencias extranjeras (Babilonia en primer lugar y el Imperio persa después).

Esta presentación somera que hemos realizado de la historia de Tiro nos servirá durante los capítulos siguientes para entender muchos de los procesos históricos que vivió Tartessos, puesto que en cierta medida ambas civilizaciones están relacionadas.

La colonización fenicia

Las empresas coloniales, como veremos también en el próximo capítulo, en el que trataremos la colonización griega, son un hito de grandes dimensiones que puso en contacto los territorios más alejados del mar Mediterráneo. Las implicaciones y consecuencias de tamañas iniciativas fueron de muy diversa índole según el tiempo y las sociedades que se vieron involucradas. En este libro tratamos las colonizaciones desde la óptica del interés para Tartessos.

Las causas de la colonización

Tradicionalmente se ha asociado a los fenicios y a la colonización fenicia con una intención estrictamente comercial (hago referencia aquí a esa visión de avaros con la que vimos que se definía a los fenicios en la *Enciclopedia Álvarez*). Sin embargo, sin renunciar a la importancia que este aspecto tuvo para los intereses de los tirios, hay que profundizar más en las motivaciones que impulsaron a este pueblo oriental a navegar hacia Occidente y podremos observar que nada es tan sencillo como a simple vista nos parece. Las razones que les llevaron a una sistemática fundación de ciudades por todo el Mediterráneo responden tanto a causas externas como internas.

Diversos autores han planteado hipótesis diversas que explicarían qué motivos llevaron a los fenicios a desarrollar una empresa colonizadora de tal magnitud. Como hemos dicho, el comercio fue una razón poderosa para iniciar los viajes, pero casi todos los investigadores matizan esta idea.

Considerando los posibles factores internos, es necesario repetir una cuestión apuntada con anterioridad como hipótesis del origen de la colonización. Las ciudades fenicias contaban con un escaso territorio que producía pocos recursos (pudo incluso producirse un cambio climático que redujera la zona de bosque). Esta era la causa de la baja producción agrícola y, por tanto, de la imposibilidad de alimentar a una población que iba en aumento por sus propios medios. Dado que Tiro tuvo que importar del exterior grandes cantidades de trigo y aceite (algo que se mencionó al hablar del tratado entre Hiram I y Salomón) ello podría a su vez explicar la razón para fundar ciudades en el exterior, puesto que debido a la escasez de recursos había un excedente de población en Tiro y suponemos que en las otras ciudades fenicias la situación no sería mejor.

Relacionada con esta circunstancia de falta de alimentos y tierra se plantea una de las hipótesis que ya fue presentada en el siglo XIX por un arqueólogo alemán que trabajó mucho en España, George Edward Bonsor, y acabó por ser reelaborada después, en la segunda mitad del siglo XX, por otros investigadores. Se remarca en esta tesis la importancia de la agricultura. Según estos estudiosos, los fenicios no sólo establecerían colonias en la costa, sino también en el interior del suroeste de la península ibérica. No todos los autores están de acuerdo con esta tesis que da a los fenicios un papel

mayor del que hasta ahora se habían planteado y se plantean muchos especialistas. No obstante, debido a su implicación y relación directa con Tartessos, este tema será tratado en consideración en su momento.

La sobrepoblación pudo haber contribuido asimismo al descontento y a conflictos y enfrentamientos sociales. No es una cuestión excesivamente mencionada, pero el relato de la fundación de Cartago, que veremos después, sí alude a ciertas desavenencias, aunque en este caso entre facciones de la oligarquía gobernante.

Además, esa mala situación sería agudizada por la presión que recibían los fenicios por parte de diferentes pueblos del este. En este caso, las relaciones internacionales entre los diversos estados orientales deben tenerse en cuenta, pues ese sería un factor externo en las motivaciones que provocaron la empresa colonial. La presión principal, tal y como vimos a la hora de analizar la historia de Tiro, procedía del estado asirio. Es esta presión asiria la que suele relacionarse estrechamente con el inicio y sobre todo el asentamiento de la empresa colonial. Sin poder mirar a Oriente, rotas algunas de sus rutas comerciales en esa dirección, las ciudades fenicias, lideradas por Tiro puesto que era la más próspera del momento, no tienen más remedio que mirar al mar, hacia Occidente. Sin embargo, la presión asiria, aunque existía, no fue tan grande como para obligar sin remedio a una política de fundación de colonias de tal importancia, por lo que reducir el origen de la colonización fenicia a esta única causa resultaría por nuestra parte excesivamente simplista y, por tanto, equivocado. Diversos acontecimientos y situaciones, como la que ya hemos visto de desequilibrio entre recursos y población, o las que veremos, pudieron converger para que la colonización fenicia alcanzara tal envergadura.

Otro modo de analizar las causas de la colonización es buscar los objetivos que se pretendían alcanzar al emprenderla. Los fenicios buscaban con la fundación de ciudades en el Mediterráneo obtener metales y buscar nuevas materias primas, entre otras cosas. De esta forma podían satisfacer los tributos que Asiria les exigía, pero también los necesitaban para el desarrollo de su propia industria, una industria de manufacturas y de objetos suntuarios (de lujo), que iba creciendo. Su posición como intermediarios en el comercio con las potencias orientales y como suministradores de lujosos productos para palacios y élites, principalmente asirios (no sólo a través del tributo, sino también del comercio), precisaba el abastecimiento de esas materias primas. El trabajo de materiales como el marfil, el oro o la plata hizo célebres a los fenicios, pero para ello necesitaban aprovisionarse previamente de ellos. La especialización de sus industrias y de su artesanía fue mayor y más importante con el tiempo, aunque ya en la época de Salomón fueron reclamados en el reino de Israel, como vimos con el acuerdo con Hiram I de Tiro. El trabajo artesanal tirio era delicado y de un perfecto acabado, apropiado para los grandes palacios y la ostentación que la élite empleaba para desmarcarse del resto de la población. Con el objeto de que su industria siguiera siendo floreciente e incluso creciera, esta ciudad fenicia debía controlar todas las rutas comerciales que le aportaban dichos productos y a través de las cuales pudiera distribuirlos ya transformados en lujosas manufacturas a cada vez más amplias zonas.

Por otra parte, el comercio de metales era muy importante no sólo para la fabricación de joyas y otros productos fastuosos, sino también porque durante un tiempo los tirios se guiaron para comerciar por el patrón plata. Es decir, era la plata la que orientaba y daba validez a las transacciones comerciales. Se fijaba un peso y una calidad del metal argentífero que ofrecía una garantía a los intercambios y normalmente esta situación era vigilada por los templos, los cuales en más de una ocasión asumían funciones de tipo financiero. Antes de la aparición de la moneda, el metal circulaba con una función monetaria en forma de barras o lingotes. A través de estos lingotes se realizaban los

intercambios comerciales, sobre todo cuando se traficaba con productos caros y resultantes del comercio de larga distancia, para los que el trueque tradicional no era eficaz. Las colonias podían suministrar grandes cantidades de plata, lo que hizo que llegara una gran suma de este metal a Fenicia y las zonas adyacentes. A mediados del siglo VII a. C. esa abundancia de plata hizo que cayera su precio en favor del oro.

Los primeros contactos con Tartessos: la precolonización

Establecer la cronología de los primeros contactos entre la sociedad fenicia y la sociedad tartesia no es una labor fácil. La principal discusión sobre este asunto en la que se ha visto envuelta la comunidad científica deriva de la creencia, o no, en las fuentes escritas y los datos que en ellas aparecen. Sobre la colonización fenicia en Occidente las fuentes escritas y las fuentes arqueológicas difieren. Por una parte, las primeras nos han dado como fecha de fundación de Gadir finales del siglo XII a. C.; sin embargo, los restos arqueológicos más antiguos encontrados no suelen pasar del siglo VIII a. C.

Para solucionar esta situación, una parte de los especialistas comenzó a utilizar el concepto de precolonización. Se trataría de un modo de congeniar ambos tipos de fuentes. La precolonización podía explicar el inicio de las exploraciones geográficas fenicias a lo largo de todo el Mediterráneo y el encuentro esporádico entre colonizadores e indígenas. Dichos encuentros nunca habrían sido abundantes y la incidencia que pudieron tener en la población autóctona fue en cualquier caso exigua. Quizás se establecieron algunos asentamientos fenicios, de muy escasa entidad. No se parecerían sin embargo a las colonias o ciudades posteriores, sino que tendrían las características de pequeñas escalas dentro de las rutas comerciales, en las que tal vez vivieran algunos artesanos y algunos grupos de personas, nunca numerosos, que mantenían el enclave.

Hasta la época plenamente colonial no se habrían fundado, según esta hipótesis, las importantes ciudades que nos han legado restos arqueológicos de envergadura, como Gadir, Malaka o tantas otras. No obstante, independientemente de si Gadir fue fundada en el segundo milenio antes de Cristo o no, su preeminencia, poder y fama no fueron alcanzados realmente hasta un tiempo después. Además, no es hasta el siglo VIII a. C. cuando la influencia fenicia en Tartessos comienza a observarse de un modo claro y abrumador, y es ese el período que a nosotros más nos interesa.

Las empresas coloniales

Son las fuentes escritas, como acabamos de apuntar, las que dejaron el testimonio de la fundación de Gadir en el siglo XII a. C. Ante ello discrepan las fuentes arqueológicas, que no han encontrado materiales que indiquen un asentamiento fenicio estable tan antiguo en Occidente. En cualquier caso, sabemos que la colonización fenicia comenzó como muy tarde en el siglo IX, momento en que existe

constancia de la fundación de la ciudad de Kition en Chipre. En ese siglo IX y en el VIII, el mercado asirio se inundó de plata, lo que sería una prueba de la existencia de colonias estables desde las cuales llegaría ese metal. Sin embargo, el momento de mayor auge y esplendor de la colonización fue en el siglo VII.

Se ha debatido a menudo la funcionalidad y características que las primeras colonias fenicias tenían, y para definirlas se han usado diferentes denominaciones. En primer lugar se las llamó «factorías». Atendiendo a ese nombre habrían sido enclaves con una función principal de explotación de las materias primas que hubiera en el entorno y que servirían también como escalas en las rutas de comercio fenicias, pero que no contarían con una densidad de población elevada. Otros asentamientos sí recibirán el nombre de «colonias» propiamente dichas, con un número de habitantes bastante elevado con el que llevarían a cabo un dominio sobre el territorio circundante, que pasaría a formar parte de la propia ciudad. Esos terrenos servirían para el autoabastecimiento de la propia población allí residente, al margen de que los productos que extrajeran de la explotación de dicho territorio tuvieran también un destino de exportación. Finalmente, algunos enclaves coincidirían con el concepto de *port of trade,* 'puerto de comercio'. Este último tipo de fundación fenicia habría sido impulsado y beneficiado desde el Estado. En ellas el comercio se encontraría en manos de comerciantes especializados, y no se haría necesario un control territorial.

Naturaleza y características de la colonización fenicia: instituciones políticas y mercaderes

Sabemos que, aunque la colonización fenicia no girara exclusivamente en torno al comercio, este era una parte importante de la misma. La siguiente descripción que debemos tomar en cuenta en consecuencia es la de las personas que llevaban a cabo esos intercambios comerciales, quienes en ocasiones se jugaban la vida en las largas travesías marítimas.

Las características del comerciante en el Próximo Oriente y en Grecia son diametralmente opuestas, pero de la figura griega del comerciante ya hablaremos en el siguiente capítulo. En el Próximo Oriente antiguo los comerciantes se denominaban *tamkârum*. El *tamkârum* realizaba el intercambio comercial y viajaba con sus mercancías de un lugar a otro. Gozaba por regla general de un gran prestigio social, tenía siempre un estatus elevado y ocupaba una posición preeminente en su sociedad; era además propietario de tierras. En ocasiones podía hasta formar parte de la familia real. Se trata de una persona especializada, cuya profesión son los negocios y que en ocasiones no tiene más remedio que adoptar una posición de diplomático o embajador frente a otros pueblos con los que se deben mantener buenas relaciones a fin de que la estabilidad favorezca el comercio.

Esta oligarquía comercial, muy bien organizada, estuvo presente en las actividades mercantiles y en las transacciones comerciales desde el principio. Pero la monarquía y la iniciativa estatal fueron muy fuertes. Esta es otra de las características del comercio fenicio, el apoyo del sector público. De hecho, aunque no podemos negar categóricamente que existiera un comercio por parte del sector privado, las fuentes escritas para el siglo X sólo mencionan el comercio estatal, como vimos con los varias veces citados tratados que firmaron Hiram I y Salomón. Desde palacio se dirigían estas acciones. No obstante, a partir del siglo IX y el VIII a. C., toda esta situación pudo haber cambiado

considerablemente. Desde el momento en que la presión asiria comenzó a ser más fuerte, la iniciativa privada fue en aumento.

Se han generado algunas discusiones respecto a si en la empresa comercial fenicia tenía mayor preeminencia la iniciativa estatal o la privada, pero podemos considerar ambas igualmente importantes y necesarias, de modo que existe una complementariedad entre ellas. Quienes defienden una superior importancia del sector privado explican de esta forma que las ciudades fundadas en el Mediterráneo se convirtieran en auténticas colonias, en algunos casos con un gran poder independiente respecto a su metrópoli, Tiro. Sin embargo, esa independencia pudo llegar por otros medios.

Como fuente podemos acudir al escritor griego Homero, autor de las grandes obras *Ilíada* y *Odisea,* que también nos habla del comercio fenicio. Sin embargo, Homero no considera el comercio de este pueblo oriental muy importante y refleja en sus textos más bien iniciativas individuales que manejan poco volumen de productos y normalmente no son sino una actividad secundaria que podría ser complementaria de otras como el transporte de pasajeros.

Los poderes públicos de los que hemos hablado, que sancionaban e impulsaban el comercio en Tiro y otras ciudades, eran el rey, cuya residencia era el palacio, y el poder religioso, cuyas sedes eran los templos. Palacio y templo son las principales instituciones fenicias.

El régimen político en Fenicia, incluida Tiro, era la monarquía. Esta forma de gobierno tenía una gran antigüedad, aunque seguramente sus poderes se vieran en cierta forma limitados por una oligarquía mercantil acaudalada e influyente. La monarquía era hereditaria y muy endogámica. Los reyes en Tiro estaban asesorados por un Consejo de Ancianos, formado por miembros de las familias más importantes de la ciudad, aunque no sabemos si su poder en el gobierno era activo o se trataba de un mero órgano consultivo de la monarquía.

Tras el ataque de Nabucodonosor II a Tiro desapareció la monarquía en esta ciudad fenicia, como ya mencionamos, pasando a ser gobernada por unos «jueces» denominados sufetes, que representaron al rey de Babilonia mientras la ciudad estuvo bajo su autoridad. Pudo ocurrir que algunas colonias, como Cartago, fueran gobernadas o administradas por esta misma figura, la de los sufetes, que serían los representantes del rey de Tiro y gobernarían en su nombre.

La otra institución principal para el buen funcionamiento de Tiro y el resto de las ciudades fenicias era el templo. Durante mucho tiempo el poder político y el poder religioso estuvieron muy unidos, y entre el palacio y el templo aglutinaban un poder casi ilimitado. La función sacerdotal principal recayó siempre en manos del rey o en algún miembro de la familia real. Además, el rey era considerado intermediario del dios principal, puesto que gobernaba en su nombre (incluso en alguna ocasión los reyes se referían a sí mismos no sólo como mediadores entre el plano terrenal y el religioso, sino como personas sagradas, revestidas de una naturaleza divina). La excesiva sacralidad de la figura del monarca fue lo que desencadenó las iras de profetas hebreos como Isaías o Ezequiel, de los que tratamos en el comienzo del capítulo.

En cada ciudad, el dios principal era diferente. En el caso de Tiro, el dios del panteón fenicio a quien fundamentalmente se dirigían súplicas y agradecimientos era Melqart. El poder de este dios y de su templo fue muy grande, pues se relaciona con la empresa colonial. Los sacerdotes de este culto consiguieron amasar por ello un poder formidable, con gran influencia en el resto de la población. Por este motivo, el origen social de estos sacerdotes estaba en las grandes familias de la ciudad. La fama y el poder que Melqart acabó teniendo en todo el Mediterráneo se debía a que, vinculado como estaba a la esfera comercial, al fundarse una ciudad se iniciaba también la construcción de un templo dedicado a esta divinidad, que favorecía una relación más estrecha con la metrópoli a pesar de la

distancia. Dicho templo servía también para legitimar la fundación. Gadir es uno de los ejemplos de colonia en la que existía tal templo.

Astarté era asimismo una diosa importante para Tiro. En un segundo plano había no obstante otras divinidades. En los aspectos estrictamente religiosos profundizaremos más tarde, en el capítulo dedicado expresamente a ello, en el cual analizaremos la influencia que recibió Tartessos de la religión, la ideología y otros aspectos de la cultura oriental. Esta es la razón que nos obligará a realizar continuas referencias y explicaciones en el futuro a la economía o la sociedad fenicias, en la medida en que ayuden a entender la situación tartesia.

Las rutas comerciales

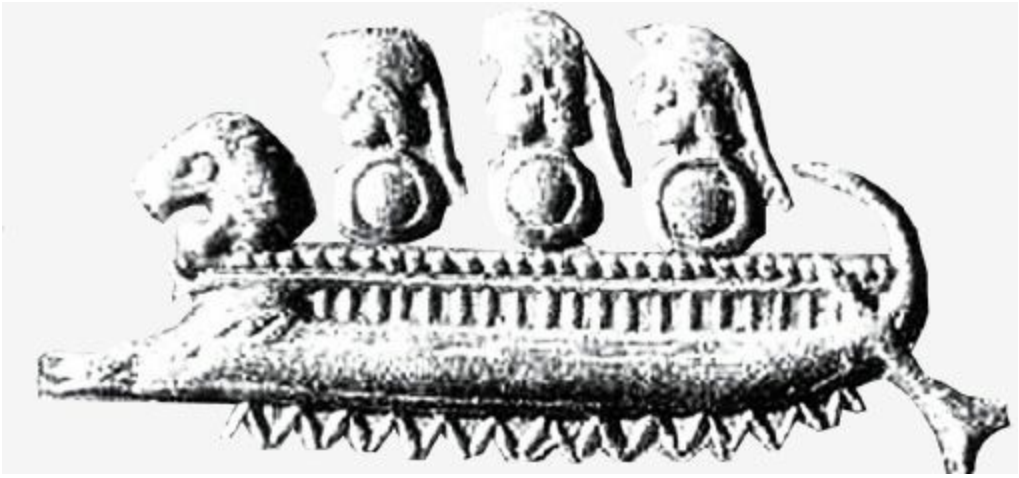
Además de las rutas occidentales, los fenicios mantuvieron también rutas comerciales con diferentes lugares de Oriente, pero no las mencionaremos aquí ya que, siendo el objetivo del libro la aproximación a la historia de Tartessos, esa parte de la historia fenicia tiene menos interés para nosotros. Además, debido al contexto que se vivía en Oriente y que hemos señalado en lo que al mundo fenicio se refiere, con grandes civilizaciones enfrentadas entre sí, la única ruta que Tiro monopolizaba en la época de las colonizaciones era la del Mediterráneo, hacia Chipre y Occidente.

Fueron abundantes las fundaciones coloniales que Fenicia realizó. La ciudad situada más al oeste en el mapa, en territorio de Fenicia, es Tiro, la principal metrópoli y la ciudad que llevaba la voz cantante en las empresas coloniales. En el Mediterráneo central destacamos Cartago, situada en la actual Túnez, cuya posición estratégica para el control del Mediterráneo favorecerá sin duda su grandeza. Los tirios se aventuraron a sobrepasar las Columnas de Hércules, y así fundaron Gadir y Lixus, en las costas europea y africana respectivamente. La fundación de ciudades en puntos tan distantes confirma su merecida fama de navegantes.

La literatura antigua y la arqueología nos han permitido conocer las fundaciones coloniales que los fenicios realizaron por todo el Mediterráneo y que además les servían como escalas en sus rutas comerciales. En Fenicia, un barco se cargaba de productos y jamás se vaciaba hasta volver de nuevo. En cada puerto que paraban dejaban una parte de los productos que llevaban y al mismo tiempo se

cargaban con otros diferentes hasta llenar el espacio que habían dejado vacío, y que volverían a vender en cualquier puerto que pudieran, por lo que no necesariamente los llevaban de nuevo a Fenicia. De esta forma el viaje era mucho más rentable.

Los fenicios contaban muy probablemente con las técnicas y sistemas de navegación más avanzados de la época, lo que les convertía en marinos experimentados y envidiables. Así, pudieron navegar perfectamente en mar abierto y de noche, gracias a sus nociones de astronomía. Eso sí, la época de navegación se limitaba a las temporadas de clima favorable, desde inicios de la primavera hasta octubre. Los fenicios tenían diferentes tipos de barcos según la función y actividad para las que los necesitaban. No eran iguales los barcos de guerra que los barcos comerciales y, entre estos últimos, había distinciones también según el carácter y la envergadura de la empresa que estaban llamados a realizar. A través de la arqueología conocemos varios tipos de barcos fenicios, pues nos han llegado sus representaciones en relieves en piedra o monedas.



Esta representación de una embarcación fenicia apareció en una moneda acuñada en la ciudad fenicia de Biblos a mediados del siglo IV a. C. Los fenicios eran unos hábiles navegantes que contaban con diferentes tipos de barcos según la ocupación que quisieran desarrollar. Las representaciones como esta, sobre una moneda, aunque más frecuentemente grabadas en piedra, son relativamente habituales y nos acercan a la descripción de sus técnicas y tecnología navales. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

A pesar del gran dominio de las técnicas de navegación, la elección de las rutas comerciales estaba influida en gran medida, como sigue ocurriendo en la actualidad, por los vientos y las corrientes marinas. La ruta comercial principal era la que salía desde las ciudades fenicias en el Mediterráneo oriental y, pasando por Egipto, seguía la costa africana hasta Cartago, produciéndose entonces una bifurcación: una primera línea continuaba por la costa africana hasta el estrecho de Gibraltar (aunque no siempre se podía elegir el momento de abordar la travesía del estrecho hacia Gadir y era necesario esperar vientos favorables) y seguía hacia el norte por Portugal o hacia el sur, prolongándose por la actual costa marroquí, donde se hallaba la colonia de Lixus; una segunda ruta costeaba el litoral mediterráneo de la península ibérica (la elección de este emplazamiento, principalmente en la zona sur, como lugar donde fundar varias colonias fenicias pudo deberse a la espera de los momentos propicios para cruzar el estrecho a los que acabamos de referirnos, espera que en ocasiones podía durar hasta un año).

Asimismo, los navegantes fenicios utilizaban una segunda ruta, la norte, que probablemente pasaría por Chipre y rodearía Malta o Sicilia para llegar al sur de Italia, o bien pasaría por Sicilia para alcanzar las islas Baleares y reencontrarse con la ruta que bordeaba la costa mediterránea de la península ibérica.

Cartago, fundación de primer orden

Tiro fue la ciudad fenicia responsable de la fundación de los principales enclaves coloniales. Como ya señalamos, fue la metrópoli de Gadir y de Cartago, en las que nos detendremos con mayor atención por ser las colonias que de uno u otro modo influirán y modificarán el destino de Tartessos. Y fue Tiro también la que mediante su iniciativa comercial creó un Mediterráneo en el que, sin haber una unidad, se compartirán algunos elementos y sus manufacturas de lujo llegarán a las élites de diferentes pueblos entre los que no sólo están los tartesios, sino también otros, como los etruscos en el norte de Italia.

Los asentamientos fenicios se establecían principalmente en lugares costeros. El medio de transporte más importante era el marítimo; era el más rentable para las mercancías pesadas y por ello los asentamientos necesitaban situarse en lugares entre cuyas características se encontrara la de contar con un buen puerto. Sin embargo, con el tiempo podrían haberse creado algunos poblados en el interior, cuyo interés era principalmente agrícola. Esta cuestión que aquí meramente apuntamos será tratada con su necesaria profundidad en este libro más adelante.

Cartago merece, como señalamos con anterioridad, una mención especial por la importancia que tendrá posteriormente para la historia de Tartessos y del resto de la península ibérica. Las fuentes escritas clásicas nos cuentan la historia de su fundación, aunque como ocurría con el resto de las ciudades fenicias, no nos han llegado fuentes escritas directas, sino que nos han sido proporcionadas por sus rivales en el control del Mediterráneo. De hecho, la ciudad entera fue arrasada por los romanos, quienes con ese gesto pretendieron que no volviera a resurgir y así poder controlarla y reconstruirla según sus gustos y costumbres.

El relato de la fundación de la ciudad de Cartago ha tenido más consideración por parte de la investigación que el de otras colonias. A grandes rasgos, la colonia se habría establecido como se detalla a continuación. En el año 820 a. C., aproximadamente, Mattan I dejó el trono de Tiro en manos de su hijo Pigmalión. Su hermana Elissa, Dido en las fuentes latinas, estaba casada con su tío Acherbas, que era el sumo sacerdote de Melqart y, por ello, ocupaba el segundo puesto en importancia y rango detrás del rey. Como sumo sacerdote era asimismo muy rico y Pigmalión vio en él un rival directo. Este fue el motivo que llevó al rey de Tiro a asesinarlo con el objetivo añadido de conseguir sus riquezas. En el año 814 a. C., Elissa, su viuda, huyó a Chipre acompañada de aquellos que eran leales a su difunto marido. Entre estos compañeros se encontraba Barca, antepasado de los Bárcidas (entre los cuales los más conocidos son Amílcar y Aníbal, los famosos generales cartagineses que se enfrentarán a Roma). En Chipre se les unió el sumo sacerdote de Astarté. Tanto la élite tiria como el templo intervinieron en la fundación de Cartago. En las costas del norte de África, donde decidieron fundar la ciudad (dentro del actual territorio tunecino), fueron muy bien acogidos por parte de la población de una colonia fenicia cercana, Útica, y por los indígenas de aquellas tierras, los libios. El rey de los libios, Hiarbas, les ofreció el terreno que pudiera cubrirse con una piel de buey. Elissa, o Dido, cortó entonces la piel de buey en tiras muy finas, con lo que pudo delimitar el perímetro de la futura ciudad en una colina. Hiarbas quiso contraer matrimonio con Elissa mediante coacciones. Pero esta, que era fiel a su marido, decidió arrojarse a una hoguera con el objetivo de evitar la unión. Tras esto, sus súbditos la divinizaron.

La ciudad de Cartago estuvo ubicada como decimos en el Mediterráneo central, en la costa del norte de África, dentro de la actual Túnez, en una pequeña península. Se trata de una posición muy estratégica puesto que era escala en las rutas marítimas de navegación fenicia, y además contaba con

un territorio alrededor verdaderamente fértil. Sin duda esta situación geográfica favorable contribuyó a su crecimiento y esplendor (lo que demuestra su gran densidad de población, que pudo llegar a ser de doscientos mil habitantes en el momento de mayor prosperidad), hasta el punto de llegar a rivalizar con las otras potencias de la región por el control del Mediterráneo tras el hundimiento de Tiro. Su final llegó como consecuencia del enfrentamiento con los romanos, pero después de que Cartago hubiera ocupado gran parte de la península ibérica. Es en el año 146 a. C., lejos de los márgenes cronológicos de este libro, cuando el general romano Escipión Emiliano la conquistó y arrasó. Pero hasta ese momento consiguió acaparar un gran poder y se convirtió en la principal colonia fenicia del Mediterráneo central y occidental, por encima de Gadir. Desde la propia Cartago se realizaron también empresas coloniales. Su primera colonia fue fundada en la isla de Ibiza en el año 654, o quizá en el 653 a. C. En su debido momento, cuando tratemos el ocaso de Tartessos, hablaremos a su vez de todos los movimientos y enfrentamientos que se produjeron en el Mediterráneo entre las potencias que se disputaban el poder y el dominio de este mar.

Cartago fue, por tanto, la que mayor poder tenía de entre todas las colonias fenicias en los últimos siglos del primer milenio antes de Cristo. Las causas de esa hegemonía pueden encontrarse en diversos lugares. Tal vez una de ellas fuera las especiales circunstancias de su fundación, en la que, a diferencia de otras ciudades, estuvo implicada directamente una rama de la más alta sociedad tiria, si nos guiamos por lo que las fuentes escritas nos dicen. Lo cierto es que los cartagineses consiguieron formar un gran ejército y construir fortificaciones imponentes que fueron usadas después para la expansión y conquista de nuevos territorios, hasta el momento en que chocó contra un enemigo fatal: Roma.

Cartago quedó arrasada por los romanos. De la Cartago púnica (nombre con el que también se conoce a los cartagineses) apenas quedó en pie el tofet, elemento que tiene relación con sus ritos religiosos, y parte de la zona portuaria. El resto son construcciones de tipo romano, pues tras conquistarla sus nuevos dueños reconstruyeron la ciudad según sus propias técnicas de edificación. Esta situación hace que arqueológicamente la Cartago anterior al 146 a. C., año en que es destruida, sea poco conocida. La imagen es una de las construcciones romanas que aún pueden visitarse, las termas de Antonino.

GADIR: PRINCIPAL COLONIA FENICIA EN CONTACTO CON TARTESSOS

La decisión fenicia de situar una colonia como Gadir cerca del área de influencia tartesia provocó, de un modo inconsciente, un proceso de cambio en las poblaciones en la zona del Bajo Guadalquivir y sus alrededores. Por ello esta población, que se denominó Gades en época romana y es Cádiz en la actualidad, se merece una pormenorizada explicación de su creación y de su historia. Gadir y Tartessos compartirán sino en numerosas ocasiones, llegando incluso a confundirse, como ya hemos apuntado antes, en algunas de las fuentes escritas clásicas. La relación entre ambas es estrecha y la influencia de la una sobre la otra determinará la historia del Mediterráneo occidental hasta la mitad del primer milenio antes de Cristo, y aún más tarde.

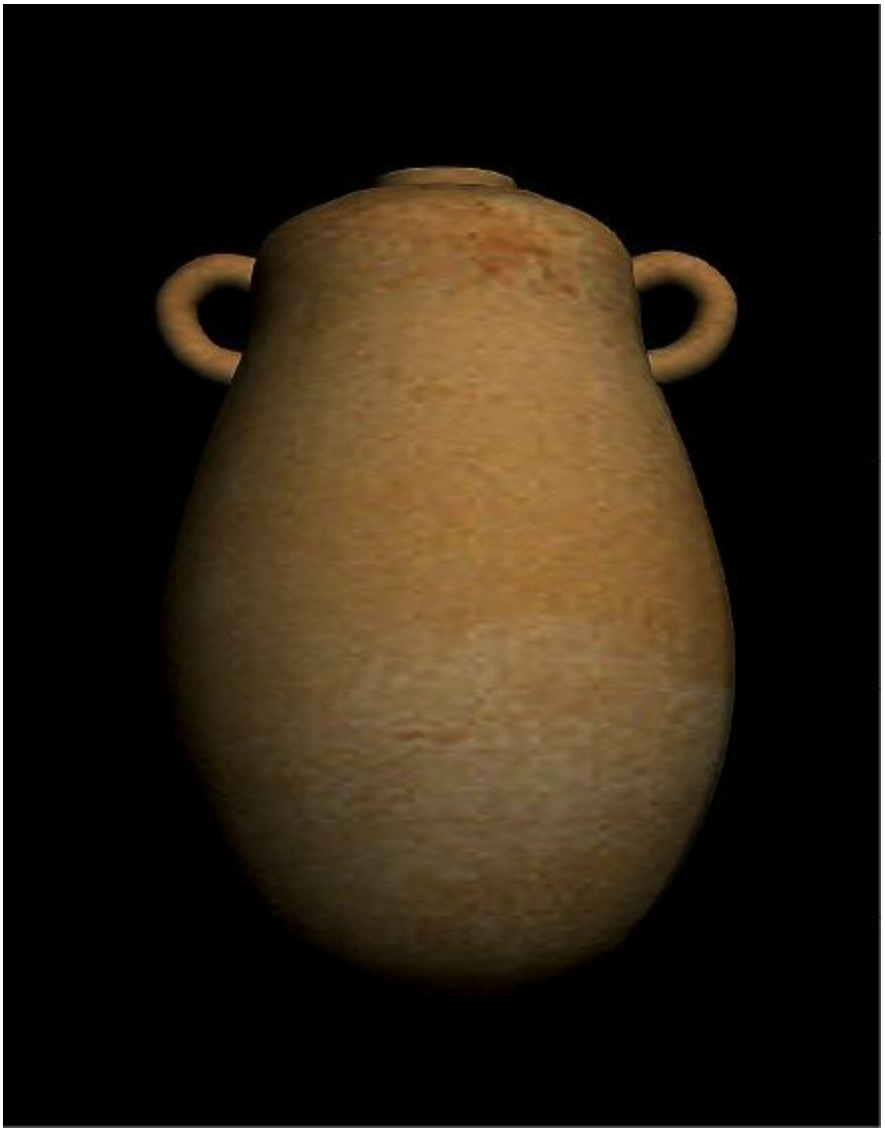
Para fundar Gadir, los colonizadores fenicios debieron cruzar el estrecho de Gibraltar. Desde la costa europea puede observarse, como se ve en esta imagen, la costa africana sin problemas. Sin embargo, las corrientes marinas en ese punto son fuertes y debe esperarse una situación favorable para poder cruzarlo sin problemas.

Dejando las fuentes escritas aparte un momento, la arqueología constata que a partir del siglo VIII a. C. se produce un asentamiento sistemático en la costa mediterránea andaluza por parte de los fenicios; más tardíos son los enclaves en la zona levantina de la península ibérica. Gadir fue una de aquellas fundaciones y se convirtió en una de las colonias fenicias más importantes de Occidente, llegando a tener entre veinte mil y cincuenta mil habitantes, la última cifra en la época de mayor esplendor. Esa preeminencia no venía dada sólo por su actividad comercial, sino también por su situación estratégica, controlando el paso del estrecho de Gibraltar, las denominadas Columnas de

Hércules.

Según la historia de su fundación, Gadir fue creada por los tirios ochenta años después de la guerra de Troya, lo que equivaldría al año 1104 o 1103 a. C. El mito de fundación nos lo transmite Estrabón, el cual se basó en una fuente anterior:

> Entre los relatos de esta clase acerca de la fundación de Gades los gaditanos recuerdan un oráculo que según dicen les aconteció a los tirios, y les ordenaba que enviasen una colonia hacia las Columnas de Heracles. Cuando los que fueron enviados para el reconocimiento llegaron al estrecho de Calpe [actualmente de Gibraltar], consideraron que los cabos que conformaban el estrecho eran los límites de la tierra habitada y de la expedición de Heracles, y que estos eran también las columnas que había mencionado el oráculo; se detuvieron en un lugar más acá de los estrechos […] y realizaron allí un sacrificio, y como las víctimas no les resultaron favorables, regresaron de nuevo. Tiempo después, los enviados avanzaron más allá del estrecho hacia una isla consagrada a Heracles […], consideraron que las columnas se hallaban allí e hicieron un sacrificio al dios; pero como de nuevo las víctimas no resultaron favorables, regresaron a casa. Y los que llegaron con la tercera expedición fundaron Gades y erigieron el santuario en la parte oriental de la isla y la ciudad en la occidental.
>
> *Geografía,* III, 3, 5



Las ánforas eran los recipientes que las antiguas civilizaciones (fenicios, griegos y romanos entre otros) utilizaban para el fácil transporte, principalmente por vía marítima, de mercancías como vino, aceite o grano.

Su presencia en un yacimiento nos indica que existió una actividad comercial, aunque tras llegar a su destino podían ser reutilizadas y reservadas para otros usos. Existen numerosas clases de estos grandes contenedores, pues su morfología fue variando a lo largo del tiempo. El ejemplo que presentamos en esta foto es un tipo de ánfora fenicia que se fecha entre el siglo VIII y VI a. C. y que es muy abundante en Andalucía. Por su forma se le llama también ánfora «de saco». (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

Los fenicios llegaron a Gadir con sus costumbres y los objetos que utilizaban en Oriente. Esta imagen sería la reconstrucción virtual de una de sus lámparas, llamadas lucernas, la mayoría de las cuales eran de cerámica, aunque también podían ser de metal. Se llenaban de aceite y mediante una mecha podían alumbrar en la noche o en lugares oscuros. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

La numismática estudia las monedas, no sólo como objetos o por sus implicaciones económicas, sino también profundizando en su historia (desde el origen) o su simbolismo (las imágenes que se representan en sus caras tienen fines propagandísticos). Antes de su invención ya existían ciertos objetos, como barras o lingotes de metal, que cumplían una función similar, pero es con la moneda con la que las relaciones comerciales crecieron y obtuvieron mayor fluidez, favoreciendo uno de los objetivos que se perseguía con las fundaciones coloniales.

Aquí se ve una moneda de Gadir, del siglo III a. C. En ella se aprecian dos atunes, símbolo de la ciudad por la fama que la industria de sus salazones alcanza en la Antigüedad.

El santuario al que se refiere Estrabón es el de Melqart, santuario que legitimaba la fundación y unía Gadir con su metrópoli Tiro mediante la sanción religiosa. La presencia del templo garantizaba los intercambios comerciales y velaba por que se hicieran de una manera correcta. A veces podía ser incluso un intermediario financiero o banco. Los comerciantes se sentían protegidos y además estaban seguros de que las transacciones se realizaban de un modo legal y permitían obtener el mayor beneficio posible.

Las actividades de esta colonia fundada por tirios estaban dirigidas en gran medida hacia el comercio. Desde siempre se ha relacionado mucho con la exportación de metales por su cercanía con la zona minera en la actual provincia de Huelva (las minas de Riotinto y Aznalcóllar). No es hasta el año 300 a. C. sin embargo cuando Gadir comienza a acuñar moneda propia. Por otra parte, en la ciudad se han encontrado también hornos de fundición de metales y lugares para la fabricación de salazones. Los artesanos fenicios producían asimismo numerosas manufacturas que distribuían a diferentes regiones y que en algún caso pudieron fabricarse en la ciudad, pero es difícil determinar su procedencia exacta.

A partir del siglo VIII a. C. pudo producirse desde Gadir y otros enclaves una penetración fenicia hacia el interior, aunque las características y objetivos de ella aún deben esclarecerse en gran medida. Esto mostraría unas relaciones más fluidas con las poblaciones indígenas, es decir, con Tartessos, y una influencia mutua de mayor calado.

Influencia fenicia en Tartessos

Los fenicios eran una sociedad más avanzada que cualquiera de las que existían en aquel tiempo en el Mediterráneo occidental. Sus conocimientos técnicos estaban más desarrollados, de modo que, al entrar en contacto con otras sociedades, su influencia se dejaba notar.

Las incorporaciones de elementos fenicios más fáciles de identificar en las sociedades con las que este pueblo mantenía relaciones son las de carácter tecnológico. De esta forma, el suroeste peninsular adquirió nuevas técnicas agrícolas y empezó a plantar nuevos cultivos como la vid y el olivo, que no se conocían hasta ese momento y que con el tiempo alcanzarán tal magnitud que incluso en la actualidad la península ibérica es uno de los principales productores de vino y aceite. Comenzó también a usarse el torno para fabricar cerámica y se conoció el hierro. Este último dato tiene su importancia, puesto que según la diferenciación cronológica que se hizo de la Prehistoria para su estudio, basada en cuestiones tecnológicas, el conocimiento de este metal autoriza a situar a las poblaciones que lo utilizaban en otra etapa más reciente, la Edad del Hierro, superando por tanto la Edad del Bronce.

Puede observarse asimismo tras la llegada a la península ibérica de las poblaciones de origen oriental un cambio en el urbanismo. Ya describimos en el segundo capítulo cómo eran las casas y los poblados de la Edad del Bronce, en el momento anterior a la colonización. La influencia fenicia hará que los lugares de asentamiento se modifiquen, se hagan ordenados, lo que nos permitirá a nosotros comenzar a utilizar la palabra «urbanismo» o la expresión «urbanismo planificado», y a ellos erigir construcciones de planta cuadrada.

Particularmente importante será también la introducción de la escritura y el alfabeto fenicio en la península ibérica, que se adaptan a la lengua indígena. Sin embargo, ninguno de los pocos textos aparecidos en Tartessos ha podido ser descifrado.

Pero, evidentemente, las influencias fenicias recibidas por los tartesios no son sólo de carácter tecnológico. A través del contacto directo, y de los propios objetos, que llevan siempre cierta carga cultural, las nuevas ideologías pueden ir penetrando en otras sociedades, aunque el mundo de las creencias suele ser el aspecto de la cultura más difícil de modificar, el elemento cultural más conservador. Esas influencias ideológicas incluyen modificaciones de la sociedad, de la política, del tipo de economía que los tartesios practicaban, de las creencias religiosas y el mundo funerario y de la cultura en general.

Objetos como las lucernas o las ánforas aparecen con mucha frecuencia a lo largo de un lapso de tiempo muy dilatado. No son los únicos objetos que encontramos de un modo abundante. El objeto de la imagen es un quemaperfumes. Su origen es claramente oriental, pero al encontrarlo en yacimientos indígenas obtenemos una idea de la forma en que las costumbres de los pueblos autóctonos varían e incorporan algunos usos fenicios. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

A lo largo de lo que resta de libro volveremos sobre estos temas muy a menudo, puesto que la comparación con los usos anteriores y la llegada de innovaciones desde la órbita oriental ilustrarán las modificaciones que afectaron a los tartesios y mediante las cuales lograron ser uno de los pueblos más importantes del Mediterráneo occidental. De esta forma, los fenicios asentados en Occidente y los tartesios comenzaron a compartir un destino común. Las influencias serán mutuas entre ambas sociedades y no podremos entender la una sin la otra.

El período Orientalizante: el Mediterráneo con un mismo destino

Hemos visto de qué forma todos los territorios a los que baña el Mediterráneo están conectados y en cierta medida es necesario conocer la historia de las demás civilizaciones y pueblos que se asomaban a sus orillas para comprender en su totalidad la de uno solo.

Las colonizaciones pusieron a civilizaciones muy diferentes entre sí en conocimiento mutuo. Con la conquista romana, el Mediterráneo podrá considerarse casi uniforme. Sin embargo, antes de que eso se produzca, en el tiempo en el que los fenicios y los griegos dominaban la navegación de este mar, los pueblos que se asentaban en sus costas llegaron a compartir un mismo proceso histórico. Las colonizaciones, tanto fenicias como griegas, transcurrieron de un modo global y sus civilizaciones funcionaron como conectoras de las demás. A través de las empresas coloniales y a partir de ellas mediante el comercio, las élites de los diferentes pueblos mediterráneos consiguieron un gran número de objetos de lujo, de origen oriental, que marcaban su diferencia con el resto de la población sobre la que tenían una cierta autoridad. Estos objetos se han hallado en zonas tan alejadas como Etruria o Tartessos.

Los huevos de avestruz son algunos de esos objetos suntuarios a los que solemos referirnos y que fueron adquiridos por las élites indígenas. En el mundo fenicio forman parte de los ajuares y se relacionan con el mundo funerario. Asimismo aparecen en necrópolis tartesias, aunque se ha hallado alguno también en poblados. Este tipo de objetos marcaron las diferencias entre las personas de mayor prestigio en una sociedad y el resto y ayudaron a mantener las desigualdades.
(Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

Esta cierta unidad, que no uniformidad, en la que prácticamente todo el Mediterráneo caminaba

en una dirección común, ha recibido el calificativo de «Orientalizante» y la etapa cronológica en la que se produce el desarrollo de Tartessos se conoce por este motivo como período Orientalizante. Es una etapa cuya característica principal fue la propagación por todo el Mediterráneo de objetos y usos provenientes de Oriente que son adoptados e imitados por las poblaciones autóctonas.

A lo largo de los próximos capítulos esa historia de rasgos compartidos entre distintas civilizaciones mediterráneas se pondrá de manifiesto.

4

Las relaciones con los griegos

La antigua Grecia es una de las culturas que más ha influido en el desarrollo de Europa y de la cultura occidental. Era una civilización floreciente cuyos filósofos, literatos y científicos nos legaron en sus escritos una sabiduría inmensa que hemos asimilado y que explica en gran parte cómo somos ahora. Sin lugar a dudas, somos herederos de la cultura grecolatina.

Durante siglos, los eruditos han copiado y estudiado los textos clásicos y los investigadores han tomado al pie de la letra lo que en esas obras se contaba para reconstruir la historia. En la actualidad se realiza un estudio más crítico de las fuentes escritas pero, siguiendo las referencias de los manuscritos griegos y romanos, los historiadores, hasta la primera mitad del siglo XX, dieron a los griegos un papel muy importante, cuando no determinante, en el desarrollo de Tartessos.

Las fuentes arqueológicas y el estudio contrastado de estas con las literarias nos indican sin embargo que los griegos mantenían unas relaciones con Tartessos menos estrechas de lo que a priori pudiéramos suponer; eran los fenicios los que preservaban un contacto más directo con el mundo indígena. Sin embargo, aunque menos fuertes de lo que los estudiosos del siglo XIX pensaron, los vínculos entre griegos y tartesios existieron. Nuestro deber es ahora estudiar la naturaleza de dichos lazos para entender lo que para Tartessos supusieron aquellos y profundizar así en el objetivo de este libro, el de conocer su historia.

LAS RELACIONES CON LOS GRIEGOS SEGÚN LAS FUENTES LITERARIAS

A través del paso del tiempo, tras sucederse centurias y milenios, copiadas una y otra vez, un importante número de fuentes escritas griegas y romanas han llegado afortunadamente a nosotros. Como hemos dicho, es en esta información en la que durante mucho tiempo los historiadores se basaron para defender una relación muy estrecha entre Tartessos y la Grecia antigua.

El número de referencias en la literatura clásica sobre la colonización griega es de una cantidad ingente. Respecto a Tartessos, las más importantes son las que se refieren a la expedición de Colaios y a la relación entre Argantonio y los focenses, descritas ambas por Heródoto y que sin duda el lector recordará del primer capítulo. No repetiremos aquí las historias que ya relatamos entonces, pero sugerimos que sean releídas si han sido olvidadas para comprender lo que a continuación explicaremos.

La primera de las historias que nos muestra la existencia de interacciones entre helenos y tartesios es el viaje de Colaios en el siglo VII a. C. Colaios procedía de la isla griega de Samos y, ya de regreso en su ciudad, hizo una ofrenda a la diosa Hera en su templo, con la que le agradecía su buena fortuna y las riquezas de las que el viaje le había provisto. Heródoto posiblemente conocería la historia transmitida oralmente, la cual con seguridad formaría parte de la tradición de Samos, y tal vez habría visitado el Heraion (santuario de Hera), con lo que podría haber visto con sus ojos algunos objetos que demostrasen que esa narración tenía un fondo de verdad.

Restos arqueológicos del Heraion de Samos, santuario que comenzó a construirse en el siglo VIII a. C. En este templo dejó Colaios, según Heródoto, una parte importante de sus ganancias obtenidas del comercio con Tartessos como ofrenda a la divinidad.

En el relato podemos observar elementos comunes con las obras de Homero. Se trataba de una expedición individual, de marcado protagonismo. Colaios fue también víctima del azar y de los deseos de los caprichosos vientos.

Apoyando en parte esta narración, la arqueología ha descubierto en el Heraion de Samos algunos objetos, en concreto unos peines de marfil, que los investigadores identifican como de estética orientalizante y origen fenicio occidental, y que pueden ser fechados en la misma época en la que el viaje al que nos estamos refiriendo se hubo realizado (siglo VII a. C.). Esto nos demuestra que realmente existió una relación entre la zona de Tartessos y Samos. Advertiremos no obstante que ese santuario era también visitado por fenicios, por lo que los peines podrían haber sido llevados allí por ellos. Pero a través de esa presencia fenicia los samios podrían haber tenido noticias sobre el Occidente más lejano y no sólo meras referencias fantásticas y mitológicas, sino de carácter real y fidedigno, que pudieron promover algún viaje como el protagonizado por Colaios, un viaje puntual, una aventura.

De naturaleza radicalmente opuesta sería, según nos muestran las fuentes escritas, la interacción entre focenses y tartesios. A diferencia de la expedición de Colaios, en la que el individualismo es importante, en este caso Heródoto siempre se refiere a los focenses como colectivo y como expedicionarios amparados por el Estado. Según él, los focenses fueron los primeros de entre los griegos que emprendieron largas travesías marítimas. Este dato entra en contradicción con el viaje de

los samios que acabamos de mencionar y que fue anterior, aunque Heródoto pudo querer decir que los focenses fueron los primeros que realizaron viajes organizados e institucionalizados, puesto que en el de Colaios interviene la casualidad y se realiza a título personal. Los focenses consiguieron mantener un trato de amistad con Tartessos. A partir de entonces, el rey Argantonio fue nombrado en varias ocasiones por diversos autores grecolatinos y se llevó su figura hasta la mitificación.

Cada relato se corresponde con dos fases distintas de la colonización griega. La primera estaría caracterizada por contactos esporádicos, desde el siglo VII a. C., en los que tal vez interviniera la casualidad; sin embargo, en una segunda etapa las relaciones se convertirían en estables y se formarían relaciones comerciales que beneficiarían a ambas sociedades en contacto. A lo largo del capítulo explicaremos las características de las empresas coloniales griegas y se advertirá que esto se cumplía, y no sólo en el caso tartesio.

Los datos que hemos visto, extraídos de las fuentes escritas, tuvieron importantes consecuencias para la investigación histórica y arqueológica. A la luz de las reseñas en los textos clásicos, se sobrevaloró y exageró durante mucho tiempo el papel de los griegos en el ámbito tartésico, colocándolos en la posición de impulsores del desarrollo de Tartessos y negándoles de esta forma a los fenicios casi cualquier implicación en ello. La falta de documentos escritos fenicios directos, que impidieron que fuera por tanto conocida su versión, apoyó esa hipótesis.

No obstante, como se ha demostrado según se ha ido progresando en la investigación, un historiador no puede tomar los datos de las fuentes escritas sin más, sin realizar un análisis crítico, pues si no se estudian detalladamente, pueden hacernos incurrir en errores. No es posible tomar las obras de Homero, Heródoto o Anacreonte literalmente, asumiendo los datos que nos dan como verdaderos sin otra interpretación diferente posible. En primer lugar es necesario entender por qué escribieron lo que escribieron y si tenían alguna finalidad concreta al crear esas obras. No es aconsejable olvidar que estas noticias están a menudo envueltas en un aura de mitología que las hace atractivas y que funcionan como cohesionadores sociales de una ciudad al compartir historias comunes del pasado de sus habitantes. Héroes griegos como Ulises o Menelao desempeñaron algunas de sus acciones en la península ibérica, y sin duda se recordará el décimo trabajo de Hércules (el robo del ganado de Gerión), del que ya hablamos en su momento. A veces se intenta que en estos relatos que cuentan aspectos y situaciones de la colonización se haga muy presente la idea de la búsqueda de una tierra paradisíaca y sin conflictos, para que la gente estuviese más dispuesta a marcharse de su ciudad natal y favorecer así los viajes coloniales.

La manipulación de la historia no es nueva, ha ocurrido siempre y en ocasiones se buscaba exagerar el pasado glorioso de una ciudad o pueblo en particular haciéndolo más lejano en el tiempo para legitimar su posición en un tiempo posterior. Esta podría ser la razón por la que la arqueología data a menudo la fundación de una colonia en una fecha más tardía que las fuentes escritas. De esta forma, la creación de Gadir según la literatura grecolatina se realiza en el siglo XII a. C., mientras que la arqueología no ha encontrado por el momento restos tan antiguos. Cuando las obras de la literatura clásica grecolatina se toman y se leen con la intención no sólo de divertirse (en cuyo caso no tiene importancia si lo que cuentan es real), sino como documento histórico, deben estudiarse con cierta cautela.

El inicio de las investigaciones sobre Tartessos se basó en exclusiva en los textos clásicos. Estas exageraciones hacen que las fuentes escritas no siempre concuerden con las arqueológicas y debemos basarnos en las dos y contrastarlas para suplir las faltas de una y otra y poder avanzar en el conocimiento histórico. No es hasta finales del siglo XIX cuando los datos arqueológicos se tienen también en cuenta. Tendremos ocasión de estudiar la fantástica visión de los primeros arqueólogos,

casi más aventureros que científicos, lo que les da un aire romántico, en el próximo capítulo. Por ahora baste decir que sin más recursos que las obras clásicas, los eruditos del XIX veían por fuerza en Grecia a un pueblo civilizador y al resto de sociedades como bárbaros. Grecia era la luz, una de las sociedades más avanzadas, y así lo pensaba también el investigador alemán de principios del siglo XX Adolf Schulten, que fue uno de los primeros que asociaron la cultura de Tartessos, estudiada hasta ese momento sólo mediante las obras grecolatinas, con unos restos arqueológicos concretos y además buscó los lugares geográficos que aparecen en las fuentes. Siguiendo a pies juntillas las noticias sobre las colonizaciones que se indican en los textos, negó la importancia que los fenicios tuvieron en el florecimiento de Tartessos y buscó a los ancestros de los tartesios entre los tirsenos (originarios de Asia Menor o península de Anatolia y, por tanto, cercanos al ámbito griego), que habrían llegado tras una migración, con anterioridad a la época de las colonizaciones. Sólo a través de su influencia los tartesios llegarían a ser esa civilización tan próspera y feliz que retrataban las fuentes, en tanto que no era posible que los avaros fenicios hubieran tenido que ver mucho en el desarrollo de esta sociedad del suroeste peninsular. Sin embargo, entre los historiadores españoles no tiene buena acogida la tesis del arqueólogo alemán, pues se oponen a la idea de que la evolución histórica de Tartessos fuese producto de pueblos orientales en lugar de realizarse de manera autóctona. La investigación ha tardado en desechar la hipótesis según la cual los griegos, y no los fenicios, eran los principales protagonistas en las relaciones con Tartessos, pues fue un concepto que se asentó fuertemente en la historiografía con los estudios de Schulten.

No obstante, tras comenzar las excavaciones arqueológicas, y dado que el número de restos fenicios que se descubrió era abrumador, la comunidad científica tendió hacia la hipótesis contraria, según la cual nunca hubo presencia griega en el suroeste peninsular. Como arqueología e historia entraron en contradicción, se negó la validez de las fuentes escritas.

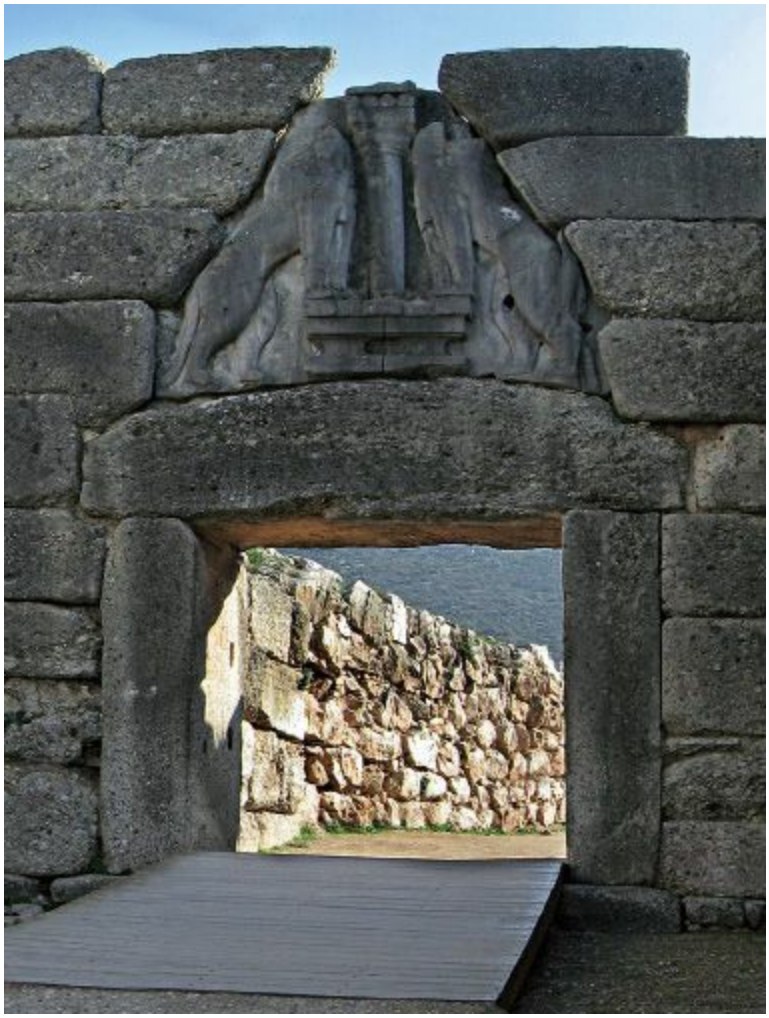
En las próximas páginas intentaremos llegar a una posición intermedia, que es también la opinión de la comunidad científica actual, y tendremos en cuenta todas las fuentes. Llegaremos a la conclusión de que los fenicios fueron los colonizadores en Tartessos, pero que los griegos también actuaron en el suroeste y que pueden rastrearse sus pasos.

Comenzaremos pues por analizar la colonización griega explicando las dos fases que aparecen en Heródoto y que ya hemos mencionado. Los primeros contactos, esporádicos y datados en la Edad del Bronce, fueron seguidos del establecimiento de unas relaciones continuas que definen la verdadera colonización.

Contactos en el Bronce Final

Algunos objetos arqueológicos hallados nos indican que los contactos entre el mundo griego y el ámbito tartésico tienen una larga historia. Un análisis más profundo nos dirá la naturaleza y duración de esas relaciones.

Una de las pruebas de esos antiguos contactos es la presencia de cerámica micénica en el sur de la península ibérica, aunque bien pudo llegar a territorio tartésico a través de la actuación de pueblos del Mediterráneo central (la península itálica) como intermediarios y no por un intercambio directo entre helenos y tartesios. Sin embargo, como ya mencionamos con anterioridad, la civilización micénica (cultura griega del segundo milenio antes de Cristo) fue destruida sin que se conozcan con exactitud las causas. Grecia atravesó a partir de entonces una edad oscura para reaparecer más tarde. Con el tiempo se reanudó el trato con los griegos, que siguieron las mismas rutas que los micénicos, pues seguramente la tradición griega conservó los conocimientos geográficos que adquirieron sus ancestros. No obstante la forma en que se reanudaron los viajes no era de la misma naturaleza ni tenía los mismos objetivos.



La puerta de los Leones, parte de un palacio de Micenas que fue construido en torno al 1250 a. C., uno de los restos de la floreciente civilización antecesora de la griega.
La construcción de edificios de envergadura nos muestra la existencia de una estructura sociopolítica fuerte en una época tan temprana que, sin duda, con ese nivel de organización podía hacer frente a largos viajes marítimos.

En la restauración de los contactos griegos con Occidente desarrolló un importante papel la península itálica. Los helenos fundaron pronto colonias en el sur de dicha península, en la llamada Magna Grecia e iniciaron una relación continua con las poblaciones indígenas de ese lugar. A través de ellos recibieron noticias fidedignas del oeste y quisieron conocer esas tierras. Las primeras llegadas de los griegos a las costas de la península ibérica fueron fruto de viajes esporádicos que produjeron encuentros puntuales (los historiadores llaman a esta etapa «precolonización») para en una fase posterior entablar una comunicación más permanente.

Según esta precolonización, se repetirían las travesías de navegantes griegos a zonas concretas, con lo que aumentaría su conocimiento geográfico, y se intentaría establecer una relación si no de amistad, al menos de carácter amable con los indígenas que habitaban las zonas que visitaban. De esta forma los griegos siguieron las rutas de navegación más apropiadas, y es en estos viajes donde han de enmarcarse los hallazgos arqueológicos de cerámica griega de los siglos XI-IX a. C. Estos viajeros no buscaban un asentamiento, sino realizar exploraciones y tal vez abrir nuevos mercados. A veces, tras pasar un tiempo realizando las mismas travesías, pudieron alcanzarse pactos con los pueblos locales y se reforzaron los lazos a través del intercambio de regalos con los jefes nativos, para así llegar a establecerse de forma continuada hasta llegar incluso a fundar una ciudad, lo que constituye ya una verdadera colonización.

El viaje de Colaios de Samos es considerado como un viaje precolonial griego, un contacto esporádico, aunque su relación fue muy puntual y no se repitió como en otros casos. La investigación histórico-arqueológica no ha encontrado más datos de contactos precoloniales entre tartesios y griegos, así que nos centraremos a partir de ahora en cómo se desarrolló la colonización helena en general y qué supuso para Tartessos en particular.

La colonización griega

La geografía griega, con tantos kilómetros de costa, determinó la preeminencia de lo marítimo en la vida de los helenos, quienes llegaron a ser unos grandes navegantes, lo cual les ayudó de cara a desarrollar sus empresas coloniales. Los antiguos griegos sentían un respeto enorme por el mar que en muchas ocasiones se mezclaba con un cierto pavor (los naufragios eran relativamente habituales). Por ello tenían una divinidad, Poseidón, que era el dios del mar, al que ofrecían sacrificios para que diera a los marinos protección y no les enviase tormentas, llegando a poner nombres específicos a los diferentes vientos a cuya merced se movían los barcos. Los griegos consiguieron ser avezados navegantes y conocían bien las rutas, lo que podemos observar en los diversos periplos que escribieron, como la ya nombrada *Ora maritima* de Avieno. Sabían además que sólo podían navegar entre principios de marzo y mediados de noviembre, cuando el clima favorable hacía más factible el éxito de la expedición, pues se jugaban mucho, ya que costaba un dinero considerable fletar un barco.

Grecia, con su gran número de kilómetros de costa y sus islas, mantenía una relación muy estrecha con el mar. El lector reconocerá posiblemente en Atenas y Esparta las polis griegas más importantes y afamadas. Pero para la historia de Tartessos las más destacadas son Focea y Samos, situadas en Jonia y sometidas a presión por parte de las grandes potencias del este,

como el Imperio persa, una situación similar a la de las ciudades de Fenicia. (Mapa de Sergio Ortiz Moreno).

Los griegos, como los fenicios, contaban con diferentes tipos de barcos dependiendo de la función a la que se les destinase. Además, los griegos eran capaces de construir una flota en poco tiempo si tenían los recursos necesarios. Los pecios encontrados, no todos investigados en profundidad debido a la dificultad añadida que supone la arqueología submarina, nos aportan muchos datos no sólo sobre la forma en que construían los barcos, sino sobre los productos con que comerciaban o las rutas que seguían.

El conocimiento del mar y las técnicas de navegación favorecieron la fundación de un número importante de nuevas ciudades y que se llevara a cabo un proceso colonizador de gran envergadura. Sin embargo, los motivos que les llevaron a ello son diferentes de los que tenían los tirios.

Las causas y motivaciones de la colonización griega

Pudimos ver en el capítulo anterior que la investigación histórica pensaba en el comercio como causa principal de la colonización fenicia. Por supuesto, esta idea fue, recordemos, muy matizada a la luz de las investigaciones que se llevan haciendo desde hace algunas décadas. Para el mundo griego, sin embargo, los motivos considerados principales que les empujaron a fundar nuevas ciudades en el Mediterráneo eran sobre todo de carácter interno.

Se produjo en el siglo VIII a. C. en Grecia un gran aumento demográfico y esto hizo que las tierras fueran insuficientes. La gravedad de esta situación de escasez de terreno cultivable no sólo fue provocada por el aumento de la población, sino que la cantidad de tierras fértiles no era muy abundante por otros dos motivos: en primer lugar, la difícil orografía griega, muy montañosa, que hacía que no hubiera grandes extensiones dedicadas a la agricultura; y, en segundo lugar, el acaparamiento de tierras por parte de las capas altas de la sociedad (quienes poseían también todo el poder político y religioso), las cuales eran además normalmente las más fecundas. Con frecuencia ese acaparamiento era el resultado del pago de deudas por parte de campesinos que no podían saldarlas de otro modo. A menudo las capas bajas de la sociedad debían recurrir a préstamos para afrontar años de malas cosechas y, normalmente, si el campesino no podía devolver el dinero que había pedido prestado, no sólo se quedaba sin tierras sino que podía ser reducido a la condición de esclavo. Como la mayoría de las tierras se encontraba en manos de la nobleza, el resto de la población se repartía un número reducido de suelo, y aumentaba este problema la forma de sucesión hereditaria, pues los hijos se distribuían los bienes de sus padres a partes iguales, con lo que las tierras se iban dividiendo en porciones cada vez más pequeñas hasta que al final no solían ser suficientes para alimentar a toda una familia.

Si existía escasez de tierras, la gente no podía obtener alimento. La situación de falta de tierras y alimento llevaba a menudo a una carestía de los productos. El desequilibrio entre recursos y población y el desigual reparto de la riqueza provocó numerosos conflictos sociales, a veces cruentos. La colonización se vio como la posibilidad de solucionar los problemas económicos, políticos y sociales de las polis. Las colonias se ubicaban en tierras prósperas y además podían suministrar los productos que faltaban a las metrópolis. Aun así, los problemas no se solucionaron en

su totalidad y las tensiones y luchas sociales continuaron. En ocasiones tuvo que aparecer para remediar la situación un legislador, como Solón en Atenas, que emitía leyes para calmar los ánimos; a menudo también el gobierno de la ciudad acabó en manos de un tirano.

Si en el caso fenicio sobresalía el objetivo comercial un poco por encima de los demás, aunque no fuera el único, en el griego, como vemos, aunque tampoco en exclusividad, la agricultura y la tierra fueron las razones más relevantes de la expansión por el Mediterráneo. Y eran la agricultura y la tierra los motivos principales del embarque en la empresa colonial porque el ideal de vida griego era la autarquía, el poder ser autosuficiente y no depender del exterior. Pero en lugar de estar en manos del comercio, el campesino estaba a merced del clima y las plagas, que provocaban en ocasiones años de malas cosechas. La autarquía se puede observar en la *Odisea* de Homero. Cada grupo familiar buscaba ser autónomo. La unidad básica de la sociedad griega era el *oikos,* que estaba formado por la familia, sus subordinados (incluyendo los esclavos) y sus posesiones. Su existencia dependía por tanto de la tierra, e intentaban aprovisionarse de todo aquello que les fuera posible por sí mismos, por lo que su pretensión era situarse al margen de toda transacción. Era relativamente habitual sin embargo el intercambio de dones (regalos lujosos) entre la aristocracia.

Aunque no sea la razón más importante, la colonización también tenía relación con el impulso comercial, y este fue adquiriendo mayor protagonismo a medida que pasaron los años (no todos los proyectos de fundación de nuevas ciudades nacieron con la misma finalidad). La creación de colonias benefició los contactos e intercambios de productos de diferentes zonas (además, ciudades-estado como Atenas dependían bastante del exterior en la adquisición de algunos productos básicos como el cereal). A través de los viajes coloniales se conseguían materias primas y nuevos mercados para vender sus manufacturas y sus excedentes de productos como vino o aceite. Los griegos importaban metales, cereales, esclavos y objetos de lujo y a cambio exportaban productos manufacturados y otros objetos de lujo.

Otro de los motivos que provocaron la fundación de colonias podemos englobarlo en el grupo de las razones personales. Las tensiones sociales llevaron a muchas personas a buscar suerte en nuevos lugares, no sólo a los hombres de origen humilde, sino también a algunos pertenecientes a la aristocracia, porque habían perdido poder como resultado de algún enfrentamiento en su ciudad de origen, o porque habían sido desterrados y enviados al exilio. Y, por supuesto, en un viaje de exploración siempre habría que contar con los hombres imbuidos de espíritu aventurero.

Las empresas coloniales griegas

Las colonizaciones fueron el resultado de un proceso previo de desarrollo de las polis que se produjo entre los siglos IX y VIII a. C. No pudieron existir viajes de tal envergadura sin un centro ciudadano importante que los respaldase. Debido a todas las causas de las que hemos hablado con anterioridad, aconteció entre el 750 y el 580 una gran expansión de los griegos por todo el Mediterráneo.

Las fuentes nos explican el modo en que se hacían los preparativos para llevar a cabo la fundación de una nueva colonia. Una vez que se había decidido crear una nueva ciudad, se recurría al oráculo de Delfos para obtener la sanción divina y saber si la empresa que se iba a emprender iba a

tener éxito. No era sólo una cuestión religiosa, pues además el oráculo poseía conocimientos geográficos que serían de utilidad, por ser aquel el lugar donde los viajeros se encontraban y compartían sus propias experiencias. También ocurrió esto entre los fenicios, o al menos así nos lo cuenta Estrabón en el relato de la fundación de Gadir. De este modo se conseguía la protección de la divinidad (Apolo en el caso griego) para la ardua aventura.

Posteriormente, se agrupaba a una serie de futuros colonos que no solían ser más de doscientos, solteros preferiblemente y en edad militar para poder afrontar mejor situaciones difíciles. En muchos casos eran elegidos por la fuerza según sorteo, pero podían ser también voluntarios. Al frente de la expedición estaba un *oikistes,* cabeza y guía de la partida, generalmente de origen aristocrático, que era quien realmente organizaba la empresa y se preocupaba de los preparativos; además, el *oikistes* se encargaba de los trámites necesarios una vez llegado a destino, como el reparto de tierras de la nueva colonia o la planificación del trazado urbanístico. Al terminar sus funciones, el *oikistes* podía volver a su ciudad de origen o instalarse en la nueva colonia, recibiendo todos los honores hasta el punto de que se le tenía por un héroe y se convertía con frecuencia a su muerte en objeto de culto religioso.

En ocasiones era necesario recurrir a préstamos para llevar a cabo la empresa colonial y, sobre todo con posterioridad, para mantener una ruta de comercio entre la colonia y la metrópoli.

Aquellos que se embarcaban en la aventura convirtiéndose en colonos perdían el derecho de ciudadanía de su polis natal. A partir de entonces sus relaciones con las metrópolis se basaban en exclusiva en una conciencia común. Los vínculos de las colonias con ellas se expresaban en términos ideológicos, religiosos y simbólicos; nada más. Aunque solían establecerse las mismas instituciones que poseía la ciudad de origen, la nueva ciudad funcionaba de manera autónoma. Al principio los lazos económicos eran más fuertes y proveían a la metrópoli de lo que pudiera carecer a cambio de bienes manufacturados, pero con el tiempo, dada su independencia, establecieron sus propias colonias a las que aprovisionaban ellas mismas de objetos manufacturados. Dejaban pues de ser colonia para convertirse en metrópoli.

Los helenos se expandieron hacia Occidente porque se vieron afectados por la interrupción de las rutas comerciales en dirección al este. Para entenderlo, el lector puede remitirse a la situación del Próximo Oriente que se describió en el capítulo anterior, pues a los griegos les aconteció lo mismo que a los tirios.

Grecia por tanto se expandió y buscó nuevas tierras en el sur de la península itálica (lo que se conoce con el nombre de Magna Grecia) y Sicilia, en el mar Negro, en el norte de África (en este caso Naucratis, situada en Egipto, tiene cierta relevancia, pues su relato fundacional nos ha sido transmitido por Heródoto) y en el extremo occidental, donde nos importa especialmente la península ibérica. El mejor ejemplo de colonia en tierras ibéricas es la actual Ampurias (en la provincia de Gerona), llamada Emporion por los griegos, que consiguió tener una importante influencia en las zonas cercanas, y que como Gadir y Tiro comenzó siendo una isla que se ha acabado por unir al continente formando una península. En el suroeste peninsular, sin embargo, no parece que se llegara a realizar ninguna fundación colonial griega. Aunque las fuentes nos indican la existencia de alguna, como Mainake, que habría sido fundada en el siglo VI a. C., no se ha podido encontrar dicha ciudad; la arqueología no nos ha devuelto sus restos, si bien los escritores grecolatinos la sitúan en la costa de la actual provincia de Málaga. La expansión griega en el ámbito tartésico tuvo no obstante características diferentes.

Naturaleza y características de las empresas coloniales griegas

Si en el mundo fenicio era Tiro la que lideraba la colonización, en el ámbito griego cada polis realizó sus propias fundaciones. Muchas ciudades distintas se lanzaron a la aventura que supone fundar nuevas urbes en otros lugares del Mediterráneo.

La causa básica de la fundación de colonias, como hemos repetido varias veces, fue la búsqueda de nuevas tierras. Pero además de las colonias *(apoikia)* creadas con este objetivo, existió otro tipo de asentamientos, de carácter estrictamente comercial, llamados «emporios». «Emporio», vocablo de procedencia griega, es un concepto con el que se designa no sólo a colonias de origen heleno, sino también a algunas fundadas por fenicios que tienen la misma naturaleza exclusivamente mercantil.

El emporio se creaba a través de un pacto con los poderes locales, los cuales concedían autorización para establecer una fundación de tipo mercantil. Si se creaba una ciudad, era sólo de carácter urbano y no poseía tierras para practicar la agricultura. Los emporios más significativos fueron Naucratis, en Egipto, y Ampurias.

En un emporio podían encontrarse habitantes de diferentes procedencias, ya fueran griegos, fenicios, etruscos o tartesios. A menudo el centro se creaba en torno a un santuario que tenía la función de legitimar el valor de las transacciones y evitar fraudes, además de proporcionar la protección de un dios. Economía y religión se mezclaban en aquellos tiempos de manera natural.

Los comerciantes eran quienes proporcionaban vida a los emporios, pero tal y como avanzamos en el capítulo anterior, el comercio, y sobre todo la figura del comerciante, al contrario de lo que ocurría en el mundo fenicio, no gozaba de buena fama en el entorno griego. No se consideraba una actividad noble y por ello era desempeñada a menudo por extranjeros. En las obras filosóficas y literarias griegas se nos muestra la oposición de la sociedad helena a esta práctica. Homero, en cuyos libros son los fenicios quienes se dedicaban al comercio, expresa claramente que este es despreciable cuando sólo se buscan mercancías para negociar y enriquecerse. Para el dramaturgo griego Aristófanes (444-385 a. C.), el peor insulto era el de «comerciante del Ágora», que era como llamar a alguien ladrón y mentiroso. Por otra parte, esto es lo que dice Aristóteles en el siglo IV a. C. sobre el comercio en el tercer capítulo del primer libro de su obra *Política:* «Siendo doble la adquisición de bienes, como hemos visto, es decir, comercial y doméstica, esta necesaria y con razón estimada, y aquella con no menos motivo despreciada, por no ser natural y sí sólo resultado del tráfico». Según Aristóteles, los comerciantes buscan un enriquecimiento ilimitado, lo que no es natural.

El comercio y el comerciante *(emporos)* eran muy despreciados y las transacciones escasas. Sólo el comercio del trigo estaba organizado (se trataba de una cuestión de necesidad) y los grandes comerciantes o armadores *(naukleros),* que eran personajes con cierta influencia, estaban algo mejor vistos que los que trabajaban a pequeña escala. El porqué de este desprecio debemos buscarlo en la estructura social griega, en la que quienes tenían el poder eran los aristócratas terratenientes. La preeminencia social estaba en la posesión de la tierra y en poder disfrutar de tiempo libre. El tiempo que podía dedicarse al ocio era la diferencia entre el rico y el pobre. Si cualquier trabajo manual era despreciado por la élite de la sociedad, el comercio lo fue en mayor medida, puesto que obtenía sus ganancias de la especulación y no de un trabajo digno y era un medio de acumulación de fortuna no ligada al patrimonio familiar heredado de los antepasados. Esta situación desencadenó algunos conflictos y por ello se llevaron a cabo reformas para que los oligarcas que habían obtenido su riqueza del comercio pudieran participar en alguna medida en el gobierno de la ciudad.

Con esa concepción de desprecio por el tráfico comercial en el mundo griego, no es de extrañar que no existiera una política comercial organizada desde el Estado. A diferencia de lo que ocurría en el caso fenicio, los comerciantes en Grecia llevaron a cabo sus expediciones de modo individual e independiente; es decir, desempeñaban una empresa exclusivamente privada. El Estado sólo intervenía en situaciones desesperadas, por ejemplo cuando una crisis hacía necesario el urgente aprovisionamiento de alimentos. La situación fue cambiando en parte por las relaciones comerciales que se desarrollaron entre metrópolis y colonias.

La colonización griega expandió la ideología griega, contribuyendo a la creación de esa unidad del Mediterráneo con la que terminábamos en el capítulo anterior e influyendo en las comunidades indígenas.

La moneda como impulsora de los intercambios coloniales

El comercio se vio muy favorecido con la expansión colonial de fenicios y griegos. En esta situación de multiplicación de los intercambios, la moneda llegó a alcanzar con el tiempo una gran importancia. Su utilidad ha sido tal que sigue utilizándose hoy en día.

El origen de la moneda no deja de ser difícil de situar, pero para el ámbito mediterráneo, que es el que aquí nos ocupa, se acepta que su nacimiento debe buscarse en Grecia o en alguna de las civilizaciones situadas a su alrededor en torno a los siglos VIII-VI a. C. Según Heródoto, los primeros que acuñaron moneda fueron los lidios, miembros de un pueblo de Asia Menor, y a través de ellos llegaría a los griegos, pasando en primer lugar por las ciudades helenas que estaban situadas en la costa de esa región, en la península de Anatolia. Posteriormente habría llegado a Grecia, siendo la primera en adoptarla Egina, isla cercana a El Pireo (puerto de Atenas). Conocemos monedas de esta polis anteriores al año 600 a. C. A continuación los griegos la habrían extendido por todo el Mediterráneo y habría sido adoptada de esta forma por otras sociedades.

Dracma de Egina fechado entre el 700 y el 550 a. C. Se trata de uno de los primeros ejemplos de moneda en la historia. La tortuga que vemos representada aquí era el símbolo reconocible de la ciudad egineta y su difusión fue muy amplia. Así pasará también con las figuras de otras monedas, como la lechuza en Atenas o los atunes en Gadir.

Su origen tiene relación con la creación de una Administración con un poder fuerte y centralizado. Aquí es importante diferenciar entre quienes acuñan moneda y quienes la utilizan, pues no son los mismos. Muchas ciudades podían usar moneda acuñada por otros (similar a lo que ocurre en la actualidad con la utilidad de las divisas) y tardaron en emitir la suya propia. La validez de una moneda debía estar avalada por un poder competente que garantizase la cuantía de su material y peso. La intervención del Estado certificaba la validez de la moneda a través de las representaciones que aparecían en ella. Así pues, la moneda estaba cargada de simbolismo y representaba a la ciudad donde se acuñaba a través de los signos, que podían ser de carácter propagandístico.

Las razones primigenias por las que apareció la moneda no fueron comerciales, puesto que la circulación de las monedas se restringía en un principio casi con exclusividad a la propia ciudad que la acuñaba. La creación se explica por otros motivos, como el tener que pagar a los soldados

mercenarios o financiar obras públicas. Y cuando se utilizaba en el comercio se hacía sobre todo pensando en el intercambio a larga distancia, mientras que en los mercados locales era el trueque el mejor sistema, al menos hasta que se emitieron las monedas fraccionarias, de valor más pequeño.

Sin embargo, como ya comentamos, una cosa es la moneda como objeto y otra el dinero como concepto, pues ya se utilizaban con anterioridad a la aparición de la moneda ciertas piezas con funciones monetarias, en una fase que podríamos llamar premonetaria. Del mismo modo que en América se utilizaban los granos de cacao como moneda de cambio, en la antigua Grecia y en Fenicia se usaba el ganado y después varillas o lingotes.

Resulta difícil de creer que los fenicios, que organizaron una empresa colonial de gran envergadura, con intercambios entre puntos distantes del Mediterráneo, tardaran tanto tiempo en emplear la moneda, pero así fue. Es posible que en un principio usaran en ciertas transacciones moneda griega, hasta que hicieron la suya propia, eso sí, inspirándose en la helena. No sólo las ciudades de Fenicia, también las colonias fenicias se basaron en la moneda griega para crear la suya propia, aunque tardaron bastante tiempo en acuñarla (Cartago por ejemplo no emite moneda con anterioridad al 400 a. C.).

En las relaciones comerciales entre indígenas y colonos la moneda griega, y después la fenicia, circuló hasta que los pobladores autóctonos estuvieron en posición de crear sus propias cecas (casas de moneda).

Griegos en Tartessos

Los griegos llegaron a la península ibérica impulsados por su carácter colonizador. En cualquier caso, su radio de acción en Tartessos fue mucho menor que el de los fenicios, pues la zona se encontraba bajo el control de estos últimos. Podemos pensar que fenicios y griegos se repartieron las zonas de actuación colonial en la península ibérica, pues la rivalidad entre ellos, aunque existía, no era demasiado fuerte. Griegos y fenicios competían por el control del Mediterráneo, pero también comerciaban entre sí.

Según las fuentes escritas, de entre todos los griegos eran los focenses, oriundos de la ciudad de Focea, situada en Asia Menor, y los samios, de la isla de Samos, frente a las costas de Asia Menor, los que se relacionaron principalmente con los tartesios. En consonancia con las fuentes hay que decir que es de Focea y de Samos sobre todo de donde proceden muchos de los materiales griegos hallados en el área tartésica. Recordemos también los peines de factura occidental de marfil del Heraion de Samos, que nos muestran que las rutas comerciales estaban abiertas en ambos sentidos.

En el caso de los focenses, las relaciones comerciales se basaban en el trato personal. Los elegidos para representar a Focea en los compromisos con los tartesios y el rey Argantonio se trataban como iguales, con el mismo estatus, y sus vínculos se desarrollaban en el marco de la hospitalidad. No todas las relaciones de griegos con indígenas se llevaron a cabo de esta forma tan amistosa. Sea como fuere, los focenses no tuvieron sin embargo intención de establecerse definitivamente en Tartessos ni de fundar una colonia en esa zona. No consideraban la implantación territorial como una posibilidad, pues, como nos transmite Heródoto, se negaron a aceptar la oferta del monarca tartesio de asentarse en sus tierras.

Veremos ahora lo que nos dice la arqueología. No se conoce, al menos de momento, ninguna colonia griega en territorio tartésico. Tampoco se ha podido confirmar, como ya adelantamos, la existencia de la ciudad de Mainake, de fundación focea.

No obstante, sí se han encontrado bastantes restos de factura griega en el suroeste peninsular. En Huelva se ha hallado material cerámico griego con una antigüedad de hasta finales del siglo VII a. C., y los fragmentos son lo suficientemente importantes como para creerlos consecuencia de algún contacto directo. Hacia finales del siglo VI a. C. desaparecieron las importaciones cerámicas provenientes de Grecia en lo que hoy es Andalucía. Es posible que este hecho tuviera que ver con la sumisión de las ciudades jonias de la costa egea de Asia Menor frente a los persas, algo que se produce en ese siglo. A partir de este momento, las producciones griegas procedieron principalmente de colonias de origen jonio occidentales, como Massalia o Ampurias. La ya mencionada batalla de Alalia (535 a. C.), en la que, a pesar de obtener la victoria, los focenses se quedan sin flota, consolida este proceso en el que los griegos en Oriente van perdiendo peso. El comercio griego occidental pudo aprovechar a su vez el relativo vacío que dejaron los fenicios tras la caída de la ciudad de Tiro.

Reconstrucción del casco corintio del siglo VI a. C. hallado en la ría de Huelva. Un objeto suntuoso de esta importancia encontrado en el entorno tartesio nos aproxima al tipo de relaciones que tuvo Tartessos con los griegos, basadas en el intercambio de regalos entre las capas preeminentes de la sociedad, lo que favorecía el establecimiento de contactos fluidos. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

También se ha encontrado abundante material de origen heleno en el asentamiento de fundación fenicia de Malaka. Este hecho apoya la tesis de que, aunque rivales, griegos y fenicios podían llegar a cooperar.

Además de la cerámica, otros objetos de origen griego de relevancia encontrados en la zona tartésica son dos cascos corintios, uno del siglo VII a. C. hallado en Jerez de la Frontera (Cádiz), en el río Guadalete, y otro procedente de la ría de Huelva que ha sido datado en el siglo VI antes de Cristo.

Existe una hipótesis según la cual algunos de los objetos de origen griego habrían podido llegar a Tartessos a través del comercio fenicio. Ya explicamos en su momento de qué forma un barco que partía de Tiro nunca se vaciaba hasta llegar de nuevo al lugar de origen. Siguiendo esta técnica, las mercancías recorrían largas distancias por todo el Mediterráneo, y desde zonas de control griego podrían haber pasado hasta zonas bajo el dominio fenicio. En este sentido, el Mediterráneo central representaría un importante papel como lugar de contacto entre Oriente y Occidente, lo que como hemos visto ocurría desde la Edad del Bronce. No obstante, sabemos que los griegos pudieron estar presentes en emporios de creación fenicia, donde, como asimismo ya hemos explicado, confluían gentes de muy diferentes procedencias.

Por otra parte, a través de Tartessos, los materiales griegos pudieron llegar a zonas muy alejadas utilizando las vías de comunicación de las que hablábamos en el primer capítulo de este libro y que funcionaban muy bien. De esta forma puede entenderse el hallazgo de un *kylix* (copa para beber vino) griego en Medellín (Badajoz), en una necrópolis orientalizante, fechado hacia el 560 a. C., que seguramente funcionaba como objeto de prestigio.

Reconstrucción de la copa de vino (kylix) griega datada en torno al 560 a. C. y hallada en Medellín (Badajoz). Su introducción en tierras interiores se produjo con total seguridad utilizando las vías de comunicación que desde Tartessos atravesaban Sierra Morena y se dirigían hacia la meseta. Esta pieza es una prueba de las intensas relaciones existentes entre las élites de diferentes sociedades, pues se trata de un objeto de lujo que no podía ser obtenido por cualquier persona.

Consecuencias de las colonizaciones

Como ya comentamos en el primer capítulo, la colonización iba abriendo fronteras, descubriendo nuevos lugares y ampliando el conocimiento geográfico de todo el Mediterráneo. Las Columnas de Hércules, aunque seguían siendo un hito geográfico de gran importancia, dejaron de ser exactamente el aterrador fin del mundo, aunque siguieran constituyendo el punto de referencia del final de la tierra conocida hacia el oeste. El extremo occidental dejó de ser una tierra desconocida. Los mitos y los monstruos se desplazaron hacia lugares menos frecuentados y Tartessos fue floreciendo y ganando importancia, tal y como muestra la arqueología.

A partir de este punto, tras habernos acercado al pasado de Tartessos en la Edad del Bronce y haber conocido la historia de sus interacciones con griegos y fenicios, es cuando este libro se aventura dentro de lo que realmente era Tartessos en todos los aspectos de su civilización. Nos aproximaremos en primer lugar a lo que la arqueología nos ha ido desvelando, y desglosaremos poco a poco este pueblo en sus manifestaciones económicas, sociales, culturales y religiosas, para poder llegar a entenderlo como un todo. Ya no será más un lugar mítico donde Hércules realizó uno de sus trabajos, sino un territorio real, protagonista de una porción de nuestra historia, de nuestro propio pasado y, por tanto, de nuestra propia personalidad.

5

Arqueología: descubriendo la identidad de Tartessos

Las fuentes escritas, los antepasados de los tartesios y las culturas exógenas que intervinieron de alguna manera en la creación de la identidad de Tartessos han sido hasta el momento los puntos en los que nos hemos detenido. Ello ha permitido que tengamos ahora una idea clara de la visión que otras sociedades tenían de esta civilización y de las influencias que los tartesios recibían de ellas, cuestiones sin cuyo análisis no entenderíamos quiénes eran esos habitantes del suroeste de la península ibérica. Es ahora cuando estamos listos para comprender qué fue Tartessos y cuál fue su historia; aunque aún nos falta algo: el estudio de lo único que ellos nos dejaron de un modo directo, sus restos arqueológicos.

La arqueología se ha visto asociada con una idea romántica y aventurera del conocimiento de las sociedades pasadas a través del contacto físico: los objetos que dejaron atrás han pervivido siglos después y los podemos palpar. Tocar lo mismo que nuestros ancestros tocaron nos acerca a ellos. Pero la arqueología es mucho más, ya que nos puede llevar hasta lo que desconocemos, siempre que formulemos a los hallazgos las preguntas oportunas: ¿para qué eran utilizados?, ¿qué rutas de transporte y comercio siguieron hasta su depósito final?, ¿quién era su poseedor? Gracias a la arqueología, en este capítulo podremos observar de qué forma ha ido progresando la investigación sobre la historia de Tartessos. Cada objeto arqueológico por sí mismo, pero sobre todo en su contexto (el lugar en el que se ha hallado, es decir, su posición dentro de un yacimiento), nos describe en gran medida cómo eran las personas que vivieron en lo que llamamos núcleo tartésico durante los primeros siglos del primer milenio antes de Cristo. Este es un viaje, el del apoyo de los estudios tartésicos en las fuentes arqueológicas, que comenzó en el siglo XIX.

EL COMIENZO DE LAS INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS: EL SIGLO XIX

La arqueología como disciplina científica es una creación bastante reciente. A diferencia de la historia, cuyo nacimiento, como pudimos comprobar, se sitúa entre los antiguos griegos, no es posible hablar realmente de arqueología y arqueólogos hasta el siglo XIX.

Con anterioridad a esa centuria, ilustres personajes, de buena educación y fortuna, se sentían maravillados ante los objetos construidos o fabricados en épocas pasadas y se dedicaban a su estudio. No obstante, aquellas personas disfrutaban más con la contemplación del objeto en sí que con el hecho de conocer su significado y funcionalidad. No es extraño por tanto que los tomemos en realidad más por coleccionistas o anticuarios que por arqueólogos.

Pero, a principios del siglo XIX, los nuevos descubrimientos impulsaron también la creación de la arqueología como ciencia. Es el siglo en el que se publicó por primera vez *El origen de las especies* de Charles Darwin (1859) y en el que comenzaron a desarrollarse las investigaciones geológicas. De hecho, en España, algunos de los eruditos de los que procedían los primeros estudios más brillantes sobre Prehistoria eran también, además de prehistoriadores, geólogos (como Juan Vilanova y Piera, 1821-1893) o ingenieros de minas (como Casiano de Prado y Valle, 1797-1866). Para investigadores como estos, tan familiarizados con los estudios de la Tierra, era fácil inspirar el avance de los estudios arqueológicos, pues entendían la estratigrafía a la perfección.

En el siglo XIX se asistió a una efervescencia cultural con la creación de asociaciones culturales y la popularidad de las tertulias en los cafés. Los primeros trabajos arqueológicos españoles que se realizaron en lo que hemos definido como núcleo tartésico se vieron beneficiados por estas iniciativas. Una de las asociaciones culturales más importantes fue el Ateneo de Sevilla, fundado en 1879, que sigue existiendo en la actualidad. Pocos años después de su creación, en 1894, supuso un significativo hito la convocatoria que esta institución hizo del certamen con el tema «Yacimientos prehistóricos de la provincia de Sevilla. Clasificación y descripción de los objetos encontrados: Inducciones que suministran acerca de las razas, costumbres y usos, creencias religiosas, arte, industria y constitución social». Los ganadores, Carlos Cañal y Feliciano Candau, publicaron sendas obras en las que ya hablaban de temas que nos interesan para el análisis de la historia de Tartessos, como la colonización fenicia.

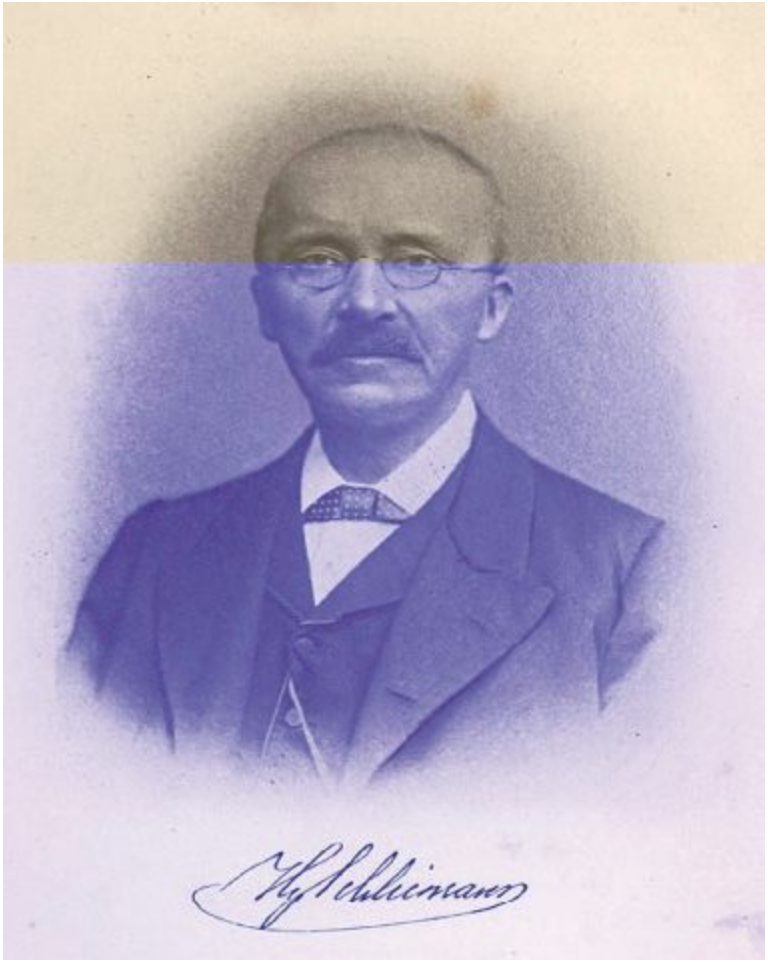
Sin embargo, la arqueología tartésica estuvo en sus inicios en manos de científicos extranjeros, coetáneos a los estudiosos españoles que acabamos de mencionar. Adolf Schulten (1870-1960) y George Edward Bonsor (1855-1930), alemán el primero, nacido en Francia pero de origen inglés el segundo, son los eruditos en los que debemos fijarnos, pues constituyen el punto de partida y referencia en la investigación arqueológica de Tartessos.

Arqueología del siglo XX, la búsqueda de la ciudad de Tartessos

Adolf Schulten fue uno de los primeros investigadores que buscó los restos de la ciudad de Tartessos. Él se veía como un «justiciero» que salvaría a Tartessos de la indiferencia en la que se había visto sumergida por parte de historiadores y científicos. Con sus investigaciones pretendía definir la cultura tartésica según los materiales arqueológicos que había encontrado.

Estuvo siempre muy influido por las noticias de los grandes descubrimientos arqueológicos de la época. Como claro ejemplo de ellos tomaremos el hallazgo de la ubicación de Troya, escenario de la *Ilíada* de Homero. Fue el arqueólogo alemán Heinrich Schliemann (1822-1890) quien, basándose en las noticias que aparecían en las fuentes escritas (en este caso el relato homérico), encontró la ciudad de Ilión (Troya) en 1870. Podemos imaginar fácilmente la emoción que debió sentir al localizar la ciudad, al saber que estaba en lo cierto al perseverar en la opinión de su existencia, pues hasta ese momento muchas personas tomaban la obra homérica como exclusivamente mitológica y en absoluto histórica, y rechazaban cualquier dato que pudiera sacarse de ella. Este sentimiento de exaltación es el que quería experimentar también Schulten, quien intentó encontrar la perdida ciudad de Tartessos de la que hablaban las fuentes clásicas griegas y latinas.

El inicio de la búsqueda de la ciudad de Tartessos comenzaba por la revisión de los escritos de los autores grecolatinos en los que aparecía su descripción y su localización aproximada. En ningún momento se pensó en poner en duda o realizar un análisis crítico profundo de las referencias que en ellas aparecían. Schulten estudió todos los relatos clásicos en los que Tartessos era nombrado y atendió de manera especial a los datos geográficos con los que se tropezaba en obras como la *Ora maritima* de Avieno. Como consecuencia de ello, este investigador no desarrollaba en realidad estudios arqueológicos sino históricos, pues las fuentes escritas eran su guía, y estas primaban sobre los restos arqueológicos. Lo ideal en la investigación es siempre una complementariedad entre ambas disciplinas, pero no en todas las ocasiones se daba, ni se da este caso.



Heinrich Schliemann es uno de los grandes protagonistas de la arqueología del siglo XIX. Gracias a su tesón consiguió hallar la ciudad de Troya que aparece en la Ilíada de Homero. Adolf Schulten quería lograr lo mismo con Tartessos, pero fracasó en su intento.

George Edward Bonsor era por otra parte el arqueólogo por excelencia. Trabajaba desde el siglo XIX en el valle del Guadalquivir realizando prospecciones más o menos sistemáticas. Como resultado de esos trabajos publicó varias obras entre las que destacamos, por su importancia para cuestiones futuras que trataremos a su debido momento, el artículo «Las colonias agrícolas prerromanas del valle del Guadalquivir», que vio la luz en 1899. Como era usual en esta época, Bonsor excavó parte de los restos personalmente, puso el dinero él mismo y marcó el ritmo de excavación en función de su presupuesto. Para desempeñar su labor pidió permiso a los propietarios de los terrenos e incluso intentó comprar algunos de ellos. Realizaba siempre un trabajo muy riguroso y metodológico e intentaba vincular los restos que descubría con una cultura concreta. Esta tarea tan minuciosa chocaba con la forma en que los arqueólogos españoles estaban desempeñando su labor en ese momento, y por ello los criticaba, pues no diferenciaban entre épocas ni señalaban las relaciones contextuales de muchos objetos. Su ejemplo fue un revulsivo para la investigación española, que aprendió nuevas técnicas y conoció nuevas teorías e hipótesis, lo que le permitió avanzar con grandes pasos hacia la realización de trabajos más rigurosamente científicos.

La verdadera aparición de la arqueología tartesia se situaría en el momento en que estos dos estudiosos, Schulten y Bonsor, que ya habían iniciado sus investigaciones por separado, decidieron trabajar juntos buscando los restos de la ciudad, que existía según las fuentes escritas (pues recordemos que los escritores clásicos utilizaban el nombre de Tartessos para hablar de un territorio, de un río y también de una ciudad). Quizás Bonsor ya hubiera iniciado la búsqueda de Tartessos y tratado de definir arqueológicamente su cultura antes de la llegada de Schulten al suroeste peninsular, pero fue gracias a este último, que llegó a esta región con el único objetivo de hallar la capital de un

imperio y abordó el tema de un modo obsesivo, como se conocieron en España esos intentos que tanto influyeron en la investigación posterior. Su obra *Tartessos,* publicada por primera vez en alemán en 1922, y en castellano en 1924, fue muy popular entre los estudiosos españoles, bien para secundarla, bien para rebatirla.

A partir de este momento, numerosos eruditos, historiadores, arqueólogos e investigadores dirigieron su vista hacia el valle del Guadalquivir e intentaron encontrar esa ciudad olvidada. Cada uno de ellos la ubicó en un lugar diferente de las actuales provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz (Huelva y Sevilla capital, Medina Sidonia, etc.), pero no se llegó a probar ninguna de las teorías.

Los estudios sobre Tartessos se convirtieron durante la primera mitad del siglo XX en frecuentes y sistemáticos. El descubrimiento del tesoro de El Carambolo, en 1958, cambió todo el curso de las investigaciones y propició la aparición de nuevas hipótesis. El nombre de este tesoro proviene del lugar donde fue encontrado: el cerro de El Carambolo (en lo que hoy es el municipio sevillano de Camas). La historia de su hallazgo nos dice que mientras se estaban realizando unas obras para ampliar las instalaciones de la Real Sociedad de Tiro de Pichón de Sevilla, uno de los obreros encontró una de las placas del tesoro. Al seguir buscando en la tierra los operarios se tropezaron con un recipiente cerámico en cuyo interior se hallaba el resto de los objetos, todos ellos fabricados en oro. Los obreros se repartieron en un principio el tesoro entre ellos, pero afortunadamente después lo devolvieron. Numerosos periódicos se hicieron eco de la noticia y la comunidad científica vivió grandes momentos de excitación. Se consideraba ese tesoro como la prueba irrefutable de la existencia de la gran civilización de Tartessos y por ello, con la intención de conocer más sobre ella, se procedió a la excavación del cerro bajo la dirección del historiador y arqueólogo español Juan de Mata Carriazo y Arroquia (1899-1989). Durante los trabajos arqueológicos se encontraron una serie de estructuras arquitectónicas, lo que unido a la presencia del rico tesoro en el mismo lugar, hizo que muchos autores tomaran El Carambolo como el centro urbano de Tartessos que tan buscado había sido hasta ese momento. Más tarde, sin embargo, al no hallar más pruebas, se desechó esta hipótesis de trabajo.

El conocimiento sobre Tartessos prosperó de tal modo en los años siguientes que en 1968 tuvo lugar una reunión científica sin precedentes, convocada como «Tartessos y sus problemas. V Symposium internacional de Prehistoria Peninsular», pues por primera vez la comunidad de investigadores se congregaba para tratar de modo exclusivo el tema de la historia tartesia. Los principales estudiosos se agruparon con el propósito de llegar a un acuerdo sobre las líneas que se debían seguir y tomaron importantes decisiones. Aunque se continuó buscando la ciudad, y se siguió fracasando en el intento, algunas voces, entre las que destaca la del excelente investigador español Juan Maluquer de Motes (1915-1988), llamaban la atención sobre el hecho de que la búsqueda incansable y obsesiva de la ciudad no ayudaba a progresar en el estudio de la realidad de la cultura tartesia y la vida de esas gentes. Así pues, a raíz de esta reunión aparecieron más frecuentemente, aunque de un modo lento, los trabajos que tenían por objeto el estudio de su economía, su sociedad, su sistema político y su cultura, para lo cual era necesario primero definir qué era Tartessos con precisión, saber qué objetos arqueológicos podían identificarlo y establecer sus límites geográficos. No todos los interrogantes que se plantearon entonces han podido ser contestados.

A finales del siglo XX, desde la década de los setenta y principalmente de los ochenta, la introducción en España de técnicas de investigación más sistemáticas y metodológicas, así como de nuevas teorías desde las que plantearse otros aspectos a estudiar de las sociedades históricas, la arqueología tartesia encontró nuevas vías para responder a las preguntas que no habían sido resueltas.

La arqueología del siglo XXI continúa esta tradición, aunque haya ido incorporando nuevas técnicas y líneas de pensamiento. Se han presentado novedosas hipótesis y se han replanteado antiguas teorías. Estamos en buen camino y tenemos una idea más precisa de qué fue Tartesssos. No obstante, no negaremos que muchas de las hipótesis y los axiomas hoy asumidos pueden ser anulados en el futuro a la luz de nuevos descubrimientos, pues es esta la única forma que tiene la ciencia de avanzar y superarse.

La organización del territorio

Como decíamos, la intensa exploración que intentaba localizar la ciudad de Tartessos, la capital en torno a la que se organizaban los restantes poblados, fue uno de los objetivos básicos en el inicio de los estudios arqueológicos sobre esta civilización, y ese trabajo continuó durante todo el siglo XX, si bien en las últimas décadas con menor ímpetu, pues todas las tentativas terminaban en fracaso.

Parte de la muralla del poblado de Tejada la Vieja. Para construirla, se excavó una zanja de cimentación profunda, se colocó un zócalo bastante alto de bloques de piedra caliza y sobre él se erigieron dos lienzos paralelos, el exterior de ellos en talud (con inclinación) se encaló y se rellenó el espacio interior con piedras, tierra y cerámica. En alguna de sus zonas se construyeron bastiones.

En los últimos años, en lugar de estudiar la posible ubicación de la ciudad de Tartessos, se ha estudiado el territorio. En lugar de centrarse en un solo sitio, las investigaciones han buscado descubrir la disposición de los yacimientos, las relaciones entre los diferentes asentamientos y si existía alguna jerarquización entre ellos que indicara la preeminencia de uno sobre los demás. Ese espacio es físico, pero también social, pues era donde se desarrollaban las actuaciones de los tartesios. Su estudio y análisis nos indica qué recursos de los que tenían disponibles aprovechaban y cómo lo hacían. También explica la manera en la que se articulaban los asentamientos y se vinculaban sus habitantes, así como si existía una conexión de dependencia-subordinación entre algunos de los poblados, lo que nos mostraría las ramificaciones de la expresión y manifestación del

poder en aquella sociedad.

Además de la jerarquización entre poblados distintos, existía a su vez cierta jerarquización dentro de un mismo lugar de asentamiento. Esto es posible porque los fenicios trajeron de Oriente una nueva concepción del espacio dentro de los hábitats que podemos denominar urbanismo. No obstante, el lector no debe llevarse a engaño imaginando que los asentamientos tartésicos eran tan extraordinarios y opulentos como las principales ciudades de las grandes civilizaciones del Mediterráneo oriental y Oriente Próximo, ya que esos casos tan magníficos eran en realidad excepcionales si consideramos la historia de toda la humanidad durante la época prehistórica.

En el área tartésica existían algunos asentamientos de una entidad superior a otros y de los que aún se conservan restos. Los dos yacimientos de mayor extensión, que superaban las cuarenta hectáreas, son los de Mesas de Asta (Cádiz) y Carmona (Sevilla). En este último caso, los investigadores han ido desvelando los vestigios orientalizantes con más dificultad puesto que muchos de ellos estaban ocultos bajo las construcciones de la ciudad actual.

Existía una continuidad en el poblamiento respecto a la etapa precedente, la Edad del Bronce, aunque en ciertas zonas de la actual provincia de Huelva se ha constatado un abandono de algunos hábitats al mismo tiempo que se conoce la agrupación de la población llevada a cabo en otros, lo que se correspondería con una mayor concentración demográfica; y en otros lugares, como en lo que hoy es la provincia de Sevilla, se produjo un aumento del número de yacimientos.

Los tartesios del período Orientalizante eligieron para vivir emplazamientos similares a los de épocas precedentes: cerca de las zonas mineras, en las tierras fértiles, controlando las vías de comunicación o cerca de la costa (cuya principal actividad estaría dirigida hacia las transacciones comerciales con los colonizadores), y en todos los casos cerca de los recursos indispensables para vivir, como el agua.

Desde el siglo VIII a. C., los sistemas defensivos, por ejemplo las murallas, se hicieron cada vez más frecuentes. La presencia de fortificaciones era un rasgo que indicaba preponderancia y superioridad, y tenía que ver con la aparición de nuevos tipos de arquitectura propiciada por la colonización fenicia. Tejada la Vieja (uno de los hábitats tartésicos mejor conocidos, que comenzó a ocuparse en el período Orientalizante y se situaba en una meseta de unos ciento sesenta metros de altura) o Niebla, ambos hoy en la provincia de Huelva, son dos de los mejores ejemplos de muralla tartesia que tenemos.

Arquitectura y urbanismo

Desde la llegada de las poblaciones de origen fenicio, se observa un cambio importante en la arquitectura y el urbanismo del núcleo tartésico. El lector sin duda recordará que el tipo de vivienda más común durante la Edad del Bronce era la de morfología circular u ovalada. La evolución de la sociedad tartésica, sin embargo, hizo que durante el período Orientalizante se utilizaran más los ángulos rectos en la construcción. Esta es otra de las innovaciones que las gentes orientales trajeron consigo desde Tiro, y que se fue implantando poco a poco. De esta forma, los edificios se erigieron preferentemente (pues las cabañas de tipología circular no desaparecieron del todo) con una morfología cuadrada o rectangular. A este respecto es importante el ejemplo que nos aporta el

yacimiento de Montemolín, situado en el municipio sevillano de Marchena. Este asentamiento, con restos datados en el Bronce Final, continuó ocupado en el período Orientalizante. Aquí se descubrió un edificio de forma ovalada sobre el que se había construido otro de morfología rectangular.

Reconstrucción hipotética de una típica casa tartésica de morfología circular. Muy características durante el Bronce Final, pierden importancia en el período Orientalizante, aunque siguen coexistiendo con las edificaciones de tipo cuadrangular o rectangular. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

Las casas rectangulares se construían, como las circulares, encima de un zócalo de piedra sobre el que se alzaban las paredes de adobe. El techado estaba formado por vigas de madera y ramaje y se impermeabilizaba con barro. El suelo, que era de tierra batida, presentaba en ocasiones un acabado de arcilla roja o cal blanca. En el centro de la casa se encontraba el hogar en el que se cocinaba.

Reconstrucción hipotética de una típica edificación tartésica del período Orientalizante. Las construcciones de morfología cuadrangular o rectangular fueron una de las innovaciones fenicias que penetraron en territorio tartésico. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

Además de las estructuras de vivienda y de trabajo (se conservan por ejemplo hornos cerámicos), en algunos yacimientos se han encontrado edificios de mayor entidad que han sido considerados santuarios o palacios por sus excavadores. Los analizaremos en capítulos posteriores, en los que trataremos la estructura social y la religión tartésicas, por ser estos lugares la representación física y estable en el tiempo del poder religioso y civil.

Por último, si bien se ha confirmado una disposición ordenada de las construcciones dentro de los asentamientos, aún nos queda por estudiar en profundidad el trazado de las calles, que nos aportará todos los datos para reconstruir el urbanismo de esta época. Hay que señalar, no obstante, que algunos autores se resisten a la idea de que se pueda hablar de urbanismo para esta cultura y este período, puesto que aún está por demostrar la existencia de una clara planificación previa y mental del territorio urbano.

Innovaciones tecnológicas y progreso: vestigios materiales de una cultura

Como ya indicamos en su momento, la llegada de población tiria al entorno tartésico hizo que los indígenas fueran adoptando las innovaciones que los fenicios les ofrecían. No todas estas novedades eran materiales. Los orientales influyeron en el comportamiento tartesio, pues trajeron su cultura, su ideología y su religión. Sin embargo, aquí nos centraremos en lo material e intentaremos acercarnos a la ideología en los siguientes capítulos.

Es precisamente este proceso de adopción de nuevas técnicas e incluso modos de vida el que podemos denominar orientalización; es el proceso que hizo realmente único y original a Tartessos, pues era lo que le definía como cultura. En los diferentes objetos arqueológicos que se han ido recuperando con los años se observan claramente esas creaciones orientales asimiladas por los tartesios. El suroeste de la península ibérica se convirtió en un crisol de elementos de muy diferentes procedencias, lo que configuró una cultura insólita que dejó huella en las poblaciones que consideramos sus herederas.

Ya nos hemos referido a la introducción de transformaciones en el ámbito de la construcción con la llegada de los colonizadores orientales. La artesanía, en sus diferentes ramas, también varió. Consiguió mejorar la calidad de las manufacturas y se establecieron talleres especializados. En este aspecto, sin embargo, aún se debate si los artesanos eran de origen indígena o fenicio. Como vamos a comprobar, la manera de elaborar todos y cada uno de los objetos tartésicos se vio influida por la tradición tiria.

La cerámica

De todos los objetos arqueológicos, la cerámica es normalmente el que se toma como fósil director, es decir, como elemento más representativo dentro del repertorio arqueológico de una cultura, puesto que suele ser también el más abundante y por tanto el que mejor nos ayuda a estudiar algunos aspectos de la sociedad en la que se halla, como su dispersión en el territorio o sus rutas de intercambio. Pero además nos indica otros caracteres de la comunidad en la que aparece, como sus gustos estilísticos o la simbología que utilizaba.

En cada vestigio arqueológico, pero de un modo especial en la cerámica, pues era muy utilizada y tenía una gran difusión, se imprimía la identidad del pueblo que lo fabricaba. Y cuando un objeto cualquiera, como un vaso de cerámica pintado, se importaba, la persona que lo recibía reinterpretaba las imágenes que veía y las adaptaba a su propia concepción vital. Cuando un objeto arqueológico nos «habla», nos da una cantidad enorme de información, y a través de él podemos intentar entender la mentalidad de la cultura de la que procede. Quizá sea una idea difícil de asimilar (llegar a lo

inmaterial, el pensamiento tartesio, a través de lo material, el registro arqueológico), pero es posible, y así se tratará de explicar en los siguientes capítulos.

Antes del encuentro con los fenicios, los indígenas realizaban su cerámica a mano. Con la introducción de innovaciones de Oriente se consiguió un perfeccionamiento en la elaboración de este tipo de manufactura, pues llegó a popularizarse el torno como medio más eficaz en la producción de estas piezas. El contacto con la nueva tecnología se llevó a cabo de un modo gradual: en un primer momento llegó solamente el objeto (la cerámica a torno, importada directamente desde Fenicia) y después se estableció la técnica.

La etnografía nos ayuda a completar los vacíos que a veces nos encontramos en otras fuentes como las escritas o las arqueológicas. Ejemplos de producción tradicional de recipientes de barro en comunidades de base económica agropecuaria existen muchos (el de la foto pertenece a una comunidad chilena). Contrastando todos ellos podemos aproximarnos a la fabricación cerámica en época prehistórica, pues las características generales de esta manufactura (cuando se realiza de modo doméstico) no han variado mucho a lo largo del tiempo. Estos estudios se conocen como etnografía comparada, aunque no deja de existir cierta polémica en su uso por el peligro de que se extrapolen los datos sin más.

Además de la implantación del torno, se introdujeron avances en otros puntos de la cadena de fabricación, como en la cocción, lo que mejoró el rendimiento de los hornos y por tanto la calidad de las piezas. La cerámica a torno siguió, sin embargo, conviviendo con la fabricación de cerámica a mano, sobre todo dentro del ámbito doméstico. A pesar de la llegada de nuevas formas cerámicas de Oriente, cuyo uso se extendió por todo el territorio tartésico, las comunidades indígenas mantuvieron algunos de sus tipos anteriores realizados ahora con las mejoras técnicas (es esta mezcolanza, repetimos, la que define Tartessos). Al fin y al cabo, como ocurre actualmente, la elección de modelos concretos estaba determinada por los gustos y la moda del momento.

Una de las cerámicas importantes y a la que ya hicimos referencia es la de transporte y almacenaje, es decir, las ánforas. Traídas por los comerciantes de otros lugares del Mediterráneo, penetraron en el territorio tartésico como contenedores de productos (trigo, aceite, vino, etc.) y seguramente les acompañaban cerámicas de mayor calidad.

Además de los tipos comunes, utilizados como vajilla de mesa, útiles de cocina, para almacenaje etc., encontramos algunos ejemplares que sobresalen por su buena facturación y delicadeza en el acabado, lo que nos indica que estuvieron destinados para usos especiales (muy posiblemente de culto). Se han conservado varios ejemplos de vasijas en los que se nos muestran figuras de gusto oriental, como grifos o flores de loto.

Reconstrucción del pithos (cerámica hecha a torno de entre sesenta y setenta centímetros de altura, con cuerpo ovalado y cuatro asas) encontrado en la casa-palacio del Marqués de Saltillo (Carmona, Sevilla), con decoración de flores de loto. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

Los objetos suntuarios

De entre todos los hallazgos arqueológicos, los que más llaman la atención son siempre los de lujo, aquellos que nos indican que la sociedad a la que pertenecieron llegó a ser tan importante y majestuosa como para rodearse de los mejores objetos, construidos por los más hábiles y expertos artesanos o traídos de las zonas más alejadas del mundo. Otorgamos una mayor grandeza a una civilización en posesión de signos de riqueza y ostentación. Tartessos no es ajeno a ello y muchos de los materiales descubiertos así nos lo hacen saber. Hemos de decir sin embargo que para el arqueólogo cada objeto es importante, pues todo elemento, por pequeño que sea, oculta un fragmento

de la sociedad que lo ha producido.

Debemos vincular, eso sí, no obstante, este tipo de objetos suntuarios con las capas superiores de la población, pues son las que tenían los recursos suficientes para disponer de ellos. Sólo aquellas personas situadas en los estratos más altos de la sociedad, como las que ejercen el poder, tanto público como religioso, tenían acceso a esta clase de productos.

La orfebrería es una de esas artes que se asocian al lujo y a una alta posición social. También en la elaboración de joyas las innovaciones fenicias se aprecian con claridad, puesto que se introducen nuevas técnicas que permiten mejores acabados, ahorro de materia prima y una decoración más diversa.

El tesoro de El Carambolo hallado en el cerro del mismo nombre en Camas (Sevilla) es una de las más importantes muestras de orfebrería tartésica. En él se aprecian las influencias del Bronce Final y las de los colonizadores fenicios. Su descubrimiento, en 1958, fue todo un acontecimiento que revolucionó el mundo de la investigación sobre Tartessos.

El ya citado tesoro de El Carambolo es un ejemplo sublime de trabajo orfebre. Está formado por veintiuna piezas de oro y pesa cerca de tres kilogramos. El conjunto lo componen dieciséis placas rectangulares, dos pectorales cuya morfología es la de rectángulos de lados cóncavos, dos brazaletes y un collar de sellos. Mientras que en el resto de piezas puede adivinarse una mezcla de elementos indígenas y fenicios, esta última citada es con toda probabilidad de importación. Una vez más se reúnen en un solo conjunto técnicas indígenas usadas con anterioridad al siglo IX a. C. y técnicas fenicias. La funcionalidad de estos objetos ha sido definida mediante muy diversas hipótesis (por ejemplo, se las ha considerado como adorno de la estatua de una divinidad o como elementos reunidos para ser atesorados sin que se haya establecido otra relación entre ellos).

Otro de los ejemplos de orfebrería destacados es el de los llamados seis candelabros de Lebrija, hallados en esta localidad sevillana. Pese a tal denominación, es más que probable que no fuera su función la de sujetar velas, sino que pudieron ser *thymiateria,* es decir, pebeteros o quemaperfumes. No obstante, son únicos porque no se conoce en ningún otro lugar nada parecido. Su factura nos indica una relación con las técnicas de la época del Bronce Final. En cuanto a su datación, a pesar de que los autores no se han puesto de acuerdo, todos ellos sitúan estos «candelabros» en el lapso de tiempo entre el siglo VIII y el VI antes de Cristo.

Estos son algunos de los objetos de orfebrería más importantes e interesantes, pero no son los

únicos. En los yacimientos se han encontrado diademas, arracadas, brazaletes, anillos, etc. Todo para rodear de boato y ostentación a las élites.

Además de la orfebrería, llama la atención la eboraria tartésica, esto es, la manufactura de objetos de marfil, un material que no estaba al alcance de cualquiera y menos aún cuando tras pasar la materia prima por las manos de un hábil artesano, el producto se convertía en una pieza de gran calidad artística y estilística y de un gran acabado. Fue Bonsor el primero que realizó un estudio de los marfiles tartésicos al analizar aquellos que encontró en sus excavaciones. Aunque en este tipo de piezas se observa la influencia de los fenicios, no dejan de ser un objeto de factura indígena (este material se conocía y trabajaba ya en la Edad del Bronce).

Las piezas fabricadas en marfil responden a diversas categorías, pues han aparecido peines, placas, paletas, cajas, etc. Algunas de ellas, las placas son un buen ejemplo, nos muestran también cómo era el arte tartésico orientalizante.

En cuanto a los objetos realizados en bronce (en una aleación generalmente de cobre y estaño), denominados de manera conjunta toréutica, son objetos tartésicos muy característicos por su diversidad de formas y su amplia difusión. No todos ellos tienen una finalidad suntuaria, pues muchos eran utilizados en la vida cotidiana por cualquier persona (como las fíbulas, con morfología diferente a las fabricadas en la Edad del Bronce, o los broches de cinturón), pero todos ellos, los de lujo y los más ordinarios, estarían realizados seguramente por los mismos artesanos

Reconstrucción hipotética de una placa de marfil de Bencarrón (Carmona), que se encuentra en la Hispanic Society of America, en Nueva York. En ella la decoración, con la aparición del grifo, nos indica la interacción con el mundo oriental. Las placas de marfil, objetos de lujo, estaban destinadas al revestimiento de cajas y muebles. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

Conocemos bastantes ejemplos diferentes de piezas realizadas en este material con una funcionalidad y morfología muy distinta. Recordemos que la fama de Tartessos en la Antigüedad provenía en gran parte de su riqueza en metales. El trabajo en este metal ya era conocido por las comunidades del suroeste peninsular en la Edad del Bronce, y en el período Orientalizante los trabajadores del bronce consiguieron alcanzar un alto grado de virtuosismo con la ayuda de la tecnología de los colonizadores.

Objetos como las fíbulas ya existentes en etapas precedentes continuaron fabricándose en los siglos VIII, VII y VI a. C. Pero desde el período Orientalizante se produjeron a su vez otro tipo de objetos como los jarros y braserillos (recipiente ritual de forma circular con asas), vinculados con el mundo funerario, puesto que servían de ajuar y acompañaban al difunto en su viaje a la otra vida. No todos los habitantes tenían sin embargo derecho a un ajuar tan rico, pues estos objetos no aparecen en todas las tumbas, y este es un dato fundamental que nos da información sobre la estructura social tartesia. Los *thymiateria* también han sido hallados frecuentemente en tumbas, pero algunos de ellos se encontraban en santuarios.

Los jarros pueden ser considerados el elemento más característico de la toréutica tartésica. Solían ir acompañados por un braserillo formando parte de un ajuar funerario. El que vemos en la imagen es una reconstrucción de un ejemplar hallado en el yacimiento de Niebla (Huelva). (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

Los jarros pueden ser quizá los objetos que más atención han recibido, estudiados por sí mismos (muchos de ellos han aparecido descontextualizados) o por estar asociados con otros elementos (como por ejemplo el braserillo). La dispersión geográfica de estas piezas es muy amplia y supera el área del núcleo tartésico (existen ejemplares en lugares tan lejanos como Siruela, en la actual provincia de Badajoz, o Coca, en lo que hoy es parte de la provincia de Segovia). Asimismo, jarros con características similares aparecen en otros lugares del Mediterráneo como Grecia y han sido importados a la península ibérica (un ejemplo es el jarro rodio de la necrópolis de La Joya, en Huelva).

En el repertorio toréutico conviene mencionar también varias estatuillas, algunas de las cuales no dejan de ser problemáticas en cuanto a su interpretación, puesto que se han encontrado descontextualizadas y no se conoce el lugar de procedencia exacto. Sin embargo, varios ejemplares se han vinculado claramente con una función ritual y religiosa, pues han sido localizados en santuarios.

Por último, debemos comentar que de entre todas las innovaciones introducidas por los tirios en la península ibérica, y por tanto en Tartessos, una de las más importantes fue la de la utilización del hierro, pues es a partir de este momento, en torno al siglo VIII a. C., cuando podemos ubicar cronológicamente a Tartessos en la Edad del Hierro.

Uno de los ámbitos en los que este nuevo metal se aplicó con rapidez es el armamentístico (y es que, en todas las sociedades y épocas, las investigaciones más avanzadas van encaminadas a desarrollar un ejército mejor con toda la nueva tecnología que pueda estar al alcance de lo militar). Con hierro se fabricaron espadas y lanzas mucho más resistentes que las anteriores. Sin embargo, el número de armas datadas en este período que nos han llegado es más reducido que el de épocas

anteriores.

Además de la información que nos transmiten por sí mismas, todas estas piezas realizadas en tan distintos materiales nos indican una gran especialización artesanal, de la que trataremos brevemente en el capítulo siguiente.

Otros materiales arqueológicos

Aún existe otro tipo de restos que nos han sido legados por la sociedad tartesia y que han perdurado en el tiempo hasta llegar a nosotros. Entre estos vestigios, menos espectaculares, y por ello menos expuestos en los museos, pero portadores de una serie de datos de incalculable valor, se cuentan los huesos de los animales, estudiados por la zooarqueología. A través de su examen se alcanza a distinguir qué fauna formaba parte de la economía tartésica (es decir, de su cabaña ganadera), cuál era la dieta de los habitantes del suroeste peninsular y si utilizaban animales en sus rituales religiosos.

Por otra parte, los antropólogos físicos estudian los esqueletos humanos aparecidos en las tumbas y obtienen de ellos numerosa información (sexo, edad, dieta, enfermedades, etc.). El avance tecnológico hace que el número de datos que se puede obtener de los mismos sea cada vez mayor. ¿Qué dirían ahora los primeros arqueólogos, que desechaban los restos óseos porque en aquel momento no podían extraer de ellos datos? Es por esto por lo que es necesario detallar las circunstancias de cada hallazgo con una metodología lo más rigurosa posible. Se trata de preservar nuestro propio pasado. Con acierto se ha definido un yacimiento arqueológico como un libro que sólo puede ser leído una vez, puesto que al excavarlo se va destruyendo.

Esta diadema forma parte de un tesoro encontrado en La Aliseda (hoy en la provincia extremeña de Cáceres), tan espectacular o más que el tesoro de El Carambolo. Su hallazgo en la zona periférica de Tartessos nos demuestra que la penetración hacia el interior de influencias orientalizantes efectivamente se producía y por tanto los contactos, comerciales o de otro tipo, entre las gentes del suroeste de la península ibérica y las gentes de la meseta pudieron ser muy frecuentes.

Por último, quisiéramos hacer mención a los objetos que una vez existieron, pero que no ha sido posible que perduraran y llegaran hasta nuestros días, como la madera o los tejidos. En otros lugares, como Egipto, donde la sequedad es extrema, las condiciones climáticas han permitido que esos materiales se hayan conservado durante milenios. Nosotros no hemos tenido tanta suerte.

Del análisis y estudio de la distribución de los objetos se llega a la conclusión de que, si bien existe un núcleo tartésico que hemos tomado como marco de referencia geográfico donde se desarrolla esta cultura, hay también una periferia en la que se introdujeron numerosos objetos orientalizantes y que recibió claramente influencias tartesias. Una de esas áreas periféricas era la actual Extremadura, que se comunicaba con el sur a través de rutas de paso existentes en Sierra Morena. En tierras de esa comunidad autónoma española se ha encontrado el espectacular tesoro de La Aliseda (Aliseda, Cáceres) o el famoso santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz), del que hablaremos en el capítulo en el que hacemos referencia a la religión.

Este capítulo que terminamos, además de aproximarnos a la parte más visible de Tartessos, a lo que podemos ver y tocar, nos anima a valorar los vestigios arqueológicos, que son parte de nuestro patrimonio. Concienciados de que sin ellos no podríamos entender cómo era este pueblo,

acometemos a partir de aquí el estudio de su organización social y económica, que en gran parte conocemos gracias a la arqueología.

6

Economía y sociedad

Nos aproximamos a la historia de Tartessos de una forma diferente a la de otras civilizaciones. No es una historia formada por una sucesión de hechos. No se trata de un relato de acontecimientos encadenados en el tiempo y recogidos uno tras otro. Las fuentes conservadas, a través de las cuales conocemos su existencia, no nos han permitido llegar hasta ese punto de detalle. La reconstrucción histórica que sobre el pueblo tartesio podemos realizar es de una naturaleza distinta, pues, como decimos, salvo algún suceso aislado, no conservamos noticias de episodios históricos concretos.

No obstante, sí es posible reconstruir su organización política, económica y social; además también lo es realizar averiguaciones acerca de su ideología a través de los vestigios religiosos y funerarios, cuestión que trataremos en profundidad en el próximo capítulo. Utilizaremos estos caminos para intimar con esta civilización, adentrándonos en su forma de vida y en la manera con la que miraba la realidad circundante.

Por extraño que pueda parecernos, en sus orígenes los investigadores no se interesaron por estos asuntos. Como señalábamos en el capítulo anterior, su primera preocupación era la búsqueda de la gran ciudad de Tartessos que tanto anhelaban hallar. No fue hasta los años sesenta del siglo XX cuando se planteó la necesidad de aumentar los temas de estudio para conocer de un modo más completo a la civilización tartesia, lo que supuso el punto de partida de los estudios sociales, económicos, religiosos, etcétera.

En este libro, como suele ser habitual a la hora de hablar de historia, hemos disgregado las esferas económica, social y religiosa para estudiarlas de un modo separado. Sin embargo, es ineludible hacer constar que las sociedades antiguas no hacían tal distinción. Cada ámbito estaba tan imbricado con los demás en estas comunidades que no podían separarse unos de otros. El trabajo que realizaba cada uno de los habitantes del suroeste de la península ibérica, su modo de subsistencia, era su forma de vida y, además, le situaba en una posición determinada dentro de la estructura social, pues no sólo cada esfera estaba conectada a las demás, sino que además se influían mutuamente. Si de verdad queremos comprender la civilización tartesia, hemos de dejar de lado las concepciones propias de nuestra cultura, que distorsionan nuestro entendimiento de las demás.

Dentro de la comunidad no todas las personas eran iguales ni tenían las mismas ocupaciones. ¿Cómo se estructuraba la sociedad tartesia? ¿Cuáles eran sus ocupaciones profesionales? ¿Quién dirigía la comunidad? Estos son algunos de los interrogantes que pretendemos resolver a continuación.

Economía

En materia económica, los metales y el comercio se consideraban como lo definitorio de Tartessos (ya vimos de qué manera debía a ellos su fama en la Antigüedad). No obstante, la base de su economía seguía siendo agrícola y ganadera. Que el comercio sea una de las principales fuentes de riqueza de un país es algo muy reciente. En la época que tratamos, las sociedades podían considerarse siempre campesinas, es decir, basaban su subsistencia en el trabajo del campo y en la explotación de los animales domésticos principalmente.

APROVECHAMIENTO ECONÓMICO DEL TERRITORIO

No es fácil diferenciar entre los recursos potencialmente explotables y los recursos que realmente utilizaban los pueblos antiguos. Los primeros son aquellos que existen en el territorio, mientras que los segundos son los que de verdad explotaban, y no siempre ambos coincidían, puesto que cada sociedad aprovechaba sólo aquello que le era necesario.

La geografía de un territorio, ya lo vimos en el primer capítulo, puede variar a lo largo de los siglos y los milenios. Por ello, para saber cómo era el medio de una región o qué rodeaba a un yacimiento (qué tipo de elementos tenían sus habitantes a su disposición), recurrimos a las reconstrucciones paleoambientales. Estudiando las semillas y el polen que aparecen en los yacimientos, sabemos qué tipo de plantas y qué clima eran propios de una zona determinada en un tiempo concreto.

Gracias a estas reconstrucciones se confirma que el valle del Guadalquivir y las zonas aledañas no sólo son pródigos en productos naturales y minerales en la actualidad, sino que también lo fueron durante el período Orientalizante. Una vez realizada esta apreciación, pasemos a ver de qué recursos se servían los tartesios.

Agricultura y ganadería

Como hemos dicho, la tartésica era principalmente una economía campesina, basada en el trabajo de la tierra y el aprovechamiento de los animales domésticos. Según las zonas, tenía mayor importancia una u otra de estas dos actividades. En Sierra Morena, por ejemplo, donde las tierras son más montañosas, la cabaña ganadera era predominante. Por otro lado, en el valle del Guadalquivir, donde abundaban las tierras aluviales fértiles, se desarrolló más la agricultura.

Este podría ser el paisaje de gran parte del valle del Guadalquivir habitado durante el período Orientalizante, pues la base de la alimentación y de la subsistencia de la sociedad tartesia seguía siendo, como en épocas precedentes, el cultivo de la tierra, principalmente de cereales.

Desde el Neolítico, la principal fuente de alimento de todas las poblaciones eran los cereales. También en el núcleo tartésico estaba muy extendido el cultivo de esta clase de producto agrícola, principalmente en las variedades de trigo y cebada, y también el de algunas legumbres, que eran una gran fuente de proteínas y además proporcionaban nitrógeno a la tierra, con lo que no acababan con sus nutrientes y el período de barbecho podía ser menor.

A partir de la llegada de los fenicios, a principios del primer milenio antes de Cristo, se amplía el número de especies cultivadas con la introducción de nuevos vegetales como el almendro, la vid y el olivo, que a lo largo de los siglos y hasta la actualidad fueron obteniendo una importancia mayor. Se conocen algunas pruebas de que los dos últimos cultivos a los que hemos hecho referencia pudieron existir en la península ibérica con anterioridad a la llegada de los colonizadores, pero muy probablemente su plantación se produjo a una escala muy inferior y los usos serían diferentes a la elaboración de vino y aceite. Estos productos ya no eran meras materias primas, estaban sometidos a un proceso de elaboración, lo que les otorgaba un cierto prestigio y los incluía en la órbita de las élites y como producto de gran valor para la comercialización. Esta idea se ve reforzada por el hecho de que el vino, al menos en otros puntos del Mediterráneo, tenía un claro valor de prestigio y se le asociaba una vajilla muy específica.

Nos quedaría por definir si de estas producciones agrarias se lograba obtener un excedente que permitiera dedicar parte de la producción al comercio o incluso que fuera destinada al pago de impuestos a los estratos sociales más elevados. Probablemente fue así y la aparición de un gran número de ánforas en los yacimientos parece indicarlo. Entre los objetos agrícolas de intercambio podríamos pensar sobre todo en el vino y en el aceite, más que en cereales u otros artículos, pues eran los productos más caros por su particular proceso de fabricación.

Existía una continuidad con el período precedente de la Edad del Bronce en las técnicas y los utensilios agrícolas, aunque son pocas las herramientas del segundo milenio antes de Cristo y principios del primero que se han conservado. El instrumento que más se ha encontrado quizá sea el

molino de cereal, que era de tipo manual. No parece en cualquier caso que se adoptara el metal para realizar utillaje agrícola.

La ganadería era una actividad económica más habitual que la agricultura en las zonas montañosas, como Sierra Morena, donde la orografía del terreno hacía más difícil el cultivo de la tierra. No obstante, ambos trabajos eran complementarios, pues los productos agrícolas se usaban para alimentar a los animales y estos últimos servían para abonar los campos y podían ayudar en las tareas agrícolas tirando del arado por ejemplo.

En cuanto a la ganadería, junto a la agricultura el otro medio de subsistencia más importante de las sociedades antiguas, normalmente era una especie de complemento de esta, si bien, dependiendo del terreno, una actividad era más propicia que la otra y predominaba. Combinar ambas actividades hacía pues que fueran más rentables. Los animales podían ayudar a realizar las tareas agrícolas (bóvidos y caballos fueron utilizados como animales de tracción uncidos al arado) y abonaban los campos que debían ser sembrados. Todo esto se sigue haciendo en la actualidad en las comunidades que practican una agricultura tradicional, puesto que las técnicas no variaron demasiado en los trabajos del campo hasta la introducción de la mecanización. Por otra parte, los rastrojos servían de alimento a algunos de los animales, los cuales, al entrar en las tierras para comerlos, removían el terreno y lo hacían más apto para el sembrado siguiente.

Los tartesios no criaban animales sólo para la obtención de carne, que era el uso exclusivo que se les daba en los inicios de la domesticación, sino también porque proporcionaban una serie de productos secundarios como leche o lana, que eran aprovechados por las comunidades desde la Edad del Bronce. Se considera a su vez uso secundario la utilización que se hacía principalmente de caballos, bueyes y asnos (especie traída desde Fenicia en la primera mitad del primer milenio antes de Cristo) como animales de tracción y como medio de transporte. La fuerza de equinos y de bóvidos se empleaba también con fines bélicos para tirar de carros en las campañas militares, aunque sobre este aspecto no tenemos muchos datos. Por último, los posibles fines religiosos, como sacrificios, los

trataremos en el próximo capítulo.

Según los restos hallados en los diferentes yacimientos del llamado núcleo tartésico, los animales que criaba este pueblo eran los bóvidos (bueyes, vacas y toros), los ovicápridos (cabras y ovejas), los suidos (principalmente cerdos), los equinos y las gallinas.

Los bóvidos eran los animales dominantes en la ganadería del suroeste de la península ibérica, aunque varía su importancia de unos yacimientos a otros, según el entorno, que era lo que determinaba si la cría de esta especie animal resultaba o no más favorable para el tipo de terreno en el que se encontraba. La predominancia de los bóvidos era incluso mítica, pues el lector recordará sin duda que uno de los trabajos de Hércules consistió en robar el ganado (los toros) de Gerión.

Con el tiempo, los ovicápridos relevarían a los bóvidos en la posición de animales más explotados. Debemos hablar de ovicápridos porque los huesos de oveja y los de cabra no se pueden diferenciar entre sí, por lo que deben tomarse en conjunto. Sabiendo que los tartesios controlaban rutas de paso estratégicas, es probable que estas fueran utilizadas para la trashumancia de ganado, sobre todo de ovejas y cabras, aunque no tenemos constancia de la longitud o periodicidad de esos viajes. El traslado de los rebaños haría posible una comunicación entre diferentes poblaciones que las enriquecería mutuamente.

Los suidos son el tercer tipo de animal doméstico en importancia. Su presencia es mayor en aquellos asentamientos en los que existieron dehesas, con suelos pobres para la agricultura.

Por otra parte, una de las especies que más admiración ha despertado desde siempre, convirtiéndose en un gran compañero del ser humano, es el caballo. También en Tartessos existía, y pudo haber sido usado, insistimos, además de como alimento cárnico y para ayudar en las tareas agrícolas, a modo de medio de transporte, de personas y de mercancías, o con una finalidad militar, montado directamente o bien tirando de carros.

Si nos encontráramos en un poblado tartesio y miráramos a nuestro alrededor, además de los animales que hemos venido describiendo, nuestra vista se posaría en dos especies más que habrían aparecido con posterioridad, pues fueron traídas por los colonizadores fenicios. Nos referimos a los asnos y a las gallinas. Estas últimas proporcionaban, como ponedoras de huevos, una forma más de obtener las proteínas necesarias y diversificaban las fuentes alimentarias de las poblaciones que las criaban.

Como ocupaciones complementarias a la agricultura y la ganadería, la caza y la pesca también eran practicadas por el pueblo tartesio. Estas actividades nunca han dejado de existir y si ahora se considera en las sociedades más desarrolladas un deporte, en aquel entonces suponían el mejor medio de completar la dieta. Somos capaces de asegurar que eran complementarias, y no el medio principal de subsistencia, porque los restos de animales domésticos predominan sobre los de animales salvajes en los yacimientos tartésicos.

De entre todas las especies objeto de la actividad cinegética, el ciervo era la más importante. Este animal ha sido muy cazado desde los albores de la historia (el Paleolítico), puesto que al ser gregario (es decir, va en manadas) era más fácil de matar y resultaba muy rentable por la cantidad de carne y el resto de recursos (pieles, astas, etc.) que ofrecía. La otra especie salvaje más representativa dentro del porcentaje de fauna recuperado de los diferentes asentamientos era el conejo. No en vano, las fuentes clásicas resaltaron la abundancia de conejos como característica propia de la península ibérica. De hecho, la palabra «Hispania», con la que conocían los romanos desde finales del primer milenio antes de Cristo este territorio, podría haber significado en lengua latina ‘tierra abundante en conejos’.

En cuanto a la pesca, se han encontrado restos tanto de especies de agua dulce como de agua

salada. Y es que los tartesios no sólo obtenían pescado: los moluscos eran también cogidos para formar parte de la alimentación. Sabemos que la cercanía a la costa era importante dentro del medio geográfico tartésico y esta sociedad empleaba una gran cantidad de los recursos que tenía a su alcance, por lo que no iba a dejar escapar piezas que eran tan fáciles de conseguir.

Hemos de pensar que los campesinos, que eran la mayoría de la población, dividían su tiempo entre este tipo de actividades y la producción de manufacturas necesarias a escala doméstica, como cerámica o vestidos. La mayor parte de las personas estaban obligadas a la autosuficiencia, pues no todo el mundo era capaz de conseguir productos a través del comercio, mucho menos si se trataba de objetos suntuarios.

Minería

Ya hemos repetido en diferentes momentos a lo largo del libro la fascinación que la riqueza de metales de Tartessos producía en la Antigüedad. Aunque, como hemos visto, no fueran la base de su subsistencia, su explotación tenía implicaciones interesantes en el mundo social y necesita una mención extensa sin la que no tendríamos el cuadro de la historia de Tartessos completo, pues en parte los metales eran su seña de identidad.

El trabajo del minero siempre ha sido muy duro. Requería una gran fuerza física, y seguramente en el período tartésico aún más, puesto que las herramientas e instrumentos de que disponían eran menos sofisticados que en la actualidad. Por otro lado, a día de hoy sólo se han constatado con certeza explotaciones a cielo abierto y ninguna subterránea, lo que significa que en esta época la seguridad era mayor que en etapas posteriores, pues los tartesios no se enfrentaban a los derrumbamientos de cuevas. Será posteriormente cuando se desarrolle la tecnología necesaria para extraer el mineral del subsuelo, aunque es posible que tampoco la necesitaran con anterioridad y que el mineral que quisieran obtener estuviera al alcance de la mano.

Varios eran los metales explotados en la zona que estamos estudiando durante el período Orientalizante y en algunos casos se observa una continuidad con las etapas precedentes. La explotación del cobre, por ejemplo, se venía realizando desde milenios atrás. A partir de la Edad del Bronce, alcanzó gran importancia el estaño, pues cuando se añade este metal al cobre se obtiene precisamente bronce. El avance tecnológico que suponía la adopción de esta aleación fue considerado por los investigadores tan importante que incluso bautizaron con su nombre el período cronológico. La plata es otro de los metales característicos, pues aparece mencionada directamente en las fuentes escritas. Aunque se explotaba también con anterioridad, es en el período Orientalizante cuando su producción aumenta de manera notable y se convierte en el metal principal. El oro, el otro metal noble, era conocido desde muy antiguo. El bateo resultaba la mejor técnica para obtenerlo. Y como ejemplo de su uso podemos mencionar el tesoro de El Carambolo, sobre el que ya hablamos en el capítulo precedente. Por último, es obligatorio mencionar el hierro. Fueron los fenicios los responsables de su generalización en el ámbito tartésico y con él se entraba a partir del siglo VIII a. C. aproximadamente en una nueva etapa de la historia. De este último metal, sin embargo, no se conocen muestras de su minería y su utilización no estaba lo suficientemente extendida como para pensar en un gran impacto tecnológico (por ejemplo, no era tan usado en el campo en este período, y

tuvo que pasar tiempo hasta que fue adoptado en otros ámbitos diferentes al de la fabricación de objetos de prestigio).

¿Cómo era la vida del minero? ¿Cómo se organizaban sus poblados? No todas las explotaciones mineras conllevaban el establecimiento de un poblado estable en sus inmediaciones. Muchas veces los trabajadores se instalaban cerca del lugar donde desarrollaban su labor hasta que su actividad finalizaba. Sabemos esto porque al lado de las vetas de mineral aprovechado se han hallado útiles necesarios para desempeñar esta labor (como martillos) junto con restos de cerámicas, materiales que sin duda el minero que trabajara allí necesitaría en su día a día.

Sin embargo, a pesar de las continuas referencias de los autores clásicos, no parece que existiera una explotación a gran escala, hasta el punto de que algunos autores incluso llegan a defender que la explotación era de carácter más o menos doméstico. No obstante, sí parece que estuvo estructurada y organizada de alguna forma por quienes ostentaban el poder si pensamos en la utilización posterior que se hacía de esos metales, que eran empleados por los artesanos para realizar objetos de lujo. Desde luego, estos necesitaban un buen aprovisionamiento de material de calidad que fuera regular.

El primer paso una vez obtenido el mineral era la ejecución de una primera fundición para la eliminación de las impurezas mayores. En ocasiones esta actividad se realizaba a pie de mina. Otras veces se hacía en poblados más alejados, hecho que conocemos porque en varios yacimientos se han encontrado objetos que indican la realización de esta labor, por ejemplo escorias, vasos perforados o toberas. La escoria es la sustancia que queda tras fundir el mineral, procedente de las impurezas del mismo y que por tanto, se desechaba. Los vasos perforados se usaban para la copelación (proceso de purificación) de la plata. Las toberas eran tubos hechos de arcilla para introducir aire en los hornos donde se derretía el metal.

Reconstrucción virtual de un martillo de minero. Es un instrumento con larga vida cronológica, pues fue usado durante miles de años en la Prehistoria y en época romana en toda Europa y el Mediterráneo. Era utilizado para sacar el mineral de las vetas. Estaba construido en piedra muy dura y se le ataba un mango de madera.
(Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

Escoria, muy abundante en muchos yacimientos tartésicos. Se trata de un producto del trabajo y fundición del metal.

Esta red de lugares de explotación y poblados donde se desarrollaba la fundición muestra un cierto grado de jerarquización del territorio, al dividir las distintas ocupaciones entre los diferentes asentamientos. El posterior trabajo del metal era llevado a cabo por artesanos especializados que dominaban las técnicas y la tecnología de la fundición y eliminación de impurezas para crear los diversos objetos metálicos.

La principal zona minera del área tartésica está sin duda situada en la actual provincia de Huelva, y dentro de ella destacan el conjunto minero de Riotinto y algunos poblados que representarían un papel importante en la organización de la explotación minera, como el de Tejada la Vieja. También existen algunos lugares en las zonas anejas a lo que hemos denominado núcleo tartésico donde se realizaban este tipo de trabajos, como es el caso de la actual provincia de Córdoba. Por otra parte, Gadir era el puerto desde el cual los fenicios desarrollaban el comercio internacional, incluido el de metales, que en forma de materia prima se dirigían desde Tartessos a Fenicia y a la ciudad de Tiro.

Artesanado

Sobre el artesanado existe un debate entre los investigadores. ¿Eran los artesanos que trabajaban en Tartessos de origen indígena o por el contrario eran fenicios asentados en el suroeste de la península ibérica? Se trata de una pregunta difícil de responder a priori. De hecho, podrían haberse dado las dos situaciones a la vez sin problema. Con la llegada de los colonizadores orientales se aplican nuevas técnicas, pero también se mantienen aquellas que se venían desempeñando desde décadas atrás. Artesanos de ambas procedencias pudieron influirse y enriquecerse mutuamente.

La artesanía nació en origen para satisfacer ciertas necesidades básicas de las familias y se trataba de un trabajo doméstico (realizado en la casa para los miembros de la misma). Con la incorporación de ciertas innovaciones tecnológicas, el trabajo artesanal se hizo más refinado y no era posible que todo el mundo pudiese desempeñarlo. Por otra parte, cuando las comunidades comenzaban a organizarse en estructuras sociales más complejas, en las que existía una división del trabajo, parte del grupo era capaz de alimentar mediante faenas agrícolas a toda la población que lo conformaba. Liberaban de este modo de la obligación de realizar ese tipo de labores a algunos de los miembros del grupo, que podían dedicarse a otras actividades. En época tartésica, por tanto, los artesanos eran ya especialistas a tiempo completo. Estos dejaron definitivamente de trabajar la tierra y para subsistir cambiaban sus productos por alimento. Muchos de estos artesanos estaban vinculados con las élites, puesto que eran las interesadas en recibir los objetos de lujo.

Los artesanos tartesios aprendieron de los fenicios nuevas técnicas que les permitieron mejorar la calidad de su trabajo. Nos referimos por ejemplo al torno de alfarero, del que ya hemos hablado, pero también a nuevas técnicas de decoración de las joyas, como la filigrana o el granulado, que daban a los objetos un mayor valor a los ojos de la aristocracia.

La artesanía comprende muchos oficios diferentes. Denominamos artesanía a la cerámica, la metalistería, la orfebrería o la eboraria. Todas estas artes eran desempeñadas en el suroeste peninsular y cada uno de estos oficios artesanos tenía sus propias técnicas que era necesario dominar para obtener un trabajo de alta calidad. Era preciso conocer a qué temperatura debía cocerse la cerámica o tener una gran precisión a la hora de trabajar con objetos de reducido tamaño como las joyas o las placas de marfil talladas.

En la cerámica, la producción especializada de piezas de alta calidad seguiría coexistiendo con el trabajo doméstico, de autoabastecimiento, de algunos hogares. Sus cuencos y ollas serían más toscos, pero igual de funcionales, pues no todas las personas podían acceder a ejemplares finos y lujosos.

Si, como hemos dicho, la minería y fundición del metal estaban entre las actividades económicas fundamentales en Tartessos, hemos necesariamente de concluir que la fabricación de objetos metálicos era también un sector artesanal de gran trascendencia. La elaboración de los objetos más cotidianos, como fíbulas o broches de cinturón, coexistía con la de los objetos de lujo. Muchas de las piezas de metal formaban parte de los ajuares funerarios de las tumbas de personajes de mayor rango: jarros de bronce, quemaperfumes o las fuentes de bronce llamadas «braserillos».

En la orfebrería se observa una gran evolución durante el período Orientalizante. Las piezas dejaron de ser macizas y consiguieron ser ligeras, pero con muchas más posibilidades de decoración. Las joyas eran más elaboradas, pues para realizar esas mejoras el proceso de fabricación tuvo que hacerse más complejo. Todo ello revirtió en una mayor calidad del producto final, que de este modo se hizo más atractivo para las élites, las cuales al fin y al cabo eran las únicas que tenían la oportunidad de adquirir los objetos suntuarios.

Artesanado y comercio están muy interrelacionados, pues uno depende del otro. Es el artesano el que proporciona productos con los que comerciar y sin el comercio sus productos no tendrían salida. Los objetos producidos por las manos de un artesano podían viajar cientos y miles de kilómetros en esta época, y recalar en un lugar muy lejano cuyo nuevo propietario poco tenía que ver con el lugar de origen del objeto.

Comercio

El comercio con los fenicios e incluso con otros pueblos del Mediterráneo, ya sea de manera directa o indirecta (a través de intermediarios), es una de las principales actividades dentro de la economía tartésica y se ha de tener en cuenta por varios motivos. En primer lugar, los fenicios, con quienes podemos decir que el trato era más estrecho, iniciaron su empresa colonial con los objetivos comerciales en mente y aunque no fuera la única razón, sí era quizás la motivación más importante para emprender sus viajes marinos. Por otra parte, fue también el comercio, que conllevaba el contacto con otras sociedades del Mediterráneo, el que provocó que Tartessos fuera muy conocido y alcanzara gran fama en la Antigüedad.

Artesanía y comercio, sin ser la base de la subsistencia de Tartessos, fueron parte activa en el cambio social, político y económico que vivió esta civilización a lo largo del período Orientalizante, gracias a los influjos recibidos del exterior. A través de estas transacciones se mantuvo una relación constante entre dos sociedades (tirios y tartesios) radicalmente distintas que se influyeron mutuamente. Las transacciones mercantiles eran, por tanto, parte de la seña de identidad de Tartessos y como tal debemos tratarlas.

El comercio de larga distancia, que incluía a Tartessos dentro de los circuitos comerciales mediterráneos y que lo conectaba con diferentes puntos del Mediterráneo y, por ende, con diversas civilizaciones, ya se llevaba a cabo, aunque a menor escala, durante la Edad del Bronce. Fue sin embargo en el período Orientalizante, tras el asentamiento estable de los fenicios en la península ibérica, cuando se hizo más intenso. En este tipo de tratos mercantiles, los metales proporcionados por los tartesios eran la piedra angular, y sobre ellos se montaban las demás transacciones. No obstante, el lector debe tener en cuenta que el volumen mayor de intercambio se producía en el ámbito local.

Los intercambios comerciales y la estructura social están tremendamente interrelacionados en las sociedades antiguas. ¿De qué forma? Lo explicamos a continuación. Los contactos y tratos comerciales no se producían (ni se producen en la actualidad) del mismo modo si las dos sociedades que intervenían en los mismos tenían una organización social similar o si por el contrario sus respectivos grados de complejidad social eran diferentes. En el primer caso, los intercambios se realizarían de igual a igual, con lo que ambas sociedades saldrían beneficiadas. Sin embargo, si estas transacciones, principalmente económicas, pero no en exclusividad, se realizaban entre dos sociedades desiguales, una obtendría más ventajas que la otra. Se daría un cierto dominio de la más compleja, la más favorecida por los intercambios, sobre la otra.

Este quemaperfumes, datado en torno al siglo VIII a. C., fue hallado en las excavaciones arqueológicas de la necrópolis de La Joya (actual provincia de Huelva) como parte integrante del ajuar de la tumba 17. Se trata de un tipo de objeto suntuario al que sólo tienen acceso las élites, los sectores de la población de mayor rango.
(Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

En este sentido, algunos autores consideran que los intercambios entre fenicios y tartesios (al menos en los primeros momentos) eran muy desiguales, pues quienes llevaban el peso de las transacciones y quienes establecían el valor de los productos (qué intercambiar por qué y a qué precio) eran los colonizadores, que salían muy beneficiados.

Como vemos, los intercambios no tenían por qué realizarse entre comunidades con sistemas sociales parecidos. En realidad, bastaba con que se coincidiese en una serie de intereses económicos comunes. No obstante, lo obtenido en el intercambio sí podía ser de naturaleza muy diferente. En este caso, los fenicios adquirían materias primas y a cambio podían dar salida a sus manufacturas. Existía por tanto una desigualdad en el tipo de productos que se intercambian. Se puede considerar que los tartesios pagaban un alto precio por el acceso a los objetos de lujo, pero era precisamente lo que sus élites demandaban, y si tenían abundancia de materias primas, no les suponía, según su punto de vista, un precio tan alto. De esta manera, accedían a esa clase de artículos que definían su estatus y les separaban del resto de la población, lo que era necesario en una sociedad que iba haciéndose cada vez más compleja.

Tal y como hemos adelantado ya brevemente, esta relación entre los colonizadores orientales y las poblaciones del suroeste de la península ibérica tenía sus implicaciones en la sociedad. El contacto, en principio económico, dio paso a la aculturación, es decir, a la transformación de costumbres e ideología dentro de una comunidad al relacionarse con otra de la que se adoptan nuevos elementos. Este proceso se llevó a cabo en el seno de ambas sociedades, aunque de un modo más marcado en la peninsular, ya que recibió influencias de una cultura más compleja y jerarquizada socialmente: Tartessos, en definitiva, se orientalizó.

En lo referente a las transacciones comerciales sólo resta apuntar una última cuestión: la del

papel de los santuarios como emporio. Una vez más se cumple aquella idea que se exponía al principio del capítulo, según la cual en las sociedades antiguas todas las esferas de la vida están tan interrelacionadas que, aunque nosotros al estudiarlas lo hagamos, no pueden separarse unas de otras. Por ello la estrecha relación de los intercambios internacionales con el poder religioso, que se encargaba de garantizar que los tratos se hicieran de manera justa, será tratada en el próximo capítulo.

Política económica

Ya tratamos en su momento la política económica que llevaba a cabo el Estado fenicio (tratos comerciales con otros estados, voluntad de favorecer el comercio de larga distancia, organización de empresas coloniales, etc.). Sobre la posible política económica desarrollada por Tartessos es más difícil plantear hipótesis y probarlas puesto que apenas contamos con datos. No obstante, sí somos capaces de explicar algunas cuestiones.

De las fuentes escritas se deducen algunas ideas del modo en que quienes ostentaban el poder en Tartessos planteaban su política exterior, que era principalmente de corte económico. Nos referimos sobre todo al episodio en el que, según Heródoto, Argantonio ofreció a los focenses tierras en primer lugar y dinero posteriormente. En este hecho se observa que los tartesios intentaban mantener una buena relación, no sólo por amistad, con aquellos pueblos con los que podían realizar transacciones mercantiles, pues de esta forma obtenían una mejor posición dentro del juego de poderes y relaciones comerciales del Mediterráneo.

Por otra parte, las fuentes arqueológicas nos señalan que existía una organización de la producción de los metales. Así, la comercialización de este producto se llevaba a cabo de una manera más eficaz y la demanda de los fenicios de dicha materia prima era satisfecha fácilmente. Además, gracias a los metales, los tartesios se vieron incluidos en unas rutas de comercio más importantes, superando en gran medida los intercambios locales para entrar en un comercio interregional a gran escala de manera estable.

Sociedad

Contamos con pocos datos directos sobre cómo era la estructura social en Tartessos. Nuestras fuentes vuelven a ser las escritas (fragmentos escasos, pequeños y dispersos) y los restos arqueológicos, principalmente de carácter funerario.

El período Orientalizante fue una etapa de progreso tecnológico, de transformaciones económicas y de cambio social. Economía y cultura iban unidas, aunque no necesariamente existía un cambio cultural cada vez que se producía un cambio económico.

Si la economía transformó la sociedad, se pudo deber en este caso a un control y monopolio por parte de las élites de los elementos comercializables, como los metales y las explotaciones mineras. De esta forma se pudo llegar a un proceso de concentración de poder político y social que estuvo en manos de un sector de la población situado a la cabeza de la escala jerárquica social.

La población fue aumentando y concentrándose en hábitats de mayor entidad durante esta época. Sería interesante realizar estudios paleodemográficos para precisar un poco el número de habitantes del suroeste peninsular e incluso la evolución en el tiempo del tamaño de las comunidades. Sin embargo, no se han realizado grandes aportaciones en este sentido y la información que tenemos no deja de basarse en conjeturas, ya que la extensión de las excavaciones realizadas no permite hablar de cifras con seguridad.

Estructura social

La estructura social, la forma en que se organiza una sociedad y las desigualdades entre los individuos que la forman, es algo que normalmente cambia con lentitud, pues suele estar fuertemente implantado. Pero las transformaciones en este campo acaban ocurriendo. En el suroeste peninsular y durante el período Orientalizante la variación fue inevitable y existió un proceso de transformación y evolución hacia una sociedad más compleja al contacto con los colonizadores procedentes de Fenicia.

Conviene recordar aquí lo que se explicó en el segundo capítulo: cuál era la organización social en la Edad del Bronce Final. Hay que tener en mente cuál era la estructura social de inicio para entender mejor el proceso y saber de qué forma se llegó a una nueva y más jerarquizada sociedad.

La investigación se decanta por dos posibles posiciones. Por una parte, algunos investigadores defienden que la sociedad tartesia prefenicia se organizaba de una forma tribal, incipientemente jerarquizada, lo que significaba que ya había una cierta diferenciación social en torno a ciertos personajes de mayor estatus, sin que la complejidad social fuera muy grande. Existía un cabecilla que lideraba el grupo, no con poder absoluto, pero sí con cierta autoridad. En esta sociedad los lazos de

parentesco eran muy importantes. Los asentamientos no se encontraban jerarquizados, lo que significa que eran bastante independientes entre sí.

Otra sección de la investigación defiende sin embargo que la sociedad tartesia del Bronce Final era de jefatura incipiente. El jefe tenía un poder limitado, pero podía utilizar su influencia para favorecer a aquellos que le brindaran su apoyo. A su vez, el parentesco cobraba fuerza también como signo diferenciador, pues las personas de mayor rango eran al mismo tiempo las que pertenecían a linajes de mayor estatus.

La presencia de élites sociales en el período prefenicio nos es evidente porque contamos con unos marcadores arqueológicos que así lo demuestran, como las estelas decoradas del suroeste o los depósitos de armas y otros objetos de metal. Por esta razón, podemos entender que los contactos e intercambios entre fenicios y tartesios fueran de carácter desigual, puesto que por esta misma época los orientales ya se organizaban en torno a un estado fuerte.

Parece razonable pensar entonces que con el contacto con los colonizadores tirios el pueblo tartesio pudiera evolucionar hacia formas más complejas de estructuración social, pero es muy improbable que esto ocurriera si no existía previamente un grado de diferenciación social importante.

El trato con la sociedad fenicia influyó en Tartessos e hizo que su estructura social fuera más compleja, con una división entre diferentes sectores de la población cada vez más marcada. Sólo a partir de la colonización fenicia evolucionó la sociedad tartesia hacia formas más jerárquicas; por ello, la irrupción de este pueblo oriental en la península ibérica se considera determinante en el proceso histórico de Tartessos. Este cambio no se dio de forma brusca y por eso, aunque los fenicios llegaron antes a las costas peninsulares, realmente no podemos decir que esa influencia y consecuente transformación se produjera de forma clara hasta el siglo VII antes de Cristo.

La comparación con otras situaciones similares a lo largo de la historia nos reafirma en la posición que venimos comentando, pues normalmente siempre que se produce un establecimiento de relaciones entre sociedades de diferente complejidad y es la que llega (la foránea) la más avanzada, se produce un cambio en la comunidad autóctona.

Este proceso se observa en la arqueología. Los vestigios funerarios son quizás los que más información nos aportan en este sentido. Por una parte, las élites se hacían enterrar con ajuares lujosos que marcaban su estatus dentro de su sociedad. Se suele aplicar la idea de que los ricos materiales hallados en una tumba correspondían a un alto grado en la escala social del personaje al que pertenecían. Por otro lado, la disposición de los enterramientos en las necrópolis podía definir una cierta relación entre ellos y ser reflejo en parte de las relaciones sociales en vida. Es muy probable que los lazos de parentesco siguieran siendo importantes. A pesar de que el sistema de parentesco original pudo entrar en crisis, siguió existiendo, aunque de otro modo. En lugar de explicar una simple organización y diferenciación de roles dentro de la comunidad, ahora funcionaba como pretexto para crear grupos cerrados; es decir, linajes. De entre esos linajes, los más preeminentes formaban la aristocracia, la élite de la sociedad. Esto pudo llevar a ciertos conflictos sociales, puesto que al establecerse una estructura diferente, quienes obtienen más poder lo hacen siempre sometiendo la autoridad del resto de la población.

La estructura social tartésica durante el período Orientalizante se encontraba encabezada por un monarca. Argantonio es el único nombre de rey histórico que las fuentes clásicas, según las cuales vivió entre el año 670 y el 550 a. C. aproximadamente, nos han permitido conocer. Los registros arqueológicos que nos han llegado nos permiten asegurar que existía una élite, o aristocracia si preferimos ese nombre, que era la consumidora de los objetos de lujo y la que se hacía enterrar con

los ajuares más suntuosos. Por último, el resto de la población era la mantenedora de todo este sistema con su trabajo. Tal vez podamos hablar de ciertos sectores, como el de los artesanos o incluso el de los comerciantes, que pudieron tener ciertos privilegios dentro de la sociedad debido al tipo de actividad profesional que desarrollaban.

Para conservar la nueva organización político-social tuvo que desarrollarse un aparato administrativo y burocrático que efectuara tareas de control. La escritura representa un papel fundamental en este sentido; es más, se hacía imprescindible, pues al dejar constancia por escrito de las cosas no existía posibilidad de error. En la Antigüedad era además un elemento de poder, porque sólo un sector extremadamente reducido de la población sabía leer y escribir. Aunque las fuentes escritas hablen de la existencia en Tartessos de leyes en verso de una antigüedad de seis mil años, lo que indicaría una gran complejidad de la sociedad (incluso aunque fueran de transmisión oral), esto es algo que no podemos probar. Lo que sí podemos asegurar es la existencia de la escritura en el suroeste peninsular desde aproximadamente el siglo VII a. C. La escritura en el área tartésica procede del alfabeto fenicio y se trata de otra de las innovaciones que se produjeron en la sociedad indígena gracias a los contactos con los colonos tirios.

La mayor jerarquización de los diferentes asentamientos fue una respuesta a esta situación de centralización y organización del poder. Este tipo de gobierno se hizo cargo de la redistribución de los productos de importación (tarea asumida por las élites con anterioridad). El comercio con los fenicios trajo una mayor riqueza, pero para poder hablar de jerarquización y complejidad social hay que saber cómo estaba repartida esa riqueza y si existían conflictos o tensiones sociales de algún tipo. Para ello recurrimos a la arqueología, que nos ayuda a establecer una distribución de materiales por zonas dentro de un yacimiento y por regiones en un territorio más amplio. Ha sido de esta forma como se ha podido entender la distribución en el espacio de los yacimientos y definir las relaciones de jerarquía entre ellos.

Las fortificaciones que describimos en el capítulo anterior, como la del poblado de Tejada la Vieja, suponían una muestra del dominio sobre otros enclaves que algunos asentamientos iban adquiriendo. No eran necesariamente construidas para la defensa frente a agresores externos, pues pudieron ser alzadas también como demostración de superioridad, lo que significaría que ese hábitat había alcanzado cierta entidad. Las fortificaciones sugerían un control del territorio por parte de las élites que habitaban esos lugares. El desarrollo del urbanismo, en el que incluimos la construcción de murallas, fue paralelo al resto de procesos que estamos desgranando y constituía un ejemplo más de la concentración de poder.

En algunos yacimientos se han encontrado grandes estructuras arquitectónicas que a veces han sido interpretadas como palacios y otras veces, la mayoría, como santuarios. El decantarnos por una u otra hipótesis revierte en la explicación que hagamos sobre la organización sociopolítica de Tartessos. Aunque hayamos apuntado aquí esta idea, para tenerla presente, la fuerte vinculación de esta cuestión con la religión hace que desarrollemos el tema en el próximo capítulo.

En resumen, al final del período Orientalizante, en el siglo VI a. C., Tartessos poseía una organización económica, política y social fuerte, con una unificación político-territorial que se concretará, como veremos, en la época ibérica turdetana, cuando el poder esté depositado en los régulos o reyezuelos, con los que se encontraron primero los cartagineses y después los romanos en la conquista de Hispania. Para expresarlo en una sola idea, el período Orientalizante fue una transición hacia una jerarquización social y territorial que previamente no existía.

La monarquía

Para desarrollar el estudio sobre la realeza tartésica contamos, afortunadamente, con algunas fuentes escritas. El lector recordará, de las primeras páginas de este libro, que existían referencias mitológicas e históricas a la monarquía tartésica en dichos escritos.

Gerión, Habis y Gárgoris son los reyes míticos. El primero de ellos, dueño de los rebaños que roba Hércules en uno de sus trabajos, era presentado como un monstruo. Sin embargo, los dos últimos, padre e hijo, eran reyes civilizadores, que proveían a su pueblo de cosas buenas y establecieron una organización social.

Argantonio es, no obstante, el único rey que podemos considerar histórico del que tenemos el nombre. Su poder, si nos basamos en la narración que nos hace Heródoto, era bastante grande, pues tenía la potestad de ofrecer tierras a los focenses, lo que nos indica que dominaba sobre las tierras que quiso entregarles. Es además quien recibía a las delegaciones foráneas, así que tenía autoridad dentro de su pueblo para valorar y rubricar los tratos internacionales. Era claramente el cabecilla y la sociedad le respaldaba, pues de otro modo no habría podido negociar con los extranjeros de esa forma.

Sobre el término «rey» hay que hacer ciertas matizaciones antes de entrar en más consideraciones. Llamamos a Argantonio rey porque así traducimos del griego el término *basileus,* pero no debemos entender que tenía el mismo poder y las mismas atribuciones que los monarcas llegarían a tener muchos siglos después. La traducción más exacta quizás debiera ser «régulo» o «reyezuelo». Es el mismo término que usaba Homero para definir a reyes como Ulises, cuya soberanía sólo era aplicable sobre una isla, Ítaca. No debemos por ello relacionar la palabra «rey» de este contexto con las grandes monarquías de la Edad Media o Moderna, pues en el caso de Tartessos, aunque concentrara un gran poder sobre su sociedad, se trataba de un jefe con otras características y un mando más reducido.

Hechas estas matizaciones, diremos que existen algunos autores, los menos, que defienden que la monarquía ya existía en Tartessos a la llegada de los fenicios a principios del primer milenio antes de Cristo y que lo que cambió fue el carácter de la misma. Desapareció por ejemplo la sacralidad alrededor de la figura del rey y se convirtió en una monarquía de tipo aristocrático. Estos autores ven en el mito (los relatos sobre los reyes Gerión, Habis y Gárgoris que acabamos de mencionar) el reflejo de la existencia de una monarquía antigua.

Al margen de la discusión sobre si en Tartessos esta forma de gobierno es anterior o posterior a la llegada de los fenicios, estos relatos mitológicos, tomados con prudencia y analizados de manera crítica, arrojan cierta luz sobre el origen de la monarquía tartésica. Según estas narraciones, y concretamente la de Gárgoris y Habis, la monarquía tartésica era de tipo patriarcal y hereditaria. Faltan por concretar las bases sociales y económicas sobre las que se sustentaba, pues en función de esa sociedad el rey desarrollaba su actividad política. Las características de dicha sociedad nos proporcionan a su vez los rasgos de dicha monarquía.

En cualquier caso, tampoco debemos olvidar que nada es estático en el tiempo y, al igual que sucede con todas las cosas (y más en el período Orientalizante), la realeza como institución fue modificándose. Incluso el lugar donde residía ese poder monárquico pudo variar.

Según las fuentes escritas parece que existió una administración real centralizada, que tenía poder sobre diferentes asentamientos, aunque individualmente estos poblados estuvieran administrados por las élites locales. Si ese centro físico de poder monárquico existió, desconocemos

cuál pudo ser a través de los yacimientos arqueológicos descubiertos. Sin embargo, sí sabemos que Tartessos, en el ámbito administrativo, estaría organizada en una serie de comunidades, a modo de ciudades-estado.

Aristocracia y élite

El monarca se apoyaba en la élite, esto es, en la aristocracia. Sabemos que existía una aristocracia rica porque así nos lo confirma el registro arqueológico, principalmente funerario, en el que abundan los objetos de lujo como parte integrante de ajuares. Sobre este tipo de implicaciones volveremos a insistir en el capítulo siguiente, en el que trataremos la religión y el mundo funerario. Esta aristocracia era por tanto la principal consumidora de esos productos suntuarios y, de esa forma, marcaba diferencias con el resto de la población, que no podría poseer tales elementos. Con este tipo de objetos, sólo al alcance de unos pocos, los poderosos intentaban prevalecer sobre los demás y hacían gala de su ostentación para que fuera bien visible que poseían una posición privilegiada. Es lo que hoy algunos especialistas han denominado «iconografía del poder».

Durante el período Orientalizante, la sociedad tartésica alcanzó una mayor jerarquización. Al estar perfectamente estructurada y poseer una organización social más similar a la de los fenicios, los intercambios con los colonizadores dejaron de ser tan desequilibrados, pues ya eran de igual a igual.

Personajes con alto rango

Dentro del resto de la población pudieron tener ciertos privilegios algunos sectores, sobre todo si se tenía en cuenta el tipo de trabajo que realizaban. Los artesanos por ejemplo pudieron ser personas respetadas no necesariamente porque formaran parte de la élite, sino por sus conocimientos.

También los sacerdotes y los integrantes del clero tenían una posición elevada en la escala social. De hecho, puede que fueran elegidos entre el sector social perteneciente a la élite, como se hacía en otras civilizaciones antiguas. De esta forma no sólo tendrían una posición más elevada dentro de la sociedad sino también dentro del propio grupo aristocrático. Sin embargo, no nos es posible conocer su origen social.

Los comerciantes pudieron situarse también en una posición privilegiada dentro de la sociedad, siempre que se tuviera el concepto del comercio que se tenía en Fenicia y no el que se tenía en la antigua Grecia. La narración del trato recibido por Colaios en Tartessos o la de las relaciones entre Argantonio y los focenses parecen indicar que la profesión de comerciante no era desdeñada en el suroeste peninsular durante el período Orientalizante.

Por último, debemos valorar la posición social de guerreros y militares, que suelen tener en todas las sociedades antiguas un rango bastante elevado. No obstante, no se conoce mucho sobre la guerra en Tartessos, lo que ha hecho que se la califique como sociedad pacífica y por ello fácilmente

conquistable. En este caso, esta figura carecería de importancia al menos en comparación con otras sociedades.

El resto de la población

El resto de la población estaba integrado por quienes mantenían con su trabajo toda la estructura del aparato político-social. Eran campesinos, agricultores y ganaderos.

Quedaría por último señalar aquí, dentro de la estructura social, la posibilidad de que existieran en el pueblo tartesio clases serviles, es decir, esclavos. Pero poco podemos decir al respecto, pues, si bien esta era una situación habitual en las civilizaciones de la época, no tenemos referencias de que fuera efectivamente así en Tartessos durante el período Orientalizante.

Interacción con los fenicios y aculturación

La relación, es decir, la interacción, entre fenicios y tartesios tiene una serie de consecuencias más allá de las meramente económicas o de aquellas que mencionamos de influencia en una creciente complejidad de la sociedad. El resultado de una interrelación continua entre civilizaciones es la aculturación. Se trata de un proceso bidireccional mediante el cual ambas sociedades en contacto adquieren elementos culturales una de la otra. Normalmente, sin embargo, es la sociedad más avanzada la que ejerce una influencia mayor sobre la otra.

El modo de implantación de los colonizadores fenicios determina el grado de interacción entre las dos sociedades protagonistas de nuestro libro. Por ello, tratamos a continuación de un modo breve una cuestión relacionada y debatida en la investigación.

La colonización agraria del interior

Su carácter agrario, un aspecto muy economicista de la colonización fenicia, está a su vez muy relacionado, por las razones que iremos viendo, con la interacción y aculturación. En realidad, sólo una parte de la comunidad científica defiende esta teoría, pero consideramos oportuno reflejarla aquí para que el lector pueda sacar sus propias conclusiones.

El primer investigador que propuso una posibilidad como esta fue George Edward Bonsor, en los últimos años del siglo XIX, como ya vimos en el capítulo correspondiente. C. R. Whittaker se preocupó también por estos temas en los años setenta del siglo pasado. Es de este autor de quien

toman la tesis los investigadores españoles Carlos González Wagner y Jaime Alvar, reelaborándola y otorgándole una consideración que no había tenido previamente en la historiografía tartésica.

Dichos autores justifican esta teoría señalando que existen causas de tipo agrícola de gran importancia para que los fenicios emprendieran la colonización (la baja productividad de sus tierras en Fenicia, con las que era imposible alimentar a toda la población, por ejemplo). Por ello se instalaron en el interior del valle del Guadalquivir, que era muy fértil, con el objetivo de explotar sus tierras a través del cultivo agrícola. El hecho de que se hayan hallado materiales arqueológicos de origen fenicio en el interior podría avalar además su teoría, si bien ese tipo de objetos pudo llegar a esos lugares a través de muy diferentes vías y no necesariamente por presencia directa o, al menos, por presencia directa establecida. Siguiendo esta teoría las relaciones entre fenicios y pobladores autóctonos serían más inmediatas y la influencia mutua también. El grado de aculturación de ambas sociedades sería diferente, más marcado, que si los contactos hubieran sido puntuales o a través de tratos comerciales con las colonias situadas en la costa.

Estrabón habla de que los indígenas estaban sometidos a los fenicios porque la mayoría de las ciudades turdetanas (de la época posterior a Tartessos) se encontraban habitadas por ellos. Sin embargo, existe una posible diferencia entre que haya una dominación efectiva, política y administrativa, y que en las ciudades tartésicas existieran barrios fenicios que pudieron llegar a crecer y en los que posteriormente los habitantes y sus culturas materiales se mezclaron tanto que no hubiera distinción entre unos y otros tras varios siglos. No olvidemos que lo que conoce Estrabón es ya en la época romana.

Otros investigadores asumen la certeza de que los fenicios se dedicaron también a otras actividades productivas diferentes de las comerciales y las mineras, que son las que les dieron notoriedad, pero esto no justifica necesariamente que se produjera una colonización agrícola en el interior del valle del Guadalquivir, puesto que, además, para ello se necesitaría un aporte de población procedente de Fenicia bastante grande. Las actividades agropecuarias serían desarrolladas por los tirios en el *hinterland* (el territorio que rodea un asentamiento y sobre el que ejerce un dominio) de cada colonia.

El hecho de aceptar una colonización agraria en el interior tiene otras implicaciones en la investigación. Por ejemplo, en los últimos años, algunos autores como M. Belén o J. L. Escacena reivindican como construcciones fenicias algunas estructuras arquitectónicas aparecidas en El Carambolo y en Carmona. Aunque si tenemos en mente las descripciones paleoambientales de la costa, estos establecimientos no estaban situados tan al interior como sucede en la actualidad.

Aculturación

La aculturación es sin duda el asunto estrella de la investigación actual; al menos, es uno de los que más se están desarrollando. Este tipo de estudios no aparece hasta los años setenta del siglo XX en Historia Antigua, y aún en los años ochenta no se había avanzado gran cosa en el tema concreto de Tartessos. Relacionado con la aculturación está el estudio de las identidades étnicas: ¿quién era fenicio?, ¿quién era tartesio? Tras varias generaciones habitando la península ibérica, ¿los fenicios seguían viéndose a sí mismos como tales? Es una cuestión que conlleva ciertamente serios

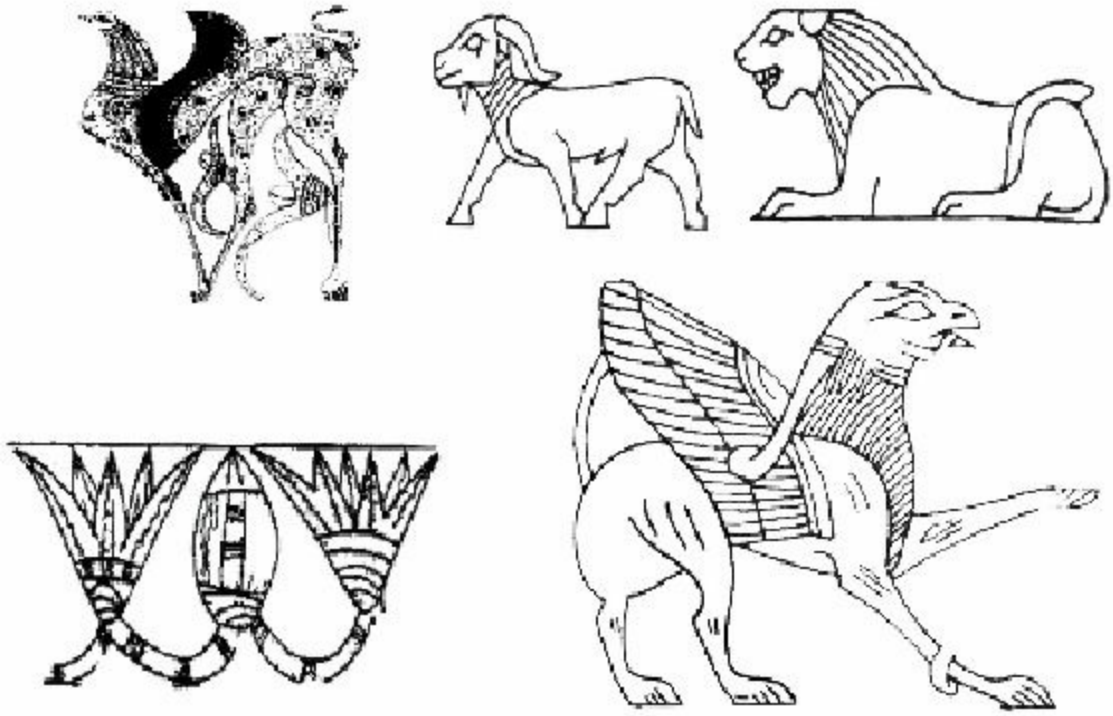
problemas, pues no es fácil contestar a estas preguntas. Sin embargo, en este punto podemos apoyarnos en la antropología y en la etnografía, como ya hemos hecho otras veces, puesto que desde el punto de vista etnológico todo este proceso de interacción en muy diversos períodos y contextos está muy documentado.

La aculturación implica un cambio de costumbres en la sociedad que es influida por otra. Es precisamente este hecho el que hizo que Tartessos fuera una sociedad tan única y diferente, pues incorporó numerosos elementos procedentes principalmente del mundo fenicio. Pero además, como ya hemos dicho, esa aculturación fue bidireccional. Aunque la sociedad menos avanzada (en este caso, la tartesia) asuma más elementos de la otra por interés o por presión, no es menos cierto que los fenicios también acabaron siendo influidos por el otro y adoptando alguna de sus tradiciones. De hecho, las costumbres de los fenicios occidentales son diferentes en algunos aspectos a las de los fenicios orientales. Con el paso de las generaciones, esos elementos distintivos dentro de los fenicios de diferentes territorios se irán ampliando y finalmente los fenicios se diluirán con las poblaciones locales y los turdetanos resultarán una mezcla de ambos; tras la llegada de los púnicos y la conquista romana, los romanos no sabrán diferenciar muy bien a unos de otros.

Normalmente, la aculturación de los fenicios es un aspecto que apenas se trata, por lo que parece que el contacto con otras sociedades no varió absolutamente en nada a estas poblaciones orientales que se establecieron en Occidente. Quizás no pueda considerarse exactamente aculturación, puesto que este es un término que implica un proceso muy profundo y que se refleja en todos los ámbitos de una cultura, pero desde luego la situación de los primeros colonos no será la misma que la de sus descendientes.

El grado de aculturación es algo que debe determinarse y no siempre es posible hacerlo. En el caso de Tartessos, creemos que este pueblo nunca dejó de conservar sus raíces, a pesar de que los influjos exteriores fueron muy fuertes. Un ejemplo de ello es que se adoptaron nuevas tecnologías en la fabricación de cerámica pero se mantuvieron las formas que se venían usando desde siglos atrás. Por otra parte, el grado de aculturación no sería el mismo entre las élites autóctonas que entre las capas sociales más bajas. De la misma forma, para conocer de qué manera y en qué nivel se produjo este proceso es imprescindible establecer de qué estrato social fenicio provenían tales impulsos.

Para algunos autores serían las capas más bajas, día a día, las principales receptoras de las nuevas prácticas, en tanto que las élites se erigían como las defensoras del conservadurismo de la sociedad. Sin embargo, otro sector de la investigación opina que la aculturación penetró en mayor medida entre las capas sociales de más elevado rango, pues al fin y al cabo eran las que tenían un trato más estrecho con los fenicios y otros pueblos exógenos y las que consumían los objetos de lujo que los colonizadores traían de Oriente. Más difícil es interpretar si la adopción de nuevos objetos trajo consigo una asimilación de nuevos pensamientos y sistemas políticos. Un asunto son los objetos en sí y otro distinto la ideología y cultura que les rodea. Para hablar de este fenómeno es por lo tanto primordial no tener sólo en cuenta los materiales o técnicas que se pueden tomar de otra cultura, pues no tienen que conllevar necesariamente un cambio en la estructura mental de la sociedad que entra en contacto con ellos. También deben considerarse los cambios de cultura y de ideología, cuestiones difíciles de conocer a través del registro arqueológico, aunque siempre se pueden hacer ciertas inferencias.



En esta imagen observamos diferentes representaciones con temática orientalizante que llegaron a las poblaciones tartesias. No sabremos a ciencia cierta si los tartesios sólo querían el objeto por su valor intrínseco o también por las representaciones que en él aparecían. En este último caso, tampoco podremos asegurar si la iconografía admitida en la sociedad tartésica era representante de la ideología oriental o era reinterpretada y adaptada a las concepciones del mundo y la realidad que existían previamente en el suroeste peninsular. La respuesta a esta pregunta es la que ayudaría a establecer el impacto de la aculturación.

Para llegar a un acuerdo en este debate, existe también una posición intermedia, según la cual la aculturación se produjo en toda la sociedad, que recibía a su vez influjos procedentes de todos los sectores de la escala social fenicia. Esta posición defiende que la aculturación fue profunda y en todos los niveles de la sociedad. Las mujeres a su vez pudieron desempeñar un papel fundamental en el proceso que venimos comentando, puesto que suelen ser protagonistas de los matrimonios mixtos siempre que dos sociedades dispuestas a mezclarse entran en contacto.

La aculturación es siempre un proceso bastante lento, pues implica a todas las esferas de la cultura, incluida la ideología, campo que es más difícil de modificar. La generalización del torno, por ejemplo, es tardía, y era más habitual en los hogares tartesios realizar cerámicas a mano para el día a día dentro de una producción doméstica.

El término «orientalizante», que venimos usando a lo largo de toda esta obra, ya implica una adaptación, pues si no, hablaríamos sencillamente de costumbres orientales. El comercio fue en el caso tartesio el motor de la aculturación y, al evolucionar, Tartessos se vio realmente integrado en el mundo mediterráneo.

Este capítulo trata quizás el asunto más complejo en el estudio de Tartessos porque ha intentado introducirnos en lo que significaba ser tartesio, en la forma de vida propia de este pueblo, pero sin poder establecer hechos concretos, pues contamos con fuentes escasas. Esperamos haber logrado hacer comprensible a este pueblo campesino, con elementos prósperos y brillantes que empezaba a desarrollar y gracias a los que consiguió hacerse un nombre en la Antigüedad.

Nos resta abordar un elemento de todos los que conformaban la sociedad tartesia. Lo contrario de su forma de vida, es decir, su forma de morir. Cada sociedad ha tratado la muerte de manera diferente y ha elaborado su propia respuesta a esta insondable cuestión. Nos adentraremos en el mundo de ultratumba de Tartessos, uno de los aspectos de esta sociedad más estudiados. Pero también

intentaremos aproximarnos a la religión de los tartesios, precisamente el campo del que menos datos disponemos.

7

Religión y mundo funerario

Las manifestaciones religiosas y las creencias sobre la vida y la muerte son parte integrante de cualquier sociedad. A través de ellas podremos profundizar en el conocimiento de la cultura tartésica mucho más allá de lo que lo hemos hecho hasta ahora, pues entramos en su mundo ideológico. Su actuación y posición respecto a estos aspectos de la vida y la muerte nos indican las reflexiones que los tartesios hacían sobre el mundo y el modo que tenían de entender la realidad. El pueblo tartesio buscaba explicaciones propias para los acontecimientos de la vida, para la muerte y para lo que ocurre después de la muerte. Al fin y al cabo, tratar de encontrar respuestas para lo que se desconoce es inherente a la naturaleza humana.

Sin fuentes escritas que lo describan y con milenios de distancia de por medio es difícil comprender el mundo ideológico de Tartessos, pues pertenecía al ámbito del pensamiento, que no deja restos materiales. A pesar de ello, a veces sí se exteriorizaba a través de determinados objetos, vestigios que han sobrevivido al paso del tiempo y se han conservado hasta llegar a la actualidad. Milenios después, gracias a ellos, somos capaces de entender su ideario, al menos en parte.

Conocemos por tanto las creencias de un tartesio a través de las manifestaciones religiosas y podemos analizar también sus costumbres funerarias, que nos dicen cómo expresaban el respeto por sus antepasados y sus creencias respecto al más allá. Las tesis construidas por los investigadores en el campo religioso-funerario son a menudo reelaboradas y contradichas por la complicación existente en conocer con profundidad el significado de los rituales cuando se cuenta con fuentes tan escasas. Se trata de un aspecto no exento de debate dentro de la comunidad científica.

Por último, antes de comenzar el capítulo debe advertirse que la religión, el mundo funerario y la ideología en general suelen ser los segmentos de la cultura más conservadores, los que más se mantienen en el tiempo y los que resulta más delicado modificar. Solamente cuando la sociedad que los creó ha variado y tiene concepciones del mundo diferentes, cambia su religión. En este sentido, sabemos ya que cuando llegaron los colonizadores al suroeste peninsular e interactuaron con los pobladores autóctonos más directa y continuadamente, la estructura sociopolítica de Tartessos se alteró. En consecuencia, su mundo religioso también pudo sufrir el mismo proceso.

Religión tartésica

No se conoce demasiado sobre el mundo religioso tartésico; sigue siendo en gran medida un enigma y las fuentes escritas son muy reservadas en estos detalles. De los relatos mitológicos, que suelen contener referencias a las creencias religiosas, no podemos sin embargo extraer apenas datos respecto a dicho asunto en este caso. La arqueología, en cambio, nos ha proporcionado algunas evidencias, entre las que contamos los restos de algunos santuarios construidos en el primer tercio del primer milenio antes de Cristo.

La mezcla de elementos indígenas y fenicios es observable en todos los ámbitos de la civilización tartesia, pero en temas religiosos esa mezcolanza es aún más clara. Siempre que se tratan cuestiones de culto a los dioses o de ritos funerarios en el suroeste peninsular durante el período Orientalizante, la referencia a la religión fenicia resulta imposible de eludir.

Para la realización de los ritos cultuales y mortuorios, los tartesios recurrían a ciertos objetos, materiales que deben ser estudiados. Mediante estos objetos sabemos que usaron elementos de la religión fenicia, posiblemente de un modo consciente, o tal vez reelaboraron y reinterpretaron el significado de los rituales. Debemos asimismo dejar abierta la posibilidad del uso de santuarios erigidos por los fenicios, como el de Melqart en Gadir, por parte de la comunidad indígena.

¿Qué significa la religión para una sociedad?

La religión dentro de una sociedad tenía más funciones de las que se aprecian a simple vista. No era sólo un medio de comprensión de la realidad y un intento de control de los sucesos difícilmente explicables, o que dependían de causas externas, como los relacionados con la intervención de la naturaleza.

En primer lugar, el ritual cultural actuaba como cohesionador entre los miembros de una comunidad concreta. Un panteón de dioses se vinculaba a un pueblo determinado. Cuando una persona reconocía esos dioses y les rezaba, a la vez se reconocía ella misma como perteneciente a un grupo cultural definido. Los miembros de dicho grupo compartían normas y ritos. Algunos de esos ritos eran privados, pero otros eran públicos, y los que participaban en ellos se mostraban como individuos integrados en su sociedad.

Los ritos no eran el único elemento de culto que compartían los miembros de un grupo cultural. Los lugares sagrados también tenían un significado especial y poseían vínculos con la comunidad o comunidades que los utilizaban. Funcionaban asimismo como identificadores de una población. La elección de ciertos sitios a los que se les otorga un poder sacro es algo común en todos los pueblos de todas las épocas. La religión, como vimos, es tan conservadora que los lugares que son sagrados

para un grupo suelen seguir siéndolo pasado el tiempo, incluso si los pobladores de ese territorio después de siglos pertenecen a una etnia o cultura diferente. Un ejemplo que tal vez conozca el lector es el de la construcción de iglesias y catedrales en antiguas mezquitas durante la Reconquista; pero esto ha ocurrido a lo largo de toda la historia.

Por otra parte, en numerosas ocasiones la religión era utilizada por las élites y los poderes establecidos para mostrar su superioridad frente al resto de la población, ya que podía representar una justificación y una legitimación para los que ejercían un dominio. Tartessos no se quedaba al margen de esta línea habitual en todas las sociedades. Ya comentamos en su momento la posibilidad de que a ciertos personajes (como los representados en las estelas decoradas del suroeste) se les hubiera otorgado la categoría de héroes, o incluso revestido de poder divino. Serían los únicos intermediarios entre los dioses y los humanos, y sus descendientes podrían tener las mismas capacidades, lo que conferiría prestigio a algunos linajes en detrimento de otros.

La existencia de una religión con una serie de normas estructura una sociedad y es propia de los pueblos más organizados. La presencia de objetos de culto en el suroeste peninsular durante el período Orientalizante es un indicativo más del grado de desarrollo que alcanzó Tartessos tras el comienzo de las colonizaciones.

La religión en la Edad del Bronce

Desconocemos en gran medida las manifestaciones religiosas en el suroeste peninsular durante la Edad del Bronce Final. Las hipótesis son varias y es fácil suponer que sus ritos no dejarían vestigios. Sus rituales pudieron ser de tipo animista, en directa comunicación con la naturaleza. No necesitarían en ese caso un edificio diferenciado del resto del poblado para realizarlos. Y en caso de que los rituales religiosos fueran desarrollados bajo una construcción, esta pudo ser demasiado similar a las estructuras de habitación, de vivienda cotidiana, como para que nosotros seamos capaces de distinguirlas.

Aunque no hayamos encontrado vestigios de práctica religiosa, no cabe duda de que se llevó a cabo, puesto que aún no se conoce el caso de ninguna sociedad en la que no existan manifestaciones de fe hacia dioses o espíritus.

Quizás las estelas decoradas del suroeste, a las que acabamos de hacer referencia, fueran elementos que exhibían una religiosidad, siempre que aceptáramos la teoría según la cual eran representaciones de personajes ilustres, considerados héroes y posiblemente divinizados.

En el período Orientalizante esta situación cambió radicalmente. Como ya advertimos, el mundo de las creencias es lo más conservador y suele ser lo más difícil de cambiar en un grupo cultural. Sin embargo, en el área tartésica, entre los siglos VIII y VI a. C., este cambio sucede. En Tartessos se vivió una transformación dentro de su religión y su ritual funerario que no hubiera sido posible si no se hubiera producido con anterioridad una influencia y un cambio en el plano ideológico y a otros niveles. El contacto con los orientales hizo que la sociedad indígena se volviera más compleja y el influjo fenicio acabó afectando a todas las esferas de la vida y la muerte.

La religión fenicia y su influencia en el mundo indígena tartésico

Los colonizadores orientales trajeron a la península ibérica su organización política y económica, su estructura social, sus costumbres y, por supuesto, sus ritos funerarios y culturales. A principios del primer milenio antes de Cristo se produjo el contacto entre la religión fenicia, mucho más institucionalizada, y la religión indígena. Esto provocó que en el período Orientalizante el mundo tartésico incorporara elementos de la nueva religión.

Por este motivo, antes de continuar, explicaremos de manera introductoria cómo era la religión practicada por los fenicios en general y por los habitantes de la ciudad de Tiro en particular. En cualquier caso, aunque tomemos como referencia Tiro, puesto que las fuentes la señalan como impulsora de las fundaciones de colonias en el área que nos ocupa, es lícito pensar que el resto de las ciudades-estado interviniera a su vez de alguna manera. Gadir con toda probabilidad no albergaría solamente tirios, sino también gentes procedentes de Sidón, Biblos, etc. Por esa razón, no es superfluo tener una visión conjunta de la situación de la religión en la costa sirio-palestina.

Si bien las diferentes poblaciones fenicias compartían rasgos culturales entre sí, cada ciudad funcionaba de modo autónomo en todos los aspectos, incluido el religioso. A pesar de que tenían el mismo panteón de dioses, Tiro elegía como el resto de las poblaciones sus divinidades protectoras, a las que veneraba y rendía culto por encima de las demás.

Reconstrucción virtual del reverso de una moneda de plata fenicia datada entre el 350 y el 332 a. C., hallada en la ciudad de Arados, en la costa sirio-palestina, en la que se representaba al dios Melqart. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

En Tiro el dios principal era Melqart (cuyo nombre puede también transcribirse como Melkart), quien fue identificado con Heracles por los griegos. Una vez al año se celebraba la fiesta de la resurrección de esta divinidad. Tenía carácter solar y era protector de la navegación. Por ello, tal y como se narraba en el relato fundacional de Gadir transmitido por Estrabón, cuando los tirios iban a crear una nueva ciudad en Occidente le ofrecían sacrificios y sólo se establecían cuando las víctimas les resultaban favorables. Y también por este motivo el templo dedicado a este dios en la colonia de Gadir era una de las principales infraestructuras con las que contaba la ciudad.

El otro dios principal, en este caso de naturaleza femenina, era Astarté. Los helenos la asimilaron

a su diosa Afrodita. Tenía diferentes rasgos y uno de ellos era la fecundidad. El culto a Astarté se relacionaba con la prostitución sagrada. La prostitución sagrada era un ritual vinculado con la fertilidad y practicado por las devotas y las sacerdotisas con el que se trataba de honrar a la diosa en un contexto de sacralidad. Puede considerarse además una forma de intercambio que reportaría beneficios al templo y por ello se realizaba en muchos de los santuarios coloniales.

Por supuesto, se rendía también culto a otros dioses, como la diosa Bali-ili, pero los principales son los dos que acabamos de mencionar.

En Tiro se construían santuarios mucho antes de que se levantaran en Occidente. Los sacerdotes tenían la responsabilidad de mantenerlos y eran los que se encargaban de los sacrificios y de otros rituales. Para desempeñar esta función era preciso pertenecer a la élite social, pues no cualquiera podía llegar a obtener ese rango. A la cabeza de la organización sacerdotal se encontraba el sumo sacerdote, que en Tiro coincidía con la persona del rey. Tanto en Melqart como en Astarté se observaba una vinculación con la realeza. El poder político se apoyaba de esta manera en el religioso, y el segundo legitimaba al primero. Asimismo, los santuarios contaban con profesionales de diferentes ámbitos como escribanos y músicos, así como con varios sirvientes, necesarios todos ellos para realizar las labores cotidianas.

El inicio de los contactos entre la religión fenicia y la religión tartésica lo marcó la fundación de Gadir y la inmediata construcción del templo de Melqart en esta ciudad, conocido como Herakleion con posterioridad por la identificación del dios fenicio con el héroe griego Heracles. Este lugar se convirtió en un punto de referencia religioso, y con total seguridad económico, en el mundo occidental. En la actualidad, gran parte de ese santuario, situado en la isla de Sancti Petri, se encuentra sumergido, por lo que muchos de los restos han caído al mar y son irrecuperables. Recordemos que las líneas de costa han variado a lo largo de estos tres últimos milenios y que mientras unas zonas se han ido colmatando, otros terrenos se han erosionado y han desaparecido. Sin embargo, en las cercanías se han encontrado algunos materiales que nos aportan bastantes datos. Entre ellos podemos destacar cuatro figurillas de bronce fechadas entre los siglos VIII y VII a. C., que tal vez representaran a Melqart.

El político y poeta latino Silio Itálico (h. 25-101 d. C.) mencionó en su obra *Punica* este santuario gaditano y nos legó una descripción de los sacerdotes del mismo. De esta forma sabemos que debían llevar el pelo corto, ir descalzos, o vestir con una túnica de lino. En el Herakleion se realizaban sacrificios tanto cruentos como incruentos. Se inmolaban animales, entre ellos bóvidos, corderos, ciervos e incluso pájaros, pero también se ofrecía a la divinidad grano y se realizaban libaciones, es decir, derramamiento de líquido en honor de los dioses, leche o aceite. La quema de incienso era a su vez un ritual importante, para lo cual los *thymiateria* eran objetos de culto fundamentales.

Aunque apenas se cuenta con datos para Fenicia, en Cartago, también colonia tiria, se constata la realización de sacrificios humanos. Los púnicos ofrecían en sacrificio a la divinidad a sus primogénitos arrojándolos al fuego. Asimismo, las fuentes relatan que esta práctica, con la que acabaron los romanos, también se desarrollaba en Gadir.

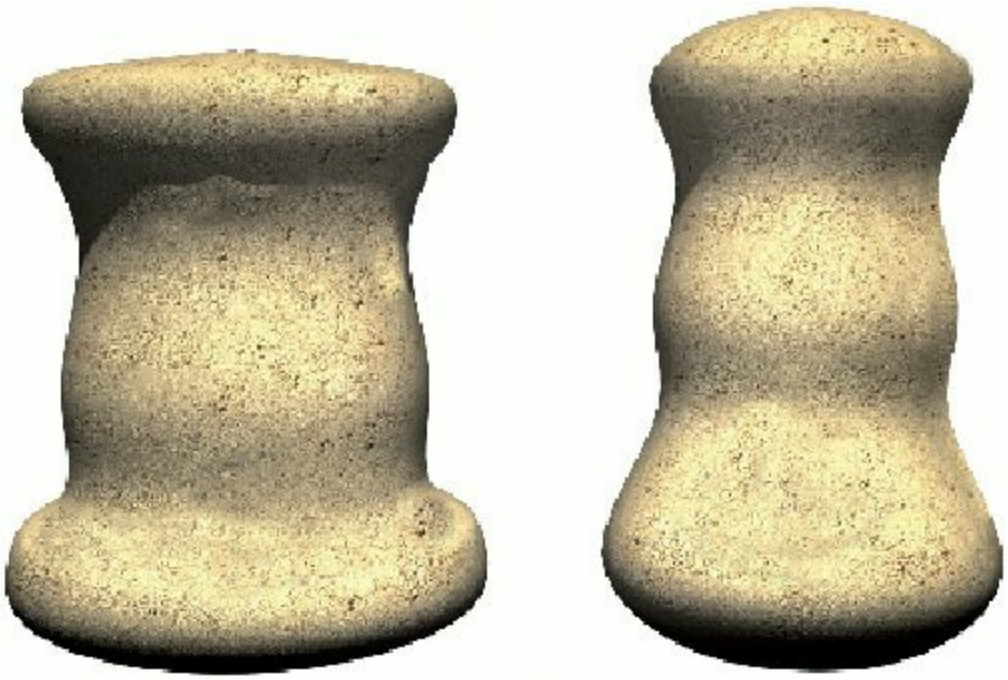
Estrabón es otro de los autores clásicos que mencionaba el Herakleion gaditano en su obra. Gracias a él sabemos de la existencia de fuentes en el mismo, y es que el agua es un elemento fundamental en muchos rituales. Como este geógrafo nos comenta, «Polibio [historiador griego del siglo II a. C.] afirma que hay una fuente en el Herakleo de Gadir, que tiene una bajada de pocos escalones hasta el agua potable; esta se comporta en sentido contrario al de las mareas: dado que se vacía en las pleamares y en cambio se llena en la bajamar» (*Geografía,* III, 5, 7).

En las fuentes encontramos mención a numerosos lugares a lo largo de toda la costa que fueron consagrados a alguna divinidad o en los que se construyó algún santuario. Estos puntos, que en conjunto formaban un paisaje sacro, eran hitos, escalas fundamentales en el viaje de los navegantes fenicios que además otorgaban la protección de los dioses para obtener el éxito en la arriesgada empresa que suponían las travesías marítimas.

El contacto comercial y social entre foráneos e indígenas propició otro tipo de relación en la que se fomentaba el intercambio ideológico, cultural y religioso. Los dioses traídos por los fenicios posiblemente se identificaron con divinidades autóctonas, tal como sucedía en otros sistemas confesionales como el griego o el romano. No podemos descartar la posible convivencia en centros indígenas de contingentes poblacionales fenicios, y viceversa, con lo que se reforzaría esta asimilación y sincretismo religioso. Dicha asimilación se manifestaría a través de la adopción de la iconografía oriental por parte de los tartesios, de la que contamos con varios ejemplos en el suroeste peninsular.

En la religión fenicia era usual que el culto a ciertas divinidades, como Astarté, fuera en ocasiones a través de *betilos,* es decir, de objetos anicónicos, sin decoración figurada. Si bien en el suroeste peninsular este asunto resulta más complejo de estudiar por la falta de evidencias, en El Carambolo, no obstante, se han encontrado algunos objetos que los investigadores definen como betílicos, aunque por sus características no serían tanto representaciones de algún dios o diosa como exvotos (es decir, dones u ofrendas que los fieles dedicaban a su dios).

Por otra parte, el mismo apoyo del poder político en el poder religioso que hemos comentado para el caso fenicio, y que se daba también en otros puntos del Mediterráneo, se produjo seguramente a su vez en Tartessos cuando, a partir del siglo VIII a. C., la complejidad social fue mayor. Y es que es sabido que tomar las creencias religiosas como sustento del dominio social y político confiere estabilidad al sistema social.



En esta imagen se representan dos de los objetos encontrados en El Carambolo y definidos como betilos por algunos investigadores. La existencia de este tipo de elementos en un entorno orientalizante puede demostrar un culto a la diosa fenicia Astarté, pues a menudo en sus santuarios era representada a través de una piedra oscura anicónica. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

Santuarios y objetos de culto en Tartessos

Para comunicarse con los dioses, tartesios y fenicios realizaban los rituales en determinados espacios y utilizaban ciertos objetos cargados con un gran simbolismo sagrado.

Santuarios

Los santuarios eran edificios con funciones principalmente religiosas que podían ser tanto urbanos como extraurbanos.

Se conocen una serie de estructuras datadas en el período Orientalizante que son descritas por algunos investigadores como santuarios, si bien no deja de existir cierta controversia en algunos casos. Estas construcciones sagradas han aparecido en El Carambolo, Coria del Río, Carmona o Montemolín; y en la periferia del núcleo tartésico se encuentra el magnífico ejemplo de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz), del que hablaremos más adelante.

Tradicionalmente se consideraba El Carambolo como un poblado indígena de cierta importancia, por la potencia de las estructuras que se hallaron tras las primeras excavaciones. Las últimas intervenciones arqueológicas, sin embargo, han proporcionado a los que han trabajado en el yacimiento suficientes evidencias para definir el lugar como un santuario fenicio.

En época tartésica el cerro de El Carambolo estaba situado en la costa, por lo que su acceso era más fácil para los navegantes. La ocupación del sitio se data entre los siglos IX y VI a. C. y durante ese tiempo el santuario sufrió numerosas reconstrucciones, pues se han documentado diferentes fases constructivas.

Las edificaciones encontradas tenían los muros de adobe y en dos espacios se han descubierto altares. Como otro elemento curioso debe mencionarse el suelo construido con conchas marinas en el porche del templo. Todo ello, junto con parte de los objetos allí rescatados, entre los que se cuentan el tesoro ya mencionado en diversas ocasiones, los *betilos* o la figurita de Astarté de la que hablaremos con posterioridad, puede indicarnos la funcionalidad cultual (es decir, para el culto religioso) del sitio. Por otra parte, en el yacimiento se han localizado otro tipo de estructuras no tan monumentales que pudieron ser destinadas a labores cotidianas necesarias para el mantenimiento del lugar (administración, almacenes, etc.).

Los restos óseos son abundantes, lo que sumado a la existencia de altares obliga a pensar que en el santuario se realizaban ritos sacrificiales de animales y el consumo de los mismos. Las especies inmoladas eran diversas. No obstante, el haberse obtenido en las excavaciones un cierto número de restos de suidos (cerdos) es significativo, pues entraría en contradicción con las fuentes escritas, que comentan que este animal era considerado impuro entre los semitas.

Cerca de El Carambolo, Coria del Río era también a principios del primer milenio antes de Cristo un emplazamiento costero. Las pistas que nos indicarían que en esta localidad actual existía, entre los siglos VIII y VI a. C. aproximadamente, un santuario serían: la aparición de un altar, algunos objetos hallados en el yacimiento como huevos de avestruz con pigmento rojo en el interior y su situación en la cima de un promontorio, para ver y ser visto, aunque esta última característica no se

corresponde necesariamente con un recinto sacro. La orientación de esta construcción coincidía con la salida del sol en el solsticio de verano. La relación de los astros con la religión en las civilizaciones antiguas suele ser muy estrecha y esto se refleja en todos los elementos sagrados. La construcción de los edificios cultuales no se realizaba a la ligera.

En la localidad sevillana de Carmona también parece que había, según el criterio de algunos autores, un santuario. Los restos se han descubierto dentro del complejo residencial del Marqués del Saltillo, con lo que a lo largo de la historia han sufrido destrucciones y remodelaciones. Las estructuras se han datado entre finales del siglo VII y mediados del V a. C. y por su arquitectura no es posible relacionarlas con un complejo sagrado. Para determinar su función religiosa se recurre por ello a los objetos que han aparecido en las excavaciones. En este caso, cucharas de marfil talladas en forma de pata de cuadrúpedo, tres grandes *pithoi* (cerámicas hechas a torno de entre sesenta y setenta centímetros de altura, con cuerpo ovalado y cuatro asas) decorados con motivos orientalizantes o un plato de barniz rojo (tipo de cerámica que se relaciona con el mundo fenicio).

Representación virtual de uno de los pithoi hallados en Carmona (Sevilla) datados aproximadamente entre los siglos VII y VI a. C. En él aparecen dibujadas flores de loto, iconografía relacionada normalmente con la diosa fenicia Astarté. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

Los motivos de los *pithoi* son muy característicos. En uno de ellos aparecen grifos, famosos animales míticos, y en los otros dos se representan flores de loto entrelazadas, una de las cuales podría describirse como marchita porque se dibujó con los pétalos caídos. Tanto el loto como la roseta son símbolos que se vinculaban a Astarté, quien además de ligarse a la fecundidad, como ya mencionamos en su momento, podía tener un carácter ctónico, es decir, relativo al inframundo. Según algunos investigadores, las flores entrelazadas posiblemente significaran el ciclo de la vida y la muerte y este hecho podría ligarse con la fiesta de la resurrección que era dedicada a Melqart en Tiro. En la Antigüedad, numerosos pueblos elaboraron relatos mitológicos sobre la muerte y resurrección de alguno de sus dioses, como el dios Osiris en Egipto, o el propio Melqart.

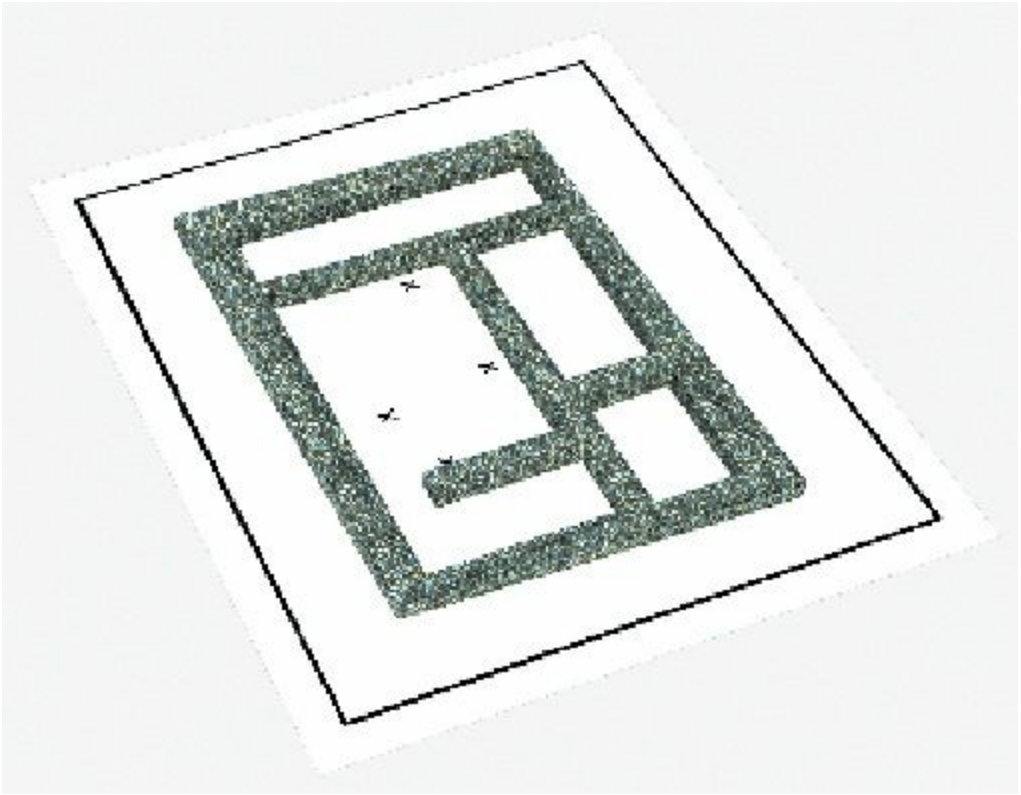
De todas formas, las evidencias aparecidas en Carmona no son suficientes para afirmar con total

seguridad que se tratara de un santuario. Por el momento, no deja de ser una hipótesis planteada por algunos investigadores.

En lo que se refiere a Montemolín, en la localidad también sevillana de Marchena, la importancia de las estructuras y el tipo de materiales descubiertos en el yacimiento indican que posiblemente nos encontramos ante lo que era un espacio sagrado. Esta área sacra estaba ubicada en un lugar destacado, en lo que podríamos denominar acrópolis. El complejo arquitectónico estaba conformado por dos edificaciones, cada una de ellas superpuesta a una anterior. Las construcciones más antiguas se encuadraban cronológicamente entre el siglo VIII y el VII a. C., mientras que las más recientes se fechaban entre mediados del siglo VII y principios del VI.

La estructura más notable, el edificio D, de forma cuadrangular, se erigió sobre el A, que tenía una morfología ovalada. Contaba con varias dependencias y la forma constructiva era similar a la documentada en todos los yacimientos del área tartésica en el período Orientalizante, esto es, un importante zócalo de piedra sobre el que se levantaban muros de tapial o adobe. Las paredes estaban enlucidas con cal.

En el interior se realizaban sacrificios, pues se han encontrado restos óseos, sobre todo cráneos y extremidades, de diversos animales, principalmente vacas, ovejas y cerdos (nos vuelve a llamar la atención, como en el caso de El Carambolo, la presencia de esta especie, impura a los ojos de los semitas). La edad de los ejemplares inmolados no superaba en ninguno de los casos los dos años. En el patio central se preparaban los hogares sobre los que se cocinaba la carne en vasijas de cerámica hechas a mano. Esa cerámica, si nos basamos en el estado tan fragmentario en el que fue encontrada, posiblemente se rompiera contra el suelo una vez utilizada, lo cual se correspondería con un ritual de origen fenicio.



Plano del edificio D de Montemolín (Marchena, Sevilla), datado entre los siglos VII y VI a. C., donde se ha documentado la realización de rituales religiosos en el período Orientalizante y ha aparecido cerámica con iconografía de tradición oriental. Las X identifican los lugares donde se han hallado hogares. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

Los santuarios y el comercio: los dioses como garantes de la actividad mercantil

Cuando los colonos decidían fundar una ciudad en algún punto del Mediterráneo, debían hacer sacrificios a los dioses y esperar que les fueran favorables. Una vez que se aseguraban de estar en el mejor emplazamiento y contar con el beneplácito divino, la construcción de un templo resultaba indispensable. En numerosas ocasiones, en las colonias se levantaba un santuario de tipo empórico, es decir, un lugar sagrado en el que confluían gentes de muy diversas nacionalidades con el objetivo principal de llevar a cabo transacciones comerciales de un modo seguro.

La erección de ese edificio sagrado confería al emplazamiento estabilidad. De esta forma, los colonizadores se cercioraban de poder contar con un espacio en el que existieran todas las comodidades para realizar actividades mercantiles y religiosas, sin miedo de ser atacados por tribus indígenas, con las que por el contrario se acabaría desarrollando una relación continuada. El santuario servía de elemento de unión y lugar de referencia para los marineros extranjeros, que de este modo podían reunirse lejos de su patria. Esta es probablemente la primera forma en la que los tartesios contactaron con la religión fenicia.

La creación de un paisaje sacro a lo largo de la costa, al que hicimos referencia antes, responde en buena medida a este propósito. Eran lugares de orientación, de escala y de gestión para navegantes y comerciantes. Asimismo, facilitaban las conexiones entre asentamientos cercanos. Muchos de estos lugares nos son conocidos por ser mencionados en la *Ora maritima* de Avieno.

Sin embargo, cada santuario actuaba de modo independiente. Algunos de ellos alcanzaron gran fama en la Antigüedad, como es el caso del templo de Melqart en Gadir. Su situación en un punto estratégico influyó sin duda en ello.

Estos sitios eminentemente comerciales se fijaban bajo protección divina para asegurar la neutralidad en los intercambios. Los dioses se convertían en garantes de que los tratos comerciales se realizaran de manera correcta. ¿Por qué utilizar a los dioses como garantía? Sencillamente porque la religión y los poderes que actuaban en su nombre eran los únicos elementos respetados y aceptados por todos los pueblos del Mediterráneo antiguo. La autoridad divina era la única universalmente reconocida. Para llevar a cabo esa tarea, el santuario, con los sacerdotes como intermediarios, se convertía en juez. Al mismo tiempo, en el santuario se controlaba la fiabilidad de las medidas y de los pesos. Igualmente, el respaldo de un templo aseguraba la existencia de recursos necesarios para tener un abastecimiento constante. La solvencia económica solía de esta forma estar asegurada. Todas estas tareas que acabamos de señalar eran de suma importancia para los pueblos con una actividad comercial intensa.

Encomendarse a una divinidad era también la manera de protegerse frente a la piratería y el pillaje, pues el mundo sobrenatural era más respetado (se consideraba a los santuarios terrenos propiedad de los dioses). No obstante, esos ataques existían, pues las fuentes escritas hacen referencia a ellos. La noticia de tales actos aparece siempre asociada, como no podía ser de otra forma, a los castigos y las maldiciones que acontecerían a los violadores de los parajes sacros.

Cancho Roano: un santuario en la periferia tartésica

Las características singulares de Cancho Roano y de su entorno han hecho correr ríos de tinta. El número de referencias bibliográficas que hablan de este emplazamiento es ingente.

El primer elemento destacable del lugar es su monumentalidad. Durante décadas se ha planteado que Cancho Roano podría ser la residencia de un rey y tener en ese caso la función de palacio. Posteriormente, debido a la presencia de elementos de culto religioso se habló de santuario-palacio (denominación que no puede resultar extraña sabiendo por ejemplo que en Tiro el rey era a su vez el sumo sacerdote). La entidad de los restos bien podría avalar estas teorías. No obstante, en los últimos años, tras completarse la excavación de nuevas áreas del yacimiento se comprobó que estas hipótesis no eran quizás las más acertadas. La última tesis, planteada por Sebastián Celestino, es la de que se trataba de un santuario que, eso sí, por su grandiosidad, tendría mucha influencia en los centros vecinos.

La primera de las evidencias que refutaría la idea de que era una residencia palacial es su localización en el entorno. Se encontraba aislado, no era visible desde los alrededores, no se ubicaba dentro de un asentamiento (era por ello un santuario extraurbano), ni estaba junto a vía alguna de comunicación. Sin embargo, una residencia palacial siempre necesitaba hacer sentir su dominio sobre el resto de la población. Quien ejerciera el poder político podría no obstante haber vivido en las cercanías y utilizar la autoridad religiosa de un santuario de esta envergadura en beneficio propio, como legitimación y justificación. De hecho, muy probablemente, Cancho Roano dependiera de una jurisdicción política ubicada en algún poblado próximo.

La segunda evidencia se basa en que las estructuras de clara función religiosa eran allí bastante representativas. Las más claras serían quizá los altares descubiertos en las excavaciones, uno de ellos con forma de piel de toro o lingote chipriota.

Hasta el momento, ninguna de las estructuras encontradas en el área tartésica podría describirse como un auténtico palacio o residencia de un monarca. No se ha hallado ninguna estructura que sobresalga por encima de las demás y de la que podamos afirmar con total seguridad que esa era su misión.

El santuario de Cancho Roano se asentaba en lo que llamamos periferia tartésica, concretamente se ubicaba en el actual término municipal de Zalamea de la Serena (Badajoz). Su vida útil discurrió desde el cambio del siglo VII al VI a. C. hasta el siglo V o IV a. C. La presencia de población del Bronce Final, anterior a la fecha de inicio de la construcción del recinto también se hace notar, pues han aparecido materiales que pueden encuadrarse en dicho período; es el caso de una estela decorada de guerrero, como las ya mencionadas.

Reconstrucción virtual de un lingote chipriota. Estos objetos eran utilizados en Chipre desde finales del segundo milenio antes de Cristo para el comercio del cobre, pues con esa forma eran fáciles de transportar. Pero, a su vez, se consideraban elementos vinculados con el mundo divino y el hecho de haber hallado en diferentes puntos del Mediterráneo altares con esa forma y una estatuilla de un dios sobre uno de ellos en el yacimiento de Enkomi (Chipre) es una demostración de esta tesis. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

Se sucedieron tres fases constructivas diferentes, algo normal puesto que su duración en el tiempo es dilatada. Los restos más antiguos pertenecían a una estructura sobre la que se levantó un edificio realizado bajo directrices de influencia exterior orientalizante. El inicio de la construcción coincidía en el tiempo con la llamada «crisis» tartésica, de la que hablaremos de modo extenso en el próximo y último capítulo. Finalmente, al terminar el siglo V o comenzar el IV a. C., se procedió a su destrucción, curiosamente, de modo intencionado y ritual. Esa destrucción se realizó mediante un incendio y después se selló todo con una capa de arcilla apisonada.

Posiblemente, además de centro religioso, Cancho Roano fue también un enclave comercial, similar a los que hemos comentado en el epígrafe anterior. Con el tiempo, el santuario consiguió mayor prestigio y auge económico y el edificio se hizo más ostentoso. Sin duda esto se reflejó en el hecho de que se hiciera más compleja la estructura social del grupo cultural que estaba asentado en esa zona.

Objetos de culto

Para expresar los sentimientos religiosos eran necesarios algunos objetos que tenían un simbolismo y un significado especial, a través de los cuales se manifestaba la comunión entre los fieles y los dioses.

De entre dichos objetos, las representaciones de la divinidad solían ocupar un lugar central. En Tartessos no se ha encontrado ningún ejemplo de estatua de la que se sepa que se le rendía culto por sí misma, como si en ella residiera el dios. Aunque puede que se le haya pasado por alto a los especialistas, puesto que sabemos que las representaciones de Astarté eran en muchos casos anicónicas. Las imágenes de dioses halladas en el Bajo Guadalquivir respondían más bien a exvotos,

esto es, ofrendas.

Reconstrucción virtual de la estatuilla de Astarté encontrada en el cerro de El Carambolo. Está realizada en bronce y puede ser un indicador de que en ese lugar existía desde el siglo VIII a. C. aproximadamente un santuario dedicado a esta divinidad, a pesar de que se hallara descontextualizada. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

La estatuilla más conocida es la llamada Astarté de El Carambolo, que al aparecer sentada es probable que originalmente estuviera situada en un trono. Figuras de este tipo, realizadas siempre en bronce, han sido descubiertas en diferentes lugares de Huelva, Sevilla y Cádiz, muchas de ellas en entornos fenicios. Que normalmente se encontraran descontextualizadas nos ha privado de una gran cantidad de datos sobre la religión en el suroeste peninsular durante el período Orientalizante. La mayoría de autores están de acuerdo en que caracterizaban a alguna deidad oriental, aunque determinar a cuál de ellas es más difícil. Algunos de los casos podrían haber sido la personificación de Melqart, pero otras estatuillas tienen atributos egipcios, por lo que se cree que podrían haber representado la imagen del dios Reshef. En general, se los ha encuadrado dentro del grupo de *smiting gods,* es decir, 'dioses guerreros', muy habituales en el Mediterráneo.

Reconstrucción virtual de uno de los smiting gods hallados en la ría de Huelva. Esta iconografía se conoce en Oriente desde el tercer milenio y fue traída a la península ibérica por los colonizadores fenicios durante el primer milenio antes de Cristo. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

Los objetos sagrados eran utilizados en la liturgia para realizar diferentes rituales. Unos de esos ritos eran las libaciones y los banquetes en honor de la divinidad. La existencia de vajilla de calidad, huesos de animales y asadores (barras alargadas de metal que pudieron ser usadas en el reparto de los trozos de carne) en los entornos sacros indica que se llevaba a cabo este tipo de actividades ceremoniales. Por último, mencionaremos el perfume y el incienso. Su uso queda constatado por la aparición de los candelabros de Lebrija y otros *thymiateria.*

La iconografía

La iconografía es uno de los medios por el que se manifiesta el ideario de una sociedad, aunque no deja de ser un código conocido sólo por quienes lo utilizan. Cuando dos culturas diferentes entran en contacto, una se apropia de signos e imágenes de la otra, y viceversa. Sin embargo, esos iconos suelen ser reinterpretados, por lo que pierden de esa manera su significado original.

Gran parte de la iconografía tiene un sentido religioso. Por este motivo tratamos el tema en este capítulo. En Tartessos la iconografía puede ser observada a través de la orfebrería, la toréutica, la eboraria o la cerámica.

Durante el período Orientalizante los motivos de tipo oriental fueron incorporándose a los objetos utilizados en el suroeste de la península ibérica. Los grifos (animales mitológicos que en determinados contextos tenían un significado funerario), las flores de loto o divinidades como Melqart y Astarté eran representados en cerámicas, placas de marfil, estatuillas, piezas de bronce, etc. De todas formas, este proceso de adopción de imágenes foráneas no fue total y coexistieron con técnicas y temáticas anteriores (ya hablamos por ejemplo de la convergencia de diferentes tradiciones en el tesoro de El Carambolo).

Dibujo del bronce Carriazo en el que se representa una diosa con atributos orientales y que formaba parte de un bocado de caballo. Podemos describir su iconografía como orientalizante, aunque al hallarse descontextualizada es imposible precisar su cronología. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

El llamado bronce Carriazo es en este sentido un elemento importante para el estudio de la expresión simbólica en Tartessos. Se conoce con este nombre porque fue el arqueólogo Juan de Mata Carriazo quien lo encontró y compró en un mercadillo de antigüedades en Sevilla en los años cincuenta del siglo XX. Por tanto, es una pieza descontextualizada y la información que podamos sacar de ella es sólo la intrínseca a la figura. Se fecha entre los siglos VII y VI a. C. y era parte de un bocado (o freno de boca) de caballo. La imagen central es una diosa, o así ha sido interpretada, en la que se ha visto a Astarté, con un peinado hathórico, es decir, como el de la diosa egipcia Hathor. Se encuentra escoltada por dos ánades y en su pecho aparecen grabadas una serie de flores de loto. Dioses entre animales es un tema común en Oriente.

La iconografía oriental y orientalizante llegó a penetrar muy al interior de la península ibérica, como se comprueba en el tesoro de La Aliseda, hallado en la provincia de Cáceres, que se fecha en torno al 600 a. C. Algunas de las piezas que formaban parte de este conjunto estaban decoradas con

representaciones de dioses egipcios y semitas.

Mundo funerario

En la Edad del Bronce Final del Bajo Guadalquivir no había necrópolis. Probablemente los ritos funerarios realizados por los habitantes del lugar en esa época no dejaban vestigios que se conservaran en el tiempo. Remitimos al lector al capítulo segundo para recordar los precedentes precoloniales del área tartésica.

Las necrópolis del mundo orientalizante

Las necrópolis son los elementos arqueológicos del ámbito tartésico más estudiados y que mayor interés han despertado siempre, por lo que se conocen bastante bien los rituales de enterramiento. Por otra parte, la mayoría de los objetos más representativos de la cultura orientalizante se han recuperado en contextos funerarios.

Algunos de los yacimientos fueron excavados ya en el siglo XIX por arqueólogos de la talla de George E. Bonsor, el cual, aunque era muy sistemático en sus investigaciones para la época, no dejaba de emplear metodología decimonónica, mediante la que se registraban muchos menos datos que en la actualidad.

Son varias las necrópolis que encontramos en el suroeste peninsular a partir del siglo VIII a. C. Su ubicación solía estar en un alto cercano al poblado; es decir, existía una separación física entre el mundo de los muertos y el de los vivos, aunque siempre permanecían cercanos. A continuación describimos una selección de algunas de las más significativas que cualquier interesado en Tartessos debe conocer.

La necrópolis de La Joya

La Joya estaba situada en la actual ciudad de Huelva y ha sido datada entre los siglos VIII y VI a. C. Varias de sus tumbas contenían algunos de los ajuares tartésicos más ricos. Como solía ser habitual en este período, en dicha necrópolis convivían los dos rituales de enterramiento, la inhumación y la cremación o quema del cadáver, si bien el segundo era el más habitual.

Las sepulturas encontradas tenían diferentes morfologías, pues los restos eran enterrados tanto en hoyos de cremación ovalados o cuadrangulares como en fosas de cremación rectangulares o en fosas

de inhumación. Aunque solía ser común en los cementerios orientalizantes la construcción de túmulos para tapar y sellar las tumbas, en este yacimiento no se ha encontrado sin embargo ninguno y es muy difícil determinar si en el pasado existieron debido al mal estado de conservación en el que se encontraba este lugar cuando fue descubierto. Si había túmulos cubriendo los enterramientos, no han llegado hasta hoy.

En cuanto a los ajuares, también existía una gran diversidad. Los objetos elegidos para acompañar al difunto a la otra vida podían llegar a ser abundantes y de gran riqueza, con varias piezas de metal, aunque en otros casos bastaba con algunas cerámicas.

Reconstrucción virtual aproximada de la tumba 16 de la necrópolis de La Joya, fechada en la primera mitad del siglo VII a. C., tal y como fue encontrada tras ser excavada. En la esquina inferior derecha estaba situada la urna cineraria con los restos del difunto y contaba con un ajuar bastante rico. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

En esta necrópolis existía un sector curioso formado por inhumaciones colectivas en posición forzosa y que muy probablemente no contaban con ajuar. Algunos autores han planteado por ello la posibilidad de que se tratara de sacrificios humanos, aunque no ha podido probarse esta explicación.

La necrópolis de Bencarrón

La necrópolis de Bencarrón, de la que proceden las famosas placas de marfil de las que hablamos en el capítulo cinco, se ubicaba entre los actuales términos municipales de Alcalá de Guadaíra y Mairena del Alcor (ambos en la provincia de Sevilla). Los restos más antiguos parecen corresponder al siglo VII a. C.

Como en el caso anterior, existían ejemplos de ambos ritos de enterramiento, siendo también aquí predominante el de incineración. En esta necrópolis, a diferencia de la de La Joya, sí aparecieron túmulos. Los ajuares, sin embargo, aunque depende de la sepultura, estaban formados por materiales

no muy significativos.

La necrópolis de la Cruz del Negro

En la actual ciudad de Carmona (Sevilla) se han hallado diferentes necrópolis datadas aproximadamente entre los siglos VIII y VI a. C. Carmona era en época tartésica uno de los núcleos de población más importantes (junto con la Mesa del Gandul) de la región sevillana de Los Alcores. En la zona existía una jerarquización del poblamiento según la cual estos asentamientos de mayor entidad eran de primer orden y estaban por encima del resto, mientras que otros del entorno eran de categoría inferior y probablemente dependieran de ellos. Por esta razón, no puede extrañarnos que los restos sean más numerosos y de mayor trascendencia en Carmona que en otros yacimientos.

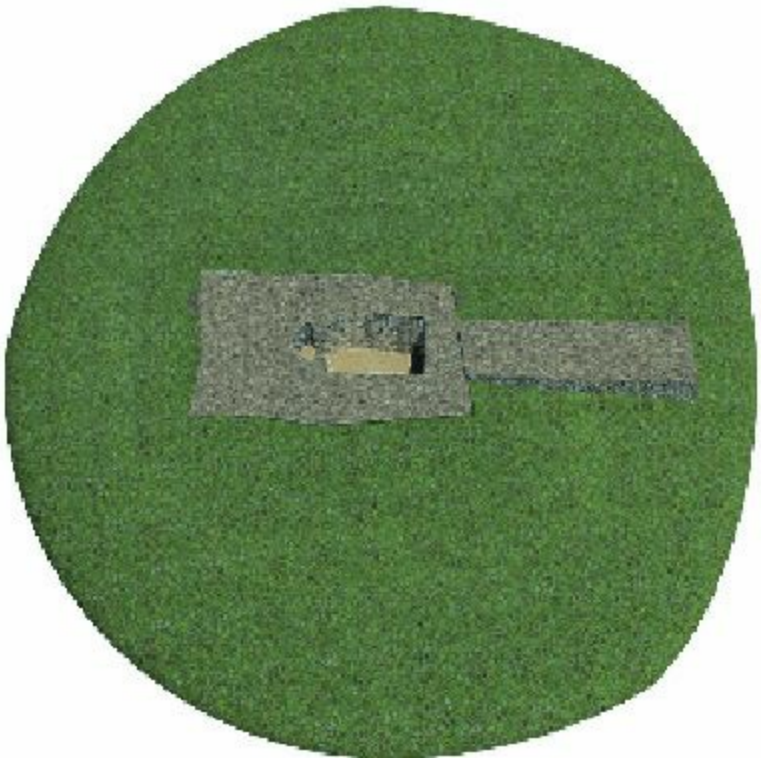
De entre todas las necrópolis de Carmona, queremos destacar la denominada Cruz del Negro, puesto que las urnas cinerarias que allí se encontraron, en las que se enterraban los restos del difunto tras su cremación, dieron nombre a un tipo cerámico que después se ha hallado en otros lugares. Nos referimos a las urnas tipo Cruz del Negro, que se caracterizaban por una decoración dicromática en banda.

Este lugar de enterramiento se conoce desde 1870, cuando unas obras de ferrocarril dejaron al descubierto el sitio. De nuevo encontramos varios ritos y estructuras de enterramiento, y lo mismo ocurre con los ajuares. La diferencia entre las tumbas es notable y se hallan desde simples recipientes cerámicos hasta objetos de lujo como huevos de avestruz, alabastrones (recipientes pequeños utilizados para contener aceites o perfumes) u objetos metálicos.

La necrópolis de Las Cumbres

La necrópolis de Las Cumbres era el lugar de enterramiento asociado al poblado de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz). Los enterramientos en este cementerio eran depositados bajo estructuras tumulares. El número de túmulos encontrados está en torno al centenar, aunque sólo se ha excavado uno, que estuvo en uso durante todo el siglo VIII a. C. En el centro de la construcción funeraria se encontraba el *ustrinum,* es decir, el lugar donde se incineraba el cadáver con sus pertenencias. Los restos eran después colocados en una urna y esta instalada alrededor de la fosa crematoria. El túmulo no se construía hasta que en el recinto se llevaba a cabo el último enterramiento. Era entonces cuando se cubría el sitio con piedras y tierra.

En este lugar existen restos con dataciones muy antiguas, y en el momento en que fue descubierto, el yacimiento era considerado plenamente indígena. Sin embargo, en los últimos años, el arqueólogo Diego Ruiz Mata ha formulado su tesis de que Doña Blanca era un enclave puramente fenicio, con lo que la necrópolis que se asocia a él, independientemente de la posibilidad de que pueda albergar material precolonial, fue a partir de una fecha concreta el enterramiento de gentes fenicias.



Reconstrucción virtual de la vista desde arriba del túmulo A de Setefilla, datado entre el siglo VIII y el VII a. C. aproximadamente, en la que se observa la construcción de un muro de mampostería que delimita la cámara funeraria. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

La necrópolis de Setefilla

Finalmente, no quisiéramos olvidar la necrópolis de Setefilla, otra de las necrópolis tartésicas mejor estudiadas, en la que aparecieron restos que se fechan entre el siglo VIII y el VI a. C. Localizada en la actual población sevillana de Lora del Río, fue excavada de modo exhaustivo en los años setenta, pero era conocida desde principios del siglo XX. El valor de esta necrópolis viene determinado en gran medida por la monumentalidad de algunas de las estructuras funerarias conservadas. Es una necrópolis de túmulos, aunque también existe alguna tumba aislada, fuera de esas construcciones. Algunos de esos túmulos guardaban en su interior estructuras más complejas, como una cámara funeraria construida con muros de mampostería. Cada uno de esos montículos albergaba un número considerable de sepulturas.

Aparecen, como era frecuente en todas las necrópolis que hemos comentado, los dos rituales de enterramiento (inhumación y cremación). En cuanto a los ajuares, eran, como en otros yacimientos, variados, dependiendo de la tumba o el túmulo al que correspondieran.

Enterramientos y ajuares. Los ritos funerarios

Si buscáramos una sola palabra para definir el mundo funerario tartésico, la ideal sería seguramente diversidad. No había dos necrópolis iguales. En el suroeste peninsular existía una gran variedad de estructuras funerarias durante el período Orientalizante, entre las que se contaban cremaciones colectivas bajo túmulo, cremaciones en hoyo, fosas de cremación, fosas de cremación bajo túmulo, fosas de inhumación (colectivas e individuales), inhumaciones bajo túmulo, etc.

El ritual tampoco tenía homogeneidad. La cremación y la inhumación eran practicadas de manera simultánea, si bien la primera era más corriente que la segunda. Esta práctica funeraria entró en la península ibérica por dos vías diferentes, la de los colonizadores fenicios y la de los Campos de Urnas (cultura que tenía su origen en Europa central y cuya cronología se situaba entre el 1250 y el 750 a. C., aproximadamente), aunque en el caso tartésico no está claro si se adoptó por influencia europea o mediterránea.

Reconstrucción virtual de la urna cineraria de la tumba número 16 de la necrópolis de La Joya. En las urnas cinerarias como la de la imagen, que se corresponde con la de tipo Cruz del Negro, se colocaban las cenizas y los restos del ajuar que eran quemados junto al difunto en la pira funeraria. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

En el momento de los funerales se realizaban una serie de ritos en los que participaba toda la comunidad. Esas ceremonias que acompañaban al sepelio eran necesarias para que el difunto realizara el tránsito a la otra vida. En las necrópolis tartésicas se han documentado varias de ellas, aunque no nos sea posible conocer realmente el significado que tenían para este pueblo.

Reconstrucción de una bandeja de bronce que formaba parte del rico ajuar de la tumba 16 de la necrópolis de La Joya. En este caso, el difunto debía de tener un mayor estatus que otras personas que fueron enterradas sólo junto a material cerámico. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

El fallecido era normalmente enterrado con un ajuar, si bien la riqueza del mismo era diferente en cada caso. La pluralidad es obvia. La muerte, en el período Orientalizante, no parecía ser la misma para todos. Los elementos que conformaban el ajuar eran cosas que el difunto necesitaba en la otra vida, pertenencias propias u objetos que se utilizaron durante la celebración del funeral. En algunas de las tumbas de La Joya, por ejemplo, se encontraron escorias de metal, lo que ha hecho pensar a los investigadores que se trataba de un indicativo de la profesión de esas personas en vida, aunque tal vez tuviera un significado diferente.

Otros objetos aparecidos en los ajuares se relacionaban con la realización de ceremonias funerarias. Con toda probabilidad se utilizaba el perfume en los enterramientos, puesto que se han encontrado diferentes piezas vinculadas con su uso como alabastrones, ampollitas u otros contenedores y pebeteros o *thymiateria*. El perfume en la Antigüedad era una mezcla de esencias con base de aceite de oliva cuyo aroma se potenciaba al aplicarle calor (de ahí el empleo de los quemaperfumes). Se trataba de productos de importación que existían desde los primeros momentos de la colonización fenicia, pero que no estaban presentes en todas las tumbas. La utilización de fragancias tenía conexión con la diosa Astarté, que en su advocación ctónica era partícipe del sepelio. Se pretendía con ello una resurrección en el más allá, para lo cual se buscaba la ayuda de los dioses. Los tartesios creían por tanto en la vida después de la muerte.

Reconstrucción virtual de un jarro y un braserillo que formaban parte del ajuar de la tumba 18 de la necrópolis de La Joya, datada en la segunda mitad del siglo VIII a. C. La asociación de estos dos objetos se producía con frecuencia, sin que sepamos con total seguridad la función con la que se introducían en el ritual funerario. Tal vez se utilizaran para hacer libaciones. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

El hallazgo en diversas sepulturas de jarros, que podían ser de bronce en las tumbas más ricas (normalmente asociados a un braserillo o recipiente ritual de asa de manos) y de material cerámico en las más pobres, nos induce a pensar que se realizaban libaciones o derramamiento de ciertos líquidos. La libación era un ritual muy extendido entre diferentes pueblos del Mediterráneo. No estaba necesariamente vinculado a ceremonias funerarias, puesto que se realizaba también en los santuarios, pero siempre tenía un significado sacro. Los líquidos utilizados en este acto podían ser, ente otros, leche y vino. El vino era un producto que no se consumía en el Bajo Guadalquivir con anterioridad a la colonización fenicia y pudo ser un sustituto de bebidas indígenas como la cerveza.

Por otra parte, el hecho de haber encontrado huesos de animales, junto con diversa vajilla, es una prueba de la realización de banquetes rituales funerarios, aunque también podía tratarse de alimentos depositados para que el difunto pudiera comer en la otra vida. Estos banquetes tenían un significado de culto a los difuntos, muy extendido entre los fenicios, por lo que probablemente lo adoptaran también los tartesios. Es pertinente mencionar aquí a los *rephaim* (palabra transcrita también de otras formas como *refaim* o incluso *rapauma*). Este término, que aparece en textos escritos antiguos del Mediterráneo oriental podía tener significados diferentes, entre ellos, 'fantasmas de los muertos', 'héroes de épocas pasadas' o 'antepasados históricos del rey' que gobernaba en ese momento. En cualquier caso, es una muestra del culto a los difuntos practicado en el entorno semita, preferentemente dirigido a miembros que hubieran gozado en vida de un elevado estatus social.

Como se ha podido comprobar, el fuego era parte integrante en las ceremonias de los funerales. Excepto en las inhumaciones documentadas, el cuerpo era colocado en una pira funeraria para su incineración, a veces realizada en el mismo lugar de enterramiento, mientras que en otros casos el cadáver era quemado en un lugar (una fosa de cremación por ejemplo) y posteriormente trasladado al sitio de su descanso eterno. El fuego también sería utilizado para cocinar la comida que después era consumida en el banquete ritual. Por último, se usaba en los *thymiateria*, calentando así el perfume para que el ambiente se llenara más fácilmente con su fragancia. Cada sociedad le confiere un significado especial al fuego y en muchos casos es símbolo de purificación. Sin duda para el pueblo tartesio tenía importantes connotaciones.

Otros objetos que nos indican la celebración de ceremonias rituales son los huevos de avestruz

que se han hallado en algunos ajuares. No sólo se han encontrado en contextos funerarios (ya hablamos de su existencia en el santuario de Coria del Río), pero siempre conllevaban un sentido sagrado. Además, hay que recalcar que solían aparecer en las tumbas principescas, de las que hablaremos a continuación. Cuando se hallaban en un enterramiento podían referirse al principio vital, eran un recipiente que contenía la vida. Su asociación con el ocre rojo reforzaba su significado simbólico, aunque el empleo de esta sustancia no era muy abundante en el mundo tartésico, pues sólo se ha descubierto en la necrópolis del Acebuchal (una de las que se sitúan en el actual término municipal de Carmona).

La aculturación en el ámbito del mundo funerario resulta visible cuando analizamos los restos arqueológicos. Las élites indígenas utilizaban objetos con un significado especial y rituales de origen oriental para reforzar su posición de dominio y control. Tanto el perfume como las libaciones o el banquete eran ceremonias funerarias realizadas en los entornos fenicios, pero que también nos encontramos en Tartessos. Pudo existir una reinterpretación del simbolismo de esos ceremoniales que trajeron los tirios, aunque con toda probabilidad los tartesios acabaron comprendiendo, al menos en parte, el sentido original de esos ritos.

Las tumbas principescas

De entre todas las sepulturas tartésicas, algunas sobresalían por encima de las demás. Son las llamadas tumbas principescas. Eran enterramientos cuya estructura y ajuar denotaban que quien estaba enterrado en ese lugar no era cualquier persona, sino que pertenecía a lo más selecto de su sociedad. Entre ellas, podríamos destacar la tumba 17 de la necrópolis de La Joya o el túmulo H de Setefilla.

En la tumba 17 de La Joya, fechada con anterioridad al año 700 a. C., el ajuar era rico y abundante. El conjunto lo conformaban dos ánforas fenicias, vajilla cerámica diversa y diferentes objetos de bronce entre los que destacaban una aljaba, bocados de caballo, un jarro, un braserillo, un *thymiaterion* y un espejo, dos cuchillos de hierro, una arqueta de marfil y dos *alabastra.* Como acabamos de mencionar, en esta tumba se encuentra la vajilla ritual de jarro y braserillo o recipiente de asa de manos. A menudo se han hallado asociados sin que sepamos exactamente cómo era el ritual en el que participaban. Destacaba asimismo la presencia de un carro. Por supuesto, la madera no se ha conservado después de tantos siglos, pero sí sus elementos metálicos. Hay varios ejemplos de tumbas en las que aparecía este objeto en Europa y en el Mediterráneo. Además, ya vimos su representación en las estelas decoradas del suroeste, datadas en el Bronce Final. Un carro siempre indicaba una posición social elevada.

Por otra parte, el túmulo H de Setefilla, fechado en el siglo VI a. C., cubría una sepultura de cámara, en cuyo acceso existían unos escalones tallados en la roca y cuyos muros eran de mampostería. En el enterramiento aparecieron, entre otras piezas, una arracada de oro, fragmentos de un collar o diadema también de oro, cuentas de ámbar y restos de bronce y de marfil. En este caso, la persona allí enterrada había sido inhumada.

Incluso dentro del grupo de tumbas que clasificamos como principescas, el ritual de enterramiento era diverso y se practicaba indistintamente la cremación y la inhumación. Lo que une a

estos enterramientos era su riqueza, el lujo que los caracterizaba. Este tipo de enterramientos nos habla de personas preeminentes. Quien se hacía enterrar de este modo debía tener cierto poder sobre su sociedad para que se cumplieran sus deseos tras su muerte.

La aculturación de las élites era innegable, ya que los objetos de los que se rodeaban eran de importación. No obstante, el resto de la sociedad también se vio influida de la misma manera, puesto que reconocería ese tipo de objetos como marcadores de estatus, a los que no todo el mundo podía acceder.

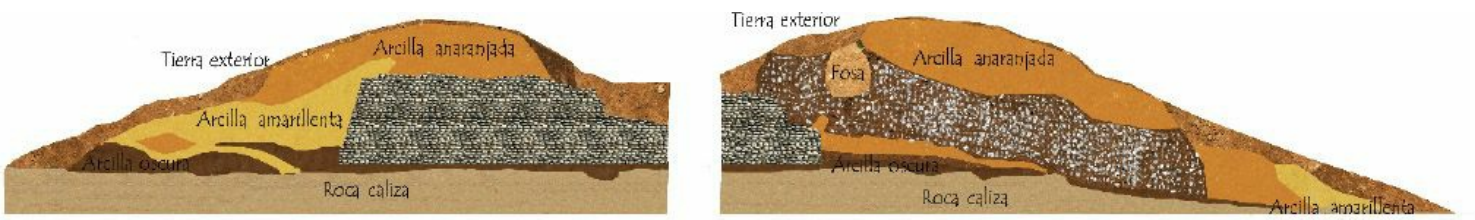
La reutilización de monumentos funerarios

A lo largo de toda la historia, en diferentes períodos y en distintos lugares, está atestiguada la reutilización de monumentos funerarios, aunque en el caso del suroeste peninsular durante el período Orientalizante no se han hallado, al menos por el momento, muchos ejemplos. Si bien no debe descartarse como causa la falta de una investigación profunda, es posible que el hecho de que no aparezcan tantas reutilizaciones como en otras zonas sea debido a que la aculturación tras la llegada de los fenicios fue lo suficientemente fuerte como para ver esos lugares de manera diferente, no como parte integrante del pasado tartésico, sino como algo ajeno a la nueva ideología.

Cuando un pueblo tomaba un lugar como sagrado solía ser, como ya hemos señalado, considerado de esta manera pasados los siglos, a pesar de que cambiara el origen de los pobladores y hubiera recién llegados procedentes de una región extranjera. Una zona específica del territorio de una comunidad era sacra bien porque estaba consagrada a los dioses, bien porque era el sitio de descanso de los muertos y el lugar de encuentro con el mundo de los espíritus y de los ancestros.

Las sociedades se interrelacionan en el espacio y en el tiempo. En el espacio, con otras sociedades coetáneas a sí mismas. Pero también en el tiempo: con su pasado, con los restos antiguos; con su presente, actuando en el entorno; con su futuro, dejando una huella que se conservará aunque esa sociedad desaparezca. De la misma manera que nosotros en la actualidad vemos los vestigios que ha dejado la humanidad a lo largo de la historia, en nuestro pasado los hombres y mujeres de Tartessos también eran conscientes de los restos que se encontraban en sus terrenos y que habían sido construidos por sus propios antepasados. Los monumentos que son levantados en un determinado momento forman parte del paisaje de las sociedades futuras, y ante ellos reaccionarán estas últimas de alguna forma, pues son hitos que llaman la atención. Todas las sociedades de todos los tiempos han teorizado sobre su pasado, del mito al estudio de la historia, desde el relato hasta la ciencia. Del mismo modo que nosotros tenemos en mente nuestro presente, pero también nuestro pasado y nuestro futuro, las sociedades del primer milenio antes de Cristo tenían sus propias ideas sobre el tiempo y sobre su pasado.

La pregunta que surge en base a esto es: ¿cuáles son las razones que llevan a reutilizar un megalito? Una de las respuestas posibles es que se hacía para rememorar el pasado y transportarlo de nuevo al presente. De esta forma un pueblo expresaba el vínculo con su propia tradición y así se apropiaba de ella.



de Setefilla. Esta construcción tumular albergaba un importante número de enterramientos, por lo que se cree que esos individuos tendrían una relación entre ellos, muy probablemente de parentesco.
(Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

Los tartesios no eran ajenos a todo esto que venimos comentando. En Tartessos, el ejemplo más notorio de reutilización de megalitos ha sido descubierto por la investigación del arqueólogo y prehistoriador sevillano Leonardo García Sanjuán. Su estudio se centró en el dolmen de Palacio III, ubicado en la actual localidad sevillana de Almadén de la Plata. En los trabajos de excavación de dicho dolmen, construido en el tercer milenio antes de Cristo, se encontró una cremación de cadáveres fechada por carbono-14 a principios del primer milenio (que se correspondería con el inicio del período Orientalizante). Además, en otro lugar de ese mismo megalito se halló un tesorillo escondido del que formaban parte entre otros objetos dos anillos de plata y varias cuentas de ámbar, que muy probablemente se sitúe cronológicamente también en el período Orientalizante.

Asimismo, en el dolmen de Alberite, localizado en el término municipal gaditano de Villamartín, podemos igualmente hablar de reutilización, pues allí se ha hallado material cerámico orientalizante, tanto en el exterior como en el interior del enterramiento.

¿Qué datos podemos sacar del mundo funerario?

De los restos mortuorios podemos sacar conclusiones diferentes de diversos aspectos de un pueblo.

La organización social explicada a través de los vestigios funerarios

El mundo funerario siempre ha proporcionado pistas para el estudio de la organización social. Los arqueólogos e historiadores lo han tomado como punto de referencia porque con frecuencia el mundo de los muertos es reflejo del mundo de los vivos.

Los enterramientos en túmulo que albergaban un conjunto de tumbas eran un todo homogéneo, ya que estaba delimitado por un recinto cerrado, y podría tratarse de las sepulturas de personas pertenecientes al mismo grupo de parentesco. Ser enterrado en un túmulo y no en otro indicaba el grupo de linaje del que se formaba parte. Sin embargo, dentro de la misma construcción tumular podía existir también una separación de espacios que indicara una posición de estatus diferente dentro del mismo clan, lo que era un medio de reforzar el individualismo. La evidencia del refuerzo

del estatus personal por encima del grupo de parentesco nos la da por ejemplo el enterramiento infantil con rico ajuar del túmulo A de Setefilla. Según el investigador Mariano Torres Ortiz, es una seña de la desigualdad social hereditaria, puesto que un niño aún no es capaz de adquirir importancia social en vida por méritos propios, por lo que esa preeminencia social se la daría su entorno, el sitio y la familia en la que había nacido. De todas formas, aunque con el tiempo la importancia del parentesco se redujese, según las estructuras de poder de una comunidad se hicieran más fuertes, la existencia de diferentes linajes sería siempre una forma de organizar la sociedad, según la cual ciertas familias ejercerían un dominio sobre el resto.

Lo que queda claro es que las razones en las que se basaba el dominio social en el período Orientalizante habían variado respecto al período precedente. Durante el Bronce Final, en las estelas decoradas vemos representaciones de armas y de guerreros, pero a partir del siglo VIII a. C. son pocos los ejemplos de sepulturas en las que aparecen armas. El prestigio no lo proporcionaba ya el éxito militar en el combate, sino que provenía de otra fuente diferente, quizás de la posesión de una riqueza mayor que el resto de la población.

Finalmente, los restos mortuorios también nos señalan qué individuos estaban situados en la cúspide de la jerarquía social. Ya hemos mencionado que las tumbas principescas eran las sepulturas de las personas con mayor prestigio dentro de su comunidad. Este tipo de enterramiento nos indica la existencia de unas jefaturas complejas fuertemente establecidas. Tal vez ese jefe hubiera obtenido poderes similares a los *basileis* griegos mencionados por Heródoto en la *Ilíada* (Aquiles, Ulises, Menelao, etc.).

Por supuesto, siempre perderemos algunos datos que nos desvelarían numerosos interrogantes sobre la forma en que se estructuraba la sociedad tartésica. Si se enterraban todos los habitantes de un poblado en la misma necrópolis o no, es una incógnita que se quedará sin responder. Tampoco sabremos nunca con claridad si la edad y el sexo se reflejaban en un tipo u otro de ajuar, ni la razón de la clausura de un túmulo que habría permanecido abierto durante décadas antes de ser cubierto (si era cerrado por la muerte del cabeza de familia o por otro motivo distinto).

¿Qué eran la vida y la muerte para un tartesio?

Las estructuras funerarias también nos ofrecen un relato de las ideas y creencias del pueblo que las construía. Poco sabemos de las concepciones sobre la vida, la muerte y la vida después de la muerte que tenían los tartesios, pero podemos intuir algunos aspectos a través del tipo de materiales que nos han dejado en sus necrópolis y los ritos que realizaban durante los funerales. De esta forma, sabemos que creían en la resurrección después del abandono de este mundo y que sentían un gran respeto por los muertos. El culto a los difuntos se practicaba en las necrópolis tartésicas y así lo demuestran los restos de la realización de diferentes rituales durante el sepelio.

Lamentablemente, el mundo ideológico es siempre el de más difícil acceso, máxime cuando no existen apenas fuentes escritas, por lo que los datos sobre las creencias religiosas y funerarias tartésicas no son muy abundantes.

Las creencias y los ritos funerarios en Tartessos, al igual que ocurría en el caso de la religión, adoptaron influencias orientales. Como venimos repitiendo a lo largo del capítulo, esto sólo fue posible al cambiar también otros aspectos de su cultura. Sólo si se ha modificado la estructura social, política e incluso económica, se transforma la ideología. Y sólo si el mundo ideológico ha sufrido una mutación, es posible que los cadáveres reciban un tratamiento diferente, pues todos los pueblos tienen siempre un cuidado especial con el mundo de ultratumba; no es algo que sea tomado a la ligera. Para que el descanso eterno esté asegurado es necesario realizar los ritos exactos de una manera perfecta. La aculturación se puede ver mejor en el ámbito funerario a partir del siglo VII, que es cuando más se modifican los ritos y la relación entre colonizadores y autóctonos ya se ha convertido en estable y fluida.

Aún está siendo debatido hasta qué punto las ideas procedentes de Fenicia eran adoptadas en el Bajo Guadalquivir. Seguramente se produjo un sincretismo, una hibridación, y de este modo los fenicios también recibirían influencias desde los ambientes indígenas. Con total seguridad existieron algunos poblados en los que el mestizaje era importante, por lo que no podemos descartar la posibilidad de que algunos fenicios fueran enterrados en cementerios tartésicos. No obstante, al desconocer los rituales de la población precolonial autóctona es difícil determinar cómo se produjo esa mezcla de elementos fenicio-tartésicos.

Tras analizar todos los componentes de la cultura tartésica, sólo nos resta saber cómo es posible que una civilización tan próspera llegara a su fin y desapareciera. Describir el final de Tartessos, considerado a menudo enigmático, será la tarea del siguiente y último capítulo.

8

El final de Tartessos

El destino de toda civilización es desaparecer y convertirse en historia. Tartessos no fue una excepción. Sin embargo, veremos que los tartesios no se desvanecieron como por arte de magia, sino que se adaptaron a unas circunstancias históricas diferentes a las existentes hasta ese momento; y esa adaptación provocó un cambio progresivo en sus estructuras social, económica y política.

Existen varias teorías que explican su final. A principios del siglo XX, autores como Adolf Schulten creían que fueron los cartagineses los destructores de la civilización tartésica. Sin embargo, la tesis más aceptada en la actualidad es quizás la que busca el porqué en la disminución de la demanda de metales que este pueblo exportaba hacia Oriente, tesis que emplea fundamentalmente la palabra «crisis» para describir esta situación. No obstante, cabe pensar que la crisis no provocó realmente el hundimiento de Tartessos, sino que los tartesios se adecuaron a la nueva situación modificando su modo de vida y, si era necesario, la forma de ganarse su sustento. Como consecuencia, también la organización social y política varió. Por este motivo, no todos los autores hablan de causas externas, sino que algunos optan por las causas internas como desencadenantes del fin de Tartessos. Es decir, el motivo principal no sería que Oriente no necesitara más el metal tartésico, sino que fue la estructura de poder de esta cultura la que no pudo o no supo perdurar en el tiempo al variar el escenario.

En cualquier caso, Tartessos cambia y el relevo lo tomará otro pueblo al que podemos considerar su descendiente: el turdetano. Los turdetanos formaban parte de los pueblos íberos que poblaban la zona sur y oriental de la península ibérica a la llegada de los romanos.

El siglo VI a. C. es el período clave para entender lo que ocurrió con Tartessos y le dedicaremos especial atención.

La ¿destrucción? de una civilización

Siempre nos preguntamos los motivos por los que en el registro arqueológico encontramos variaciones de un período a otro. No obstante, en el caso tartésico no son tantas como se podría pensar cuando se utiliza el concepto de crisis. Esperamos que pueda quedar claro a lo largo de las próximas páginas.

Son los siglos VI y V a. C. los que miramos con lupa en la estratigrafía arqueológica en busca de las pistas que nos ayuden a completar el puzle de la historia del suroeste de la península ibérica. El poblamiento es irregular según los yacimientos y en muchos de ellos encontramos un abandono o una reducción del área ocupada. Sin embargo, de la misma manera que observábamos una continuidad en el hábitat desde el Bronce Final hasta el período Orientalizante, también puede verse este mismo proceso del período Orientalizante a los siglos en los que viven los turdetanos. Diversos yacimientos, sobre todo los de mayor entidad, conservan una secuencia prolongada de ocupación durante muchas centurias.

Lo que no podemos negar es que la realidad histórica en el Bajo Guadalquivir sufrió un cambio y los investigadores se preguntan cuáles fueron las razones de esa variación, por lo que se han planteado diferentes explicaciones: que fue un período de decadencia debido a causas externas, que el declive fue provocado por motivos internos o simplemente que se produjo una reestructuración, una adaptación a las nuevas circunstancias. Quizá todo ello sucediera al mismo tiempo, aunque algunos elementos pudieron tener mayor relevancia que otros en la historia de Tartessos.

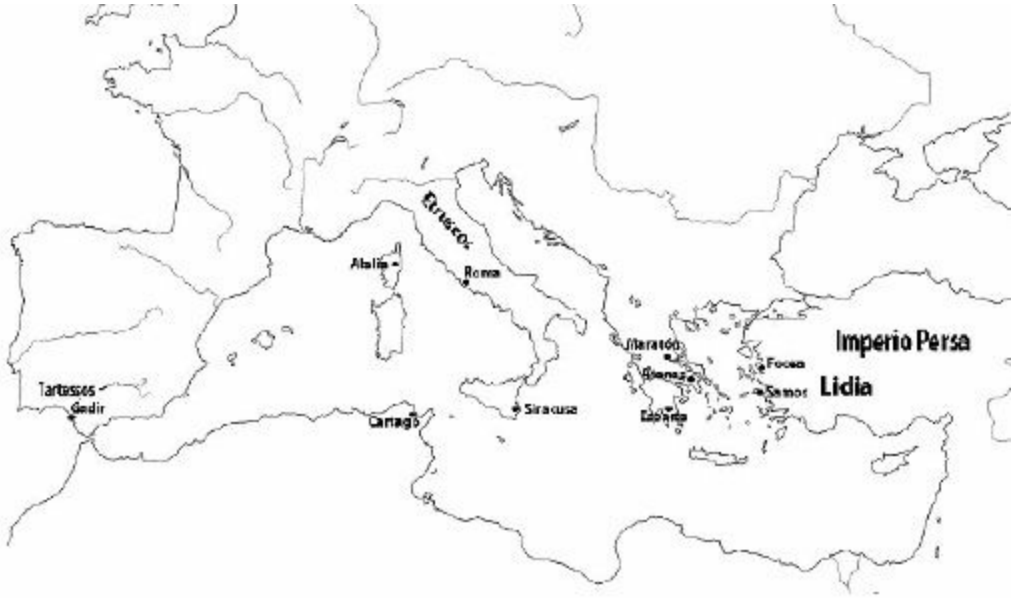
A pesar de que pudieran existir causas internas que explicaran el ocaso del esplendor tartésico, encarnado según las fuentes escritas en la figura del monarca Argantonio, en el devenir histórico de Tartessos a mediados del primer milenio antes de Cristo tiene mayor influencia el mundo exterior. Los sucesos de todo el Mediterráneo afectaron a esta cultura, sobre todo si tenemos en cuenta que desde hacía varios siglos se producían procesos similares en pueblos a lo largo de toda la costa, debido a la colonización fenicia y griega, a un mayor auge del comercio y a la expansión de la moda y el gusto orientalizantes.

Los acontecimientos del Mediterráneo a partir del siglo VI a. C. El nuevo orden internacional en el «mundo conocido»

A lo largo de esta obra hemos ido mencionando algunos hechos históricos que se produjeron en el Mediterráneo cuando Tartessos se encontraba en el período Orientalizante e incluso antes. Ahora abordamos la situación internacional a partir del siglo VI a. C., cuando tiene lugar esa crisis a la que ya hemos aludido. Algunos sucesos ya han sido mencionados, pero los recogemos aquí de nuevo para poder formarnos esa visión de conjunto necesaria si nuestra pretensión es entender la historia globalmente, todos los acontecimientos y las luchas entre las diferentes potencias en esa época.

Una nación nunca está sola. A su alrededor otros pueblos viven y actúan y todos se relacionan entre sí, se influyen mutuamente, de manera que un suceso en una sociedad puede dar lugar a un cambio importante en otra comunidad. En la primera mitad del primer milenio antes de Cristo, principalmente entre los siglos IX y V a. C., el Mediterráneo era en cierto sentido un conjunto uniforme. Por ello, más que en otros períodos precedentes, cuando tenía lugar un acontecimiento importante (una batalla, una conquista, un tratado entre civilizaciones, etc.), provocaba una serie de consecuencias en los diferentes pueblos que se asentaban a las orillas de este mar. Se producía entonces una especie de efecto mariposa. Todo estaba relacionado, de la misma forma en que lo está en la actualidad. Antes y ahora se vivía y se vive en un contexto internacional.

Durante el siglo VI a. C., centuria que es considerada la del ocaso de Tartessos, ocurrieron una serie de hechos en el Mediterráneo que pudieron influir en este territorio de Occidente de manera que sus habitantes sufrieran un cambio o que su cultura se diluyera. Es necesario contextualizar a los tartesios en un mundo mayor, en el que ellos participaban y del que recibían una notable influencia. Los sucesos acontecidos entre el siglo VI y el III a. C. provocaron la mutación y final desaparición de la civilización tartésica tal y como la hemos conocido en estas páginas, llevaron al desarrollo de los turdetanos y acabaron derivando en dos episodios tan remarcables de la historia de la península ibérica como son su conquista por parte de los cartagineses primero y de los romanos después. Saliendo en ocasiones un poco de nuestro marco cronológico, pero señalando siempre aspectos que tienen relación con Tartessos y con su desaparición (o que fueron consecuencia de procesos que se gestaron en el período Orientalizante), acometemos la tarea de explicar brevemente esa historia internacional. Afortunadamente, el Mediterráneo occidental cuenta con una importante cantidad de fuentes escritas en las que basarse para la reconstrucción de los hechos, contrastables además con otro tipo de fuentes, como las epigráficas.



En el mapa podemos ver representadas las principales potencias del siglo VI a. C., cuyos actos tuvieron repercusiones en las centurias posteriores, así como los lugares, mencionados en el texto, que de una u otra manera decidieron batallas y guerras y por tanto la historia del Mediterráneo desde mediados del primer milenio.
(Mapa de Sergio Ortiz Moreno).

Realizar una síntesis de la historia mediterránea de la segunda mitad del primer milenio antes de Cristo no es tarea fácil, por la cantidad de acontecimientos que se produjeron. En el próximo epígrafe se ofrece una visión un tanto esquemática, pero adecuada para entender la situación a la que se vio abocada la población del Bajo Guadalquivir. No obstante, animamos al lector a profundizar en el conocimiento de este pasado que aquí tan sólo presentamos y por el que pasamos de puntillas.

El Próximo Oriente. Los fenicios en el siglo VI a. C.

Las fuentes escritas clásicas nos ofrecen abundantes datos sobre el siglo VI a. C. en Mesopotamia y el Próximo Oriente. Todo lo acaecido aquel siglo en esa zona oriental provocó que las ciudades fenicias y griegas de Asia Menor, que tenían intereses en Occidente, sufrieran un reajuste y, por tanto, cual efecto dominó, esos acontecimientos se hicieron notar en el resto del Mediterráneo.

En lo referente a la historia de Fenicia, ya comentamos lo esencial en el capítulo tercero cuando hablábamos de esa civilización y de la colonización que llevó a cabo. Sin embargo nos gustaría resaltar aquí una serie de hechos que tuvieron especial relevancia y que han sido tomados como causa de la crisis sufrida por Tartessos. Nos referimos a la política de conquista y dominación de Babilonia contra las ciudades fenicias. El rey babilonio Nabucodonosor II sitió Tiro durante trece años, entre el 585 y el 572 a. C. Los babilonios llevaron al rey de Tiro, Ithobaal II, a Babilonia, y su sucesor, Baal II, que murió en el año 564, fue el último rey de aquella ciudad. La caída de Tiro hizo que las colonias occidentales obtuvieran cierta independencia de la metrópoli. Volveremos a recordarlo cuando hablemos del poderío que consiguió Cartago. A partir de ese momento la ciudad de los tirios, como se recordará, fue gobernada por sufetes, pero bajo el poder de potencias extranjeras: primero Babilonia y después el Imperio persa.

El Próximo Oriente: la entrada en escena de los persas

Babilonia no conservaría ese poder durante mucho tiempo. En el mismo siglo VI a. C., los persas entraron en escena y se hicieron notar en la órbita del Mediterráneo oriental. En ese siglo, los persas de la dinastía aqueménida, inaugurada por Ciro II, que reinó aproximadamente entre los años 559 y 530, iniciaron una política de expansión hacia el Oeste que duró muchas décadas.

En la zona de Anatolia, los persas dominaban Lidia desde el año 546 y el monarca Ciro conquistó Babilonia en el año 539. Años más tarde, su sucesor, Cambises II, cuyo gobierno se extendió cronológicamente entre el año 529 y el 522, conquistó Egipto en el 525. En ese año los persas dominaban ya toda Asia Menor.

La división entre Occidente y Oriente se hizo patente. La mayoría de las ciudades griegas de Jonia (entre las que se encontraba Focea) tuvieron que someterse a los persas y sus habitantes debían someterse o marcharse de sus ciudades, pues habían apoyado a Lidia contra ellos. De esta forma, los focenses se fueron y se instalaron en Alalia.

Los griegos atacados por los persas, la situación de las colonias griegas

Cuando murió Cambises, subió al trono Darío I, que reinó entre los años 521 y 486. La obtención de su cargo nos la relata Heródoto de este modo:

> Tenía Darío un caballerizo hábil y perspicaz, por nombre Ebares, al cual, apenas vuelto a su casa de la asamblea, hace llamar y habla de este modo: «Hágote saber, Ebares, que para la elección de monarca hemos resuelto que sea nuestro rey aquel cuyo caballo, estando cada uno de nosotros montado en el suyo, fuere el primero en relinchar al nacer el sol. Tiempo es ahora de que te valgas de tus tretas y recursos, si algunos tienes, para hacer de todas maneras que yo, y ningún otro, arrebate el premio de la corona».
>
> *Historia,* 3, 85

Que las fuentes nos expliquen que existían diferentes pretendientes al trono tras la muerte de Cambises nos hace pensar que los persas, antes de tener nuevo rey, vivieron una pequeña etapa de desconcierto. Darío I intentó por ello estabilizar su imperio en primer lugar. Finalmente, en el año 513, pasó a Europa. Como consecuencia, Tracia (región que en la actualidad forma parte de Grecia, Bulgaria y Turquía) se convirtió en provincia del Imperio persa. Esto asustó a los griegos, pues si bien el control de las ciudades jonias y de Asia Menor por parte de Ciro y Cambises no había sido ni muy fuerte ni muy exigente, Darío inició una expansión mayor y más ambiciosa. Dominó no sólo las ciudades del continente, sino también las islas del Egeo que aún no estaban bajo su yugo, incluida Samos, donde el tirano Polícrates había logrado que se mantuviera independiente hasta ese momento gracias a sus artes diplomáticas.

La reacción de los griegos no se hizo esperar demasiado. Ya en el siglo V a. C., en el año 499, los jonios se rebelaron contra los persas, pues querían lograr su independencia. A partir de ese

momento y durante toda la centuria, los enfrentamientos entre las dos civilizaciones serán constantes y no finalizarán hasta que Alejandro Magno lleve a cabo la conquista de Asia. Como decíamos, a principios del siglo v a. C. tuvo lugar la revuelta jonia. Atenas apoyó a las ciudades asentadas en la península de Anatolia. En esta ocasión fueron los persas, que contaban además con la flota fenicia, los que ganaron la contienda. De este modo el rey Darío afianzó su autoridad.

A diferencia de los fenicios o los tartesios, los persas nos han legado fuentes escritas gracias a las que podemos contrastar la información que nos ofrecen los griegos. En la imagen, contemplamos un dibujo de 1881 de un fragmento de la inscripción de Behistún (actual Persia) que fue esculpida en la roca de un acantilado y en la que se cuentan las victorias de Darío I.

Sin embargo, menos de una década después comenzaron las Guerras Médicas entre helenos y tropas mandadas por Darío y su sucesor Jerjes. El nombre de estas luchas hace referencia a los medos, pueblo que muy pronto dominó el Imperio persa y luchó a sus órdenes en esta ocasión. La Primera Guerra Médica se produjo en el año 490. Los griegos salieron victoriosos en la famosa batalla de Maratón. Nuevamente, los persas intentaron someter a los griegos, lo que originó la Segunda Guerra Médica. Esta vez, muerto ya el rey Darío, era su sucesor Jerjes quien estaba al mando del ejército persa. En el 480 a. C. tuvo lugar la batalla de las Termópilas, en la que según las fuentes escritas, un grupo de espartanos liderados por el rey Leónidas consiguió frenar el avance del ejército venido de Oriente en un estrecho paso natural. Los persas, a pesar de todo, lograron pasar y devastaron el Ática. No obstante, fueron finalmente vencidos en el año 479, en la batalla de Salamina, y Grecia obtuvo veinte años de paz.

Todos estos acontecimientos que hemos ido relatando hicieron que las colonias obtuvieran mayor libertad de movimientos e independencia. Tiro, al ser destruida por los babilonios, perdió su poderío y jamás se recuperó y las metrópolis griegas tenían un enemigo en el Imperio persa que representaba un peligro inminente del que tenían que ocuparse. Aflojaron por ello los lazos con las colonias como Cartago o Gadir, fundaciones tirias, o Marsella, ciudad de origen focense, lo que hizo que todas ellas florecieran aún más en estos años y aumentaran su control sobre el Mediterráneo central y occidental.

Un nuevo poder surge: Cartago, su lucha contra los romanos

Como consecuencia de lo que acabamos de comentar, Cartago, ubicada en la actual costa de

Túnez, fue desde el siglo VII a. C. y sobre todo a partir del VI el establecimiento fenicio más importante del Mediterráneo central y occidental, lo que le otorgaba cierta autoridad sobre los restantes enclaves.

Las potencias que dominaban el Mediterráneo durante ese período eran, por una parte, Cartago, que incluía las colonias que por iniciativa de esa ciudad se habían fundado; por otra parte, los griegos, que tenían emplazamientos en las costas del sur y suroeste europeo y en islas como Sicilia, y finalmente Etruria, que extendió sus intereses por la península itálica. Irremediablemente, las tres entraron en competencia, principalmente por motivos económicos y comerciales.

Las diversas relaciones políticas llevaron a la alianza entre cartagineses y etruscos, ya que estos dos pueblos tenían menos intereses en común y por ello no colisionaban tanto. Se unieron, pues, frente a los griegos. Sus disputas se materializaron en la batalla de Alalia (en la actual isla de Córcega), a la que hemos hecho referencia ya en diversas ocasiones. Allí se enfrentaron, en el año 535, una flota etrusco-púnica y otra griega. El resultado fue el debilitamiento de los focenses y la división del territorio mediterráneo en ámbitos de influencia.

En las últimas décadas del siglo VI a. C., varió sin embargo ese equilibrio que se había construido tras la batalla, pues por una parte el poder de los etruscos decayó y por otra las ciudades griegas de Sicilia, isla que compartían con los púnicos, florecieron de nuevo bajo las directrices de Siracusa, que empezó una lucha contra los cartagineses.

Cartago, al no poder apoyarse en su antiguo aliado etrusco, necesitaba uno nuevo para contrarrestar el poder de los griegos occidentales. La única potencia que podía cumplir con esa misión era Roma. Fundada según las fuentes latinas (que se basaron en las leyendas y en la tradición para calcular la fecha) en el año 753 a. C. por Rómulo y Remo, durante el siglo VI había afianzado su poder. Además, las colonias helenas de la Magna Grecia obstaculizaban sus intereses en el Lacio. Como consecuencia, se firmaron varios tratados entre púnicos y romanos, en los años 509, 348 y 343. Eran acuerdos de ayuda mutua y de división oficial de las zonas de influencia. Se trataba de verdadera política internacional.

No obstante, el mayor poderío que cada una de estas dos civilizaciones iba obteniendo promovió precisamente el choque entre ambas, que finalmente se desencadenó en el siglo III a. C. al desarrollarse las llamadas Guerras Púnicas. Estas guerras, cuyo resultado fue la victoria final de los latinos sobre los cartagineses, supuso también el final definitivo de Cartago, que fue arrasada en el siglo II antes de Cristo.

El siglo VI a. C. en la península ibérica

La conquista de Tiro produjo la muerte o decadencia de algunas colonias fenicias, en parte debido a que la demanda de metales y de otros productos por la metrópoli y otros enclaves del Mediterráneo oriental menguó. En la península ibérica puede observarse este fenómeno en la costa suroriental, y es a este respecto un buen ejemplo el yacimiento de Toscanos (Vélez-Málaga, provincia de Málaga), que se abandona a principios del siglo V antes de Cristo.

No obstante, en la mayoría de los emplazamientos, como en Gadir o Cartago, no se llegó a esta situación, sino que los acontecimientos del otro lado del Mediterráneo afectaron de manera diferente.

Además de adquirir una mayor independencia y libertad de movimientos, como ya hemos comentado, reorientaban su economía si era necesario, y la diversificaban, por lo que continuaron siendo puntos importantes de comercio.

La merma en la demanda de metales no favorecería a la zona minera de Huelva, pero en Gadir, además de poder continuar con su industria metalúrgica, dedicada principalmente a la producción y elaboración de objetos de oro, prospera la industria de salazones que prolifera en toda la Bahía de Cádiz a partir del siglo VI y que alcanzó gran fama en la Antigüedad. No en vano, el símbolo que aparecía en las monedas acuñadas en Gadir consistía en dos atunes. Esta importante colonia, en la que se observa una ocupación ininterrumpida desde su fundación, posiblemente adoptara un papel director en la zona del Mediterráneo occidental al no poder asumirlo ya la ciudad de Tiro. Asimismo, la ciudad gaditana y su área de influencia mantendrían estrechas relaciones con Cartago, aunque no de sumisión.

En cuanto a las tierras del interior, lo que sería el núcleo tartésico, puede observarse un cambio en el poblamiento a partir de esta época. En algunas zonas se asistió a un cierto descenso de los núcleos habitados, probablemente producido por la reducción e incluso el cese de la exportación de metales, principalmente plata, hacia Oriente. No obstante, este proceso de variación en la ocupación del territorio fue desigual, pues en cada yacimiento los hechos acontecidos en este período influyeron de manera diferente.

Con el paso de la Primera a la Segunda Edad del Hierro, poblados como San Bartolomé de Almonte o El Carambolo desaparecieron. En el segundo caso muy probablemente la población decidió bajar al asentamiento que hoy es Sevilla capital. Esta situación pudo ocurrir también en otros pequeños enclaves, lo que produjo una concentración de la población.

Otros emplazamientos, como Tejada la Vieja, pudieron reorientar su economía y dedicarse principalmente a la explotación agropecuaria. En este yacimiento se observa una disminución de su superficie de ocupación aunque finalmente se abandona en el siglo IV a. C. Seguramente este sería también el caso de Niebla, poblado que era un punto clave en la distribución de los metales en el período Orientalizante. Situada en la orilla derecha del río Tinto, Niebla actuaba como escala entre Sierra Morena y el antiguo puerto de Huelva, desde donde salían los minerales. A pesar de su importante papel en la industria minera que iba decayendo, supo superar esa llamada crisis del siglo VI antes de Cristo.

La Huelva tartésica también acusó esta situación y en las décadas siguientes se abandonaron algunas zonas de la ciudad habitadas hasta entonces. A partir de ese momento se construiría una arquitectura de peor calidad. No obstante este asentamiento siguió estando habitado y esa continuidad se observa en la ocupación de los mismos edificios y en la pervivencia del comercio con el exterior (pero quizá no con el volumen de épocas pasadas), como se deduce de la existencia en este enclave de cerámicas griegas y de otras procedencias. Durante el siglo V a. C., en lo que hoy es Huelva persistía el comercio con la colonia griega de Emporion (actual Ampurias).

A partir de este momento, las regiones ibéricas más emergentes fueron las del este y sudeste, lugares donde se concentraron los intereses de los cartagineses y donde la presencia griega era más directa, aunque esto no sucedió hasta finales de aquella centuria.

La crisis del siglo VI a. C.: hipótesis sobre el final de Tartessos

La crisis del siglo VI a. C.

Muchos estudiosos e investigadores han planteado la posibilidad de que durante el siglo VI a. C. se produjera una crisis en Tartessos que habría sido desencadenada por los hechos ocurridos en el otro lado del mar Mediterráneo a los que ya nos hemos referido. Este escenario sería el principio del final de la civilización tartésica según algunas de las corrientes historiográficas. El silencio de las fuentes escritas clásicas entre los siglos VI y III a. C. (desde la batalla de Alalia hasta el desembarco de Amílcar Barca en Gadir en el año 273, con el que los púnicos iniciaron la conquista de la península ibérica) dificulta la tarea de llegar a conclusiones y saber con precisión qué ocurrió. No obstante, deben realizarse ciertas matizaciones sobre el uso del concepto de crisis para este contexto.

La situación de dificultad económica hizo que se modificaran algunas de las estructuras organizativas de la sociedad tartésica, así como su vida cotidiana. La nueva realidad se caracterizaba, como hemos apuntado, por la disminución de la demanda de metales en Oriente. Efectivamente, en época turdetana no existen vestigios arqueológicos que nos indiquen actividad alguna relacionada con la producción de plata, principal metal explotado por Tartessos. Ante estas circunstancias, con toda probabilidad los habitantes del suroeste peninsular buscaron nuevos mercados (si es que en ese momento tan anterior al capitalismo podemos denominarlos de esa manera) para los productos objeto de comercio, que serían principalmente de carácter agropecuario. Si Fenicia y Grecia no podían asumir ese papel de comprador de materias primas y vendedor, entre otras cosas, de manufacturas de lujo, como hasta ese momento, otras potencias en el Mediterráneo central y norte de África sí podrían: por ejemplo Cartago, los griegos occidentales y etruscos y después Roma, culturas que poco a poco se fueron extendiendo y se hicieron cada vez más importantes.

Por otra parte, cada emplazamiento se enfrentó a la nueva situación de manera diferente y por este motivo las modificaciones en el poblamiento, en el territorio y en el uso que los tartesios hacían de él fueron distintas de unas zonas a otras. La cronología del proceso también pudo variar regionalmente; empezaría en la parte minera si el motivo principal de la crisis era efectivamente el descenso de la producción de metales por falta de demanda, y posteriormente se extendería por el resto de áreas como una reacción en cadena.

Por todo lo que hemos visto hasta ahora, si bien es plausible utilizar el término «crisis» para referirse a este contexto, debe quedar claro que no se trató de un colapso, de una destrucción total de lo que era Tartessos, sino más bien de una reestructuración de su organización económica que afectó

en cierto modo a la ordenación social y política que existía durante el período Orientalizante.

Teorías diferentes para explicar el final del pueblo tartesio

Una de las primeras tesis que se manejaron para explicar el fin de Tartessos fue su destrucción por parte de los cartagineses. Quien planteó originariamente esta hipótesis fue Adolf Schulten, investigador del que hemos hablado en más de una ocasión. Según este autor, el desmoronamiento de esta cultura se produjo a finales del siglo VI a. C., después de la batalla de Alalia. Para este alemán, fenicios y púnicos eran pura ambición y envidia y los contraponía a la civilización griega, que tantas cosas buenas nos había legado (democracia, arte, filosofía, ciencia, etc.). De hecho, en su obra nos dice que «los cartagineses fueron peores aún que los tirios. No debieron tardar mucho en alargar sus codiciosas manos hacia la tierra de la plata. […] Entre Tartessos y Cartago hubo de entablarse bien pronto una lucha a muerte». La civilización tartésica se hundió por tanto según esta teoría debido a la conquista militar cartaginesa. Sin embargo, esta suposición tiene algunos puntos débiles, como que el interés del dominio militar del suroeste de la península ibérica por parte de los púnicos tiene lugar en el siglo III a. C., es decir, varios siglos después, cuando ya hablamos de turdetanos para referirnos a los habitantes del Bajo Guadalquivir. Los cartagineses sí debieron de tener influencia sobre este pueblo ibero, pero no es tan clara su participación en el hundimiento de sus ancestros.

Otra de las teorías que se esgrimen alude a la caída de Tiro. Ese hecho habría tenido repercusiones para todas las colonias que fundaron los tirios en el Mediterráneo. Es en este período cuando en las fuentes escritas se atestigua la búsqueda de amistad entre los griegos, focenses concretamente, por parte del rey Argantonio, quien les ofreció tierras, pues los fenicios no estaban ya en disposición de seguir proporcionándoles tanta riqueza. A partir de entonces los helenos habrían roto el monopolio comercial que supuestamente los fenicios tenían en el suroeste peninsular. No obstante, la situación no era tan rígida. Hemos de advertir que la arqueología ha confirmado que, si bien existían áreas de influencia repartidas entre las principales potencias del Mediterráneo, las rutas comerciales podían ser transitadas en general por las distintas naciones. Siguiendo con esta hipótesis, el final de Tartessos se explicaría exclusivamente por factores externos, pues la falta de demanda de metales de Oriente, al caer la metrópoli fenicia, sería la causa de la catástrofe. Esta circunstancia se observa de un modo más claro en los yacimientos de la región minera de Sierra Morena. Asimismo se produciría un cambio en la naturaleza de las relaciones entre fenicios e indígenas, en las que la explotación de metales no tendría tanta importancia, y que a la larga cambiaría todas las esferas de la vida tartésica.

La última teoría que merece consideración es la que planteó el investigador ya mencionado en un capítulo anterior, Juan Maluquer, quien consideraba que los acontecimientos del Mediterráneo durante el siglo VI a. C., fundamentalmente la caída de Tiro, tuvieron cierta participación en el proceso vivido por la sociedad tartésica, que finalmente se derrumbó a causa de factores internos. Según esta tesis, la estructura política tartésica se basaba en el control de la producción de mineral y de metal, pero Tartessos dejó de ser el proveedor de los mismos para el mundo fenicio. De esta forma, el poder que estaba centralizado hasta ese momento inició un proceso de disgregación, pues ya no era necesario un dominio tan férreo sobre todo el territorio para organizar correctamente la

producción y distribución de estas materias primas. Se formaron así varias regiones gobernadas por distintos régulos.

¿En qué consistió el cambio?

La transición entre tartesios y turdetanos, entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro, no se produjo de la noche a la mañana, no fue producto ni de un cataclismo ni de un colapso instantáneo. No existen pruebas de que fuera así. Por el contrario nos hallamos ante un proceso cuya duración ignoramos, en el que fueron variando las estructuras organizativas sociales, económicas, políticas e incluso ideológicas desde el período Orientalizante hasta encontrarnos con un pueblo ibero plenamente conformado: el turdetano.

En cuanto a los factores que llevaron a ese cambio, probablemente una explicación única no nos baste, sino que hay que buscar diversas causas. Además, al mismo tiempo que se originaba la crisis en el territorio tartésico se forjaba el auge de la periferia (como muestra la cronología estudiada en las excavaciones de Cancho Roano, que tratamos en el capítulo anterior).

LOS TURDETANOS: DESCENDIENTES DE LOS TARTESIOS

Las fuentes que nos informan sobre los turdetanos

La investigación no ha mostrado tanto interés por los turdetanos como por la etapa precedente. En el suroeste peninsular, Tartessos ha eclipsado otros posibles temas de estudio. Por este motivo, si los datos arqueológicos con los que contábamos para el período Orientalizante no eran abundantes, el panorama no mejora para el lapso de tiempo posterior.

En lo referente a las fuentes escritas, las que se ocupan de los íberos en general y los turdetanos en particular se enmarcan ya dentro del ámbito romano. Las noticias que nos han llegado sobre los íberos son mucho más ricas a partir de la conquista romana de Hispania. Autores como el ya citado varias veces Estrabón, el científico y naturalista latino Plinio el Viejo (23-79 d. C.) o el geógrafo greco-egipcio Claudio Ptolomeo (100-170 d. C.) nos han transmitido diferentes crónicas sobre los pobladores de la península ibérica de los últimos siglos antes del cambio de era. Estrabón nos presenta a los turdetanos de esta forma:

> Pues este es el territorio que atraviesa el río Betis, que tiene sus fuentes en aquellas mismas regiones de donde proceden también el Anas y el Tajo, y que ocupa un lugar intermedio por su tamaño entre estos dos […]. Denominan a este territorio Bética a partir del nombre del río, y Turdetania por sus habitantes [...]. A los turdetanos se les considera los más sabios de los íberos: pues no sólo utilizan la escritura sino que poseen crónicas y poemas de antigua tradición, y leyes versificadas de seis mil años.
>
> *Geografía,* III, 1, 6

Según este autor, la Turdetania tenía más de doscientas ciudades y en la mayoría de ellas vivían fenicios.

Los turdetanos, un pueblo íbero

Podemos hablar de turdetanos desde la segunda mitad del siglo VI a. C. aproximadamente hasta la conquista de la península ibérica por parte de los romanos, un lapso de tiempo más dilatado que el período Orientalizante. Los turdetanos eran un pueblo ibero. ¿Qué significaba eso? «Ibero» era la palabra mediante la cual los romanos denominaban a los habitantes del este y sur de la península ibérica. Aunque les adjudicaron varios nombres en función de su procedencia geográfica concreta (turdetanos, bastetanos, oretanos, ilergetes, sedetanos, etc.), los agruparon bajo una misma denominación, como si formaran un único conjunto, y efectivamente, aunque existían ciertas distinciones, compartían muchos rasgos culturales. Sin embargo, no siempre se aliaban y entre ellos podían surgir conflictos y enfrentamientos. Desconocemos por otra parte si existían aún más grupos culturales que fueron englobados por los romanos en la denominación de un conjunto mayor, íberos, al ser los latinos incapaces de diferenciarlos.

En este mapa se representa la ubicación aproximada (puesto que los escritores clásicos no se ponen de acuerdo en la localización concreta de los distintos grupos) de los principales pueblos íberos más cercanos a la zona que ocupaban los turdetanos. En la zona norte y oeste de la península ibérica primaban sin embargo los componentes celtas. (Mapa de Sergio Ortiz Moreno).

Mientras que los pueblos íberos estaban en la órbita mediterránea, las zonas más septentrionales de la península quedaban bajo la influencia de los Campos de Urnas (cultura que ya mencionamos en el capítulo anterior).

La cerámica a torno, el desarrollo del urbanismo o la utilización del hierro, innovaciones que trajeron los fenicios ya en época temprana a Tartessos, seguirán siendo algunos de los elementos característicos de la cultura ibera.

Reconstrucción virtual de diferentes cerámicas íberas de distinta procedencia y cronología con uno de los motivos característicos: los círculos concéntricos. Este tipo de vasijas aparecen en toda la región íbera, tanto en el sur como en el este de la península. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

Dentro del grupo de los íberos, los turdetanos siempre tuvieron un estatus especial y ocupaban quizá mayor extensión de territorio que el resto. No obstante, en las fuentes clásicas el término «turdetano» provoca cierta confusión. Para Estrabón, este pueblo y los túrdulos eran lo mismo. Sin embargo, escritores como Polibio o Ptolomeo defienden una distinción entre ambos, pues los segundos se ubicaban más hacia el interior de la península.

Por otro lado, dependiendo del autor clásico en el que nos fijemos, las zonas que ocupaba cada una de las poblaciones iberas varía. Para Estrabón, como hemos mencionado, la Turdetania comprende todo el valle del Guadalquivir, pero las fronteras son ligeramente distintas en otros escritores.

La cuestión de la presencia griega: los elementos étnicos que conformaban Turdetania

Los turdetanos eran el resultado del mestizaje iniciado en la época precedente, el período Orientalizante. La cultura tartésica era el crisol de elementos autóctonos, griegos, fenicios y púnicos. A esta influencia mediterránea habría que sumar ciertos elementos del mundo atlántico y de la meseta. Además de ser heredero de esta rica mezcolanza, el período turdetano observó reminiscencias de la Edad del Bronce. Se desconoce por ejemplo su mundo funerario, lo que puede indicar que volvieron a realizar rituales de enterramiento que no dejaban vestigios, de la misma manera que ocurría antes de Tartessos.

En cuanto a la presencia de los griegos en Tartessos primero y en la Turdetania después, es esta una cuestión muy debatida que tratamos en parte en el capítulo cuarto. En los primeros momentos de la investigación se sobrevaloró la presencia griega, por encima incluso de la actuación de los

fenicios en el litoral del suroeste peninsular. Después, la participación de los griegos quedó infravalorada, puede que en demasía. Para ilustrar esta cuestión, podemos tomar como ejemplo la Huelva protohistórica. A principios del siglo VI a. C., la presencia de cerámicas griegas aumenta en esta ciudad, como si la caída de Tiro hubiera supuesto una apertura a los mercados tartésicos para los griegos. En la segunda mitad del siglo VI, sin embargo, el número de cerámicas griegas desciende, y las que se han hallado proceden en su mayoría no de Grecia sino de las colonias helenas en Occidente, como Massalia (actual Marsella) o Emporion, debido seguramente a la caída de los focenses frente a la alianza etrusco-cartaginesa. No podemos negar que el componente heleno estaba también muy presente en el núcleo tartésico.

De la Primera a la Segunda Edad del Hierro en el Bajo Guadalquivir. ¿Continuidad o realidades diferentes?

Podemos asegurar que del período Orientalizante a la Segunda Edad del Hierro no existió una fractura, aunque encontremos nuevas condiciones económicas o políticas tras la crisis del siglo VI a. C. Los turdetanos estuvieron asentados en el mismo territorio en el que previamente vivieron los tartesios y, a pesar de que la distribución de los asentamientos en el territorio varió de una etapa a la siguiente y se abandonaron algunos hábitats, muchos de los yacimientos, principalmente los de primer orden, fueron ocupados de manera ininterrumpida.

En general existió por tanto una continuidad en el poblamiento del Bajo Guadalquivir desde el Bronce Final, aunque los procesos históricos de la época lo modificaran en cierta forma. El poblado de Tejada la Vieja siguió habitado hasta el siglo IV a. C., y en Mesas de Asta hubo ocupación en época turdetana. En Huelva, y seguramente en la mayoría de los asentamientos, el paso a la etapa ibera se produjo de un modo progresivo y lento, aunque se observó un cierto declive, pues no olvidemos que Huelva era el puerto de distribución de los metales procedentes de Sierra Morena, y a partir del siglo IV a. C. su base económica fueron los productos agropecuarios y pesqueros.

Por otra parte, debemos mencionar que en algunos de los asentamientos se han encontrado restos de incendios, hallazgo que sirvió a Schulten para reafirmarse en su hipótesis de que la destrucción de Tartessos vino de la mano de los cartagineses. Pero esos vestigios son difíciles de valorar debido a la reducida extensión de las excavaciones arqueológicas realizadas y hay que tener en cuenta que los incendios accidentales también debieron existir en esa época.

La continuidad con el período precedente es tan evidente que diversos autores opinan que turdetanos y tartesios son dos términos distintos para nombrar una misma realidad, con la diferencia de que el primero es un vocablo de origen griego y el segundo tiene una procedencia latina (desconocemos cómo se llamaban a sí mismos). En ese caso utilizaríamos los conceptos como separador cronológico, de la misma manera que, como ya explicamos en el capítulo tercero, utilizamos las palabras «cananeos» y «fenicios» para momentos diferentes de una misma civilización. Usaríamos, pues, el término de «turdetanos» para referirnos a los habitantes del Bajo Guadalquivir desde el siglo V o incluso el VI a. C. hasta la conquista romana de Hispania.

Sin embargo, la coyuntura social y económica respecto al período precedente era distinta. Se modificó con el paso del tiempo sin que eso signifique, como venimos diciendo, que fuera otro

pueblo totalmente distinto. La estructura política de los turdetanos era la de régulos que gobernaban sobre un número variable de ciudades y su territorio circundante. Sobre la organización política y social de los turdetanos existe un documento sin parangón, aunque en realidad algo tardío para el período que nos ocupa en este libro, pero aun así interesante también para nosotros por diversos motivos.

Reconstrucción virtual del bronce de Lascuta que presentaba por escrito el decreto del general romano Emilio Paulo emitido en el año 189 a. C., según el cual liberaba a los habitantes de Torre Lascutana de la esclavitud o servidumbre que rendían a la ciudad de Hasta Regia. (Imagen de Sergio Ortiz Moreno).

Hablamos del bronce de Torre Lascutana. Esta fuente epigráfica era un decreto del general romano Emilio Paulo que fue emitido en el año 189 a. C. Su traducción sería la siguiente:

> Lucio Emilio, hijo de Lucio, general, decretó que quienes, siendo esclavos de los Hastienses, habitaban en la torre Lascutana, fuesen libres. Del mismo modo ordenó que tuvieran la posesión y conservaran las tierras y el núcleo urbano que poseyeren en aquel momento, mientras quisieran el pueblo y el Senado Romano. Dado en el campamento doce días antes de las Kalendas de Febrero [es decir, el 19 de enero].

La relevancia de esta pieza radica en la oportunidad que nos otorga para conocer la organización sociopolítica de los turdetanos en la etapa inmediatamente anterior a la conquista romana.

El bronce de Lascuta apareció descontextualizado en el municipio de Alcalá de los Gazules (Cádiz). Mediante el decreto escrito en él se concedía la libertad a los habitantes de Torre Lascutana, sometidos hasta ese momento a la población de Hasta Regia (Mesas de Asta). Además, los romanos les aseguraron la posesión de tierras y de la ciudad que ya eran de su propiedad siempre que Roma quisiera; es decir, tenían que demostrar cierta obediencia a la ciudad latina. Posiblemente esta disposición de los latinos fue un castigo para los hastienses más que un premio para los lascutanos. Del texto que aparece inscrito en el metal, la cuestión más problemática es el término *servei,* que hemos traducido por 'esclavos'. Se puede entender que mantenían una relación de dependencia respecto a Hasta Regia pero, ¿cuál era la naturaleza de esta relación? Desde esclavos hasta siervos que pagan un tributo a la ciudad ubicada en Mesas de Asta hay una amplia gama de figuras jurídicas y no es fácil saber a cuál pertenecían los lascutanos. Podría significar una especie de esclavitud especial, de forma conjunta, es decir de toda la población, y no a nivel individual, de la misma manera que ocurría con los ilotas en Esparta, o los penestes en Tesalia. Hay autores que relacionan lo que esta inscripción nos dice con la división de la población en siete ciudades que realizó el mítico

rey Habis; es decir, sería la misma forma de organizar la sociedad según el rango de las personas.

Conocemos la ubicación de Hasta Regia. Sin embargo, la situación de Torre Lascutana aún no se conoce y existen varias hipótesis, todas en la provincia de Cádiz. Quizá se localizaba en la propia Alcalá de los Gazules, donde el bronce fue encontrado.

Después de todas estas evidencias que hemos ido comentando es imposible hablar de desaparición de Tartessos, y desde luego mucho menos pensar en un desvanecimiento misterioso o provocado por un cataclismo, ni creer que el fin del período Orientalizante y el inicio de la etapa turdetana se produjeran de la noche a la mañana. Simplemente, las circunstancias y el contexto cambiaron, con lo que los habitantes del Bajo Guadalquivir debieron adaptarse al nuevo escenario. Los turdetanos son los descendientes de los tartesios, asentados en ese mismo territorio, pero con una situación sociopolítica y económica un poco diferente.

Como consecuencia no directa de los acontecimientos y procesos históricos que se inician en el siglo VI a. C., cartagineses y romanos irán adquiriendo en las centurias siguientes mayor poder y dominio sobre diversas zonas del Mediterráneo, incluida la península ibérica. Pero esa es otra historia diferente de la de Tartessos.

Conclusiones

Estas páginas han pretendido transmitir una visión de la historia de Tartessos breve pero lo más completa posible. La primera conclusión a la que se puede llegar tras su lectura es que esta civilización, lejos de estar envuelta en un halo de misterio y misticismo, fue histórica y real, estuvo formada por personas como nosotros que luchaban por sobrevivir y que pueden resultarnos cercanas aunque vivieran en un tiempo lejano. Si bien existen aún hoy numerosas incógnitas sobre la sociedad tartesia, no son enigmas, sino en ocasiones lagunas fruto de carencias en la investigación que con el tiempo se irán subsanando. Quizá haya cuestiones que nunca lleguemos a resolver, pero eso no deja de ser algo que nos sucede con todos los pueblos del pasado.

A lo largo de los siglos las generaciones se suceden, las civilizaciones llegan a su fin y surgen otras nuevas. También el espacio, montañas, valles y ríos que nos parecen perennes cambian y modifican su silueta en el paisaje. Las poblaciones pasadas no veían lo mismo que nosotros vemos en la actualidad, y en consecuencia no actuaron con su entorno de la misma manera que lo hacemos hoy día. El espacio natural tartésico era diferente y muchas de sus poblaciones, hoy interiores, eran costeras. No es algo baladí, pues los poblados se organizaban de distinta forma en el territorio y no es posible conocer una sociedad sin saber cómo era el medio en el que se movía y actuaba, así como el tipo de recursos que tenía a su disposición.

Por otro lado, nos es imposible contar con una cronología precisa. Los medios de datación como el carbono-14 no ofrecen una fecha concreta, sino un intervalo temporal, y las fechas que nos proporcionan las fuentes escritas son escasas. Además, existe una controversia que ya explicamos en su momento y que aquí recogemos de nuevo. ¿Qué es Tartessos? ¿Nace como consecuencia de las influencias coloniales y los cambios que provocó en su sociedad el contacto con poblaciones orientales, o por el contrario ya existía con antelación a la llegada de los fenicios a las costas peninsulares y estaba plenamente formado antes del siglo IX a. C.? Independientemente de la denominación que utilicemos, el período de la Edad del Bronce Final es clave en la formación del Tartessos que convive con los fenicios, que podemos datar aproximadamente entre el siglo VIII y VI a. C., iniciando el último mileno antes de nuestra era.

En cualquier caso, las diferencias de opinión entre los historiadores son una constante, no sólo entre los especialistas en Tartessos. Gracias a los debates se enriquece la ciencia, pues de este modo se plantean nuevas hipótesis que en ocasiones se cumplen y otras veces se desechan, surgen otras ideas, perspectivas y puntos de vista y se tienen en cuenta temas y aspectos que no habían sido valorados con anterioridad. Creemos haber proporcionado algunas herramientas para que el lector opine y piense por sí mismo cuál es la tesis que considera más probable y que así entienda un poco mejor el pasado y pueda participar en él.

Al haber sido Tartessos una civilización muy estudiada, las perspectivas de las investigaciones han resultado muy diversas. Todas las escuelas de investigación historiográfica han desarrollado sus propias proposiciones. No obstante, algunas de ellas tardaron en llegar a España. Mientras que el siglo XIX fue muy fructífero, con una participación de eruditos extranjeros muy activa, no será hasta los años setenta y ochenta de la pasada centuria cuando observemos aportaciones procedentes de nuevas tendencias de investigación que ya eran desarrolladas en el resto de Europa y Estados

Unidos. La investigación ha tenido sus dificultades, como hemos observado a lo largo de las páginas precedentes, con déficit de excavaciones y prospecciones arqueológicas, pero el conocimiento sobre Tartessos al que hemos llegado en las últimas décadas ha supuesto un progreso casi impensable hace un siglo. Creemos que esta mejora será continuada, por lo que mantenemos la confianza en el futuro, que irá desvelando aspectos que hoy por hoy ignoramos.

Este libro ha servido sin duda para tomar conciencia sobre la necesidad de utilizar de una manera crítica todos los tipos de fuentes a nuestra disposición, tanto escritas como arqueológicas, epigráficas, numismáticas o etnográficas, con el fin de llegar a una reconstrucción histórica más verídica y ayudarnos a contrastar los datos, con lo que podremos emitir un juicio más fiable. De esta forma hemos podido observar la incompatibilidad entre el relato de Platón sobre la Atlántida y Tartessos, pues como ya indicamos en su momento la obra de este autor griego tiene un trasfondo filosófico, con intención didáctica, y no histórico. Las diferencias en las descripciones de ambos lugares son mayores que las semejanzas.

Es una verdadera lástima que no nos hayan llegado documentos escritos por los protagonistas, los tartesios, pero al menos contamos con algunas referencias, varias de ellas de gran valor, en las obras clásicas grecolatinas. Estos volúmenes fueron redactados en fechas posteriores a la desaparición de Tartessos, por lo que no son testimonios de primera mano. Sin embargo, sus autores siempre utilizaban fuentes más antiguas para elaborar sus propios textos. Si por el contrario queremos ver algo producido directamente por tartesios, no nos queda más remedio que recurrir a lo material, los objetos que nos han legado, que han sobrevivido miles de años tras su depósito o abandono. Algunos de estos objetos son espectaculares, de gran calidad e incalculable valor histórico, como los hallados en el depósito de la ría de Huelva o el tesoro de El Carambolo, descubierto hace poco más de cincuenta años y que revolucionó la investigación sobre esta civilización. Estos objetos aportan una gran cantidad de información por sí solos, pero el caudal de información abundante llega cuando son encontrados en las labores de excavación de un yacimiento. Es entonces cuando podemos observar su contexto, el modo en que fueron colocados por sus últimos poseedores y las relaciones espaciales que poseen respecto a las estructuras constructivas y a otros objetos del mismo asentamiento. En esas circunstancias es más fácil llegar a conocer para qué y por qué eran utilizados, es decir, cuál era su funcionalidad, y también es más sencillo rastrear su vida útil, desde su fabricación hasta su depósito o abandono.

Tartessos era una sociedad única. Su esplendor fue propiciado por los avances que logró con el contacto con poblaciones exógenas, que supo adecuar y asimilar a su propia situación. Tanto fenicios como griegos, si bien en mayor medida los primeros, tuvieron su parte de culpa en que Tartessos fuera lo que fue. Esta es una idea que se ha repetido a lo largo de la obra, pero que es importante remarcar. En Tartessos, hace cientos y cientos de años, distintos elementos culturales se mezclaron para enriquecer socialmente a una población que logró un progreso mayor que otros pueblos de su mismo período histórico. La interacción con los fenicios, especialmente los tirios si nos guiamos por las noticias de las fuentes escritas, fue muy fuerte. Lo percibimos no sólo en la cultura material, sino que advertimos cómo, después de la llegada de los colonizadores, la estructura socioeconómica tartésica varió y su cultura religiosa y funeraria fue modificada. Pero no nos hallamos ante un mero proceso de aculturación, sino que en realidad deberíamos hablar de una hibridación, pues no fueron exclusivamente los autóctonos quienes vieron perturbadas sus estructuras tras el choque cultural, sino que este proceso tuvo lugar a su vez entre la población extranjera. Las colonias fenicias se erigieron en centros de interacción. Gadir fue el enclave que mayor contacto tuvo con Tartessos. Asimismo, hubo también poblados tartésicos que pudieron servir de escenario a relaciones entre orientales e

indígenas que alteraran las costumbres originales de cada una de las dos sociedades implicadas. Dicho de otra manera, a raíz del establecimiento colonial tirio en las costas peninsulares, la sociedad tartésica se transfiguró y con el paso de los siglos los fenicios de Occidente, de Gadir, también mudaron sus antiguos hábitos y conductas. Sus orígenes familiares estarían situados en Oriente, en Fenicia, pero las nuevas generaciones nacieron y crecieron en suelo peninsular.

La identidad étnica, la interacción entre sociedades y la aculturación, cuestiones algo espinosas y difíciles de establecer, han sido en los últimos años los temas estrella de la investigación sobre Tartessos. Aunque los nuevos planteamientos han supuesto tomar en consideración temáticas que hasta entonces apenas habían sido concebidas por los estudiosos, centrarse en estos asuntos ha ido en perjuicio de otras materias que sin duda también sería necesario desarrollar. La investigación se guía en ocasiones por modas, puesto que no es fácil profundizar en todos los aspectos de una civilización.

Pese a lo que los clásicos grecolatinos y los primeros investigadores exponían, los griegos no participaron de un modo tan activo en el suroeste peninsular. Recordemos que no nos han llegado escritos fenicios y que, pese a importantes referencias a contactos entre tartesios y griegos, como el episodio en el que Argantonio ofrece ayuda a los focenses, son los fenicios los que interactuaron de un modo más directo con la población asentada en el Bajo Guadalquivir.

Para Tartessos, las novedades procedentes del otro extremo del mar Mediterráneo supondrán cambios importantes. La llegada de productos de lujo, monopolizados por las élites, produjo una acentuación de la división entre sectores sociales. Por otra parte, las grandes innovaciones que favorecen su florecimiento, como el torno, nuevas técnicas agrícolas, un urbanismo más organizado, el alfabeto o diferentes rituales funerarios, llegaron también de manos de los fenicios. Al final del período los tartesios contaban con una jerarquía social más organizada que podía tratar de igual a igual con la estructura fenicia.

Desde la etapa de las colonizaciones, el Mediterráneo funcionaba en cierto sentido como un todo, puesto que los pueblos de sus orillas compartían circunstancias históricas similares y mantenían contactos entre sí, lo que favoreció que las modas y gustos estéticos fueran parecidos en lugares muy lejanos. En la existencia de esa cierta unidad tuvo mucho que ver el impulso del comercio que, aunque era mal visto por las élites griegas, nunca por las fenicias, enriqueció a numerosos mercaderes. Con el desarrollo de las comunicaciones y el establecimiento de importantes rutas de navegación, las principales civilizaciones comenzaron a repartirse las áreas en las que ejercer una influencia, e intentaron aumentar el espacio sobre el que desplegaban su dominio. Esto llevó de modo irremediable al enfrentamiento de los etruscos con los griegos y cartagineses primero y entre romanos y púnicos después.

Pero aunque es ineludible tener presente el contexto internacional, es Tartessos el protagonista de nuestra historia. En las anteriores páginas hemos tratado de explicar su estructura social, política y económica y hemos intentado desgranar sus creencias y motivaciones ideológicas: religión, mitos o rituales funerarios. Pretendíamos tratar todos los aspectos que conforman una civilización o cultura, puesto que no conocer alguno significa en realidad no comprenderla. Hemos tenido la oportunidad de ver cuán diferentes y a la vez cuán iguales son los tartesios a nosotros. Nos separan el tiempo y otra cultura, pero eran personas que, como buena parte de los seres humanos contemporáneos, tenían fe, creían en la posibilidad de otro mundo y trabajaban para comer.

A modo de resumen diremos que la organización social fue haciéndose más compleja con el paso de los siglos. Durante la Edad del Bronce Final, los habitantes del Bajo Guadalquivir se constituían en grupos tribales o de jefatura, en los que el liderazgo era asumido por un cabecilla o jefe respetado en la sociedad puede que por sus capacidades guerreras, según lo que podemos observar a través de

las estelas decoradas del suroeste. Ya en el período Orientalizante, la propiedad de objetos de lujo o las tumbas principescas eran indicadores de la pertenencia de los individuos que las poseían a los sectores más altos dentro de la escala social, a la aristocracia. Referencia especial merecen los artesanos, pues su posible situación dentro de la escala social es debatida no sólo en la civilización tartésica. Existen discrepancias entre los investigadores sobre si los artesanos eran indígenas, fenicios o de ambas procedencias y en qué proporción. Queremos exponer también de nuevo la posibilidad, no probada en el caso tartésico, pero común en otros pueblos, incluidos los turdetanos, de la presencia de esclavos o algún tipo de siervos, que en el caso de existir se situarían en el escalón más bajo de la pirámide social. Por contra, por encima de toda la comunidad se situaría el monarca, del que desconocemos sus atributos y funciones al ser mencionado de modo somero en las fuentes escritas.

La mayoría de la población, no obstante, estaba formada por trabajadores y gente común. A pesar de que la fama de Tartessos en la Antigüedad vino dada por su riqueza en metales, no podemos olvidar que la mayoría de los habitantes del suroeste peninsular no eran mineros ni metalúrgicos, sino campesinos, preocupados por el clima, por sus cosechas y por sus animales. Eran agricultores y ganaderos, pero también pescaban y cazaban. Este tipo de economía depredadora suponía un complemento a la dieta bastante importante, especialmente en época de hambrunas. Los tartesios aprovechaban como vemos los diversos recursos que el medio les ofrecía. Para conocer la forma en la que explotaban estos recursos no sólo debe estudiarse la zona en profundidad y realizar una reconstrucción paleogeográfica que nos muestre cómo era la geografía y qué plantas o animales tenían a su disposición durante el período Orientalizante, sino que también deben conocerse los restos que se encuentran en los diferentes yacimientos, con el objetivo de saber qué explotaban y qué no de todos los productos que tenían a su alrededor. A partir de estos informes podremos realizar inferencias sobre la incidencia de este pueblo en el paisaje.

La otra cara de la vida de los tartesios, como la de cualquier sociedad humana, era la de la muerte. En el caso de este pueblo del suroeste peninsular, no siempre era igual para todos. El mundo de los vivos y el de los muertos está relacionado y al mismo tiempo muy separado. Los rituales marcan las barreras. Todas las sociedades tienen unos ritos funerarios desde que el hombre de Neandertal, hace cientos de miles de años, comenzó a enterrar a sus muertos. En Tartessos las colonizaciones marcaron una diferencia en la celebración de ceremonias mortuorias. Mientras que en la Edad del Bronce Final no dejaban vestigios materiales, por lo que se cree que eran expuestos a las aves rapaces y los elementos o arrojados a las aguas, a partir del siglo VIII a. C. comenzaron a realizarse enterramientos, bien incinerando o inhumando los cuerpos de los difuntos. Los ajuares que acompañaban a las tumbas, muchas de ellas realizadas bajo túmulos, eran en varios casos muy ricos. Algunas de las sepulturas destacaban también por su riqueza, por lo que con total seguridad correspondían a miembros muy importantes de la sociedad. En algunos enterramientos existen vestigios que nos indican que pudieron realizarse otro tipo de ritos como libaciones o quema de perfumes.

Igualmente la fe y la religión es algo presente en todas las sociedades de todos los tiempos. También en este aspecto los fenicios fueron fundamentales, pues no se conocía manifestación religiosa alguna en este lugar durante el Bronce Final y en el período Orientalizante las imágenes y rituales sagrados no eran muy diferentes a los que se podían encontrar en las colonias fenicias. Esto no significa que los tartesios no tuvieran creencias religiosas con anterioridad, sino que muy probablemente serían de diferente tipo y no tendrían necesidad de objetos físicos perdurables para el culto.

Pero Tartessos, como todas las civilizaciones, no permaneció estática en el tiempo. Una sociedad siempre está viva, en constante movimiento, evoluciona, y su estructura social y sus órganos de gobierno pueden variar. De la misma manera, como hemos podido observar a lo largo de todo el libro, la organización sociopolítica del pueblo tartesio fue modificándose con el tiempo. También sus hábitos y costumbres en lo que se refiere por ejemplo a la religión, el mundo funerario o su arquitectura y urbanismo cambiaron, sin que eso significara que existiera una ruptura con lo anterior. Iniciamos el periplo con el pasado de esta comunidad establecida en el suroeste de la península ibérica en el cambio de milenio, o dicho de otra forma en la Edad del Bronce Final. De esta forma hemos sido capaces de observar y ser conscientes de cuánto puede variar una sociedad sin dejar de ser ella misma con el paso de las centurias. Para ilustrar esto que venimos comentando nos hemos referido a las diferencias en la distribución del poblamiento y los asentamientos a lo largo del territorio en momentos distintos del mismo período Orientalizante. Algunos pueblos se abandonaron, otros se hicieron más grandes o por el contrario la ocupación de un asentamiento se redujo en extensión porque no necesitaban tanto terreno. Todo dependía del contexto en el que se viviera. Finalmente, hacia el siglo VI a. C. y por diferentes razones, algunas de carácter externo, el contexto internacional ya no era el mismo, la coyuntura varió y en consecuencia lo hizo también el pueblo tartesio.

Es en esa etapa, a mediados del primer milenio antes de Cristo, cuando el Tartessos del que hemos hablado en los capítulos precedentes llega a su fin. En las fuentes escritas hallamos un silencio sobre estos años en el suroeste peninsular y los hallazgos arqueológicos no son lo suficientemente explícitos. No existen pruebas, al menos por el momento, de que se produjese un final catastrófico, como algunos investigadores propusieron. Las causas del ocaso de este pueblo y lo que ocurrió con posterioridad fue más bien una adecuación a nuevas circunstancias, entre ellas las de carácter económico, que obligaron a reorientar las actividades laborales de los tartesios. Siglos después los escritores clásicos vuelven a nombrar a los habitantes del Bajo Guadalquivir, en esta ocasión con la denominación de turdetanos, a los que engloban dentro de los íberos.

El libro finaliza, pero el camino no se acaba aquí. La investigación histórica nunca descansa y los descubrimientos serán mayores en el futuro. Aún existen preguntas sin responder, varias de las cuales han sido ya planteadas. Confiamos en que la continuidad de los estudios siga desvelando las incógnitas que nos asaltan cuando emprendemos el estudio del pueblo tartesio.

La historia nos conecta con nuestro pasado y nos ayuda a entender lo que pueda ocurrir en tiempos venideros. El olvido de lo que acaeció nos condena a repetir los mismos errores una y otra vez. El relato histórico tiene además una función cohesionadora dentro de la comunidad. Mantiene vivas las raíces que comparte un grupo y hace que nos sintamos unidos a otras personas.

Con la redacción de esta breve historia de Tartessos sólo hemos pretendido que el lector haya disfrutado con su lectura y le haya incitado a conocer más sobre esta civilización, y de paso, sobre los turdetanos y el resto de pueblos de la Edad del Hierro de la península ibérica, sobre el agitado mundo mediterráneo del primer milenio antes de Cristo, sobre las fuentes clásicas y, en definitiva, sobre nuestro pasado en general.

Bibliografía

Almagro Gorbea, Martín. *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1996.

–, et al. *Protohistoria de la Península Ibérica*. Barcelona: Ariel, 2001.

Alvar, Jaime y Blázquez, José M.ª (eds.). *Los enigmas de Tarteso*. Madrid: Cátedra, 1993.

Álvarez Martí-Aguilar, Manuel. *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*. Málaga: Diputación Provincial de Málaga, 2005.

Aubet Semmler, M.ª Eugenia (coord.). *Tartessos: arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell: Ausa, 1989.

–, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Barcelona: Bellaterra, 2009.

Bendala Galán, Manuel. *Tartesios, íberos y celtas: pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania antigua*. Madrid: Temas de Hoy, 2000.

Blázquez, José M.ª, et al. *Historia de las religiones antiguas. Oriente, Grecia y Roma*. Madrid: Cátedra, 1999.

Celestino Pérez, Sebastián. *Estelas de guerrero y estelas diademadas: la precolonización y formación del mundo tartésico*. Barcelona: Bellaterra, 2001.

–, y Jiménez Ávila, Javier (eds.). *El Período Orientalizante*. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental. Mérida: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2005.

Chaves Tristán, Francisca, et al. *Montemolín: una página en la historia de Marchena*. Marchena: Ayuntamiento de Marchena, 2003.

Estrabón. *Geografía de Iberia*. Madrid: Alianza Editorial, 2007.

Fernández Flores, Álvaro y Rodríguez Azogue, Araceli. *Tartessos desvelado: la colonización fenicia del suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*. Córdoba: Almuzara, 2007.

Frankenstein, Susan. *Arqueología del colonialismo. El impacto fenicio y griego en el sur de la península ibérica y el suroeste de Alemania*. Barcelona: Crítica, 1997.

Gómez Toscano, Francisco. *El final de la Edad de Bronce entre el Guadiana y el Guadalquivir: el territorio y su ocupación*. Huelva: Universidad de Huelva, 1997.

González de Canales Cerisola, Fernando. *Del Occidente mítico griego a Tarsis-Tarteso: fuentes escritas y documentación arqueológica*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2004.

GRACIA ALONSO, Francisco (coord.). *De Iberia a Hispania*. Barcelona: Ariel, 2008.

HERÓDOTO. *Historia*. Madrid: Cátedra, 2004.

JIMÉNEZ ÁVILA, Javier. *La toréutica orientalizante en la península Ibérica*. Madrid: Real Academia de la Historia, 2002.

MALUQUER DE MOTES, Juan. *Tartessos. La ciudad sin historia*. Barcelona: Destino, 1984.

MARTÍN RUIZ, Juan Antonio. *Los fenicios en Andalucía*. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 2004.

ROLDÁN HERVÁS, José Manuel. *Historia de Roma*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2005.

RUIZ MATA, Diego y CELESTINO PÉREZ, Sebastián (eds.). *Arquitectura oriental y orientalizante en la península Ibérica*. Madrid: Centro de Estudios del Próximo Oriente-Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2001.

RUZÉ, Françoise y AMOURETTI, Marie-Claire. *El mundo griego antiguo*. Madrid: Akal, 2000.

SANMARTÍN ASCASO, Joaquín y SERRANO, José Miguel. *Historia antigua del Próximo Oriente. Mesopotamia y Egipto*. Madrid: Akal, 2003.

SANTOS YANGUAS, Juan. *Los pueblos de la España antigua*. Madrid: Historia 16, 1989.

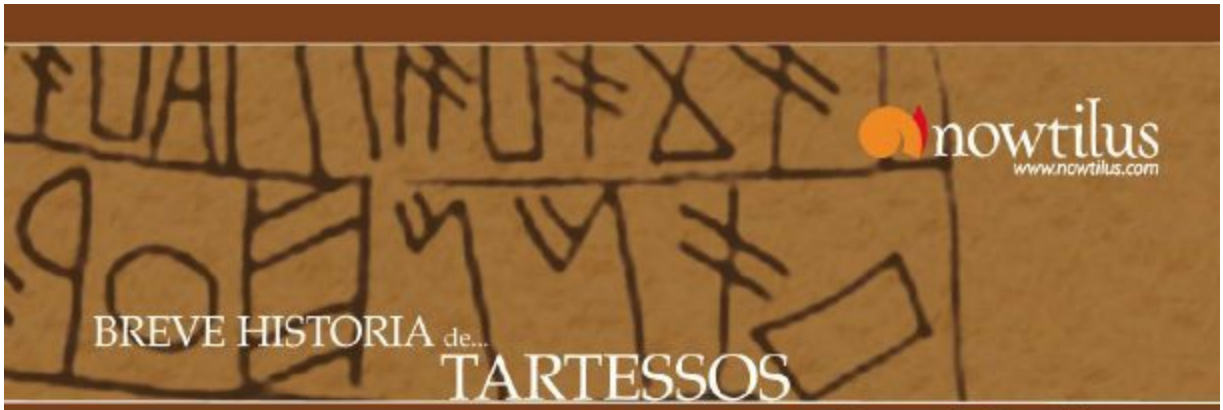
SCHULTEN, Adolf. *Tartessos. Contribución a la Historia más antigua de Occidente.* Sevilla: Renacimiento, 2006 (reimpresión).

TORRES ORTIZ, Mariano. *Sociedad y mundo funerario en Tartessos*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1999.

–, *Tartessos*. Madrid: Real Academia de la Historia, 2002.

VV. AA. *Argantonio, rey de Tartessos*. Valencia: Consorci de Museus de la Comunitat Valenciana, 2000.

VV. AA. *Tartessos: 25 años después, 1968-1993*. Actas del Congreso conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Jerez de la Frontera: Ayuntamiento de Jerez, 1995.



nowtilus
www.nowtilus.com

BREVE HISTORIA de... TARTESSOS

Raquel Carrillo

Descubra la verdadera historia de Tartessos, una visión alejada del mito que, sin embargo, tiene presente que esa mitología nos puede decir mucho de la visión que los pueblos coetáneos tenían de Tartessos.

Breve historia de Tartessos adentrará al lector en la fascinante historia de esta civilización. Un pueblo que se encontraba en el suroeste de la península ibérica, en el territorio de las actuales Huelva, Sevilla y Cádiz, y cuya historia se alarga del siglo IX al VI a. C. Un pueblo de jefes guerreros que, como consecuencia de los contactos coloniales con griegos y fenicios, florece y se hace complejo, llegando a convertirse en un estado brillante gobernado por un rey, y con una élite aristocrática próspera y pudiente.

Las sociedades protohistóricas como Tartessos basan su subsistencia en la agricultura y la ganadería y, por tanto, los metales son secundarios. No obstante, la fama de esta civilización en la Antigüedad proviene de la metalurgia y el comercio. En esta Breve Historia se analizan además los elementos económicos de esta sociedad, la religión y la forma en que trataban y honraban a sus muertos. Como todas las civilizaciones pasadas, Tartessos también tiene un final. Ese declive se ha asociado a la caída de la ciudad fenicia de Tiro, fundadora de la colonia de Gadir, y al fin de la demanda de metales. No obstante, la población se adaptará a las nuevas circunstancias, y su continuidad en la historia será el pueblo íbero de los turdetanos. Descubrirá cómo su grandeza se desvanece convirtiéndose en mito y cayendo prácticamente en el olvido hasta hace poco más de medio siglo.

Con esta *Breve historia de Tartessos*, Raquel Carrillo da a conocer, con rigor y amenidad, una civilización poseedora de una identidad única, en la que se mezclan elementos indígenas y fenicios.

BREVE HISTORIA
www.brevehistoria.com

Hágase amigo de Breve Historia en Facebook

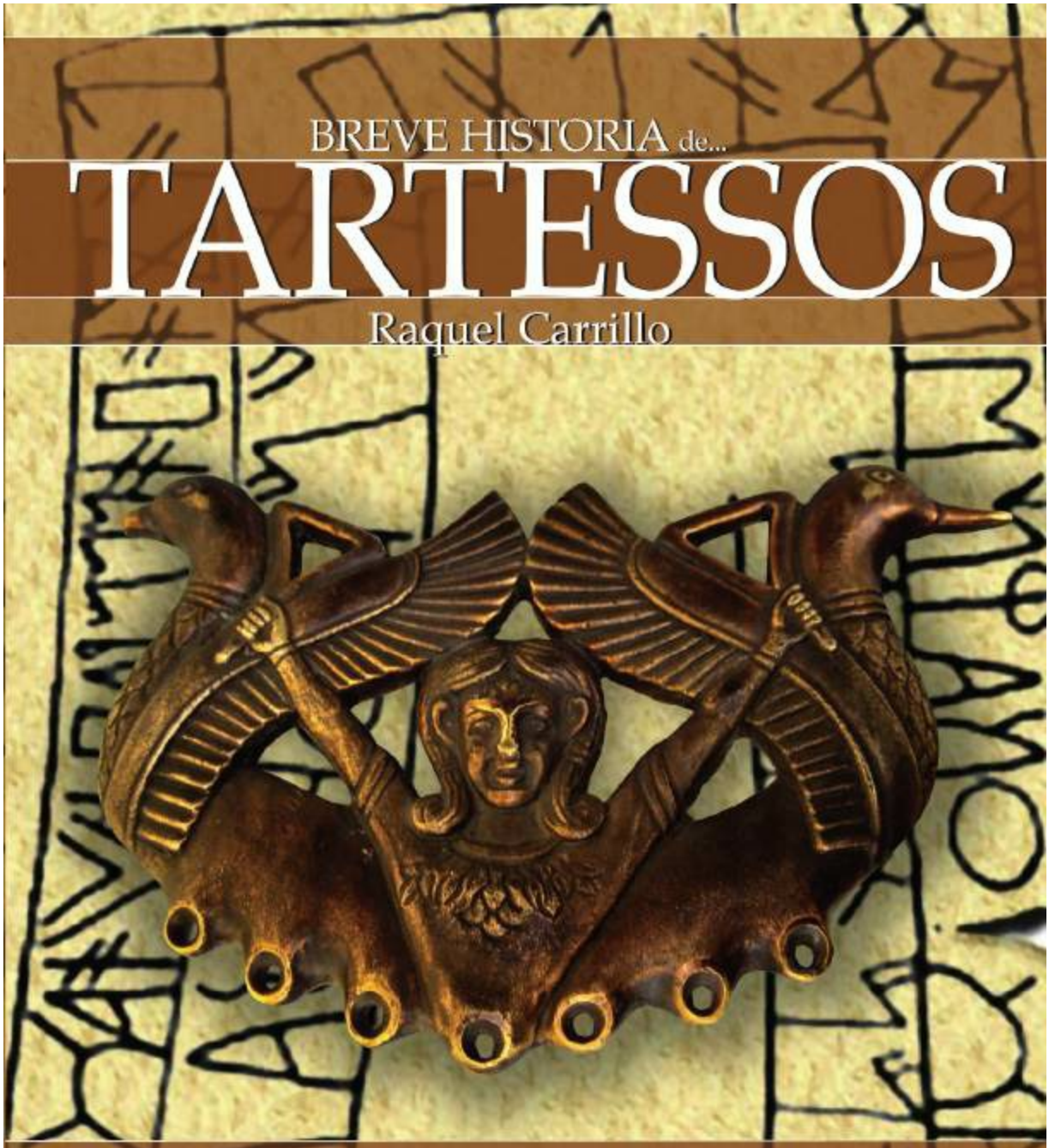
Visite la web y descargue fragmentos gratuitos de los libros, participe en los foros de debate temáticos y mucho más.

Notas

BREVE HISTORIA de...

TARTESSOS

Raquel Carrillo



Descubra esta mítica y legendaria civilización, un pueblo de jefes guerreros con una élite aristocrática próspera y rica que comerciaba con griegos y fenicios. La historia real del pueblo más avanzado de la península ibérica en su época

nowtilus saber